



Università
Ca' Foscari
Venezia

Corso di Laurea Magistrale
In Scienze del Linguaggio

Tesi di Laurea

**Traducción y comentario traductológico de los
capítulos I – XVI
de la novela *Nada* de Carmen Laforet**

Relatore

Professor Patrizio Rigobon

Correlatore

Professor Alessandro Scarsella

Laureando

Maria Vittoria Lea Burato

Matricola

854486

Anno Accademico

2019/2020

Agradecimientos

Antes que nada quisiera agradecer a las personas que me han ayudado en el proceso de creación y redacción de esta tesis.

En primer lugar me parece importante expresar todo mi agradecimiento al Profesor Patrizio Rigobon, el director de mi tesis: su guía y sus indispensables consejos han sido fundamentales para mi trabajo, sus preciosas sugerencias y consejos me han empujado a perfeccionar cada vez más mi tesis hasta llegar al resultado final.

Asimismo quisiera agradecer a mi familia, en particular a mi padres, que me han dado la posibilidad de realizar todo eso, con su amor y su incondicionado apoyo a lo largo de mi carrera y, sobretodo, de mi vida.

Índice

<i>Agradecimientos</i>	2
<i>Abstract</i>	5
1. Introducción	6
1.1 Introducción a la autora	7
1.2 Introducción a la novela	10
1.3 El lenguaje del franquismo	11
2. La cuestión de la traducción	14
2.1 La traducción como instrumento de comunicación intercultural.....	14
2.2 El problema de los realia	19
2.3 La traducción de los textos narrativos	22
3- El texto	28
3.1 El texto original	28
3.1.1 Capítulo I	28
3.1.2 Capítulo II	33
3.1.3 Capítulo III	39
3.1.4 Capítulo IV	45
3.1.5 Capítulo V	53
3.1.6 Capítulo VI	59
3.1.7 Capítulo VII	65
3.1.8 Capítulo VIII	73
3.1.9 Capítulo IX	80
3.1.10 Capítulo X	83
3.1.11 Capítulo XI	89
3.1.12 Capítulo XII	95
3.1.13 Capítulo XIII	102
3.1.14 Capítulo XIV	109
3.1.15 Capítulo XV	113
3.1.16 Capítulo XVI	122
3.2 El texto traducido	130
3.2.1 Capítulo I	130
3.2.2 Capítulo II	135
3.2.3 Capítulo III	141
3.2.4 Capítulo IV	148
3.2.5 Capítulo V	156
3.2.6 Capítulo VI	162
3.2.7 Capítulo VII	168
3.2.8 Capítulo VIII	176
3.2.9 Capítulo IX	182
3.2.10 Capítulo X	186
3.2.11 Capítulo XI	192
3.2.12 Capítulo XII	198
3.2.13 Capítulo XIII	205
3.2.14 Capítulo XIV	211
3.2.15 Capítulo XV	215
3.2.16 Capítulo XVI	224
4. Comentario de la traducción	233
4.1 Análisis léxico	233

4.2 Análisis estilístico	237
4.3 Análisis morfosintáctico	241
5. Conclusiones	248
<i>Bibliografía.....</i>	249
<i>Sitografía.....</i>	250

Abstract

Esta tesis es principalmente un trabajo de traducción interlingüística y su objetivo es ofrecer una propuesta de traducción del español al italiano, focalizándose en la dimensión intercultural de la traducción: en primer lugar y sobretodo una actividad de comunicación y no una actividad lingüística. En este caso específico, se ha trabajado sobre la novela *Nada* de la autora española Carmen Laforet: un texto narrativo que se desarrolla en la Barcelona de los años Cuarenta de 1900, justo al final de la Guerra Civil. La elección de este libro ha sido muy razonada y no casual: se ha intencionalmente seleccionado una novela literal que tiene un trasfondo histórico particular, espejo de un periodo caracterizado de usos, costumbres y hábitos diferentes de los nuestros. Más importante, se quiere analizar como todo eso condiciona la narración y la traducción.

La tesis se compone de cuatro capítulos divididos en párrafos: una primera sección de introducción a la autora y a la novela, subrayando las características del lenguaje del Franquismo; un segundo capítulo que examina la cuestión de las varias técnicas traductoras en una perspectiva intercultural, reflexionando sobre el problema de los realia y de los textos literarios “retraducidos”, confrontando la opinión y las teorías de grandes lingüistas y traductores; la tercera parte expone el texto original y la propuesta de traducción de los capítulos I – XVII; en la última sección se comenta el trabajo traducido hecho, investigando las cuestiones lexicales, morfosintácticas, estilísticas encontradas, indicando las estrategias traductoras utilizadas para resolverlas y dando una personal explicación de por que se ha preferido una opción y no otra. Cierran el trabajo las conclusiones.

1. Introducción

Cualquier traductor intencionado a llevar a cabo un trabajo de traducción tiene distintas opciones entre las cuales elegir: en particular el texto narrativo conlleva un gran esfuerzo y significativas dificultades, dado que se trata de un texto basado en la subjetividad y creatividad del autor.

En este caso específico se ha trabajado sobre la novela *Nada* de la autora española Carmen Laforet: un texto narrativo ambientado en la Barcelona de los años Cuarenta del siglo XX, justo al final de la Guerra Civil. La elección de este libro no ha sido casual, sino muy razonada: se ha seleccionado una novela que es un texto literario pero que refleja una época histórica particular también, ya que parece interesante analizar una obra que es el espejo de un periodo caracterizado por usos, costumbres y hábitos diferentes de los nuestros. Más importante es averiguar cómo esto ha condicionado la narración, y sobre todo la traducción.

Es fundamental recordar que la novela elegida ha tenido ya tres traducciones al italiano, más precisamente: la de Angela Bianchini (1967), la de Marco Succio (2004) y la de Barbara Bertoni (2006). Entonces, es más correcto definir esta tesis un trabajo de re – traducción interlingüística.

La tesis se compone de cuatro capítulos, divididos en párrafos: la primera sección presenta a la autora y la trama de la novela para ofrecer al lector una panorámica de lo que se quiere explorar, focalizándose en los rasgos principales del lenguaje del franquismo, evidente en las elecciones estilísticas de la obra; en el segundo capítulo se examina la cuestión de la traducción en una perspectiva intercultural, reflexionando sobre la problemática de la traducción de los textos narrativos, de los *realia* y de los textos retraducidos, respaldada en las teorías y trabajos de importantes traductores y/o teóricos como Pierangela Diadori, Bruno Osimo, Friedmar Apel, Umberto Eco y Federica Scarpa. La tercera parte contiene el texto original y la traducción de los capítulos I – XVI; en la cuarta y última sección se comenta el trabajo traductor hecho, investigando sobre los problemas léxicos, estilísticos y morfosintácticos encontrados, y como se ha decidido resolverlos, indicando las estrategias traductorales usadas y ofreciendo una personal explicación del porque se ha preferido una opción y no otra. Las conclusiones a las que hemos llegado y una bibliografía – sitografía con todas las obras citadas completan la tesis.

Hemos aprendido, atendiendo las clases de traducción, un método que refleja el método elegido para nuestro trabajo: hemos investigado sobre la autora y su lenguaje, en esta novela concretamente; hemos leído repetidas veces el libro para así mejor reconocer los rasgos estilísticos propios de la escritura de Carmen Laforet y los posibles problemas que podían plantearse a raíz de una traducción italiana.

Puesto que se ha trabajado sobre un texto narrativo, no es raro encontrar algunas diferencias entre la cultura del texto original y la cultura destinataria de la traducción, aún más por el hecho que un texto

narrativo no tiene el mismo fin de un texto especializado o de un texto científico, cuyo objetivo es transmitir informaciones y garantizar una total comprensión. Entonces se ha adoptado una macro – estrategia que el traductor estadounidense Lawrence Venuti define “aprocio straniante” que indica como “ il lettore sia calato in un testo in cui le differenze tra la lingua/cultura di partenza e quella di arrivo sono di norma mantenute”¹ ya que “è il testo a contare”², como dice Federica Scarpa. Naturalmente, se ha intentado respetar la literalidad del texto la mayor medida posible, excepto en algunos casos donde se tuvo que dejar esta perspectiva en beneficio de una mayor comprensibilidad. Los instrumentos utilizados para llevar a cabo esta tesis son varios y de carácter diferente: van desde el material impreso como gramáticas, volúmenes y diccionarios monolingües y bilingües italiano – español, hasta el material tecnológico como sitios internet y enciclopedias online. Esto refleja la naturaleza multifacética y la dimensión global del trabajo de traducción: no se refiere exclusivamente a los aspectos lingüísticos y gramaticales, sino también a los aspectos culturales, históricos y cotidianos de la lengua original y los de la lengua de la traducción. Por eso, el conocimiento del traductor tiene que ser muy amplio y variado, que se adapte a la heterogeneidad del texto narrativo.

1.1 Introducción a la autora

Considerando el notable contenido autobiográfico de la novela elegida, parece importante presentar una pequeña introducción a la vida de la autora, Carmen Laforet, una chica que con su primera novela (*Nada*) ganó el premio Nadal de la editorial Destino en 1944: tenía apenas 24 años. Fue un éxito inesperado, total, como un relámpago instantáneo. La máscara de felicidad que Laforet se pondrá de ahí en adelante no alcanzará a esconder la triste vida de esta joven que vivió en los años de la guerra civil, durante y una época, el franquismo, dominada por una realidad social y cultural donde el machismo era el protagonista.

Nada, publicado por primera vez en 1945, representa una revolución en el panorama literario de aquel periodo y es inmediatamente reconocida como una “novela universal”, en una tradición literaria autorreferencial como la española, impregnada de elementos de relectura de la propia identidad social y cultural: esto justifica su éxito y su difusión más allá de los confines nacionales. Como subraya Juan Ramón Jiménez en una carta que escribió a Laforet en 1948:

Vamos a ver si podemos interesar a algún autor norteamericano en su libro y que sea traducido y publicado aquí. Por eso necesito dos o tres ejemplares de “Nada”. Me parece que gustaría de veras, porque “Nada”, como todo lo autentico, es de aquí también, y de hoy, y será de mañana. (Jiménez. 1948, I)

¹ Scarpa, Federica, *La traduzione specializzata*, Milano, Hoepli, 2010, p.120

² *Ivi*, p. 85

Sin embargo, Carmen Laforet se lleva encima dramáticos fantasmas del pasado que no logra elaborar: también por estas razones el premio Gaziell 2009, Anna Caballé, escribe una voluminosa biografía que se intitula *Carmen Laforet. Una mujer en fuga (RBA)*. La principal pregunta que se hace Caballé es: “¿Fue feliz alguna vez, Laforet?”. Se encuentra una respuesta en *Nada*: seguramente sí, pero a ratos. Un periodo de alegría fue la infancia en la casa de los abuelos, donde nació el 6 de septiembre de 1921. El recuerdo de aquellos años lo transpone en el capítulo II de su novela: “Cuando yo era la única nieta pasé allí las temporadas más excitantes de mi vida infantil.” (Laforet 2018, p.80). Pero no duró mucho: en noviembre de 1923 los padres se trasladan a Las Palmas y la serenidad se apaga completamente en 1934, cuando la madre se muere. Su condición de huérfana es un tema frecuente en sus obras: en *Nada* la protagonista Andrea no tiene padres y encarna la sensación de soledad experimentada por la autora. Otro trauma es el segundo matrimonio del padre que se casa con la peluquera de su madre, una figura desastrosa en su intento de borrar completamente la figura materna y de mortificar a los niños. Fue una obsesión: el personaje de la odiosa madrastra³ recurre en toda la escritura de Laforet que, adorando su padre, le perdona el hecho de no contrastar la desgraciada actitud de su nueva mujer, mostrando una máscara que la destrozó. En *Nada* se puede fácilmente identificar la cruel madrastra en el personaje de tía Angustias, rígida y mojigata, que sofoca Andrea en su recorrido hacia la madurez.

Otro elemento autobiográfico que se puede deducir de la novela es la huida: Laforet se marcha a Barcelona para estudiar Filosofía y Letras y para reaccionar a la actitud inmoral del padre: Andrea también se va a Barcelona para estudiar. Pero, el recuerdo infantil del paraíso representado por el piso de los abuelos ya no refleja la triste y gris realidad del posguerra, que será la semilla de la que florecerá *Nada*. En el primer capítulo, Andrea llega al piso de la calle Aribau y, al entrar, reflexiona: “Todo empezaba a ser extraño a mi imaginación; los estrechos y desgastados escalones de mosaico, iluminados por la luz eléctrica, no tenían cabida en mi recuerdo.” (Laforet 2018, p. 73).

Hasta las condiciones de extrema pobreza y hambre vividas por la protagonista son autobiográficas: Laforet no tenía dinero ni siquiera para comprar un abrigo. Soluciona el problema participando en un premio Literario del Frente de Juventudes, en diciembre 1942: lo gana y desde aquí empieza a escribir una nueva novela, *Nada* precisamente.

Deslumbrante, innovadora, con temas como la frustración de la sociedad desgastada por la guerra en una perspectiva femenina, *Nada* le merece el premio Nadal (1944). No obstante, hay críticas

³ Otras novelas de Laforet donde hay una protagonista huérfana y una madrastra malvada son: *La isla y sus secretos* (1952) y *La insolación* (1963)

controvertidas entre los intelectuales: quien la considera una pieza maestra y quien la ve como representativa de su título, “un nada”. Un intelectual, Manuel Cerezales⁴, le sugiere modificarla.

De todo modo, la novela es increíble y llega a ser el libro más vendido en 1945. Pero la extraña sensación de inadecuación, de ser un patito feo entre los intelectuales, que Laforet vivía es evidente en sus mentirosas declaraciones como: “La escribí en ocho meses”, cuando era evidente que se la llevaba atrás de dos años por lo menos; “Ella no quería ser una escritora profesional, quería vivir y de golpe se vio fiscalizada y eso la rompió emocionalmente.”

En *Nada* es digna de atención la ambivalente visión que Andrea tiene del matrimonio. En el capítulo XVI, su amigo Pons le pregunta: “– ¿No te gustaría más casarte?” Andrea no le contesta. El tormento interior relacionado a su feminidad se evidencia en la vida privada de Laforet: se casa con Cerezales ya embarazada de dos meses, y con él tendrá cinco hijos entre 1946 y 1957. Un periodo de presiones e inhibiciones. Su espíritu libre es ahogado. Así que huye otra vez, en busca de inspiración para una nueva novela. Divorcia de Cerezales en 1970 y esa fue “mi pulverización como ser humano”. Un fracaso emotivo, personal, de identidad. Un fracaso que inunda todo el encaje narrativo de *Nada*. Lo reconoce Ramón J. Sender, el único intelectual que la admiró y la respetó de verdad.

La represión es protagonista de su sexualidad también: se le atribuye una pulsión homosexual para su nueva amiga, Lili Álvarez, una célebre tenista que llegó a la final de Wimbledon. Obviamente, nunca consumada. Empieza un periodo de misticismo religioso guiado por este amor prohibido, y su vocación literaria se va matizando, hasta llegar a declarar: “Soy una mala escritora” en 1964.

Su inestabilidad emotiva se agudiza desde los 60 años: es víctima de una enfermedad neurovegetativa degenerativa, usa anfetaminas para adelgazar: en *Nada* la autora destaca muchas veces la delgadez de la protagonista, una delgadez debida a el hambre, sufrimiento, tormento interior.

Está desesperada y llega un bloqueo físico y mental que la obliga a quedarse en la cama. La débil llama de su espíritu luchador intenta brillar una última vez, transportada por un impulso vital, por un deseo de reaccionar.

Sin embargo, se muere el 28 de febrero de 2004, quizá con la sensación de que los espectros habían ganado. Para su heroína Andrea hay un final más suave: llega al vértice de su metamorfosis personal con la decisión de marcharse de Barcelona para seguir a su mejor amiga Ena a Madrid, empezando una nueva vida allí: entre su llegada y su despedida, entre el “anhelo de vida” que la llenaba un año antes, y aquel “nada” (Laforet 2018, p. 303) que percibe llevarse ahora, Andrea nunca se ha movido

⁴ Manuel Cerezales Gonzales (1909 – 2005) fue un periodista y crítico y editor gallego, en los años Cuarenta del siglo XX. Se casó con Carmen Laforet en 1946. Ganó el premio literario Calderón de la Barca por su obra *Magín, siervo de Dios*.

de verdad. Pero eso no es todo, porque es así que nace la futura escritora y es así que nace *Nada*, la novela con la “ene” mayúscula.

1.2 Introducción a la novela

La obra llamó a la atención no solamente por la joven edad de la autora – tenía apenas 24 años – también por la misma descripción que ella dio de la sociedad de su época.

De hecho, se trata de una novela que revela unos rasgos fuertemente existencialistas, que refleja la decadente pobreza que destacaba el desastre en que la Guerra Civil había dejado España: todo eso en una perspectiva puramente femenina, llena de pensamientos, reflexiones, psicología y autoanálisis.

Es medianoche cuando la protagonista Andrea baja a la estación de Barcelona. Huérfana y paupérrima, todo lo que posee se encierra en una vieja y desgastada maleta que lleva consigo, cargada de libros polvosos y de algunos recuerdos. Pero esta chica de dieciocho años tiene sueños, deseos y expectativas para esta nueva vida que se le presenta, llena de promesas que solo las grandes ciudades pueden ofrecer.

Así de ansiosa, toca el timbre del piso de la calle Aribau, donde vivirá hospedada por los tíos y la abuela materna y que guarda sus recuerdos felices de la infancia. Pero, no necesita más que algunos instantes para realizar que todo el esplendor de sus expectativas se decolorará en la sombra, como si muchas velas fueran apagadas por una única violenta ráfaga de viento: detrás del oscuro portal se desarrolla una existencia deformada y torcida, como en algunos cuadros expresionistas.

Andrea se enfrenta con una grotesca tribu de hombres y mujeres agrupados entre polvo, telarañas y suciedad, bajo un techo del cual gotean rencor y locura.

Hay la abuela, viejísima y tierna; la tía Angustias, una solterona rígida y estirada; el tío Juan, un pintor fracasado cada vez más violento con la mujer Gloria, una joven etérea y un poco tonta que le ha dado un hijo y que quizás había sido enamorada del cuñado Román, un hombre atractivo y cruel, un músico que vive sumergido en el desperdicio de su talento y que juega a manipular las vidas de los pobres habitantes de aquella casa decadente. Completan este terrible retrato una criada asquerosa, un gato moribundo y un gordo perro mimado.

En el piso de la calle Aribau, Andrea pasará un año de su vida: un año de hambre, trajes mal cortados, pequeñas humillaciones, insultos, peleas y secretos. Y, inevitablemente de muerte. Una atmosfera asfixiante y opresiva que sale del papel del libro y logra llegar directamente al lector. Andrea se pregunta lo que pasa, lo que percibe, contestándose frecuentemente con un “nada”.

Pero este año está caracterizado también por la sensación de paz y libertad del mundo exterior, de la mágica dimensión de la ciudad que tal vez parece esconder unos tratos de hadas y de misterio, de nuevos amigos de la Universidad, del primer beso (malo), de la vida que a pesar de todo palpita

rellenada, porque es así que tendría que ser los dieciocho años, cuando las posibilidades son muchas y diversas que casi marean...

Andrea tendrá que aguantar situaciones angustiantes, enfrentarse con una sociedad burguesa y conservadora, tendrá que rebelarse, reaccionar, salir de su pasivo rol de observadora y alcanzar la madurez, dejando de ser solo la voz narradora sino también la protagonista de su vida.

Poético pero realista al mismo tiempo, melancólico y profundo como el alma multifacético, *Nada* es una de aquellas novelas que envuelven totalmente al lector: no solamente por las aventuras de los protagonistas, sino también por una maestría estilística que convierte las palabras en colores, olores, vibraciones de la piel y latidos del corazón. Una obra universal porque todos en algún momento podemos identificarnos en Andrea y en sus angustias de adolescente a joven mujer.

1.3 El lenguaje del franquismo

Es muy importante, a nivel de marco histórico, ofrecer un panorama del lenguaje característico del periodo de la dictadura franquista. Empezamos por un problema principalmente terminológico, o sea el nombre mismo de la lengua de España que históricamente tiene dos designaciones: “lengua castellana” y “lengua española”. Una oscilación que recorre toda la historia lingüística y cultural de la península. La mayoría de las veces se ha preferido una denominación y no la otra por razones extralingüísticas, como un reflejo de la posición geográfica del uso de la lengua también.

Por ejemplo, en las regiones españolas lingüísticamente diferenciadas prevalece el término “castellano”. Contrariamente, el uso de “lengua española” es predominante, pero no exclusivo, de las otras regiones de España, y exprime una connotación centralista y unitaria: unidad de nación y unidad de la lengua.

La cuestión no es solamente lingüística, sino que tiene una conexión muy estrecha con los acontecimientos políticos: la voluntad de subrayar la unidad del Estado español, haciendo caso omiso del carácter particular de las regiones con lenguas distintas o del origen local del “castellano”.

Se puede notar en 1500, cuando se asiste a una unificación interna (aunque imperfecta y discutible), pero al mismo tiempo a una expansión imperialista, así que la nostalgia será causa de muchas frustraciones históricas.

En resumen, el problema de la denominación de la lengua es extralingüístico: si nos focalizamos en una interpretación unitaria y centralista e imperialista de España usaremos la expresión “lengua española”; si la interpretamos en una perspectiva regionalista, pluralista o de nacionalidad, usaremos el término “lengua castellana”.

El Estado Español tiene como lengua oficial el castellano, pero hay otras lenguas españolas en las respectivas comunidades autónomas: el catalán, el vasco, el gallego.

Un momento particularmente significativo desde el punto de vista lingüístico también, fue el paso de la dictadura a la democracia: un proceso articulado y complejo en que se mezclan las instancias de una “política reformista desde arriba” y las “presiones que se reivindican desde abajo”⁵. Un momento de progresiva transformación, lento y gradual, de “ruptura” y de “cambio” que se refleja en el plan lingüístico, terminológico, sintáctico y morfológico.

Se tiene que volver atrás por un instante: el franquismo vencedor obliga, con la violencia y con la censura, al monolingüismo castellano. La política lingüística del franquismo es fuertemente ideológica y represiva y se propuso cortar todas las realidades lingüísticas menores de España, prohibiendo el uso oficial. En realidad, esta decisión es principalmente política y tiene su origen en una época anterior: refleja la voluntad de expandir algunas áreas específicas del país con el objetivo de una total “castellanización”.

Gemela de este monolingüismo castellano interno a la península, es la extrema xenofobia lingüística, o sea la actitud cerrada para el aprendizaje y la difusión de las lenguas extranjeras. En los años Cincuenta de 1900 los ideólogos franquistas consideraban el poliglotismo como “representativo de decadencia cultural, y aun racial y política, cuando tenía carácter colectivo.”⁶

Es más, en los años Sesenta el fundador de la Escuela de Idiomas Modernos de la Universidad de Barcelona, Ramón Carnicer, suportaba las mismas argumentaciones: “los pueblos más dotados de facilidad para aprender las lenguas son el eslavo y el judío; y los menos, el inglés y el español.”⁷

Él creía que aprender los idiomas extranjeros significaba renunciar a la autenticidad de la lengua, a la propia personalidad; tener un carácter débil y pobre. De hecho, según su opinión las mujeres, los eslavos y los judíos tienen una particular predisposición para aprender lenguas extranjeras.

Sin embargo, Carnicer decía que para un pueblo fuerte, viril, imperialista como lo español “no hay más idioma que el castellano [...] Nosotros poseemos el español, que es el idioma universal.”⁸

Se quiere subrayar no solo la ideología y las temáticas dominantes del lenguaje franquista, sino también el aspecto ridículo, los elementos como el machismo y la xenofobia y la ignorancia que se expresan a través de una orgullosa autosuficiencia lingüística.

En este sentido, el profesor y literato español Gonzalo Torrente Bellester afirma que el franquismo ha “modificado” el castellano también, perjudicando gravemente el idioma y produciendo una verdadera ocupación lingüística: “Nuestra época – en España, insisto – se caracteriza por la

⁵ Cfr. Marvall J.M, *Transición a la Democracia, Alineamientos políticos y elecciones en España*, in <<Sistema>>, n.36, (1980), pp. 68 - 79

⁶ De Entrambasaguas J., *Poliglotismo y traducción*, in <<Revista de Literatura>>, nn. 1-2, (1952), pp. 257-261.

⁷ Carnicer R., *Las Lenguas*, in <<Idioma>>, n. 1, (1966), pp. 151 - 153

⁸ Garcia M. Moral, *Hay que volverse imbécil para hablar idiomas correctamente?*, in <<Idioma>>, n. 2, (1966), pp. 91-93

suspensión radical de todo un sistema lingüístico, y su sustitución por otro, cuya nota más evidente es el enmascaramiento de la realidad por la palabra (valga como ejemplo la suplantación de “huelga” por “paro tecnológico”).⁹

El franquismo y su lenguaje se destacan por algunas características que son propias de todas las lenguas de las dictaduras y por el lenguaje político y sus eufemismos. Si consideramos el plan léxico – político, el régimen había introducido algunas palabras que representaban conceptos típicos del Estado y de la Administración que una buena parte de la población usaba cotidianamente: *fascismo, movimiento, reacción, patria, unidad, izquierda, derecha, jefe, huelga, caudillo* etc.¹⁰...

Cuando Francisco Franco se muere, en 1975, España vive un dúplice proceso de liberación: la liberación del castellano como sistema lingüístico único, y la liberación psicológica de los hablantes del castellano. Se asiste a la renovación de expresiones y vocablos típicos del viejo régimen, sustituidos por otros más adecuados con la situación que se estaba desarrollando en la nueva España Democrática: la nueva sociedad rechaza las connotaciones y sombras anteriormente enumeradas. Significativa es la sustitución del nombre “Cortes” por “Congreso de Diputados” en las instituciones nacionales. Se trata de un proceso lento y gradual, no libre de incoherencias, imprecisiones y ambigüedades. Con el ingreso de España en la dimensión de la democracia se asiste a un palautino desgaste de la influencia del pensamiento católico, de la ideología patriarcal y a la intensificación de la lucha de las mujeres para removerla. Por ejemplo, se puede tomar el caso de las palabras como médico, ministro, abogado, escritor, que añaden la forma femenina: la médica, la ministra, la abogada, la escritora...

En resumen, el pasaje a la democracia después de más de treinta años de régimen dictatorial marca con un viento de renovación que envuelve todo el país, aunque de manera desigual. La España democrática está consciente de sus retrasos culturales y quiere recuperar el tiempo perdido: es un proceso complejo y contradictorio en todas las direcciones. La gente quiere sentirse libre y esta voluntad se destaca claramente en el punto de vista lingüístico: la lengua como elemento de identidad social y cultural que caracteriza el individuo como parte de un grupo.

⁹ Torrente Bellester G., *Los cuadernos de << La Romana >>*, in <<Informaciones>>, 6 diciembre 1973, p.6

¹⁰ Para un análisis detallado del vocabulario político del franquismo cfr., Rebollo Torio M.A., *Lenguaje y política. Introducción al vocabulario político republicano y franquista*, 1931-1971, Torres, Valencia 1978

2. La cuestión de la traducción

2.1 La traducción como instrumento de comunicación intercultural

Esta tesis es principalmente un trabajo de traducción interlingüística¹¹, entonces es menester subrayar la dimensión intercultural que es muy importante para cualquier obra de traducción dado que cada texto se ha desarrollado en un contexto diferente y refleja la cultura en que ha sido producido: el traductor no puede prescindir de los aspectos pragmáticos de la comunicación cuando cumple sus elecciones para transmitir el significado del texto de la lengua original a lo de la lengua de traducción. En primer lugar, es inevitable que se cumpla un proceso de reflexión sobre la lengua a través de la comparación con otras lenguas y culturas: este proceso tiene que llevar a una “conciencia lingüística” y, naturalmente; a una “conciencia traductora”.

El experimento de Werker y colegas (Werker y Tees 1984) sobre la predisposición fonética de los niños ingleses y indios en el primer año de vida testimonia como están biológicamente predispuestos a percibir los sonidos de todas las lenguas, aun de aquellas lenguas que nunca han escuchado antes. Pero, al final del primer año se hacen más sensibles a los sonidos característicos de su entorno lingüístico hasta que su discriminación de los sonidos se parece totalmente a la de los adultos de la comunidad lingüística a la que pertenecen.

Entonces, el contexto lingüístico y sobretodo cultural en el cual nos desarrollamos es fundamental para la formación de nuestra identidad y para la modalidad de como percibimos el mundo: Edward Sapir elaboró la llamada *teoría del relativismo lingüístico* o *hipótesis de Sapir Whorf*: la lengua que hablamos forma inconscientemente nuestra visión del mundo, y afirma que las personas que hablan inglés y dugum dani¹² tienen que experimentar el mundo de manera diferente dado que tienen un número diverso de términos para definir los colores, entonces tienen que subdividir el espectro de los colores según distintas modalidades.

Por eso cuando un traductor se dispone a traducir tiene que manifestar una actitud exploradora, que tenga en consideración los aspectos multiculturales, mediando entre la que es su visión del mundo y la del autor del texto original porque la cultura puede influir sobre el lenguaje y sobre las elecciones traductorales, solicitando sus recuerdos y logros personales relativos al contacto intralingüístico, pero también intercultural.

¹¹ Jakobson, Roman, *Aspetti linguistici della traduzione*, in *Saggi di linguística generale*, Milano, Feltrinelli, 1966, p.57

¹² Los Dani son una tribu étnica que se encuentra en las regiones centrales de la Nueva Guinea Occidental en Papua – Indonesia; en la valle del Baliem representan el grupo étnico predominante y más representativo de su cultura.

En una sociedad plurilingüe y globalizada como la actual si consideramos las relaciones entre sujetos y culturas, la interculturalidad se ha puesto como horizonte que acompaña el proceso a través el cual las culturas se acercan la una a la otra, creando puentes interrelacionales y comunitarios, pero también como espejo que refleja el conflicto protagonista de este proceso que no siempre guarda la autonomía de cada uno de los sujetos/culturas implicados/as. Se puede decir que se cumple siempre una negociación. A pesar de esto, la interculturalidad, adentro y afuera del conflicto, expresa el extraordinario escenario de la diversidad de la natura humana y explica las maravillosas producciones lingüísticas multiculturales. En esta perspectiva, la actividad de traducción es una actividad intercultural y de comunicación por excelencia, porque se realiza cuando un mensaje codificado por un emiteente llega a un receptor que es el traductor que a su vez se convierte en emiteente y re – codifica el mensaje original en una lengua diversa, destinada a otros tipos de receptores. Cada mensaje tiene que ser interpretado considerando el contexto donde ha sido realizado y por esto el traductor interpreta un rol privilegiado de mediator para alcanzar otro público. Por el hecho que el contexto lingüístico y sociocultural es imprescindible de la codificación del mensaje, no puede existir una sola y única traducción, sino muchas traducciones posibles. Lo más importante no es la simple trasposición lingüística sino la trasmisión del mensaje, del sentido, de lo que se quiere decir y, sobretodo, expresar. La imagen del traductor como mediator o como “puente” que facilita la comunicación entre las personas es particularmente notable en la pluricultural época moderna, que lo requiere para realizar el contacto entre individuos que hablan idiomas diferentes para llevar a cabo comunicaciones en el sector del trabajo o en lo de los servicios institucionales; sin embargo es característica de toda la historia lingüística humana: la actividad de traducción es antigua tanto como el lenguaje humano que nace con la aparición del *Homo sapiens* en época protohistórica. Ya en aquel momento los hombres se habían difundido en diferentes áreas del continente africano y euroasiático y se habían diversificado por lengua y cultura. En el mundo antiguo grupos de personas que hablaban lenguas diferentes se reunían para un objetivo como el intercambio de objetos o personas (para casamientos) y existían entre ellos individuos bilingües interpretes que llevaban a cabo la dicha “interpretación tratativa”. La traducción podía ser también escrita como testimonia la actividad de los escribas en la sociedad del Oriente Próximo en el III – II milenio: en cualquier caso, la figura del traductor era muy prestigiosa y gozaba de una buena libertad traductora con el objetivo principal de transmitir el significado y alcanzar un acuerdo entre las dos partes. La próspera actividad de traducción ha acompañado toda la historia del hombre y, con algunas diferentes sombras que distinguen una época de la otra, el significado y lo que se quiere expresar a través del texto ha sido el objetivo principal del traductor que intenta cada vez alcanzar “la mejor traducción posible” con intervenciones, manipulaciones, adaptaciones, imitaciones que alternan con la práctica de la traducción literal: un

trabajo crítico y no pasivo sobre el texto. Lo comprueba la cultura latina, heredera de la cultura griega en la época clásica. Los griegos tuvieron una actitud cerrada y de superioridad con respeto a las otras poblaciones, que llamaban “barbaros”¹³. Los Romanos tradujeron activamente las obras griegas con el fin de exaltar la comprensibilidad y el aspecto didáctico y aun más el valor artístico, como afirmó Marco Tullio Cicerón que elogió los trágicos latinos por haber traducido los modelos griegos no palabra por palabra sino conservando el sentido general y la calidad artística¹⁴. La cuestión de la traducción ha sido relevante en la Edad Media también, con un carácter más conflictivo: prosperaban en ámbito religioso el concepto de “fidelidad” y “literalidad” de la traducción para una correcta difusión de la palabra de Cristo de la mano de los escribanos amanuenses en los monasterios, mientras que la libertad interpretativa dominaba el universo narrativo de carácter profano¹⁵.

El conflicto que caracteriza uno de los aspectos de la multifacética traducción se extiende en el siglo XVI y se refleja en la cuestión de la traducción de la Biblia en lengua vulgar alemana por obra de Lutero en 1524, focalizándose sobre todo en el sentido y en el significado del Texto Sagrado que tiene que ser comprensible a todo el pueblo, principalmente analfabeta o casi. Lutero critica la traducción literaria a favor del sentido y del espíritu del texto y aún más su potencialidad didáctica. Esta cuestión sobre la “correcta” y mejor traducción de la Biblia fue uno de los factores que llevarán a la crisis religiosa causada del nacimiento del protestantismo y a la división entre católicos y protestantes con el Concilio de Trento donde se reconoce como única traducción correcta de la Biblia la *Vulgata* latina (390 d.C.) de San Gerolamo¹⁶.

Esta conflictividad, esta negociación en el sector de la traducción predomina también durante el Humanismo donde el renovado interés y amor por el gusto y la cultura clásica impone una traducción literaria absolutamente fiel a la versión original griega y/o latina, pero al mismo tiempo la convicción de vivir en la época de mayor gusto y mejor estilo que caracteriza el Absolutismo del Rey Sol Luis XIV llevará a traducir las obras antiguas interviniendo sobre el texto y actualizando los términos a la realidad de la cultura francesa del tiempo: nace el epíteto de las traducciones *bellas y infieles*¹⁷. Esta necesidad de adaptar el texto al gusto y a las necesidades de la época se desarrolla en el siglo XVIII, cuando se superan todas las ideas anteriores sobre la traducción y se pone un acento en la reflexión

¹³ Según el diccionario etimológico de Cortellazzo – Zolli; “Lat. Barbaru(m), dal gr. Bārbaros, voce che allude al balbettio secondo cui si giudicava chi parlava una lingua straniera, con i derivanti barbaricu(m), barbaria(m) e barbarismu(m)”.

¹⁴ “*Qui non verba sed vim expresserunt poetarum*”; Cicerone (106 – 43 a.C.); *De optio genere oratorum*.

¹⁵ Eso pasa con las traducciones de textos narrativos como *La Chanson de Roland*, por ejemplo.

¹⁶ Clérigo y culto hombre de letras, originario de la Dalmacia (hodierna Croacia), conocía perfectamente el latín, el griego y el hebraico gracias a sus estancias en Roma, Constantinopla y Belén.

¹⁷ La definición *bellas e infieles* hace referencia a las obras del traductor francés Nicolas Perrot d’Ablancourt (1606 – 1604), que quería contribuir a la formación del estilo de las literaturas nacionales a través de la manipulación libre de los textos originales.

sobre la natura de las lenguas con una mayor comprensión de la historicidad de las lenguas demostrada por la afirmación de Cesarotti:

La lingua è in divenire: delle sue trasformazioni sono arbitri solo il gusto e la ragione, e solo l'uso ne sancisce la legittimità.

de hecho, por toda Europa se traducen obras extranjeras, contemporáneas o no, y se constata que los mejores escritores son los mejores traductores también.

Con el desarrollo de la corriente cultural del Romanticismo se cobra nuevo valor de la lengua de cada pueblo y de la historia autóctona, como elementos que forman parte integrante de la identidad de un pueblo y, al mismo tiempo, a la curiosidad para las culturas nacionales. El conflicto no está ausente tampoco en esta época: desde una perspectiva el traductor es un genio re – creativo que re – interpreta la obra original “negociando” con el genio del autor de la versión original; desde otra perspectiva la traducción es solamente un simple instrumento para difundir o hacer conocer un texto y un autor al público. El XIX es el siglo que condena las “malas traducciones” contaminadas por criterios estéticos, históricos o ideológicos: efectivamente es el siglo donde se desarrolla el método gramatical - traductor como método didáctico para el aprendizaje de las lenguas clásicas; una metodología a carácter deductivo, donde se trabaja sobre el texto en lengua original a través unas largas y aburridas listas lexical y de reglas gramaticales que se tienen que aplicar. Este método ha sobrevivido durante largo tiempo en la didáctica de las lenguas extranjeras y ha sido protagonista del debate sobre cuales formas de metodologías didácticas son más provechosas para la interiorización de la gramática de una lengua L2: las deductivas o la inductivas.

Hoy en día se prefieren métodos inductivos como el CLIL (*Content Integrated Language Learning*)¹⁸ que consta en la enseñanza en lengua extranjera de una asignatura no lingüística, así que es posible desarrollar competencias tanto en la materia tratada como en la lengua. La traducción juega un papel fundamental en todo eso: al final de los años Noventa del siglo XX se ha afirmado una política lingüística que guarda el mantenimiento de las diferencias culturales y los aspectos del multilingüismo, expresada por la publicación (1996) del QCER (Council of Europe, 2001) que se refiere a los enseñantes de lenguas y a los autores de materiales didácticos. Se subraya la importancia de la traducción como mediación, y no como simple trasposición de lingüística, con un específico significado de “interpretación dialógica”. La diversidad cultural lleva siempre conflictos y los traductores – mediadores son llamados a prevenir incomprendiones o incidentes comunicativos causados de una non – compartición de la misma lengua o cultura. Pero no se tiene que idealizar la

¹⁸ Balboni Paolo, *Le sfide di Babele. Insegnare le lingue nelle società complesse*; Torino, UTET UniversitAA, 2008, pag. 197

figura de mediator porque en algunos casos el conflicto queda muchas veces causado de una actitud etnos - céntrica donde predomina una cultura sobre la otra, como explica Pierangela Diadori en su manual *Tradurre: una prospettiva interculturale*¹⁹ (2018, p. 91): en las traducciones a carácter político – religioso de artículos, dibujos, textos árabes y en lengua hebrea del Middle East Research Institute y en la traducción de programas radiofónicos del Este Europa en 1989 por parte de los países occidentales que hacían propaganda contra la Unión Soviética.

Resumiendo, el poder del traductor se encuentra en su facultad de elección: sus elecciones entre la increíble extensión y gran variedad del universo de la traducción son la llave para una buena versión del texto que no excluye la posibilidad de otras variantes, sino que refleja el bagaje cultural, la emotividad, la componente personal y la visión del mundo del traductor que puede convertirse en un puente que colega dos dimensiones y tradiciones culturales distintas o, al revés, el constructor de barreras que tienen que ser destruidas para permitir una correcta comunicación. La traducción no es única es una realidad plural: testimonios son los diferentes epítetos que han definido esta actividad en el curso de los siglos y en los diferentes lugares del mundo: se presta en consideración el término *mihurtu* que deriva del verbo *maharu*, o sea “armonía”, “coincidencia”, “encuentro”, utilizado para identificar los escribas del II milenio a. C. en Oriente; o la palabra del sanscrito *chaya* que significa “sombra” que en India se refiere a Chaya, la Diosa Sombra que sustituyó Sanjna, la verdadera mujer del Dios Sol Surya: en este caso la traducción es interpretada como sobra del texto original, del cual puede diferir. En el mundo griego no existía una verdadera definición para la traducción, de hecho, cualquier lengua no – griega era considerada inferior. El verbo “traducir” se podía identificar en el verbo *metafràzo*²⁰ que significa “decir de manera diferente”. Los romanos utilizaban el verbo *exprimere*²¹, es decir “expresar palabra de palabra”, y después *vertere* o sea “volcar” que sobrentiende el proceso de reelaboración y adaptación de la obra de traducción. En la Francia de 1600 se utilizaba el epíteto de traducción “bellas e infieles” que reflejaba el proceso de actualización de los textos traducidos a la cultura y al gusto francés del tiempo con la intención de mejorar el original.

Llegamos a la definición actual de “traducción” que encontramos en el diccionario de la lengua Española RAE, que no es única sino múltiple y que refleja la complejidad del acto de traducir, su natura multifacética y sus infinitas sombras:

Traducción

- 1- f. Acción y efecto de traducir:
- 2- f. Obra del traductor:

¹⁹ Diadori Pierangela, *Tradurre una prospettiva interculturale*, Roma, Carocci editore, 2018, pag. 91

²⁰ De *metà*, preposición que significa “cambio” y *phrazo*, o sea “digo”.

- 3- f. Interpretación que se da a un texto:
- 4- **Traducción directa:** f. traducción que se hace de un idioma extranjero al idioma del traductor.
- 5- **Traducción inversa:** f. traducción que se hace del idioma del traductor a un idioma extranjero.
- 6- **Traducción libre:** f. traducción que, siguiendo el sentido del texto, se aparta del original en la elección de la expresión.
- 7- **Traducción literal:** f. traducción que sigue palabra por palabra el texto original.

2.2 El problema de los realia

Como se ha dicho antes, cada texto es único y no es simplemente un producto lingüístico, sino que es consecuencia de su propio contexto cultural y de la carga emotiva que el autor quiere darle, de su personal interpretación del mundo y de su visión de la realidad. Entonces, el texto es una unidad compleja y caracterizada por sombras y varias posibilidades interpretativas: no existe una traducción universal que tenga validez en absoluto, sino muchas traducciones potenciales entre las cuales el traductor puede elegir en la constante búsqueda de la mejor opción posible para expresar el mensaje del original en otra lengua y, sobretodo, en otra cultura.

En particular, la dimensión cultural es el elemento llave en la actividad de traducción como afirma Bruno Osimo²²:

La traduzione non c'entra nulla con le lingue, tant'è che si traduce anche all'interno di una stessa lingua [...] Semmai c'entra il linguaggio, inteso a prescindere dalle singole lingue, come fenomeno di specializzazione di una lingua in un certo contesto.

El traductor es un autor también y tiene que dominar adecuadamente las técnicas de escritura, reconocer los registros lingüísticos de la *source – culture* y encontrar soluciones que satisfacen la *target – culture*, tiene que conocer muy bien la historia y la cultura del país donde se ha producido el texto así que pueda mediar entre este bagaje cultural y lo que es el suyo y ser el “puente” entre esas dos realidades. Esta mediación no es solo lingüística sino “de significado” también: el texto tiene que ser accesible a una dimensión cultural que no es la propia; hay dos perspectivas: el texto tiene que ser integro así que se habla de *adecuación* o accesible así que se habla de *aceptabilidad*²³. Ambas las opciones presentan controversias.

²² <http://www.google.it/amp/s/linguaenauti.com/2017/03/28/bruno-osimo-la-traduzione-e-un-conflitto-ideologico/amp/>

²³ Nos referimos al traductor y lingüista israelí Gideon Toury (1942 – 2016). Se recuerda por ser director de los periódicos “Target” y “TRANSST” y de la School of Cultural Studies. En su actividad de traductor se destacó por subrayar la importancia de las necesidades de la cultura receptora a las que el texto tiene que dar

Es decir, el trabajo del traductor es muy complejo y variado y una de las más frecuentes dificultades de traducción relacionadas al aspecto cultural es representada por el problema de los *realia*. Hay un particular material que se desarrolla en la vida cotidiana, donde la manera de vivir de un pueblo, los detalles prosaicos, de la vida social, reglan el nacimiento espontáneo de algunas formas expresivas que cuando son trasladadas a la literatura se convierten en elementos difíciles de traducir. Estas formas expresivas penetran en el vocabulario y llegan a caracterizar el hablado no tanto lingüístico, sino cultural de un pueblo. En resumen, los *realia* son palabras o locuciones culturales – específicas que pertenecen a una determinada lengua/cultura y que, en cuanto tales, no corresponden precisamente a ningún otro término.

Para ser más precisos se mencionan algunas definiciones del término “*realia*”; en particular, se consideran los ocho capítulos que Bruno Osimo ha dedicado a esta temática en su curso de traducción online para *Logos* y su célebre obra *Il manuale del traduttore* donde propone un párrafo sobre los problemas de la traducción y algunas posibles soluciones. Osimo retoma el trabajo de investigación de dos estudiosos búlgaros Sergej Vlahov y Sider Florin, que en 1980 publicaron un libro dedicado a lo que normalmente se considera “intraducible”:

Palabras o locuciones compuestas de la lengua popular que representan denominaciones de objetos, conceptos, fenómenos típicos de un ambiente geográfico, de una cultura, de la vida material o de peculiaridades históricas y sociales de un pueblo o de una nación, de un país o de una tribu y que entonces llevan un carácter nacional, local, histórico; estas palabras no tienen una correspondencia precisa en otras lenguas.
(Vlahov; Florin, 1969: 438)²⁴

En su artículo *De vertaling van realia* traductor holandés Diederik Grit nomina dos tipos de *realia*:

- I fenomeni concreti o concetti categorici che sono pertinenti a un determinato paese o area culturale che non trovano alcuna corrispondenza in nessun altro luogo .
I termini utilizzati per questi fenomeni e concetti²⁵.

En el ámbito del estudio de la traducción tenemos que concéntranos en la calidad terminológica: “*realia*” no indica los objetos, sino los signos, las palabras y, más precisamente, las que designan objetos de la cultura material especialmente de carácter local. Como declaran Vlahov y Florin:

En cada lengua hay palabras que, sin distinguirse de ninguna manera en el original del texto verbal, no se prestan a ser transmitidas en otra lengua con los medios usuales y requieren al traductor una actitud particular: algunas pueden pasar al texto de traducción en forma invariada (transcripción), otras pueden solo en parte conservar en traducción su estructura morfológica o fonética, otras más tienen que ser sustituidas con unidades léxicas que tienen un valor totalmente diferente de aspecto, hasta ser “compuestas”...

cuenta. Él acuñó los términos *acceptabilidad* y *adecuación* que corresponden a dos diferentes principios de traducción del texto.

²⁴ courses.logos.it/IT/3_37.html

²⁵ Grit, Diederik; *De Vertaling Van Realia*, in Diederik over Vertolen; Tom Naaijken e.a. (Tilburg: Vantilt, 2004): 279

(Vlahov; Florin, 1969: 432)

Más allá de las diferencias lingüísticas no se tiene que confundir los “realia” con los “términos”; la opinión de Vlahov y Florin es:

Entre términos y realia existe una diferencia significativa. Los términos son la base del léxico científico; su campo de acción es la literatura especializada, científica; en las otras esferas, sobretudo en la literatura artística, son usados con un preciso fin estilístico. Los realia no se encuentran principalmente en la literatura artística donde, como se sabe ya, representan elementos de carácter local y histórico; los encontramos en algunas ciencias descriptivas también, pero sobretudo como denominaciones de objetos de descripción o incluso, como términos puros (Vlahov; Florin, 1969: 433)

Un ejemplo de realia puede ser representado por la palabra inglés “pudding”, un dulce típico de la tradición nacional inglesa que se consume principalmente en el periodo de Navidad; el significado de este término quedará perfectamente claro a un hablante nativo inglés pero no es así para un hablante italiano, español, francés... Esta palabra necesita de algunas clarificaciones culturales necesarias al momento de traducir.

Entonces, no es verdad que los realia son completamente intraducibles: es suficiente adoptar algunas estrategias de traducción dado que, como afirma el lingüista danés Hjelmslev, “cualquier texto en cualquier lenguaje puede ser traducido en cualquier lenguaje ilimitado.”

Con estas premisas se puede declarar que la traducción de los realia implica una decisión muy difícil por parte del traductor que busca un equilibrio entre dos polos extremos que son lo de la *domesticación* – o sea el acercamiento del texto traducido al lector y a su cultura (target – oriented) donde el traductor intenta eliminar todo lo que puede parecer incomprensible – y el *extrañamiento* donde pasa el contrario (source – oriented): se intenta acercar el lector al texto dejando las realidades lingüísticas y culturales que caracterizan el prototexto. Osimo dice que las estrategias de traducción que pertenecen a la domesticación son las de sustitución, mientras que las que caracterizan el extrañamiento son las de conservación. En este capítulo se quiere explicarlas rápidamente. Las principales estrategias de sustitución son:

- *Descripción – explicación*: si en la cultura receptora la conservación del término extranjero no es suficiente se puede insertar una pequeña descripción o explicación, poniendo particular atención a que el texto traducido no resulte demasiado largo y pesado. Se tiene que señalarlas con unas notas al margen de la página.
- *Generalización*: como explica Bruno Osimo esta estrategia consta en hiperónimo que suaviza el contorno cultural y es típica de los textos literarios:

El principio de la sustitución con una expresión genérica de significado más amplio [...] El principio es adecuado cuando el traductor renuncia a traducir el carácter local, sabiendo que de tal manera logra transmitir la idea de la referencia objetual, material.

- *Sustitución con un análogo funcional*: es una estrategia que según Osimo puede ser utilizada para traducir textos pragmáticos, pero tiene que ser absolutamente evitada con los textos literarios, en cuanto consta del uso de un término que se refiere más o menos a la misma cosa en la target – culture. Aún más hay que tener cuidado con la transmisión del real sentido del texto, del efecto que se quiere obtener.
- *Glosario*: es la estrategia que se usa cuando ninguna de las otras precedentemente indicadas funciona o resulta adecuada. Añadir un glosario al final de la obra puede ser un justo compromiso entre el efecto exótico de las técnicas de conservación y el efecto de neutralización de las técnicas de sustitución; al mismo tiempo puede ser un método aburrido porque distrae al lector de la historia.

Por otra parte, las estrategias de conservación comprenden:

- *Conservación*: es el método más simple y más fiel al texto original porque no se modifica el término que queda igual en la traducción y funciona como préstamo en la cultura receptora.
- *Calco*: una buena técnica de traducción que consta en la traducción literaria del término: un ejemplo es lo de la palabra compuesta inglés “skycraper” que en italiano se traduce literalmente “palabra por palabra” “grattacielo” y lo mismo pasa en español “rascacielos”²⁶.

Tal vez puede ser oportuno combinar las diferentes estrategias de traducción para obtener un resultado que exprese aún más minuciosamente las sombras de significado del realia original²⁷.

2.3 La traducción de los textos narrativos

Especialmente interesante es la evaluación de la traducción de textos narrativos. En este caso, es necesario considerar la traducción como un producto relativamente autónomo con respecto a lo extranjero, porque presenta una diferencia substancial: la cultura destinataria.

El trabajo de traducción conlleva simultáneamente una pérdida y una ganancia: la primera es debida al proceso de descontextualización que es típico del traducir; es imposible traducir una literatura extranjera en otro idioma en manera total, porque el traductor tiene que eliminar o, precisamente, descontextualizar aquellos elementos textuales que no tienen significado comprensible por los lectores de la lengua destinataria, así que el contexto extranjero es inevitablemente perdido. Se trata

²⁶ Osimo, Bruno, *Corso di traduzione. Realia: trascrizione, traslitterazione e calchi*, 14/03/2010 courses.logos.it/IT/3_36.html

²⁷ Osimo, Bruno, *Corso di traduzione. Come tradurre i realia*, 14/03/2010 courses.logos.it/IT/3_38.html

de una pérdida en la forma y en el léxico, en el significado y en la sintaxis, en la fonética, prosodia y en las connotaciones, en la intertextualidad; pero al mismo tiempo el texto traducido ofrece una ganancia, dado que la traducción es sinónimo de re – contextualización. El traductor añade aspectos semánticos y formales simplemente re – escribiendo el texto en otra lengua: es casi exorbitante la creación en otro contexto. Entonces es correcto decir que la traducción, especialmente en el caso de un texto narrativo, comporta cada vez una ganancia lingüística y literaria, que trasciende el texto original y toma un significado suyo en la cultura destinataria, invocando tradiciones y valores autóctonos.

Obviamente, el texto original y la traducción presentan algunas conexiones en todas circunstancias, y estas conexiones pueden tener muchos aspectos diferentes, que se modificarán en el tiempo y en el espacio. Típicamente, los traductores contemporáneos suelen alejarse de las estructuras sintácticas del original, pero no se puede decir lo mismo para la semántica: ellos mantienen una equivalencia que se basa en el léxico, en los aspectos formales, en la trama, la descripción de los personajes, la perspectiva de la narración, en las características estilísticas, del ritmo, de la ironía y del lenguaje figurativo.

Sin embargo, cabe señalar que la dimensión semántica presenta algunos elementos que Lawrence Venuti llama efectos *reminder* (residuo) doméstico de la traducción, porque reflejan las condiciones lingüísticas y culturales de los receptores, así que no tienen una correspondencia unívoca con el texto original. Los *reminder* representan la manifestación más evidente de otro proceso típico de la traducción: el proceso de domesticación. Estas diferencias léxicas entre la lengua de origen y la lengua de traducción pueden causar algunas pérdidas formales y semánticas.

Considerando estas insuperables diferencias entre idiomas y tradiciones culturales, los traductores tienen que utilizar algunas estrategias para compensar las pérdidas que derivan de la traducción: especialmente por lo que concierne los *realia* que se han citado antes. Los *realia* son términos muy radicados en la cultura extranjera, que representan un problema traductor muy complejo y que abundan en los textos narrativos. Se pueden enfrentar con estrategias de sustitución o de traducción libre, entre otros.

Tampoco el estilo es inmune: tal vez, el traductor tiene que actuar algunas compensaciones estilísticas, por ejemplo mezclando los registros coloquial y formal para reflejar en manera eficaz la dimensión de la oralidad típica de cada situación. De hecho, la narración es un testimonio oficial que se pasa a una autoridad no bien definida.

Toda la cuestión de la compensación presenta una problemática de natura ética: Hasta que punto un traductor tiene que mantener viva las sombras de originalidad del texto? Hasta que punto puede

inscribir el texto traducido entre los valores domésticos de la cultura destinataria, sin producir una violencia etnos – céntrica que pone el riesgo de la anulación de estas diferencias?

Algunos célebres autores como el alemán Friedrich Schleiermacher y el francés Antoine Berman afirman que la traducción extrañante no tiene que ser interpretada como simple literalidad, pero tampoco como el ciego mantenimiento de términos extranjeros en el texto de traducción, aun si ambos pueden ser útiles en algunas determinadas situaciones²⁸. El traductor de textos narrativos puede elegir entre una estrategia de domesticación, o sea una reducción de la posición etnos – céntrica del original, y una estrategia extrañante que subraya las diferencias lingüísticas y culturales del texto extranjero. Tiene que mostrar respeto por el original porque eliminar completamente los extranjerismos es un acto inmoral, especialmente si el proceso de domesticación es pensadamente escondido, ilusorio. Más las lengua y los términos son heterogéneos, más es probable que el lector se de cuenta que el texto es una traducción, mejor dicho un trabajo que deriva de otro trabajo.

Como dice Armando Maggi, la característica principal del buen traductor es su ventriloquia, es decir la ausencia de su voz personal que no se tiene que percibir absolutamente en el proceso de lectura²⁹. El traductor tiene que articular un discurso, pero sus labios tienen que estar cerrados en un silencio obligado. Un traductor que deja indicios sobre su presencia en el texto es un traductor fallido: solamente el traductor mismo tiene que saber reconocer trazas de su pasaje. Todo esto es importante para el confronto de diferentes traducciones de un mismo texto: se busca la apropiación de un texto extranjero por un gran escritor, un autor que imponga un estilo único e inconfundible. Sobretudo en los textos narrativos, donde la narración es estrechamente ligada a una particular visión del mundo que el estilo del autor quiere comunicar. Hay algunos traductores que desean mostrar su propias características traductoras y estilísticas personales, como tratos identificativos de sus voces.

En otros casos – más frecuentes - el traductor no quiere dejar algún signo de su trabajo, haciendo sí que la traducción aparezca lo más silenciosa posible. La motivación de esta elección es de natura social: la compatibilidad del texto traducido es un elemento indispensable y el traductor es el mensajero que más sigue escondido en la recepción del mensaje, más comunica.

Otro elemento que se tiene que considerar cuando se traduce un texto, en particular un texto narrativo, es la nitidez: en la escritura como en la lectura. El texto tiene que ser claro, correcto, re – visionado. Cada texto original es como un acto de memoria en una tradición lingüística específica y cada traducción es un acto de memoria de otro acto de memoria, con un tono formal y serio, que insiste en las calidades y virtudes del original que intenta hacer suyas.

²⁸ Nasi Franco, *Sulla traduzione letteraria. Figure del traduttore – Studi sulla traduzione. Modi del tradurre*, Ravenna, Longo, 2001, pag.18

²⁹ *Ivi*, pag. 37.

El texto narrativo es muy complicado porque presenta muchos escollos, y su traducción es como un terrible rompecabezas, pero al mismo tiempo un pasatiempo maravilloso, que necesita de coherencia estilística y formal, que conlleva el conocimiento del público al que se dirige por el traductor, que tiene unas atmósferas, unas sensaciones, unas sombras particulares que se quieren re – evocar en la traducción. De hecho, muchas veces es más importante la fieltad del “espíritu” respecto a la fieltad literaria. Para el lingüista y traductor estadounidense Eugene Nida (1974 – 2011) ser fieles al texto original significa ser capaces de transmitir el contenido del mensaje a la cultura receptora, en el modo más espontáneo posible:

The message should not be appreciably harder for him (el receptor) to comprehend than it was to the original receptors. If it is too hard, he is likely to give up from discouragement or to feel that the results of his efforts are not proportionated to the investment of time and trouble. Of course, one can to some extent compensate for an inferior translation by placing great pressure upon the receptors to read and understand, but there is no real justification for this type of cultural bigotry or paternalism.³⁰

Entonces, la traducción tiene que hacer que el texto de origen sea cercano a las posibilidades interpretativas del lector, a sus usos perceptivos e intelectuales. Pero, esto no significa borrar completamente la distancia entre el consciente y el conocido, sino estimular un anhelo hacía algo que se ha perdido: es una experiencia única y particular, más cercana a una experiencia estética que intelectual. El traductor debe tener una actitud humilde, tiene que transportar los significados del texto original a la cultura destinataria, recordando que el original tiene que mantener su distancia y su independencia de la traducción. Es más, él tiene que forzar la lengua de traducción hacia el léxico, la sintaxis, las metáforas y la prosodia de la lengua de origen.

El objetivo es lo de anular cualquier actitud colonialista, de evitar de imponer una forzada domesticación, se tiene que respetar el otro, escuchar, alargar los horizontes personales.

A la base de cualquier trabajo de traducción queda siempre un utópico deseo de alcanzar una lengua perfecta y pura, como afirma Eco (1993).

Se ha visto como en el desarrollarse de las diferentes filosofías de la traducción en el curso de la historia, se han alternado los términos “fiel” e “infidel”: este binomio resulta bastante inútil e inconcluyente cuando nos encontramos en frente a un texto narrativo. Una obra narrativa parece irreducible e indefinible: el sistema literario es, de hecho, complejo y dinámico. Este aspecto de la traducción de textos narrativos subraya la fuerte relación entre la actividad de interpretación y la de traducción; muchas veces se han considerado estos dos términos sinónimos, dado que es necesario interpretar antes que traducir, para eliminar eventuales ambigüedades de significado. En realidad, se

³⁰ Nida, Eugene, *Toward a Science of Translating*, Leiden, E.J. Brill, 1964, p.132

puede tranquilamente notar que la traducción puede proceder en manera casi autónoma con respecto a la interpretación, dado que algunos traductores se ponen como objetivo el mantenimiento de las ambigüedades del texto original. Por ejemplo, Friedmar Apel pone el acento sobre el peligro de banalizar un texto cuando lo traducimos en una perspectiva de domesticación intensa.

Seguramente se tiene que reflexionar sobre la relación entre lengua y cultura, tanto de origen como de traducción: se tiene que adoptar una óptica de comprensión no perjudicante, como dice Apel “el significado de una afirmación o de un texto que se produce de vez en vez, nunca se puede conocer de su dinámica, sino tiene que ser comprendido y, como se sabe, esta comprensión es dinámica a su vez”.³¹

Considerando la natura del texto y el dinamismo de las lenguas y de las culturas implicadas en el proceso de traducción, se tendría que reconocer la multiplicidad de las practicas traductoras, de las cuestiones y de los objetivos de los traductores, y no imponer un modelo abstracto que refute esta diversidad de experiencias. Se necesita una actitud sistémica, abierta, multilateral, que evidencie la complejidad del proceso de traducción en todos sus aspectos: una actitud comparatista y interdisciplinar, que considere las figuras de los traductores, la historia de la practica y de la teoría, las ofertas de las diferentes disciplinas que se ocupan de literatura etc. ...

El traductor tiene que conocer no solamente las lenguas original y de traducción, sino también la filosofía, la acción comparatista y las teorías de la literatura, la etnología y la semiótica, la historia y la retorica.

Es absolutamente necesaria una ética del traducir que guarde las diversidades, dado que la lengua nunca es un simple medio de comunicación, sino una fuerza colectiva, una asimilación de formas que constituye un régimen semiótico.

También el elemento diacrónico es importante; resulta muy interesante comparar las diferentes traducciones de un mismo texto que se suceden a lo largo del tiempo: es un reflejo de la historia del gusto de una cultura y de las diferentes instituciones poéticas que esta cultura ha alternado a lo largo del tiempo. Todo eso representa un excelente material sobre la historia de la literatura, de los estilos, de las poéticas, de las innovaciones y de las tradiciones.

Naturalmente, una traducción resultará más agradable que otra, satisfecerà más o menos las expectativas del lector, pero todas contribuirán a la comprensión del texto, a su enriquecimiento, a su desarrollo.

Traducir es un modo para mantener en vida un texto, tanto cuando se pasa de una cultura a otra, como cuando se re – escribe un texto en la misma lengua que ha mudado a lo largo del tiempo. El placer

³¹ Apel, Friedmar, *Il movimento del linguaggio*, a cura di E. Mattioli e R. Novello, Milano, Marcos y Marcos, 1997, p. 27

que percibe el traductor es lo de encontrar soluciones cada vez más eficaces, algo que tiene características de juego. La solución traductora nunca es obvia, sino resultaría inútil seguir traduciendo textos como los grandes clásicos. Las historias de las narrativas demuestran que las soluciones inesperadas que provienen de la inmensa tensión hacia lo nuevo y la tradición empujan los traductores a “enfrentar” los textos. Como explica Apel:³²”la traducción parece el resultado momentáneo y nunca definitivo de una serie de relaciones intrincadas que permiten a un texto de vivir en virtud de su movimiento. Para poder percibir el aliento de este texto en sus varias transformaciones, es necesario obtener una paciente e total capacidad de escuchar.

³² Nasi, Franco, *Sulla Traduzione letteraria. Figure del traduttore – Studi sulla traduzione. Modi del tradurre*, Ravenna, Longo, 2001, p. 149

3- El texto

3.1 El texto original

3.1.1 Capítulo I

Por dificultades en el último momento para adquirir billetes, llegué a Barcelona a medianoche, en un tren distinto del que había anunciado y no me esperaba nadie.

Era la primera vez que viajaba sola, pero no estaba asustada; por el contrario, me parecía una aventura agradable y excitante aquella profunda libertad en la noche. La sangre, después del viaje largo y cansado, me empezaba a circular en las piernas entumecidas y con una sonrisa de asombro miraba la gran estación de Francia y los grupos que se formaban entre las personas que estaban aguardando el expreso y los que llegábamos con tres horas de retraso.

El olor especial, el gran rumor de la gente, las luces siempre tristes, tenían para mí un gran encanto, ya que envolvía todas mis impresiones en la maravilla de haber llegado por fin a una ciudad grande, adorada en mis ensueños por desconocida.

Empecé a seguir —una gota entre la corriente— el rumbo de la masa humana que, cargada de maletas, se volcaba en la salida. Mi equipaje era un maletón muy pesado —porque estaba casi lleno de libros— y lo llevaba yo misma con toda la fuerza de mi juventud y de mi ansiosa expectación.

Un aire marino, pesado y fresco, entró en mis pulmones con la primera sensación confusa de la ciudad: una masa de casas dormidas; de establecimientos cerrados; de faroles como centinelas borrachos de soledad. Una respiración grande, dificultosa, venía con el cuchicheo de la madrugada. Muy cerca, a mi espalda, enfrente de las callejuelas misteriosas que conducen al Borne, sobre mi corazón excitado, estaba el mar.

Debía parecer una figura extraña con mi aspecto risueño y mi viejo abrigo que, a impulsos de la brisa, me azotaba las piernas, defendiendo mi maleta, desconfiada de los obsequiosos *canalices*.

Recuerdo que, en pocos minutos, me quedé sola en la gran acera, porque la gente corrida a coger los escasos taxis o luchaba por arracimarse en el tranvía.

Uno de esos viejos coches de caballos que han vuelto a surgir después de la guerra se detuvo delante de mí y lo tomé sin titubear, causando la envidia de un señor que se lanzaba detrás de el desesperado, agitando el sombrero.

Corrí aquella noche en el desvencijado vehículo, por anchas calles vacías y atravesé el corazón de la ciudad lleno de luz a toda hora, como yo quería que estuviese, en un viaje que me pareció corto y que para mí se cargaba de belleza.

El coche dio la vuelta a la plaza de la Universidad y recuerdo que el bello edificio me conmovió como un grave saludo de bienvenida.

Enfilamos la calle de Aribau, donde vivían mis parientes, con sus plátanos llenos aquel octubre de espeso verdor y su silencio vivido de la respiración de mil almas detrás de los balcones apagados. Las ruedas del coche levantaban una estela de ruido, que repercutía en mi cerebro. De improviso sentí crujir y balancearse todo el armatoste. Luego quedó inmóvil.

—Aquí es —dijo el cochero.

Levanté la cabeza hacia la casa frente a la cual estábamos. Filas de balcones se sucedían iguales con su hierro oscuro, guardando el secreto de las viviendas. Los miré y no pude adivinar cuales serían aquellos a los que en adelante yo me asomaría. Con la mano un poco temblorosa di unas monedas al vigilante y cuando él cerró el portal detrás de mí, con gran temblor de hierro y cristales, comencé a subir muy despacio la escalera, cargada con mi maleta.

Todo empezaba a ser extraño a mi imaginación; los estrechos y desgastados escalones de mosaico, iluminados por la luz eléctrica, no tenían cabida en mi recuerdo.

Ante la puerta del piso me acometió un súbito temor de despertar a aquellas personas desconocidas que eran para mí, al fin y al cabo, mis parientes y estuve un rato titubeando antes de iniciar una tímida llamada a la que nadie contestó. Se empezaron a apretar los latidos de mi corazón y oprimí de nuevo el timbre. Oí una voz temblona:

«¡Ya va! ¡Ya va!».

Unos pies arrastrándose y unas manos torpes descorriendo cerrojos. Luego me pareció todo una pesadilla.

Lo que estaba delante de mí era un recibidor alumbrado por la única y débil bombilla que quedaba sujeta a uno de los brazos de la lámpara, magnífica y sucia de telarañas, que colgaba del techo. Un fondo oscuro de muebles colocados unos sobre otros como en las mudanzas. Y en primer término la mancha blanquinegra de una viejecita decrepita, en camisón, con una toquilla echada sobre los hombros. Quise pensar que me había equivocado de piso, pero aquella infeliz viejecilla conservaba una sonrisa de bondad tan dulce, que tuve la seguridad de que era mi abuela.

—¿Eres tú, Gloria? —dijo cuchicheando. Yo negué con la cabeza, incapaz de hablar, pero ella no podía verme en la sombra.

—Pasa, pasa, hija mía. ¿Qué haces ahí? ¡Por Dios! ¡Que no se dé cuenta Angustias de que vuelves a estas horas!

Intrigada, arrastré la maleta y cerré la puerta detrás de mí. Entonces la pobre vieja empezó a balbucear algo, desconcertada.

—¿No me conoces, abuela? Soy Andrea.

—¿Andrea?

Vacilaba. Hacia esfuerzos por recordar. Aquello era lastimoso.

—Sí, querida, tu nieta... no pude llegar esta mañana como había escrito.

La anciana seguía sin comprender gran cosa, cuando de una de las puertas del recibidor salió en pijama un tipo descarnado y alto que se hizo cargo de la situación. Era uno de mis tipos, Juan. Tenía la cara llena de concavidades, como una calavera a la luz de la única bombilla de la lámpara.

En cuanto él me dio unos golpecitos en el hombro y me llamó sobrina, la abuelita me echó los brazos al cuello con los ojos claros llenos de lágrimas y dijo «pobrecita» muchas veces.

En toda aquella escena había algo angustioso, y en el piso un calor sofocante como si el aire estuviera estancado y podrido. Al levantar los ojos vi que habían aparecido varias mujeres fantasmales. Casi sentí erizarse mi piel al vislumbrar a una de ellas, vestida con un traje negro que tenía trazas de camisón de dormir. Todo en aquella mujer parecía horrible y desastrado, hasta la verdosa dentadura que me sonreía. La seguía un perro, que bostezaba ruidosamente, negro también el animal, como una prolongación de su luto. Luego me dijeron que era la criada, pero nunca otra criatura me ha producido impresión más desagradable.

Detrás de tío Juan había aparecido otra mujer flaca y joven con los cabellos revueltos, rojizos, sobre la aguda cara blanca y una languidez de sábanas colgada, que aumentaba la penosa sensación del conjunto.

Yo estaba aún, sintiendo la cabeza de la abuela sobre mi hombro, apretada por su abrazo y todas aquellas figuras me parecían igualmente alargadas y sombrías. Alargadas, quietas y tristes, como luces de un velatorio de pueblo.

—Bueno, ya está bien, mamá, ya está bien —dijo una voz seca y como resentida.

Entonces supe que aún había otra mujer a mi espalda. Sentí una mano sobre mi hombro y otra en mi barbilla. Yo soy alta, pero mi tía Angustias lo era más y me obligó a mirarla así. Ella manifestó cierto desprecio en su gesto. Tenía los cabellos entrecanos que le bajaban a los hombros y cierta belleza en su cara oscura y estrecha.

—¡Vaya un plantón que me hiciste dar esta mañana, hija!... ¿Cómo me podía yo imaginar que ibas a llegar de madrugada?

Había soltado mi barbilla y estaba delante de mí con toda la altura de su camisón blanco y de su bata azul.

—Señor, Señor, ¡qué trastorno! Una criatura así, sola... Oí gruñir a Juan.

—¡Ya está la bruja de Angustias estropeándolo todo! Angustias aparentó no oírlo.

—Bueno, tú estarás cansada. Antonia —ahora se dirigía a la mujer enfundada de negro—, tiene usted que preparar una cama para la señorita.

Yo estaba cansada y, además, en aquel momento, me sentía espantosamente sucia. Aquellas gentes moviéndose o mirándome en un ambiente que la aglomeración de cosas ensombrecía, parecían haberme cargado con todo el calor y el hollín del viaje, del que antes me había olvidado. Además, deseaba angustiosamente respirar un soplo de aire puro.

Observé que la mujer desgreñada me miraba sonriendo, abobada por el sueño, y miraba también mi maleta

con la misma sonrisa. Me obligó a volver la vista en aquella dirección y mi compañera de viaje me pareció un poco conmovedora en su desamparo de pueblerina. Pardusca, amarrada con cuerdas, siendo, a mi lado, el centro de aquella extraña reunión.

Juan se acercó a mí:

—¿No conoces a mi mujer, Andrea?

Y empujó por los hombros a la mujer despeinada.

—Me llamo Gloria —dijo ella.

Vi que la abuelita nos estaba mirando con una ansiosa sonrisa.

—¡Bah, bah!... ¿Qué es eso de daros la mano? Abrazaos, niña..., ¡así, así!

Gloria me susurró al oído:

—¿Tienes miedo?

Y entonces casi lo sentí, porque vi la cara de Juan que hacía muecas nerviosas mordiéndose las mejillas. Era que trataba de sonreír.

Volvió tía Angustias autoritaria.

—¡Vamos!, a dormir, que es tarde.

—Quisiera lavarme un poco —dije.

—¿Cómo? ¡Habla más fuerte! ¿Lavarte? Los ojos se abrían asombrados sobre mí. Los ojos de Angustias y de todos los demás.

—Aquí no hay agua caliente —dijo al fin Angustias. —No importa...

—¿Te atreverás a tomar una ducha a estas horas?

—Sí —dije—, sí.

¡Qué alivio el agua helada sobre mi cuerpo! ¡Qué alivio estar fuera de las miradas de aquellos seres originales! Pensé que allí, el cuarto de baño no se debía utilizar nunca. En el manchado espejo del lavabo —¡qué luces macilentas, verdosas, había en toda la casa! —se reflejaba el bajo techo cargado

de telas de arañas, y mi propio cuerpo entre los hilos brillantes del agua, procurando no tocar aquellas paredes sucias, de puntillas sobre la roñosa bandera de porcelana.

Parecía una casa de brujas aquel cuarto de baño. Las paredes tiznadas conservaban la huella de manos ganchudas, de gritos de desesperanza. Por todas partes los desconchados abrían sus bocas desdentadas rezumantes de humedad. Sobre el espejo, porque no cabía en otro sitio, habían colocado un bodegón macabro de besugos pálidos y cebollas sobre fondo negro. La locura sonreía en los grifos torcidos.

Empecé a ver cosas extrañas como los que están borrachos. Bruscamente cerré la ducha, el cristalino y protector hechizo, y quedé sola entre la suciedad de las cosas.

No sé como pude llegar a dormir aquella noche. En la habitación que me habían destinado se veía un gran piano con las teclas al descubierto. Numerosas cornucopias —algunas de gran valor— en las paredes. Un escritorio chino, cuadros, muebles abigarrados. Parecía la buhardilla de un palacio abandonado, y era, según supe, el salón de la casa.

En el centro, como un túmulo funerario rodeado por dolientes seres —aquella doble fila de sillones destripados—, una cama turca, cubierta por una manta negra, donde yo debía dormir. Sobre el piano habían colocado una vela, porque la gran lámpara del techo no tenía bombillas.

Angustias se despidió de mí haciendo en mi frente la señal de la cruz, y la abuela me abrazó con ternura. Sentí palpar su corazón como un animalillo contra mi pecho.

—Si te despiertas asustada, llámame, hija mía —dijo con su vocecilla temblona.

Y luego, en un misterioso susurro a mi oído:

– Yo nunca duermo, hijita, siempre estoy haciendo algo en la casa por las noches. Nunca, nunca duermo.

Al fin se fueron dejándome con la sombra de los muebles que la luz de la vela hinchaba llenando de palpitations y profunda vida. El hedor que se advertía en toda la casa llegó en una ráfaga más fuerte. Era un olor a porquería de gato. Sentí que me ahogaba y trepé en peligroso alpinismo sobre el respaldo de un sillón para abrir una puerta que aparecía entre cortinas de terciopelo y polvo. Pude lograr mi intento en la medida que los muebles lo permitían y vi que comunicaba con una de esas galerías abiertas que dan tanta luz a las casas barcelonesas. Tres estrellas temblaban en la suave negrura de arriba y al verlas tuve unas ganas súbitas de llorar, como si viera amigos antiguos, bruscamente recobrados.

Aquel iluminado palpar de las estrellas me trajo en un tropel toda mi ilusión a través de Barcelona, hasta el momento de entrar en este ambiente de gentes y de muebles endiablados. Tenía miedo de meterme en aquella cama parecida a un ataúd. Creo que estuve temblando de indefinibles terrores cuando apagué la vela.

3.1.2 Capítulo II

Al amanecer, las ropas de la cama, revueltas, estaban en el suelo. Tuve frío y las atraje sobre mi cuerpo.

Los primeros tranvías empezaban a cruzar la ciudad, y amortiguado por la casa cerrada, llegó hasta mí el tintineo de uno de ellos, como en aquel verano de mis siete años, cuando mi última visita a los abuelos. Inmediatamente tuve una percepción nebulosa, pero tan vivida y fresca como si me la trajera el olor de una fruta recién cogida, de lo que era Barcelona en mi recuerdo: este ruido de los primeros tranvías, cuando tía Angustias cruzaba ante mi camita improvisada para cerrar las persianas que dejaban pasar ya demasiada luz. O por las noches, cuando el calor no me dejaba dormir y el traqueteo subía la cuesta de la calle de Aribau, mientras la brisa traía olor a las ramas de los plátanos, verdes y polvorientos, bajo el balcón abierto. Barcelona era también unas aceras anchas, húmedas de riego, y mucha gente bebiendo refrescos en un café... Todo lo demás, las grandes tiendas iluminadas, los autos, el bullicio, y hasta el mismo paseo del día anterior desde la estación, que yo añadía a mi idea de la ciudad, era algo pálido y falso, construido artificialmente como lo que demasiado trabajado y manoseado pierde su frescura original.

Sin abrir los ojos sentí otra vez una oleada venturosa y cálida. Estaba en Barcelona. Había amontonado demasiados sueños sobre este hecho concreto para no parecerme un milagro aquel primer rumor de la ciudad diciéndome tan claro que era una realidad verdadera como mi cuerpo, como el roce áspero de la manta sobre mi mejilla. Me parecía haber soñado cosas malas, pero ahora descansaba en esta alegría.

Cuando abrí los ojos vi a mi abuela mirándome. No a la viejecita de la noche anterior, pequeña y consumida, sino a una mujer de cara ovalada bajo el velillo de tul de un sombrero a la moda del siglo pasado. Sonreía muy suavemente, y la seda azul de su traje tenía una tierna palpitación. Junto a ella, en la sombra, mi abuelo, muy guapo, con la espesa barba castaña y los ojos azules bajo las cejas rectas.

Nunca les había visto juntos en aquella época de su vida, y tuve curiosidad por conocer el nombre del artista que firmaba los cuadros. Así eran los dos cuando vinieron a Barcelona hacía cincuenta años. Había una larga y difícil historia de sus amores —no recordaba ya bien qué..., quizás algo relacionado con la pérdida de una fortuna—. Pero en aquel tiempo el mundo era optimista y ellos se querían mucho. Estrenaron este piso de la calle de Aribau, que entonces empezaba a formarse. Había muchos solares aún, y quizás el olor a tierra trajera a mi abuela reminiscencias de algún jardín de otros sitios. Me la imaginé con ese mismo traje azul, con el mismo gracioso sombrero, entrando por

primera vez en el piso vacío, que olía aún a pintura. «Me gustará vivir aquí — pensaría al ver a través de los cristales el descampado—, es casi en las afueras, ¡tan tranquilo!, y esta casa es tan limpia, tan nueva...» Porque ellos vinieron a Barcelona con una ilusión opuesta a la que a mí me trajo: el descanso, en un trabajo seguro y metódico. Fue su puerto de refugio la ciudad que a mí se me antojaba como palanca de mi vida.

Aquel piso de ocho balcones se llenó de cortinas —encajes, terciopelos, lazos—; los baúles volcaron su contenido de fruslerías, algunas valiosas. Relojes historiados dieron a la casa su latido vital. Un piano —¿cómo podía faltar? —, sus lánguidos aires cubanos en el atardecer.

Aunque no eran muy jóvenes tuvieron muchos niños, como en los cuentos... Mientras tanto, la calle de Aribau crecía. Casas tan altas como aquélla y más altas aún formaron las espesas y anchas manzanas. Los árboles estiraron sus ramas y vino el primer tranvía eléctrico para darle su peculiaridad. La casa fue envejeciendo, se le hicieron reformas, cambió de dueños y de porteros varias veces, y ellos siguieron como una institución inmutable en aquel primer piso.

Cuando yo era la única nieta pasé allí las temporadas más excitantes de mi vida infantil. La casa ya no era tranquila. Se había quedado encerrada en el corazón de la ciudad. Luces, ruidos, el oleaje entero de la vida rompía contra aquellos balcones con cortinas de terciopelo. Dentro también desbordaba; había demasiada gente. Para mí aquel bullicio era encantador. Todos los tíos me compraban golosinas y me premiaban las picardías que hacía a los otros. Los abuelos tenían ya el pelo blanco, pero eran aún fuertes y reían todas mis gracias. ¿Todo esto podía estar tan lejano?...

Tenía una sensación de inseguridad frente a todo lo que allí había cambiado, y esta sensación se agudizó mucho cuando tuve que pensar en enfrentarme con los personajes que había entrevisto la noche antes. «¿Cómo serán?», pensaba yo. Y estaba, allí, en la cama, vacilando, sin atreverme a afrontarlos.

La habitación con la luz del día había perdido su horror, pero no su desarreglo espantoso, su absoluto abandono. Los retratos de los abuelos colgaban torcidos y sin marco de una pared empapelada de oscuro con manchas de humedad, y un rayo de sol subía hasta ellos.

Me complací en pensar en que los dos estaban muertos hacía años. Me complací en pensar que nada tenía que ver la joven del velo de tul con la pequeña momia irreconocible que me había abierto la puerta. La verdad era, sin embargo, que ella vivía, aunque fuera lamentable, entre la cargazón de trastos inútiles que con el tiempo se habían ido acumulando en su casa.

Tres años hacía que, al morir el abuelo, la familia había decidido quedarse sólo con la mitad del piso. Las viejas chucherías y los muebles sobrantes fueron una verdadera avalancha, que los trabajadores

encargados de tapiar la puerta de comunicación amontonaron sin método unos sobre otros. Y ya se quedó la casa en el desorden provisional que ellos dejaron.

Vi, sobre el sillón al que yo me había subido la noche antes, un gato despeluzado que lamía sus patas al sol. El bicho parecía ruinoso, como todo lo que le rodeaba. Me miró con sus grandes ojos al parecer dotados de individualidad propia; algo así como si fueran unos lentes verdes y brillantes colocados sobre el hociquillo y sobre los bigotes canosos. Me restregué los párpados y volví a mirarle. Él enarcó el lomo y se le marcó el espinazo en su flaquísimo cuerpo. No pude menos de pensar que tenía un singular aire de familia con los demás personajes de la casa; como ellos, presentaba un aspecto excéntrico y resultaba espiritualizado, como consumido por ayunos largos, por la falta de luz y quizá por las cavilaciones. Le sonreí y empecé a vestirme.

Al abrir la puerta de mi cuarto me encontré en el sombrío y cargado recibidor hacia el que convergían casi todas las habitaciones de la casa. Enfrente aparecía el comedor, con un balcón abierto al sol. Tropecé, en mi camino hacia allí, con un hueso, pelado seguramente por el perro. No había nadie en aquella habitación, a excepción de un loro que rumiaba cosas suyas, casi riendo. Yo siempre creí que aquel animal estaba loco. En los momentos menos oportunos chillaba de un modo espeluznante. Había una mesa grande con un azucarero vacío abandonado encima. Sobre una silla, un muñeco de goma desteñido.

Yo tenía hambre, pero no había nada comestible que no estuviera pintado en los abundantes bodegones que llenaban las paredes, y los estaba mirando, cuando me llamó tía Angustias.

El cuarto de mi tía comunicaba con el comedor y tenía un balcón a la calle. Ella estaba de espaldas, sentada frente al pequeño escritorio. Me paré, asombrada, a mirar la habitación porque aparecía limpia y en orden como si fuera un mundo aparte en aquella casa. Había un armario de luna y un gran crucifijo tapiando otra puerta que comunicaba con el recibidor; al lado de la cabecera de la cama, un teléfono.

La tía volvía la cabeza para mirar mi asombro con cierta complacencia. Estuvimos un rato calladas y yo inicié desde la puerta una sonrisa amistosa. —Ven, Andrea —me dijo ella—. Siéntate.

Observé que con la luz del día Angustias parecía haberse hinchado, adquiriendo bultos y formas bajo su guardapolvo verde, y me sonreí pensando que mi imaginación me jugaba malas pasadas en las primeras impresiones.

—Hija mía, no sé cómo te han educado...

(Desde los primeros momentos, Angustias estaba empezando a hablar como si se preparase para hacer un discurso.)

Yo abrí la boca para contestarle, pero me interrumpió con un gesto de su dedo.

—Ya sé que has hecho parte de tu bachillerato en un colegio de monjas y que has permanecido allí durante casi toda la guerra. Eso, para mí, es una garantía. Pero... esos dos años junto a tu prima —la familia de tu padre ha sido siempre muy rara—, en el ambiente de un pueblo pequeño, ¿cómo habrán sido? No te negaré, Andrea, que he pasado la noche preocupada por ti, pensando... Es muy difícil la tarea que se me ha venido a las manos. La tarea de cuidar de ti, de moldearte en la obediencia... ¿Lo conseguiré? Creo que sí. De ti depende facilitármelo.

No me dejaba decir nada y yo tragaba sus palabras por sorpresa, sin comprenderlas bien.

—La ciudad, hija mía, es un infierno. Y en toda España no hay una ciudad que se parezca más al infierno que Barcelona... Estoy preocupada con que anoche vinieras sola desde la estación. Te podía haber pasado algo. Aquí vive la gente aglomerada, en acecho unos contra otros. Toda prudencia en la conducta es poca, pues el diablo reviste tentadoras formas... Una joven en Barcelona debe ser como una fortaleza. ¿Me entiendes?

—No, tía. Angustias me miró. —No eres muy inteligente, nenita. Otra vez nos quedamos calladas. Te lo diré de otra forma: eres mi sobrina; por lo tanto, una niña de buena familia, modosa, cristiana e inocente. Si yo no me ocupara de ti para todo, tú en Barcelona encontrarías multitud de peligros. Por lo tanto, quiero decirte que no te dejaré dar un paso sin mi permiso. ¿Entiendes ahora?

—Sí.

—Bueno, pues pasemos a otra cuestión. ¿Por qué has venido? Yo contesté rápidamente: —Para estudiar.

(Por dentro, todo mi ser estaba agitado con la pregunta.)

—Para estudiar letras, ¿eh?... Sí, ya he recibido una carta de tu prima Isabel. Bueno, yo no me opongo, pero siempre que sepas que todo nos lo deberás a nosotros, los parientes de tu madre. Y que gracias a nuestra caridad lograrás tus aspiraciones.

—Yo no sé si tú sabes...

—Sí; tienes una pensión de doscientas pesetas al mes, que en esta época no alcanzará ni para la mitad de tu manutención... ¿No has merecido una beca para la universidad?

—No, pero tengo matrículas gratuitas.

—Eso no es mérito tuyo, sino de tu orfandad. Otra vez estaba ya confusa, cuando Angustias reanudó la conversación de un modo insospechado.

—Tengo que advertirte algunas cosas. Si no me doliera hablar mal de mis hermanos te diría que después de la guerra han quedado un poco mal de los nervios... Sufrieron mucho los dos, hija mía, y con ellos sufrió mi corazón... Me lo pagan con ingratitudes, pero yo les perdono y rezo a Dios por ellos. Sin embargo, tengo que ponerte en guardia...

Bajó la voz hasta terminar en un susurro casi tierno:

—Tu tío Juan se ha casado con una mujer nada conveniente. Una mujer que está estropeando su vida... Andrea; si yo algún día supiera que tú eras amiga de ella, cuenta con que me darías un gran disgusto, con que yo me quedaría muy apenada...

Yo estaba sentada frente a Angustias en una silla dura que se me iba clavando en los muslos bajo la falda. Estaba además desesperada porque me había dicho que no podría moverme sin su voluntad. Y la juzgaba, sin ninguna compasión, corta de luces y autoritaria. He hecho tantos juicios equivocados en mi vida, que aún no sé si éste era verdadero. Lo cierto es que cuando se puso blanda al hablarme mal de Gloria, mi tía me fue muy antipática. Creo que pensé que tal vez no me iba a resultar desagradable disgustarla un poco, y la empecé a observar de reojo. Vi que sus facciones, en conjunto, no eran feas y sus manos tenían, incluso, una gran belleza de líneas. Yo le buscaba un detalle repugnante mientras ella continuaba su monólogo de órdenes y consejos, y al fin, cuando ya me dejaba marchar, vi sus dientes de color sucio...

—Dame un beso, Andrea —me pedía ella en ese momento.

Rocé su pelo con mis labios y corrí al comedor antes de que pudiera atraparme y besarme a su vez. En el comedor había gente ya. Inmediatamente vi a Gloria que, envuelta en un quimono viejo, daba a cucharadas un plato de papilla espesa a un niño pequeño. Al verme, me saludó sonriente.

Yo me sentía oprimida como bajo un cielo pesado de tormenta, pero al parecer no era la única que sentía en la garganta el sabor a polvo que da la tensión nerviosa.

Un hombre con el pelo rizado y la cara agradable e inteligente se ocupaba de engrasar una pistola al otro lado de la mesa. Yo sabía que era otro de mis tíos: Román. Vino enseguida a abrazarme con mucho cariño. El perro negro que yo había visto la noche anterior, detrás de la criada, le seguía a cada paso. Me explicó que se llamaba *Trueno* y que era suyo; los animales parecían tener por él un afecto instintivo. Yo misma me sentí alcanzada por una ola de agrado ante su exuberancia afectuosa. En honor mío, él sacó el loro de la jaula y le hizo hacer algunas gracias. El animalejo seguía murmurando algo como para sí; entonces me di cuenta de que eran palabrotas. Román se reía con expresión feliz.

—Está muy acostumbrado a oírlas el pobre bicho.

Gloria, mientras tanto, nos miraba embobada, olvidando la papilla de su hijo. Román tuvo un cambio brusco que me desconcertó.

—Pero ¿has visto qué estúpida esa mujer? —me dijo casi gritando y sin mirarla a ella para nada—. ¿Has visto cómo me mira ésa? Yo estaba asombrada. Gloria, nerviosa, gritó:

—No te miro para nada, chico.

—¿Te fijas? —siguió diciéndome Román—. Ahora tiene la desvergüenza de hablarme esa basura...

Creí que mi tío se había vuelto loco y miré, aterrada, hacia la puerta. Juan había venido al oír las voces.

—¡Me estás provocando, Román! —gritó.

—¡Tú, a sujetarte los pantalones y a callar! —dijo Román, volviéndose hacia él.

Juan se acercó con la cara contraída y se quedaron los dos en actitud, al mismo tiempo ridícula y siniestra, de gallos de pelea.

—¡Pégame, hombre, si te atreves! —dijo Román—. ¡Me gustaría que te atrevieras!

—¿Pegarte? ¡Matarte!... Te debería haber matado hace mucho tiempo...

Juan estaba fuera de sí, con las venas de la frente hinchadas, pero no avanzaba un paso. Tenía los puños cerrados.

Román le miraba con tranquilidad y empezó a sonreírse. —Aquí tienes mi pistola —le dijo.

—No me provoques. ¡Canalla!... No me provoques o... —¡Juan! —chilló Gloria—. ¡Ven aquí!

El loro empezó a gritar encima de ella, y la vi excitada bajo sus despeinados cabellos rojos. Nadie le hizo caso. Juan la miró unos segundos.

—¡Aquí tienes mi pistola! —decía Román, y el otro apretaba más los puños. Gloria volvió a chillar:

—¡Juan! Juan!

—¡Cállate, maldita!

—¡Ven aquí, chico! ¡Ven!

—¡Cállate!

La rabia de Juan se desvió en un instante hacia la mujer y la empezó a insultar. Ella gritaba también y al final lloró.

Román les miraba, divertido; luego se volvió hacia mí y dijo para tranquilizarme:

—No te asustes, pequeña. Esto pasa aquí todos los días.

Guardó el arma en el bolsillo. Yo la miré relucir en sus manos, negra, cuidadosamente engrasada.

Román me sonreía y me acarició las mejillas; luego se fue tranquilamente, mientras la discusión entre Gloria y Juan se hacía violentísima. En la puerta tropezó Román con la abuelita, que volvía de su misa diaria, y la acarició al pasar. Ella apareció en el comedor, en el instante en que tía Angustias se asomaba, enfadada también, para pedir silencio.

Juan cogió el plato de papilla del pequeño y se lo tiró a la cabeza. Tuvo mala puntería y el plato se estrelló contra la puerta que tía Angustias había cerrado rápidamente. El niño lloraba, babeando.

Juan entonces empezó a calmarse. La abuelita se quitó el manto negro que cubría su cabeza, suspirando.

Y entró la criada a poner la mesa para el desayuno. Como la noche anterior, esta mujer se llevó detrás toda mi atención. En su fea cara tenía una mueca desafiante, como de triunfo, y canturreaba provocativa mientras extendía el estropeado mantel y empezaba a colocar las tazas, como si cerrara ella, de esta manera, la discusión.

3.1.3 Capítulo III

—¿Has disfrutado, hijita? —me preguntó Angustias cuando, todavía deslumbradas, entrábamos en el piso de vuelta de la calle.

Mientras me hacía la pregunta, su mano derecha se clavaba en mi hombro y me atraía hacia ella. Cuando Angustias me abrazaba o me dirigía diminutivos tiernos, yo experimentaba dentro de mí la sensación de que algo iba torcido y mal en la marcha de las cosas. De que no era natural aquello. Sin embargo, debería haberme acostumbrado, porque Angustias me abrazaba y me dirigía palabras dulzonas con gran frecuencia.

A veces me parecía que estaba atormentada conmigo. Me daba vueltas alrededor. Me buscaba si yo me había escondido en algún rincón. Cuando me veía reír o interesarme en la conversación de cualquier otro personaje de la casa, se volvía humilde en sus palabras. Se sentaba a mi lado y apoyaba a la fuerza mi cabeza contra su pecho. A mí me dolía el cuello, pero, sujeta por su mano, así tenía que permanecer, mientras ella me amonestaba dulcemente. Cuando, por el contrario, le parecía yo triste o asustada, se ponía muy contenta y se volvía autoritaria.

Otras veces me avergonzaba secretamente al obligarme a salir con ella. La veía encasquetarse un fieltro marrón adornado por una pluma de gallo, que daba a su dura fisonomía un aire guerrero, y me obligaba a ponerme un viejo sombrero azul sobre mi traje mal cortado. Yo no concebía entonces más resistencia que la pasiva. Cogida de su brazo corría las calles, que me parecían menos brillantes y menos fascinadoras de lo que yo había imaginado.

—No vuelvas la cabeza —decía Angustias—. No mires así a la gente.

Si me llegaba a olvidar de que iba a su lado, era por pocos minutos.

Alguna vez veía un hombre, una mujer, que tenía en su aspecto un algo interesante, indefinible, que se llevaba detrás mi fantasía hasta el punto de tener ganas de volverme y seguirles. Entonces recordaba mi facha y la de Angustias y me ruborizaba.

—Eres muy salvaje y muy provinciana, hija mía —decía Angustias, con cierta complacencia—. Estas en medio de la gente, callada, encogida, con aire de querer escapar a cada instante. A veces, cuando estamos en una tienda y me vuelvo a mirarte, me das risa.

Aquellos recorridos de Barcelona eran más tristes de lo que se puede imaginar.

A la hora de la cena, Román me notaba en los ojos el paseo y se reía. Esto preludiaba una envenenada discusión con tía Angustias, en la que por fin se mezclaba Juan. Me di cuenta de que apoyaba siempre los argumentos de Román, quien, por otra parte, no aceptaba ni agradecía su ayuda.

Cuando sucedía algo así, Gloria salía de su placidez habitual. Se ponía nerviosa, casi gritaba:

—¡Si eres capaz de hablar con tu hermano, a mí no me hables!

—¡Naturalmente que soy capaz! ¡A ver si crees que soy tan cochino como tú y como él! —Sí, hijo mío —decía la abuela, envolviéndole en una mirada de adoración—, haces bien. —¡Cállate, mamá, y no me hagas maldecir de ti! ¡No me hagas maldecir!

La pobre movía la cabeza y se inclinaba hacia mí, bisbiseando a mi oído:

—Es el mejor de todos, hija mía, el más bueno y el más desgraciado, un santo...

—¿Quieres hacer el favor de no enredar, mamá? ¿Quieres no meter en la cabeza de la sobrina majaderías que no le importan para nada?

El tono era ya destemplado y desagradable, perdido el control de los nervios.

Román, ocupado en preparar con la fruta de su plato una golosina para el loro, terminaba la cena sin preocuparse de ninguno de nosotros. Tía Angustias sollozaba a mi lado, mordiéndose su pañuelo, porque no sólo se veía a sí misma fuerte y capaz de conducir multitudes, sino también dulce, desdichada y perseguida. No sé bien cuál de los dos papeles le gustaba más. Gloria apartaba de la mesa la silla alta del niño y, por detrás de Juan, me sonreía llevándose un índice a la sien.

Juan, abstraído, silencioso, parecía inquieto, a punto de saltar.

Cuando Román terminaba su tarea, daba unos golpecitos en el hombro a la abuela y se marchaba antes que nadie.

En la puerta se detenía para encender un cigarrillo y para lanzar su última frase: —Hasta la imbécil de tu mujer se burla ya de ti, Juan; ten cuidado...

Según su costumbre, no había mirado ni una vez a Gloria.

El resultado no se hacía esperar. Un puñetazo en la mesa y un barboteo de insultos contra Román, que no se cortaban cuando el ruido seco de la puerta del piso anunciaba que Román había salido ya. Gloria tomaba en brazos al niño y se iba a su cuarto para dormirle. Me miraba un momento y me proponía:

—¿Vienes, Andrea?

Tía Angustias tenía la cara entre las manos. Sentía su mirada a través de los dedos entreabiertos. Una mirada ansiosa, seca de tanta súplica. Pero yo me levantaba.

—Bueno, sí.

Y me premiaba una sonrisa temblona de la abuelita. Entonces, la tía corría a encerrarse en su cuarto, indignada, y sospecho que temblando de celos.

El cuarto de Gloria se parecía algo al cubil de una fiera. Era un cuarto interior ocupado casi todo él por la cama de matrimonio y la cuna del niño. Había un tufo especial, mezcla de olor a criatura pequeña, a polvos para la cara y a ropa mal cuidada. Las paredes estaban llenas de fotografías, y entre ellas, en un lugar preferente, aparecía una postal vivamente iluminada representando dos gatitos.

Gloria se sentaba en el borde de la cama con el niño en las rodillas. El niño era guapo y sus piernecitas colgaban gordas y sucias mientras se dormía.

Cuando estaba dormido, Gloria lo metía en la cuna y se estiraba con delicia, metiéndose las manos entre la brillante cabellera. Luego se tumbaba en la cama, con sus gestos lánguidos.

—¿Qué opinas de mí? —me decía a menudo. A mí me gustaba hablar con ella porque no hacía falta contestarle nunca.

—¿Verdad que soy bonita y muy joven? ¿Verdad?...

Tenía una vanidad tonta e ingenua que no me resultaba desagradable; además, era efectivamente joven y sabía reírse locamente mientras me contaba sucesos de aquella casa. Cuando me hablaba de Antonia o de Angustias tenía verdadera gracia.

—Ya irás conociendo a estas gentes; son terribles, ya verás... No hay nadie bueno aquí, como no sea la abuelita, que la pobre está trastornada... Y Juan, Juan es buenísimo, chica. ¿Ves tú que chilla tanto y todo? Pues es buenísimo...

Me miraba y ante mi cerrada expresión se echaba a reír...

—Y yo, ¿no crees? —concluía—. Si yo no fuera buena, Andreíta, ¿cómo les iba a aguantar a todos? Yo la veía moverse y la veía charlar con agrado inexplicable. En la atmósfera pesada de su cuarto ella estaba tendida sobre la cama igual que un muñeco de trapo a quien pesara demasiado la cabellera roja. Y por lo general me contaba graciosas mentiras intercaladas a sucesos reales. No me parecía inteligente, ni su encanto personal provenía de su espíritu. Creo que mi simpatía por ella tuvo origen el día en que la vi desnuda sirviendo de modelo a Juan.

Yo no había entrado nunca en la habitación donde mi tío trabajaba, porque Juan me inspiraba cierta prevención. Fui una mañana a buscar un lápiz, por consejo de la abuela, que me indicó que allí lo encontraría.

El aspecto de aquel gran estudio era muy curioso. Lo habían instalado en el antiguo despacho de mi abuelo. Siguiendo la tradición de las demás habitaciones de la casa, se acumulaban allí, sin orden ni concierto, libros, papeles y las figuras de yeso que servían de modelo a los discípulos de Juan. Las paredes estaban cubiertas de duros bodegones pintados por mi tío en tonos estridentes. En un rincón aparecía, inexplicable, un esqueleto de estudiante de anatomía sobre su armazón de alambre, y por la

gran alfombra manchada de humedades se arrastraban el niño y el gato, que venía en busca del sol de oro de los balcones. El gato parecía moribundo, con su flácido rabo, y se dejaba atormentar por el niño abúlicamente.

Vi todo este conjunto en derredor de Gloria, que estaba sentada sobre un taburete recubierto con tela de cortina, desnuda y en una postura incómoda.

Juan pintaba trabajosamente y sin talento, intentando reproducir pincelada a pincelada aquel fino y elástico cuerpo. A mí me parecía una tarea inútil. En el lienzo iba apareciendo un acartonado muñeco tan estúpido como la misma expresión de la cara de Gloria al escuchar cualquier conversación de Román conmigo. Gloria, enfrente de nosotros, sin su desastrado vestido, aparecía increíblemente bella y blanca entre la fealdad de todas las cosas, como un milagro del Señor. Un espíritu dulce y maligno a la vez palpitaba en la grácil forma de sus piernas, de sus brazos, de sus finos pechos. Una inteligencia sutil y diluida en la cálida superficie de la piel perfecta. Algo que en sus ojos no lucía nunca. Esta llamada del espíritu que atrae en las personas excepcionales, en las obras de arte.

Yo, que había entrado sólo para unos segundos, me quedé allí fascinada. Juan parecía contento de mi visita y habló deprisa de sus proyectos pictóricos. Yo no le escuchaba.

Aquella noche, casi sin darme cuenta, me encontré iniciando una conversación con Gloria, y fui por primera vez a su cuarto. Su charla insubstancial me parecía el rumor de lluvia que se escuchaba con gusto y con pereza. Empezaba a acostumbrarme a ella, a sus rápidas preguntas incontestadas, a su estrecho y sinuoso cerebro.

—Sí, sí, yo soy buena... no te rías.

Estábamos calladas. Luego se acercaba para preguntarme:

—¿Y de Román? ¿Qué opinas de Román? Luego hacía un gesto especial para decir:

—Ya sé que te parece simpático, ¿no?

Yo me encogía de hombros. Al cabo de un momento me decía:

—A ti te es más simpático que Juan, ¿no? Un día, impensadamente, se puso a llorar. Lloraba de una manera extraña, cortada y rápida, con ganas de acabar pronto.

—Román es un malvado —me dijo— ya lo irás conociendo. A mí me ha hecho un daño horrible, Andrea —se secó las lágrimas—. No te contaré de una vez las cosas que me ha hecho porque son demasiadas; poco a poco las sabrás. Ahora tú estás fascinada por él y ni siquiera me creerías.

Yo, honradamente, no me creía fascinada por Román, casi al contrario, a menudo le examinaba con frialdad. Pero en las raras noches en que Román se volvía amable después de la cena, siempre borrascosa, y me invitaba: «¿Vienes, pequeña?», yo me sentía contenta. Román no dormía en el

mismo piso que nosotros: se había hecho arreglar un cuarto en las buhardillas de la casa, que resultó un refugio confortable. Se hizo construir una chimenea con ladrillos antiguos y unas librerías bajas pintadas de negro. Tenía una cama turca y, bajo la pequeña ventana enrejada, una mesa muy bonita llena de papeles, de tinteros de todas épocas y formas con plumas de ave dentro. Un rudimentario teléfono servía, según me explicó, para comunicar con el cuarto de la criada. También había un pequeño reloj, recargado, que daba la hora con un tintineo gracioso, especial. Había tres relojes en la habitación, todos antiguos, adornando acompasadamente el tiempo. Sobre las librerías, monedas, algunas muy curiosas; lamparitas romanas de la última época y una antigua pistola con puño de nácar. Aquel cuarto tenía insospechados cajones en cualquier rincón de la librería, y todos encerraban pequeñas curiosidades que Román me iba enseñando poco a poco. A pesar de la cantidad de cosas menudas, todo estaba limpio y en un relativo orden.

—Aquí las cosas se encuentran bien, o por lo menos eso es lo que yo procuro... A mí me gustan las cosas —se sonreía—; no creas que pretendo ser original con esto, pero es la verdad. Abajo no saben tratarlas. Parece que el aire está lleno siempre de gritos... y eso es culpa de las cosas, que están asfixiadas, doloridas, cargadas de tristeza. Por lo demás, no te forjes novelas: ni nuestras discusiones ni nuestros gritos tienen causa, ni conducen a un fin... ¿Qué te has empezado a imaginar de nosotros? —No sé.

—Ya sé que estás siempre soñando cuentos con nuestros caracteres.

—No.

Román enchufaba, mientras tanto, la cafetera exprés y sacaba no sé de dónde unas mágicas tazas, copas y licor; luego, cigarrillos.

—Ya sé que te gusta fumar.

—No; pues no me gusta.

—¿Por qué me mientes a mí también?

El tono de Román era siempre de franca curiosidad respecto a mí.

—Sé perfectamente todo lo que tu prima escribió a Angustias... Es más: he leído la carta, sin ningún derecho, desde luego, por pura curiosidad.

—Pues no me gusta fumar. En el pueblo lo hacía expresamente para molestar a Isabel, sin ningún otro motivo. Para escandalizarla, para que me dejara venir a Barcelona por imposible.

Como yo estaba ruborizada y molesta, Román no me creía más que a medias, pero era verdad lo que le decía. Al final aceptaba un cigarrillo, porque los tenía siempre deliciosos y su aroma sí que me gustaba. Creo que fue en aquellos ratos cuando empecé a encontrar placer en el humo. Román se sonreía.

Yo me daba cuenta de que él me creía una persona distinta; mucho más formada, y tal vez más inteligente y desde luego hipócrita y llena de extraños anhelos. No me gustaba desilusionarle, porque vagamente yo me sentía

inferior; un poco insulsa con mis sueños y mi carga de sentimentalismo, que ante aquella gente procuraba ocultar.

Román tenía una agilidad enorme en su delgado cuerpo. Hablaba conmigo en cuclillas junto a la cafetera, que estaba en el suelo, y entonces parecía en tensión, lleno de muelles bajo los músculos morenos. Luego, inopinadamente, se tumbaba en la cama, fumando, relajadas las facciones como si el tiempo no tuviera valor, como si nunca hubiera de levantarse de allí. Casi como si se hubiera echado para morir fumando.

A veces, yo miraba sus manos, morenas como su cara, llenas de vida, de corrientes nerviosas, de ligeros nudos, delgadas. Unas manos que me gustaban mucho.

Sin embargo, yo, sentada en la única silla del cuarto, frente a su mesa de trabajo, me sentía muy lejos de él. La impresión de sentirme arrastrada por su simpatía, que tuve cuando me habló la primera vez, no volvió nunca.

Preparaba un café maravilloso, y la habitación se llenaba de vahos cálidos. Yo me sentía a gusto allí, como en un remanso de la vida de abajo.

—Aquello es como un barco que se hunde. Nosotros somos las pobres ratas que, al ver el agua, no sabemos qué hacer... Tu madre evitó el peligro antes que nadie marchándose. Dos de tus tías se casaron con el primero que llegó, con tal de huir. Sólo quedamos la infeliz de tu tía Angustias y Juan y yo, que somos dos canallas. Tú, que eres una ratita despistada, pero no tan infeliz como parece, llegas ahora.

—¿No quieres hacer música hoy, di?

Entonces Román abría el armarito en que terminaba la librería y sacaba de allí el violín. En el fondo del armario había unos cuantos lienzos arrollados.

—¿Tú sabes pintar también?

—Yo he hecho de todo. ¿No sabes que empecé a estudiar medicina y lo dejé, que quise ser ingeniero y no pude llegar a hacer el ingreso? También he empezado a pintar de afición... Lo hacía mucho mejor que Juan, te lo aseguro.

Yo no lo dudaba: me parecía ver en Román un fondo inagotable de posibilidades. En el momento en que, de pie junto a la chimenea, empezaba a pulsar el arco, yo cambiaba completamente. Desaparecían mis reservas, la ligera capa de hostilidad contra todos que se me había ido formando. Mi alma, extendida como mis propias manos juntas, recibía el sonido como una lluvia la tierra áspera. Román

me parecía un artista maravilloso y único. Iba hilando en la música una alegría tan fina que traspasaba los límites de la tristeza. La música aquella sin nombre. La música de Román, que nunca más he vuelto a oír.

El ventanillo se abría al cielo oscuro de la noche. La lámpara encendida hacía más alto y más inmóvil a Román, sólo respirando en su música. Y a mí llegaban en oleadas, primero, ingenuos recuerdos, sueños, luchas, mi propio presente vacilante, y luego, agudas alegrías, tristezas, desesperación, una crispación importante de la vida y un anegarse en la nada. Mi propia muerte, el sentimiento de mi desesperación total hecha belleza, angustiosa armonía sin luz.

Y de pronto un silencio enorme y luego la voz de Román.

—A ti se te podría hipnotizar... ¿Qué te dice la música? Inmediatamente se me cerraban las manos y el alma.

—Nada, no sé, sólo me gusta...

—No es verdad. Dime lo que te dice. Lo que te dice al final.

—Nada.

Me miraba, defraudado, un momento. Luego, mientras guardaba el violín:

—No es verdad.

Me alumbraba con su linterna eléctrica desde arriba, porque la escalera sólo se podía encender en la portería, y yo tenía que bajar tres pisos hasta nuestra casa.

El primer día tuve la impresión de que, delante de mí, en la sombra, bajaba alguien. Me pareció pueril y no dije nada.

Otro día la impresión fue más viva. De pronto, Román me dejó a oscuras y enfocó la linterna hacia la parte de la escalera en que algo se movía. Y vi clara y fugazmente a Gloria que corría escaleras abajo hacia la portería.

3.1.4 Capítulo IV

¡Cuántos días sin importancia! Los días sin importancia que habían transcurrido desde mi llegada me pesaban encima, cuando arrastraba los pies al volver de la universidad. Me pesaban como una cuadrada piedra gris en el cerebro.

El tiempo era húmedo y aquella mañana tenía olor a nubes y a neumáticos mojados... Las hojas lacias y amarillentas caían en una lenta lluvia desde los árboles. Una mañana de otoño en la ciudad, como yo había soñado durante años que sería en la ciudad el otoño: bello, con la naturaleza enredada en las azoteas de las casas y en los troles de los tranvías; y sin embargo, me envolvía la tristeza. Tenía ganas

de apoyarme contra una pared con la cabeza entre los brazos, volver la espalda a todo y cerrar los ojos.

¡Cuántos días inútiles! Días llenos de historias, demasiadas historias turbias. Historias incompletas, apenas iniciadas e hinchadas ya como una vieja madera a la intemperie. Historias demasiado oscuras para mí. Su olor, que era el podrido olor de mi casa, me causaba cierta náusea... Y sin embargo, habían llegado a constituir el único interés de mi vida. Poco a poco me había ido quedando ante mis propios ojos en un segundo plano de la realidad, abiertos mis sentidos sólo para la vida que bullía en el piso de la calle de Aribau. Me acostumbraba a olvidarme de mi aspecto y de mis sueños. Iba dejando de tener importancia el olor de los meses, las visiones del porvenir y se iba agigantando cada gesto de Gloria, cada palabra oculta, cada reticencia de Román. El resultado parecía ser aquella inesperada tristeza.

Cuando entré en la casa empezó a llover detrás de mí y la portera me lanzó un gran grito de aviso para que me limpiara los pies en el felpudo.

Todo el día había transcurrido como un sueño. Después de comer me senté, encogida, metidos los pies en unas grandes zapatillas de fieltro, junto al brasero de la abuela. Escuchaba el ruido de la lluvia. Los hilos del agua iban limpiando con su fuerza el polvo de los cristales del balcón. Primero habían formado una capa pegajosa de cieno, ahora las gotas resbalaban libremente por la superficie brillante y gris.

No tenía ganas de moverme ni de hacer nada, y por primera vez eché de menos uno de aquellos cigarrillos de Román. La abuelita vino a hacerme compañía. Vi que trataba de coser con sus torpes y temblonas manos un trajecito del niño. Gloria llegó un rato después y empezó a charlar, con las manos cruzadas bajo la nuca. La abuelita hablaba también, como siempre, de los mismos temas. Eran hechos recientes, de la pasada guerra, y antiguos, de muchos años atrás, cuando sus hijos eran niños. En mi cabeza, un poco dolorida, se mezclaban las dos voces en una cantinela con fondo de lluvia y me adormecían.

ABUELA.—No había dos hermanos que se quisieran más. (¿Me escuchas, Andrea?) No había dos hermanos como Román y Juanito... Yo he tenido seis hijos. Los otros cuatro estaban siempre cada uno por su lado, las chicas reñían entre ellas, pero estos dos pequeños eran como dos ángeles... Juan era rubio y Román muy moreno, y yo siempre los vestía con trajes iguales. Los domingos iban a misa conmigo y con tu abuelo... En el colegio, si algún chico se peleaba con uno de ellos, ya estaba el otro allí para defenderle. Román era más pícaro..., pero ¡cómo se querían! Todos los hijos deben ser iguales para una madre, pero estos dos fueron sobre todos para mí... como eran los más pequeños... como fueron los más desgraciados... Sobre todo Juan.

GLORIA.—¿Tú sabías que Juan quiso ser militar y, como le suspendieron en el ingreso de la Academia, se marchó a África, al Tercio, y estuvo allí muchos años?

ABUELA.—Cuando volvió trajo muchos cuadros de allí... Tu abuelo se enfadó cuando dijo que se quería dedicar a la pintura, pero yo le defendí y Román también, porque entonces, hija mía, Román era bueno... Yo siempre he defendido a mis hijos, he querido ocultar sus picardías y sus diabluras. Tu abuelo se enfadaba conmigo, pero yo no podía soportar que los riñesen... Pensaba: «Más moscas se cogen con una cucharada de miel»... Yo sabía que salían por las noches de juerga, que no estudiaban... Les esperaba temblando de que tu abuelo se enterara... Me contaban sus picardías y yo no me sorprendía de nada, hijita... Confiaba en que, poco a poco, sabrían dónde estaba el bien, empujados por su corazón mismo.

GLORIA.—Pues Román no la quiere a usted, mamá; dice que los ha hecho desgraciados a todos con su procedimiento.

ABUELA.—¿Román?... Je, je! Sí que me quiere, ya lo creo que me quiere... pero es más rencorosillo que Juan y está celoso de ti, Gloria; dice que te quiero más a ti...

GLORIA.—¿Dice eso Román?

ABUELA.—Sí; la otra noche, cuando yo buscaba mis tijeras... era ya muy tarde y todos estabais durmiendo, se abrió la puerta despacito y apareció Román. Venía a darme un beso. Yo le dije: «Es inicuo lo que haces con la mujer de tu hermano; es un pecado que Dios no te podrá perdonar...». Y entonces fue... Yo le dije: «Es una niña desgraciada por tu culpa, y tu hermano sufre también por tu causa. ¿Cómo te voy a querer igual que antes?»...

GLORIA.—Román antes me quería mucho. Y esto es un secreto grande, Andrea, pero estuvo enamorado de

ABUELA.—Niña, niña. ¿Cómo iba a estar Román enamorado de una mujer casada? Te quería como a su hermana, nada más...

GLORIA.—Él me trajo a esta casa... Él mismo, que ahora no me habla, me trajo aquí en plena guerra... Tú te asustaste cuando entraste aquí la primera vez, ¿verdad que sí, Andrea? Pues para mí fue mucho peor... Nadie me quería...

ABUELA.—Yo sí que te quería, todos te quisimos, ¿por qué eres tan ingrata al hablar?

GLORIA.—Había hambre, tanta suciedad como ahora y un hombre escondido porque le buscaban para matarle: el jefe de Angustias, don Jerónimo; ¿no te han hablado de él? Angustias le había cedido su cama y ella dormía donde tú ahora... A mí me pusieron un colchón en el cuarto de la abuela. Todos me miraban con desconfianza. Don Jerónimo no me quería hablar porque, según él, yo era la querida de Juan y mi presencia le resultaba intolerable...

ABUELA.—Don Jerónimo era un hombre raro; figúrate que quería matar al gato... Ya ves tú, porque el pobre animal es muy viejo y vomitaba por los rincones, decía que no lo podía sufrir. Pero yo, naturalmente, lo defendí contra todos, como hago siempre que alguien está perseguido y triste...

GLORIA.—Yo era igual que aquel gato y mamá me protegió. Una vez me pegué con la criada esa, Antonia, que aún está en la casa...

ABUELA.—Es incomprendible eso de pegarse con un criado... Cuando yo era joven eso no se hubiera podido concebir... Cuando yo era joven teníamos un jardín grande que llegaba hasta el mar... Tu abuelo me dio una vez un beso... Yo no se lo perdoné en muchos años. Yo...

GLORIA.—Yo, cuando llegamos aquí estaba muy asustada. Román me decía: «No tengas miedo». Pero él también había cambiado.

ABUELA.—Cambió en los meses que estuvo en la checa; allí lo martirizaron; cuando volvió casi no le reconocimos. Pero Juan había sido más desgraciado que él, por eso yo comprendo más a Juan. Me necesita más Juan. Y esta niña también me necesita. Si no fuera por mí, ¿dónde estaría su reputación?

GLORIA.—Román había cambiado antes. En el momento mismo que entramos en Barcelona en aquel coche oficial. ¿Tú sabes que Román tenía un cargo importante con los rojos? Pero era un espía, una persona baja y ruin que vendía a los que le favorecieron. Sea por lo que sea, el espionaje es de cobardes...

ABUELA.—¿Cobardes? Niña, en mi casa no hay cobardes... Román es bueno y valiente y exponía su vida por mí, porque yo no quería que estuviera con aquella gente. Cuando era pequeño...

GLORIA.—Te voy a contar una historia, mi historia, Andrea, para que veas que es como una novela de verdad... Ya sabes tú que yo estaba en un pueblo de Tarragona, evacuada... Entonces, en la guerra, siempre estábamos fuera de nuestras casas. Cogíamos los colchones, los trastos, y huíamos. Había quien lloraba. ¡A mí me parecía tan divertido!... Era por enero o febrero cuando conocí a Juan, tú ya lo sabes. Juan se enamoró de mí en seguida y nos casamos a los dos días... Le seguí a todos los sitios a donde iba... Era una vida maravillosa, Andrea. Juan era completamente feliz conmigo, te lo juro, y entonces estaba guapo, no como ahora, que parece un loco... Había muchas chicas que seguían a sus maridos y a sus novios a todos lados. Siempre teníamos amigos divertidos... Yo nunca tuve miedo a los bombardeos, ni a los tiros... Pero no nos acercábamos mucho a los sitios de peligro. Yo no sé bien cuál era el cargo que tenía Juan, pero también era importante. Te digo que yo era feliz. La primavera iba llegando y pasábamos por sitios muy bonitos. Un día me dijo Juan: «Te voy a presentar a mi hermano». Así mismo, Andrea. Román al principio me pareció simpático... ¿Tú lo encuentras más guapo que Juan? Pasamos algún tiempo con él, en aquel pueblo. Un pueblo que llegaba al mar. Todas las noches Juan y Román se encerraban, para hablar, en un cuarto junto al que yo dormía. Yo quería saber lo que decían. ¿No te hubiera pasado a ti lo mismo? Y además había una puerta entre las dos

habitaciones. Creía que hablaban de mí. Estaba segura de que hablaban de mí. Una noche me puse a escuchar. Miré por la cerradura: estaban los dos inclinados sobre un plano y Román era el que decía: «Yo tengo que volver aún a Barcelona. Pero tú puedes pasarte. Es sencillísimo...». Poco a poco empecé a comprender que Román estaba instando a Juan para que se pasara a los nacionales... Figúrate, Andrea, que por aquellos días fue cuando yo empecé a sentir que estaba embarazada. Se lo dije a Juan. Él se quedó pensativo... Aquella noche en que se lo dije ya te imaginarás mi interés al volver a escuchar tras de la puerta del cuarto de

Román. Yo estaba en camisón, descalza, todavía me parece que siento aquella angustia. Juan decía: «Estoy decidido. Ya no hay nada que me detenga». Yo no lo podía creer. Si lo hubiera creído, en aquel mismo momento habría aborrecido a Juan...

ABUELA.—Juan hacía bien. Te mandó aquí, conmigo...

GLORIA.—Aquella noche no hablaron nada de mí, nada. Cuando Juan vino a acostarse me encontró llorando en la cama. Le dije que había tenido malos sueños. Que había creído que me abandonaba sola con el niño. Entonces me acarició y se durmió sin decirme nada. Yo me quedé despierta viéndole dormir, quería ver qué cosas soñaba...

ABUELA.—Es bonito ver dormir a las personas que se quieren. Cada hijo duerme de una manera diferente...

GLORIA.—Al día siguiente, Juan le pidió a Román, delante de mí, que me trajera a esta casa cuando viniese a Barcelona. Román se quedó sorprendido y dijo: «No sé si podré», mirando muy serio a Juan. Por la noche discutieron mucho. Juan decía: «Es lo menos que puedo hacer; que yo sepa, no tiene ningún pariente». Entonces Román dijo: «¿Y Paquita?». Yo no había oído nunca ese nombre hasta entonces y estaba muy interesada. Pero Juan dijo otra vez: «Llévala a casa». Y aquella noche ya no hablaron más de eso. Sin embargo, hicieron algo interesante: Juan le dio mucho dinero a Román y otras cosas que luego él se ha negado a devolverle. Usted lo sabe bien, mamá.

ABUELA.—Niña, no se debe escuchar por las cerraduras de las puertas. Mi madre no me lo hubiera permitido, pero tú eres huérfana... es por eso...

GLORIA.—Como se oía el mar, muchas frases se me perdían. No pude enterarme de quién era Paquita, ni de nada interesante. Al día siguiente me despedí de Juan y estaba yo muy triste, pero me consolaba pensar que iba a venir a su casa. Román conducía el coche y yo iba a su lado. Román empezó a bromear conmigo... Es muy simpático Román cuando quiere, pero en el fondo es malo. Nos parábamos muchas veces en el trayecto. Y en una aldea estuvimos cuatro días alojados en el castillo... Un castillo maravilloso; por dentro estaba restaurado y tenía todo el confort moderno... Algunas habitaciones estaban devastadas, sin embargo. Los soldados se alojaban en la planta baja.

Nosotros, con la oficialidad, en las habitaciones altas... Entonces Román era muy distinto conmigo. Muy amable, chica. Afinó un piano y tocaba cosas, como ahora hace para ti. Y además me pidió que me dejara pintar desnuda, como ahora hace Juan... Es que yo tengo un cuerpo muy bonito.

ABUELA.—¡Niña! ¿Qué estás diciendo? Esta picarona inventa muchas cosas... No hagas caso...

GLORIA.—Es verdad. Y yo no quise, mamá, porque usted sabe muy bien que aunque Román ha dicho tantas cosas de mí, yo soy una chica muy decente.

ABUELA.—Claro, hijita, claro... Tu marido hace mal en pintarte así; si el pobre Juan tuviera dinero para modelos no lo haría... Ya sé, hija mía, que haces ese sacrificio por él; por eso yo te quiero tanto...

GLORIA.—Había muchos lirios morados en el parque del castillo. Román quería pintarme con aquellos lirios morados en los cabellos... ¿Qué te parece?

ABUELA.—Lirios morados..., ¡qué bonitos son! ¡Cuánto tiempo hace que no tengo flores para mi Virgen!

GLORIA.—Luego vinimos a esta casa. Ya te puedes imaginar lo desgraciada que me sentí. Toda la gente de aquí me parecía loca. Don Jerónimo y Angustias hablaban de que mi matrimonio no servía y de que Juan no se casaría conmigo cuando volviera, de que yo era ordinaria, ignorante... Un día llegó la mujer de don Jerónimo, que venía a veces, muy escondida, para ver a su marido y traerle cosas buenas. Cuando se enteró de que en casa había una mujercuela, como ella decía, le dio un ataque. La mamá le roció la cara con agua... Yo le pedí a Román que me devolviera el dinero que Juan le había dado, porque quería marcharme de aquí. Aquel dinero era bueno, en plata, de antes de la guerra. Cuando Román supo que yo había estado escuchando las conversaciones que él tuvo con Juan en el pueblo, se puso furioso. Me trató peor que a un perro. Peor que a un perro rabioso...

ABUELA.—Pero ¿vas a llorar ahora, tontuela? Román estaría un poco enfadado. Los hombres son así, algo vivos de genio. Y escuchar detrás de las puertas es una cosa fea, ya te lo he dicho siempre. Una vez...

GLORIA.—Por aquellos días vinieron a buscar a Román y se lo llevaron a una checa; querían que hablara y por eso no le fusilaron. Antonia, la criada, que está enamorada de él, se puso hecha una fiera. Declaró a su favor. Dijo que yo era una sinvergüenza, una mujer mala. Que Juan, cuando viniese, me tiraría por la ventana. Que yo era la que había denunciado a Román. Dijo que me abriría el vientre con un cuchillo; entonces fue cuando yo le pegué...

ABUELA.—Esa mujer es una fiera. Pero gracias a ella no fusilaron a Román. Por eso la aguantamos... Y no duerme nunca; algunas noches, cuando yo vengo a buscar mi cestillo de costura, o las tijeras, que siempre se me pierden, aparece en la puerta de su cuarto y me grita: «¿Por qué no se va usted a la cama, señora? ¿Qué hace usted levantada?». La otra noche me dio un susto tan grande que me caí...

GLORIA.—Yo pasaba hambre. Mamá, pobrecilla, me guardaba parte de su comida. Angustias y don Jerónimo tenían muchas cosas almacenadas, pero las probaban ellos solos. Yo rondaba su cuarto. A la criada le daban algo, de cuando en cuando, por miedo...

ABUELA.—Don Jerónimo era cobarde. A mí la gente cobarde no me gusta, no... Es mucho peor. Cuando vino un miliciano a registrar la casa, yo le enseñé todos mis santos, tranquilamente. «¿Pero usted cree en esas paparruchas de Dios?», me dijo. «Claro que sí; ¿usted no?», le contesté. «No, ni permito que lo crea nadie.»

«Entonces yo soy más republicana que usted, porque a mí me tiene sin cuidado lo que los demás piensen; creo en la libertad de ideas.» Entonces se rascó la cabeza y me dio la razón. Al otro día me trajo un rosario de regalo, de los que tenían ellos requisados. Te advierto que ese mismo día a los vecinos de arriba, que sólo tenían un san Antonio sobre la cama, se lo tiraron por la ventana...

GLORIA.—No te quiero decir lo que padecí aquellos meses. Y al final fue peor. Mi niño nació cuando entraron los nacionales. Angustias me llevó a una clínica y me dejó allí... Era una noche de bombardeos terribles; las enfermeras me dejaron sola. Luego tuve una infección. Una fiebre altísima más de un mes. No conocía a nadie. No sé cómo el niño pudo vivir. Cuando terminó la guerra aún estaba yo en la cama y pasaba los días atontada, sin fuerzas para pensar ni para moverme. Una mañana se abrió la puerta y entró Juan. No le reconocí al pronto. Me pareció altísimo y muy flaco. Se sentó en mi cama y me abrazó. Yo apoyé la cabeza en su hombro y empecé a llorar, entonces me dijo: «Perdóname, perdóname», así bajito. Yo le empecé a tocar las mejillas porque casi no podía creer que era él y así estuvimos mucho rato.

ABUELA.—Juan trajo muchas cosas buenas para comer, leche condensada y café y azúcar... Yo me alegré por Gloria; pensé: «Le haré un dulce a Gloria al estilo de mi tierra»..., pero Antonia, esa mujer tan mala, no me deja meterme en la cocina...

GLORIA.—¡Estuvimos abrazados así tanto rato! ¿Cómo podía suponer yo lo que ha venido después? Era ya como el final de una novela. Como el final de todas las tristezas. ¿Cómo me podía imaginar yo que iba a empezar lo peor? Luego Román salió de la cárcel y era como si resucitara otro muerto. Me hizo todo el daño que pudo acerca de Juan. No quería que se casara conmigo de ninguna manera. Quería que nos echara a patadas a mí y al niño... Yo tuve que defenderme y decir cosas que eran verdad. Por eso Román no me puede ver.

ABUELA.—Niña, los secretos se deben guardar y nunca se deben decir para enemistar a los hombres. Cuando yo era muy jovencilla, una vez... una tarde del mes de agosto, muy azul, me acuerdo bien, y muy caliente, vi algo...

GLORIA.—Pero yo no me puedo olvidar de aquel rato en que estuve así, abrazada a Juan, y de cómo latía su corazón debajo de los huesos duros de su pecho... Me acordé que don Jerónimo y Angustias decían que tenía una novia guapa y rica y que se casaría con ella. Se lo dije y movió la cabeza para decirme que no. Y me besaba el pelo... Lo horrible fue que luego tuvimos que vivir aquí otra vez, que no teníamos dinero. Si no, hubiéramos sido una pareja muy feliz y Juan no estaría tan chiflado... Aquel momento fue como el final de una película.

ABUELA.—Yo fui la madrina del niño... Andrea, ¿estás dormida? GLORIA.—¿Estás dormida, Andrea?

Yo no estaba dormida. Y creo que recuerdo claramente estas historias. Pero la fiebre que me iba subiendo me atontaba. Tenía escalofríos y Angustias me hizo acostar. Mi cama estaba húmeda, los muebles, en la luz grisácea, más tristes, monstruosos y negros. Cerré los ojos y vi una rojiza oscuridad detrás de los párpados. Luego, la imagen de Gloria en la clínica, apoyada, muy blanca, contra el hombro de Juan, distinto y enternecido, sin aquellas sombras grises en las mejillas...

Estuve con fiebre varios días. Una vez recuerdo que vino a verme Antonia con su peculiar olor a ropa negra y su cara se mezcló a mis sueños afilando un largo cuchillo. Veía también a la abuelita, joven y vestida de azul, una tarde de agosto, junto al mar. Pero sobre todo a Gloria, llorando contra el hombro de Juan; y las grandes manos de él acariciando sus cabellos. Y los ojos de Juan, que yo conocía extraviados e inquietos, enternecidos por una luz desconocida.

La última tarde de mi enfermedad vino Román a verme. Trajo el loro en el hombro y el perro entró también de una manera impetuosa, dispuesto a lamerme la cara.

—¿Por qué no tocas el piano un rato para mí? Me han dicho que tocas el piano muy bien... —Sí, sólo de afición.

—¿Y no has compuesto algo para piano, nunca?

—Sí, algunas veces, ¿por qué me lo preguntas?

—Yo creo que deberías haberte dedicado a la música exclusivamente, Román. Tócame eso que compusiste para el piano.

—Cuando estás enferma hablas como si dijeras las cosas con doble intención, no sé por qué. Tecléo un poco y luego dijo:

—Esto está muy desafinado, pero te voy a tocar la canción de Xochipilli... ¿No te acuerdas del idolillo de barro que tengo arriba?... No vayas a creer que es auténtico. Lo fabriqué yo mismo. Pero representa a Xochipilli, el dios de los juegos y de las flores de los aztecas. En sus buenos tiempos, este dios recibía ofrendas de corazones humanos... Yo, muchos siglos más tarde, en un raptó de entusiasmo por él compuse un poco de música. El pobre Xochipilli está en decadencia, como verás...

Se sentó al piano y tocó algo alegre, contra su costumbre. Tocó algo parecido al resurgir de la vida en primavera, con notas roncadas y agudas como un aroma que se extiende y embriaga.

—Tú eres un gran músico, Román —le dije y así lo creía de veras.

—No. Tú no tienes ni pizca de cultura musical, por eso me juzgas así. Pero me halaga.

—¡Ah! —dijo cuando estaba ya en la puerta—; puedes creer que he hecho un pequeño sacrificio en tu honor al tocar eso. Xochipilli me trae siempre mala suerte.

Aquella noche tuve un sueño clarísimo en que se repetía una vieja y obsesionante imagen: Gloria, apoyada en el hombro de Juan, lloraba... Poco a poco, Juan sufrió curiosas transformaciones. Le vi enorme y oscuro con la fisonomía enigmática del dios Xochipilli. La cara pálida de Gloria empezó a animarse y a revivir; Xochipilli sonreía también. Bruscamente su sonrisa me fue conocida: era la blanca y un poco salvaje sonrisa de Román. Era Román el que abrazaba a Gloria y los dos reían. No estaban en la clínica, sino en el campo. En un campo con lirios morados y Gloria estaba despeinada por el viento.

Me desperté sin fiebre y confusa, como si realmente hubiera descubierto algún oscuro secreto.

3.1.5 Capítulo V

No sé a qué fueron debidas aquellas fiebres, que pasaron como una ventolera dolorosa, removiendo los rincones de mi espíritu, pero barriendo también sus nubes negras. El caso es que desaparecieron antes de que nadie hubiera pensado en llamar al médico y que al cesar me dejaron una extraña y débil sensación de bienestar. El primer día que pude levantarme tuve la impresión de que al tirar la manta hacia los pies quitaba también de sobre mí aquel ambiente opresivo que me anulaba desde mi llegada a la casa.

Angustias, examinando mis zapatos, cuyo cuero arrugado como una cara expresiva delataba su vejez, señaló las suelas rotas que rezumaban humedad y dijo que yo había cogido un enfriamiento por llevar los pies mojados.

—Además, hija mía, cuando se es pobre y se tiene que vivir a costa de la caridad de los parientes, es necesario cuidar más las prendas personales. Tienes que andar menos y pisar con más cuidado... No me mires así, porque te advierto que sé perfectamente lo que haces cuando yo estoy en mi oficina. Sé que te vas a la calle y vuelves antes de que yo llegue, para que no pueda pillarte. ¿Se puede saber a donde vas?

—Pues a ningún sitio concreto. Me gusta ver las calles. Ver la ciudad...

—Pero te gusta ir sola, hija mía, como si fueras un golfo. Expuesta a las impertinencias de los hombres. ¿Es que eres una criada, acaso?... A tu edad, a mí no me dejaban ir sola ni a la puerta de la

calle. Te advierto que comprendo que es necesario que vayas y vengas de la universidad..., pero de eso a andar por ahí suelta como un perro vagabundo... Cuando estés sola en el mundo haz lo que quieras. Pero ahora tienes una familia, un hogar y un nombre. Ya sabía yo que tu prima del pueblo no podía haberte inculcado buenos hábitos. Tu padre era un hombre extraño... No es que tu prima no sea una excelente persona, pero le falta refinamiento. A pesar de todo, espero que no irías a corretear por las calles del pueblo.

—No.

—Pues aquí mucho menos. ¿Me has oído?

Yo no insistí, ¿qué podía decirle?

De pronto se volvió, espeluznada, cuando ya se iba.

—Espero que no habrás bajado hacia el puerto por las Ramblas.

—¿Por qué no?

—Hija mía, hay unas calles en las que si una señorita se metiera alguna vez, perdería para siempre su reputación. Me refiero al barrio chino... Tú no sabes dónde comienza...

—Sí, sé perfectamente. En el barrio chino no he entrado... pero ¿qué hay allí?

Angustias me miró furiosa.

—Perdidas, ladrones y el brillo del demonio, eso hay.

(Y yo, en aquel momento, me imaginé el barrio chino iluminado por una chispa de belleza.)

El momento de mi lucha contra Angustias se acercaba cada vez más, como una tempestad inevitable. A la primera conversación que tuve con ella supe que nunca íbamos a entendernos. Luego, la sorpresa y la tristeza de mis primeras impresiones habían dado una gran ventaja a mi tía. «Pero —pensé yo, excitada, después de esta conversación— este período se acaba.» Me vi entrar en una vida nueva, en la que dispondría libremente de mis horas y sonreí a Angustias con sorna.

Cuando volví a reanudar las clases en la universidad me parecía fermentar interiormente de impresiones acumuladas. Por primera vez en mi vida me encontré siendo expansiva y anudando amistades. Sin mucho esfuerzo conseguí relacionarme con un grupo de muchachas y muchachos compañeros de clase. La verdad es que me llevaba a ellos un afán indefinible que ahora puedo concretar como un instinto de defensa: sólo aquellos seres de mi misma generación y de mis mismos gustos podían respaldarme y ampararme contra el mundo un poco fantasmal de las personas maduras. Y verdaderamente, creo que yo en aquel tiempo necesitaba este apoyo.

Comprendí en seguida que con los muchachos era imposible el tono misterioso y reticente de las confidencias, al que las chicas suelen ser aficionadas, el encanto de desmenuzar el alma, el roce de la sensibilidad almacenado durante años... En mis relaciones con la pandilla de la universidad me

encontré hundida en un cúmulo de discusiones sobre problemas generales en los que no había soñado antes siquiera y me sentía descentrada y contenta al mismo tiempo.

Pons, el más joven de mi grupo, me dijo un día:

—Antes, ¿cómo podías vivir, siempre huyendo de hablar con la gente? Te advierto que nos resultabas bastante cómica. Ena se reía de ti con mucha gracia. Decía que eras ridícula, ¿qué te pasaba?

Me encogí de hombros un poco dolida, porque de toda la juventud que yo conocía Ena era mi preferida.

Aun en los tiempos en que no pensaba ser su amiga, yo le tenía simpatía a aquella muchacha y estaba segura de ser correspondida. Ella se había acercado algunas veces para hablarme cortésmente con cualquier pretexto. El primer día de curso me había preguntado que si yo era parienta de un violinista célebre. Recuerdo que la pregunta me pareció absurda y me hizo reír.

No era yo solamente quien sentía preferencia por Ena. Ella constituía algo así como un centro atractivo en nuestras conversaciones, que presidía muchas veces. Su malicia y su inteligencia eran proverbiales. Yo estaba segura de que si alguna vez me había tomado como blanco de sus burlas, realmente debería haber sido yo el hazmerreír de todo nuestro curso.

La miré desde lejos, con cierto rencor. Ena tenía una agradable y sensual cara, en la que relucían unos ojos terribles. Era un poco fascinante aquel contraste entre sus gestos suaves, el aspecto juvenil de su cuerpo y de su cabello rubio, con la mirada verdosa cargada de brillo y de ironía que tenían sus grandes ojos.

Mientras yo hablaba con Pons, ella me saludó con la mano. Luego vino a buscarme atravesando los grupos bulliciosos que esperaban en el patio de letras la hora de la clase. Cuando llegó a mi lado tenía las mejillas encarnadas y parecía de un humor excelente.

—Déjanos solas, Pons, ¿quieres?

—Con Pons —me dijo cuando vio la delgada figura del muchacho que se alejaba— hay que tener cuidado. Es de esas personas que se ofenden enseguida. Ahora mismo cree que le he hecho un agravio al pedirle que nos deje..., pero tengo que hablarte.

Yo estaba pensando que hacía sólo unos minutos también me había sentido herida por burlas tuyas de las que hasta entonces no tenía la menor idea. Pero ahora estaba ganada por su profunda simpatía. Me gustaba pasear con ella por los claustros de piedra de la universidad y escuchar su charla pensando en que algún día yo habría de contarle aquella vida oscura de mi casa, que en el momento en que pasaba a ser tema de discusión, empezaba a aparecer ante mis ojos cargada de romanticismo. Me parecía que a Ena le interesaría mucho y que entendería aún mejor que yo sus problemas. Hasta entonces, sin embargo, no le había dicho nada de mi vida. Me iba haciendo amiga suya gracias a este

deseo de hablar que me había entrado; pero hablar y fantasear eran cosas que siempre me habían resultado difíciles, y prefería escuchar su charla, con una sensación como de espera, que me desalentaba y me parecía interesante al mismo tiempo. Así, cuando nos dejó Pons aquella tarde no podía imaginar que la agri dulce tensión entre mis vacilaciones y mi anhelo de confidencias iba a terminarse.

—He averiguado hoy que un violinista de que te hablé hace tiempo..., ¿te acuerdas? ..., además de llevar tu segundo apellido, tan extraño, vive en la calle de Aribau como tú. Su nombre es Román. ¿De veras no es pariente tuyo? —me dijo.

—Sí, es mi tío; pero no tenía idea de que realmente fuera un músico. Estaba segura de que aparte de su familia nadie más sabía que tocara el violín.

—Pues ya ves que yo sí que le conocía de oídas.

A mí me empezó a entrar una ligera excitación al pensar que Ena pudiera tener algún contacto con la calle de Aribau. Al mismo tiempo me sentí casi defraudada.

—Yo quiero que me presentes a tu tío.

—Bueno.

Nos quedamos calladas. Yo estaba esperando que Ena me explicara algo. Ella, tal vez que hablara yo. Pero sin saber por qué me pareció imposible comentar ya, con mi amiga, el mundo de la calle de Aribau. Pensé que me iba a ser terriblemente penoso llevar a Ena delante de Román —«un violinista célebre»— y presenciar la desilusión y la burla de sus ojos ante el aspecto descuidado de aquel hombre. Tuve uno de esos momentos de desaliento y vergüenza tan frecuentes en la juventud, al sentirme yo misma mal vestida, trascendiendo a lejía y áspero jabón de cocina junto al bien cortado traje de Ena y al suave perfume de su cabello.

Ena me miraba. Recuerdo que me pareció un alivio enorme que en aquel momento tuviéramos que entrar en clase.

—¡Espérame a la salida! —me gritó.

Yo me sentaba siempre en el último banco y a ella le reservaban un sitio sus amigos, en la primera fila. Durante toda la explicación del profesor yo estuve con la imaginación perdida. Me juré que no mezclaría aquellos

dos mundos que se empezaban a destacar tan claramente en mi vida: el de mis amistades de estudiante con su fácil cordialidad y el sucio y poco acogedor de mi casa. Mi deseo de hablar de la música de Román, de la rojiza cabellera de Gloria, de mi pueril abuela vagando por la noche como un fantasma, me pareció idiota. Aparte del encanto de vestir todo esto con hipótesis fantásticas en largas conversaciones, sólo quedaba la realidad miserable que me había atormentado a mi llegada y que sería la que Ena podría ver, si llegaba yo a presentarle a Román.

Así, en cuanto terminó la clase de aquel día me escabullí fuera de la universidad y corrí a mi casa como si hubiera hecho algo malo, huyendo de la segura mirada de mi amiga.

Cuando llegué a nuestro piso de la calle de Aribau deseé, sin embargo, encontrar a Román, porque era una tentación demasiado fuerte darle a entender que conocía el secreto —secreto que al parecer él guardaba celosamente— de su celebridad y de su éxito en un tiempo pasado. Pero aquel día no vi a Román a la hora de la comida. Esto me decepcionó, aunque no llegó a extrañarme, porque Román se ausentaba con frecuencia. Gloria, sonando los mocos a su niño, me pareció un ser infinitamente vulgar, y Angustias estuvo insoportable.

Al día siguiente y algunos otros días más rehuí a Ena hasta que pude convencerme de que al parecer ella había olvidado sus preguntas. A Román no se le veía por casa.

Gloria me dijo:

—¿Tú no sabes que él se va de cuando en cuando de viaje? No se lo dice a nadie, ni nadie sabe adonde va más que la cocinera... («¿Sabrá Román —pensaba yo— que algunas personas le consideran una celebridad, que la gente aún no le ha olvidado?») Una tarde me acerqué a la cocina.

—Diga, Antonia, ¿sabe usted cuándo volverá mi tío?

La mujer torció hacia mí, rápidamente, su risa espantosa.

—Él volverá. Él nunca deja de volver. Se va y vuelve. Vuelve y se va... Pero no se pierde nunca, ¿verdad, *Trueno*? No hay que preocuparse.

Se volvía hacia el perro que estaba, como de costumbre, detrás de ella, con su roja lengua fuera.

—¿Verdad, *Trueno*, que no se pierde nunca?

Los ojos del animal relucían amarillos mirando a la mujer y los ojos de ella brillaban también, chicos y oscuros, entre los humos de la lumbre que estaba comenzando a encender.

Estuvieron así los dos unos instantes, fijos, hipnotizados. Tuve la seguridad de que Antonia no añadiría una palabra a sus poco informadores comentarios.

No hubo manera de saber nada de Román hasta que él mismo apareció un atardecer. Estaba yo sola con la abuela y con Angustias, y además me encontraba algo así como en prisión correccional, pues Angustias me había cazado en el momento en que yo me disponía a escaparme a la calle andando de puntillas. En un instante así, la llegada de Román me causó una alegría inusitada.

Me pareció más moreno, con la frente y la nariz quemada del sol, pero demacrado, sin afeitarse y con el cuello de la camisa sucio.

Angustias le miró de arriba abajo, —¡Quisiera yo saber dónde has estado!

Él la miró a su vez, maligno, mientras sacaba al loro para acariciarle.

—Puedes estar segura de que te lo voy a decir... ¿Quién me ha cuidado al loro, mamá?

—Yo, hijo mío —dijo la abuela, sonriéndole—, no me olvidó nunca...

—Gracias, mamá.

La enlazó por la cintura, de modo que parecía que iba a levantarla, y le dio un beso en el cabello.

—A ningún sitio muy bueno habrás ido. Ya me han puesto sobre aviso de tus andanzas, Román. Te advierto que sé que no eres el mismo de antes..., tu sentido moral deja bastante que desear.

Román ensanchó el pecho, como para sacudirse del enervamiento del viaje.

—¿Y si te dijera que tal vez en mis andanzas he logrado averiguar algo sobre el sentido moral de mi hermana?

—No digas absurdos, ¡necio! Y menos delante de mi sobrina.

—Nuestra sobrina no se espantará. Y mamá, aunque abra esos ojillos redondos, tampoco...

Los pómulos de Angustias aparecieron amarillos y rojos y me pareció curioso que su pecho ondulase como el de cualquier otra mujer agitada.

—He estado corriendo algo por el Pirineo —dijo Román—, he parado unos días en Puigcerdá, que es un pueblo precioso, y naturalmente he ido a visitar a una pobre señora a quien conocí en mejores tiempos y a la que su marido ha hecho encerrar en su casona lúgubre, custodiada por criados como si fuese un criminal.

—Si te refieres a la mujer de don Jerónimo, del jefe de mi oficina, sabes perfectamente que la pobre se ha vuelto loca y que antes de mandarla al manicomio él ha preferido...

—Sí, ya veo que estás muy al tanto de los asuntos de tu jefe, me refiero a la pobre señora Sanz... En cuanto a que esté loca, no lo dudo. Pero ¿quién ha tenido la culpa de que llegue a ese estado?

—¿Qué eres capaz de insinuar? —gritó Angustias tan dolorida (esta vez de verdad) que me dio pena.

—¡Nada! —dijo Román con sorprendente ligereza, mientras flotaba bajo su bigote una sonrisa asombrada.

Yo me había quedado con la boca abierta, parada en medio de mi deseo de hablar con Román. Había pasado días excitada con la perspectiva de hablar a mi tío; tantas noticias, que yo creía interesantes y agradables para él, me parecía guardar.

Cuando me levanté de la silla para abrazarle con más ímpetu del que solía poner en estas cosas, me saltaba la alegría de esta sorpresa que le tenía preparada en la punta de la lengua. La escena que siguió me había cortado el entusiasmo.

Con el rabillo del ojo vi a tía Angustias —mientras Román me hablaba— apoyada en el aparador, muy pensativa, afeada por una mueca dolorosa, pero sin llorar, lo que era extraño en ella.

Román se acomodó tranquilamente en una silla y empezó a hablarme de los Pirineos. Dijo que aquellas magníficas arrugas de la tierra que se levantan entre nosotros —los españoles— y el resto

de Europa eran uno de los sitios verdaderamente grandiosos del Globo. Me habló de la nieve, de los profundos valles, del cielo gélido y brillante.

—No sé por qué no puedo amar a la naturaleza; tan terrible, tan hosca y magnífica como es a veces... Yo creo que he perdido el gusto por lo colosal. El tictac de mis relojes me despierta los sentidos más que el viento en los desfiladeros... Yo estoy cerrado —concluyó.

Al oírle estaba yo pensando que no valía la pena hablar a Román de que una muchacha de mi edad conociera su talento, que la fama de ese talento a él no le interesaba. Que también para todo halago externo estaba él voluntariamente cerrado.

Román mientras hablaba acariciaba las orejas del perro, que entornaba los ojos de placer. La criada, en la puerta, los acechaba; se secaba las manos en el delantal —aquellas manos aporradas, con las uñas negras— sin saber lo que hacía y miraba, segura, insistente, las manos de Román en las orejas del perro.

3.1.6 Capítulo VI

Con frecuencia me encontré sorprendida, entre aquellas gentes de la calle de Aribau, por el aspecto de tragedia que tomaban los sucesos más nimios, a pesar de que aquellos seres llevaban cada uno un peso, una obsesión real dentro de sí, a la que pocas veces aludían directamente.

El día de Navidad me envolvieron en uno de sus escándalos; y quizá porque hasta entonces solía estar yo apartada de ellos me hizo éste más impresión que otro alguno. O quizá por el extraño estado de ánimo en que me dejó respecto a mi tío Román, al que no tuve más remedio que empezar a ver bajo un aspecto desagradable en extremo.

Aquella vez la discusión tuvo sus raíces ocultas en mi amistad con Ena. Y mucho más tarde, recordándolo, he pensado que una especie de predestinación unió a Ena desde el principio a la vida de la calle de Aribau, tan impermeable a elementos extraños.

Mi amistad con Ena había seguido el curso normal de unas relaciones entre dos compañeras de clase que simpatizan extraordinariamente. Volví a recordar el encanto de mis amistades de colegio, ya olvidadas, gracias a ella. No se me ocultaban tampoco las ventajas que su preferencia por mí me reportaba. Los mismos compañeros me estimaban más. Seguramente les parecía más fácil acercarse así a mi guapa amiga.

Sin embargo, era para mí un lujo demasiado caro el participar de las costumbres de Ena. Ella me arrastraba todos los días al bar —el único sitio caliente que yo recuerdo, aparte del sol del jardín, en aquella universidad de piedra— y pagaba mi consumición, ya que habíamos hecho un pacto para prohibir que los muchachos, demasiado jóvenes todos, y en su mayoría faltos de recursos, invitaran

a las chicas. Yo no tenía dinero para una taza de café. Tampoco lo tenía para pagar el tranvía —si alguna vez podía burlar la vigilancia de Angustias y salía con mi amiga a dar un paseo— ni para comprar castañas calientes a la hora del sol. Y a todo proveía Ena. Esto me arañaba de un modo desagradable la vida. Todas mis alegrías de aquella temporada aparecieron un poco limadas por la obsesión de corresponder a sus delicadezas. Hasta entonces nadie a quien yo quisiera me había demostrado tanto afecto y me sentía roída por la necesidad de darle algo más que mi compañía, por la necesidad que sienten todos los seres poco agraciados de pagar materialmente lo que para ellos es extraordinario: el interés y la simpatía.

No sé si era un sentimiento bello o mezquino —y entonces no se me hubiera ocurrido analizarlo— el que me empujó a abrir mi maleta para hacer un recuento de mis tesoros. Apilé mis libros mirándolos uno a uno. Los había traído todos de la biblioteca de mi padre, que mi prima Isabel guardaba en el desván de su casa, y estaban amarillos y mohosos de aspecto. Mi ropa interior y una cajita de hoja de lata acababan de completar el cuadro de todo lo que yo poseía en el mundo. En la caja encontré fotografías viejas, las alianzas de mis padres y una medalla de plata con la fecha de mi nacimiento. Debajo de todo, envuelto en papel de seda, estaba un pañuelo de magnífico encaje antiguo que mi abuela me había mandado el día de mi primera comunión. Yo no me acordaba de que fuera tan bonito y la alegría de podérselo regalar a Ena me compensaba muchas tristezas. Me compensaba el trabajo que me llegaba a costar poder ir limpia a la universidad, y sobre todo parecerlo junto al aspecto confortable de mis compañeros. Aquella tristeza de recoser los guantes, de lavar mis blusas en el agua turbia y helada del lavadero de la galería con el mismo trozo de jabón que Antonia empleaba para fregar sus cacerolas y que por las mañanas raspaba mi cuerpo bajo la ducha fría. Poder hacer a Ena un regalo tan delicadamente bello me compensaba de toda la mezquindad de mi vida. Me acuerdo de que se lo llevé a la universidad el último día de clase antes de las vacaciones de Navidad y que escondí este hecho, cuidadosamente, a las miradas de mis parientes; no porque me pareciera mal regalar lo que era mío, sino porque entraba aquel regalo en el recinto de mis cosas íntimas del cual los excluía a todos. Ya en aquella época me parecía imposible haber pensado nunca en hablar de Ena a Román, ni aun para decirle que alguien admiraba su arte.

Ena se quedó conmovida y tan contenta cuando encontró en el paquete que le di la graciosa fruslería, que esta alegría suya me unió a ella más que todas sus anteriores muestras de afecto. Me hizo sentirme todo lo que no era: rica y feliz. Y yo no lo pude olvidar ya nunca.

Me acuerdo de que este incidente me había puesto de buen humor y de que empecé mis vacaciones con más paciencia y dulzura hacia todos de la que habitualmente tenía. Hasta con Angustias me mostraba amable. La Nochebuena me vestí, dispuesta a ir a Misa del Gallo con ella, aunque no me lo había pedido. Con gran sorpresa de mi parte se puso muy nerviosa.

—Prefiero ir sola esta noche, nena...

Creyó que me había quedado decepcionada y me acarició la cara.

—Ya irás mañana a comulgar con tu abuelita...

Yo no estaba decepcionada, sino sorprendida, pues a todos los oficios religiosos, Angustias me hacía ir con ella y le gustaba vigilar y criticar mi devoción.

La mañana de Navidad apareció espléndida cuando ya llevaba muchas horas durmiendo. Acompañé, en efecto, a la abuela a misa. A la fuerte luz del sol, la viejecilla, con su abrigo negro, parecía una pequeña y arrugada pasa. Iba a mi lado tan contenta, que me atormentó un turbio remordimiento de no quererla más.

Cuando ya volvíamos, me dijo que había ofrecido la comunión por la paz de la familia.

—Que se reconcilien esos hermanos, hija mía, es mi único deseo y también que Angustias comprenda lo buena que es Gloria y lo desgraciada que ha sido.

Cuando subíamos las escaleras de la casa oímos gritos que salían de nuestro piso. La abuela se cogió a mi brazo con más fuerza y suspiró.

Al entrar encontramos que Gloria, Angustias y Juan tenían un altercado de tono fuerte en el comedor. Gloria lloraba histérica.

Juan intentaba golpear con una silla la cabeza de Angustias y ella había cogido otra como escudo y daba saltos para defenderse.

Como el loro chillaba excitado y Antonia cantaba en la cocina, la escena no dejaba de tener su comicidad.

La abuelita se metió en seguida en la riña, aleteando e intentando sujetar a Angustias, que se puso desesperada.

Gloria corrió hacia mí.

—¡Andrea! ¡Tú puedes decir que no es verdad! Juan dejó la silla para mirarme.

—¿Qué va a decir Andrea? —gritó Angustias—; sé muy bien que lo has robado...

—¡Angustias! ¡Cómo sigas insultando, te abro la cabeza, maldita!

—Bueno, ¿pero qué tengo que decir yo?

—Dice Angustias que te he quitado un pañuelo de encaje que tenías...

Sentí que me ponía estúpidamente encarnada, como si me hubieran acusado de algo. Una oleada de calor. Un chorro de sangre hirviendo en las mejillas, en las orejas, en las venas del cuello...

—¡Yo no hablo sin pruebas! —dijo Angustias con el índice extendido hacia Gloria—. Hay quien te ha visto sacar de casa ese pañuelo para venderlo. Precisamente es lo único valioso que tenía la sobrina

en su maleta y no me negarás que no es la primera vez que revuelves esa maleta para quitar de ella algo. Dos veces te he descubierto ya usando la ropa interior de Andrea.

Esto era efectivamente cierto. Una desagradable costumbre de Gloria, sucia y desastrada en todo y sin demasiados escrúpulos para la propiedad ajena.

—Pero eso de que me haya quitado el pañuelo no es verdad —dije oprimida por una angustia infantil.

—¿Ves? ¡Bruja indecente! Más valdría que tuvieras vergüenza en tus asuntos y que no te metieras en los de los demás. Éste era Juan, naturalmente.

—¿No es verdad? ¿No es verdad que te han robado tu pañuelo de la primera comunión?... ¿Dónde está entonces? Porque esta misma mañana he estado viendo yo tu maleta y allí no hay nada.

—Lo he regalado —dije conteniendo los latidos de mi corazón—. Se lo he regalado a una persona. Tía Angustias vino tan deprisa hacia mí, que cerré los ojos con un gesto instintivo, como si tratara de abofetearme. Se quedó tan cerca, que su aliento me molestaba.

—Dime a quién se lo has dado, ¡enseguida! ¿A tu novio? ¿Tienes novio?

Moví la cabeza en sentido negativo.

—Entonces no es verdad. Es una mentira que dices para defender a Gloria. No te importa dejarme en ridículo con tal de que quede bien esa mujerzuela...

Corrientemente tía Angustias era comedida en su modo de hablar. Aquella vez se debió contagiar del ambiente general. Lo demás fue muy rápido: un bofetón de Juan, tan brutal, que hizo tambalearse a Angustias y caer al suelo.

Me incliné rápidamente hacia ella y quise ayudarle a levantarse. Me rechazó, brusca, llorando. La escena, en realidad, había perdido todo su aspecto divertido para mí.

—Y escucha, ¡bruja! —gritó Juan—. No lo había dicho antes porque soy cien veces mejor que tú y que toda la maldita ralea de esta casa, pero me importa muy poco que todo dios se entere de que la mujer de tu jefe tiene razón en insultarte por teléfono, como hace a veces, y que anoche no fuiste a Misa del Gallo ni a nada por el estilo...

Creo que me va a ser difícil olvidar el aspecto de Angustias en aquel momento. Con los mechones grises despeinados, los ojos tan abiertos que me daban miedo y limpiándose con dos dedos un hilillo de sangre de la comisura de los labios..., parecía borracha.

—¡Canalla! ¡Canalla!... ¡Loco! —gritó.

Luego se tapó la cara con las manos y corrió a encerrarse en su cuarto. Oímos el crujido de la cama bajo su cuerpo, y luego su llanto.

El comedor se quedó envuelto en una tranquilidad pasmosa. Miré a Gloria y vi que me sonreía. Yo no sabía qué hacer. Intenté una tímida llamada en el cuarto de Angustias y noté con alivio que no me contestaba.

Juan se fue al estudio y desde allí llamó a Gloria. Oí que empezaban una nueva discusión que hasta mí llegaba amortiguada como una tempestad que se aleja.

Yo me acerqué al balcón y apoyé la frente en los cristales. Aquel día de Navidad, la calle tenía aspecto de una inmensa pastelería dorada, llena de cosas apetecibles.

Sentí que la abuelita se acercaba a mi espalda y luego su mano estrecha, siempre azulosa de frío, inició una débil caricia sobre mi mano.

—Picarona —me dijo—, picarona..., has regalado mi pañuelo. La miré y vi que estaba triste, con un desconsuelo infantil en los ojos.

—¿No te gustaba mi pañuelo? Era de mi madre, pero yo quise que fuera para ti...

No supe qué contestar y volví su mano para besarle la palma, arrugada y suave. Me apretaba a mí también un desconsuelo la garganta, como una soga áspera. Pensé que cualquier alegría de mi vida tenía que compensarla algo desagradable. Que quizás esto era una ley fatal.

Llegó Antonia para poner la mesa. En el centro, como si fueran flores, colocó un plato grande con turrón. Tía Angustias no quiso salir de su cuarto para comer.

Estábamos la abuela, Gloria, Juan, Román y yo, en aquella extraña comida de Navidad, alrededor de una mesa grande, con su mantel a cuadros deshilachado por las puntas.

Juan se frotó las manos, contento.

—¡Alegría! ¡Alegría! —dijo, y descorchó una botella. Como era día de Navidad, Juan se sentía muy animado. Gloria empezó a comer trozos de turrón empleándolos como pan desde la sopa. La abuelita reía, dichosa, con la cabeza vacilante después de beber vino.

—No hay pollo ni pavo, pero un buen conejo es mejor que todo —dijo Juan.

Sólo Román parecía, como siempre, lejos de la comida. También cogía trozos de turrón para dárselos al perro.

Teníamos semejanza con cualquier tranquila y feliz familia, envuelta en su pobreza sencilla, sin querer nada más. Un reloj que se atrasaba siempre dio unas campanadas intempestivas y el loro se esponjó, satisfecho, al sol.

De pronto a mí me pareció todo aquello idiota, cómico y risible otra vez. Y sin poderlo remediar empecé a reírme cuando nadie hablaba ni venía a cuento, y me atraganté. Me daban golpes en la espalda, y yo, encarnada y tosiendo hasta saltárseme las lagrimas, me reía; luego terminé llorando en serio, acongojada, triste y vacía.

Por la tarde me hizo ir tía Angustias a su cuarto. Se había metido en la cama y se colocaba unos paños con agua y vinagre en la frente. Estaba ya tranquila y parecía enferma.

—Acércate, hijita, acércate —me dijo—, tengo que explicarte algo... Tengo interés de que sepas que tu tía es incapaz de hacer nada malo o indecoroso.

—Ya lo sé. No lo he dudado nunca.

—Gracias, hija, ¿no has creído las calumnias de Juan?

—¡Ah!..., ¿que anoche no estabas en Misa del Gallo? —contuve las ganas de sonreírme—. No. ¿Por qué no ibas a estar? Además, a mí eso no me parece importante. Se removió inquieta.

—Me es muy difícil explicarte, pero...

Su voz venía cargada de agua, como las nubes hinchadas de primavera. Me resultaba insoportable otra nueva escena, y toqué su brazo con las puntas de mis dedos.

—No quiero que me expliques nada. No creo que tengas que darme cuenta de tus actos, tía. Y si te sirve de algo, te diré que creo imposible cualquier cosa poco moral que me dijeran de ti.

Ella me miró, aleteándole los ojos castaños bajo la visera del paño mojado que llevaba en la cabeza.

—Me voy a marchar muy pronto de esta casa, hija —dijo con voz vacilante—. Mucho más pronto de lo que nadie se imagina. Entonces resplandecerá mi verdad.

Traté de imaginarme lo que sería la vida sin tía Angustias, los horizontes que se me podrían abrir... Ella no me dejó.

—Ahora, Andrea, escúchame —había cambiado de tono—; si has regalado ese pañuelo tienes que pedir que te lo devuelvan.

—¿Por qué? Era mío.

—Porque yo te lo mando.

Me sonreí un poco, pensando en los contrastes de aquella mujer.

—No puedo hacer eso. No haré esa estupidez.

Algo ronco le subía a Angustias por la garganta, como a un gato el placer. Se incorporó en la cama, quitándose de la frente el pañuelo humedecido.

—¿Te atreverías a jurar que lo has regalado?

—¡Claro que sí! ¡Por Dios!

Yo estaba aburrida y desesperada de aquel asunto.

—Se lo he regalado a una compañera de la universidad.

—Piensa que juras en falso.

—¿No te das cuenta, tía, que todo esto llega a ser ridículo? Digo la verdad. ¿Quién te ha metido en la cabeza que Gloria me lo quitó?

—Me lo aseguró tu tío Román, hija —se volvió a tender, lacia, sobre la almohada—, que Dios le perdone si ha dicho una mentira. Me dijo que él había visto a Gloria vendiendo tu pañuelo en una tienda de antigüedades; por eso fui yo a registrar la maleta esta mañana.

Me quedé perpleja, como si hubiera metido mis manos en algo sucio, sin saber qué hacer ni qué decir. Terminé el día de Navidad en mi cuarto, entre aquella fantasía de muebles en el crepúsculo. Yo estaba sentada sobre la cama turca, envuelta en la manta, con la cabeza apoyada sobre las rodillas dobladas. Fuera, en las tiendas, se trenzarían chorros de luz y la gente iría cargada de paquetes. Los belenes armados con todo su aparato de pastores y ovejas estarían encendidos. Cruzarían las calles, bombones, ramos de flores, cestas adornadas, felicitaciones y regalos.

Gloria y Juan habían salido de paseo con el niño. Pensé que sus figuras serían más ñacas, más borrosas y perdidas entre las otras gentes. Antonia también había salido y escuché los pasos de la abuelita, nerviosa y esperanzada como un ratoncillo, husmeando en el prohibido mundo de la cocina; en los dominios de la terrible mujer. Arrastró una silla para alcanzar la puerta del armario. Cuando encontró la lata del azúcar oí crujir los terrones entre su dentadura postiza.

Los demás estábamos en la cama. Tía Angustias, yo y allá arriba, separado por las capas amortiguadas de rumores (sonidos de gramófono, bailes, conversaciones bulliciosas) de cada piso, podía imaginarme a Román tendido también, fumando, fumando...

Y los tres pensábamos en nosotros mismos sin salir de los límites estrechos de aquella vida. Ni él, ni Román, con su falsa apariencia endiosada. Él, Román, más mezquino, más cogido que nadie en las minúsculas raíces de lo cotidiano. Chupada su vida, sus facultades, su arte, por la pasión de aquella efervescencia de la casa. Él, Román, capaz de fisgar en mis maletas y de inventar mentiras y enredos contra un ser a quien afectaba despreciar hasta la ignorancia absoluta de su existencia.

Así acabó para mí aquel día de Navidad, helada en mi cuarto y pensando estas cosas.

3.1.7 Capítulo VII

Dos días después de la borrascosa escena que he contado, Angustias desempolvó sus maletas y se fue sin decirnos adonde, ni cuándo pensaba volver.

Sin embargo, aquel viaje no revistió el carácter de escapada silenciosa que daba Román a los suyos. Angustias revolvió la casa durante los dos días con sus órdenes y sus gritos. Estaba nerviosa, se contradecía. A veces lloraba.

Cuando las maletas estuvieron cerradas y el taxi esperando, se abrazó a la abuela. —¡Bendíceme, mamá!

—Sí, sí —dijo la abuela—. No se ha acordado... Se le ha olvidado a Angustias decir adonde iba. ¿Verdad, Andrea? Sonrió a don Jerónimo con sus ojillos claros y dulces.

—Se ha olvidado de dar su dirección a todo el mundo —concluyó—, quizás escriba... Mi hija es un poco especial. Figúrese usted, tiene la manía de decir que su cuñada, que mi nuera Gloria no es perfecta...

Don Jerónimo, enrojecido sobre su blanco cuello duro, buscó un momento para despedirse. Desde la puerta me lanzó una mirada de odio singular. Tuve el impulso de correr tras él, de cogerle por las solapas y de gritarle furiosa:

«¿Por qué me mira usted así? ¿Qué tengo yo que ver con usted?». Pero, naturalmente, le sonreí y cerré la puerta con cuidado. Al volverme encontré la cara de la abuelita, infantil, contra mi pecho.

—Estoy contenta, hijita. Estoy contenta, pero me parece que esta vez me tendré que confesar. Estoy segura, sin embargo, de que no será un pecado muy grande. Pero de todas maneras..., como quiero comulgar mañana...

—¿Es que le has dicho una mentira a don Jerónimo? —Sí, sí... —y la abuela se reía.

—¿Dónde está Angustias, abuela?

—A ti tampoco puedo decírtelo, picarona... Y me gustaría, porque tus tíos creen muchas barbaridades de la pobre Angustias que no son verdad y tú podrías creerlas también. La pobre hija mía lo único que tiene es muy mal genio... Pero no hay que hacerle caso.

Gloria y Juan vinieron.

—¿De modo que no se ha fugado Angustias con don Jerónimo? —dijo Juan, brutalmente. —

¡Calla!, ¡calla!... De sobra sabes que tu hermana es incapaz.

—Pues nosotros, mamá, la vimos la noche de Nochebuena volver a casa con don Jerónimo casi de madrugada. Juan y yo nos escondimos en la sombra para verlos pasar. Debajo del farol que hay a la entrada se despidieron, don Jerónimo le besó la mano y ella lloraba...

—Hija —dijo la abuela, moviendo la cabeza—, no todas las cosas que se ven son lo que parecen.

Un rato después la vimos salir desafiando la sombra helada de la tarde para confesarse en una iglesia cercana.

Entré en el cuarto de Angustias y el blando colchón desguarnecido me dio la idea de dormir allí mientras ella estuviera fuera. Sin consultarlo a nadie trasladé mis ropas a aquella cama, no sin cierta inquietud, pues todo el cuarto estaba impregnado del olor a naftalina e incienso que su dueña despedía, y el orden de las tímidas sillas parecía obedecer aún a su voz. Aquel cuarto era duro como el cuerpo de Angustias, pero más limpio y más independiente que ninguno en la casa. Me repelía instintivamente y a la vez atraía a mi deseo de comodidad.

Horas más tarde, cuando la casa estaba en la paz de la noche —corta tregua obligatoria—, ya de madrugada me despertó la luz eléctrica en los ojos.

Me incorporé sobresaltada en la cama y vi a Román.

—¡Ah! —dijo con el ceño fruncido, pero esbozando una sonrisa—, te aprovechas de la ausencia de Angustias para dormir en su alcoba... ¿No tienes miedo a que te ahogue cuando se entere?

Yo no le contesté, pero le miré interrogante.

—Nada —dijo él—, nada..., no quería nada aquí.

Brusco, apagó otra vez la luz y se fue. Luego le oí salir de la casa.

Durante los siguientes días yo tuve la impresión de que esta aparición de Román a altas horas de la noche había sido un sueño; pero la recordé vividamente poco tiempo después.

Fue una tarde de luz muy triste. Yo me cansé de ver los retratos antiguos que me enseñaba la abuela en su alcoba. Tenía un cajón lleno de fotografías en el más espantoso desorden, algunas con el cartón mordisqueado de ratones.

—¿Ésta eres tú, abuela? —Sí...

—¿Éste es el abuelito? —Sí, es tu padre. —¿Mi padre?

—Sí, mi marido.

—Entonces no es mi padre, sino mi abuelo... —¡Ah!... Sí, sí.

—¿Quién es esta niña tan gorda?

—No sé.

Pero detrás de la fotografía había una fecha antigua y un nombre: «Amalia». —Es mi madre cuando pequeña, abuela.

—Me parece que estás equivocada.

—No, abuela.

De sus antiguos amigos de juventud se acordaba de todos.

—Es mi hermano... Es un primo que ha estado en América...

Al final me cansé y fui hacia el cuarto de Angustias. Quería estar allí sola y a oscuras un rato. «Si tengo ganas —pensé con el ligero malestar que siempre me atacaba al reflexionar sobre esto— estudiaré un rato.» Empujé la puerta con suavidad y de pronto retrocedí, asustada: junto al balcón, aprovechando para leer la última luz de la tarde, estaba Román, con una carta en la mano.

Se volvió con impaciencia, pero al verme esbozó una sonrisa.

—¡Ah!... ¿Eres tú, pequeña?... Bueno, ahora no me huyas, haz el favor.

Me quedé quieta y vi que él con gran tranquilidad y destreza doblaba aquella carta y la colocaba sobre un fajo de ellas que había sobre el pequeño escritorio (yo miraba sus ágiles manos, morenas,

vivísimas). Abrió uno de los cajones de Angustias. Luego sacó un llavero de bolsillo, encontró enseguida la llavecita que buscaba y cerró el cajón silenciosamente después de haber metido las cartas dentro.

Mientras efectuaba estas operaciones me iba hablando:

—Precisamente tenía yo muchas ganas de charlar esta tarde contigo, pequeña. Tengo arriba un café buenísimo y quería invitarte a una taza. Tengo también cigarrillos y unos bombones que compré ayer pensando en ti... Y... ¿bien? —dijo al terminar, en vista de que yo no contestaba.

Se había recostado contra el escritorio de Angustias y la última luz del balcón le daba de espaldas. Yo estaba enfrente.

—Se te ven brillar los ojos grises como a un gato —me dijo. Yo descargué mi atontamiento y mi tensión en algo parecido a un suspiro.

—Bueno, ¿qué me contestas?

—No, Román, gracias. Esta tarde quiero estudiar.

Román frotó una cerilla para encender el cigarrillo; vi un instante, entre las sombras, su cara iluminada por un resplandor rojizo y su singular sonrisa, luego las doradas hebras ardiendo. Enseguida un punto rojo y alrededor otra vez la luz gris violeta del crepúsculo.

—No es verdad que tengas ganas de estudiar, Andrea... ¡Anda! —dijo acercándose rápidamente hacia mí y cogiéndome del brazo—. ¡Vamos!

Me sentí rígida y suavemente empecé a despegar sus dedos de mi brazo.

—Hoy, no..., gracias.

Me soltó enseguida; pero estábamos muy cerca y no nos movíamos.

Se encendieron los faroles de la calle, y un reguero amarillento se reflejó en la vacía silla de Angustias, corrió sobre los baldosines...

—Puedes hacer lo que quieras, Andrea —dijo él al fin—, no es cuestión de vida o muerte para mí.

La voz le sonaba profunda, con un tono nuevo.

«Está desesperado», pensé, sin saber a ciencia cierta por qué encontraba desesperación en su voz. Él se marchó rápidamente y dio un portazo al salir del piso, como siempre. Yo me sentía emocionada de una manera desagradable. Me entró un inmediato deseo de seguirle, pero al llegar al recibidor me detuve otra vez. Hacía días que yo rehuía la afectuosidad de Román, me parecía imposible volver a sentirme amiga suya después del desagradable episodio del pañuelo. Pero aún me inspiraba él más interés que los demás de la casa juntos... «Es mezquino, es una persona innoble», pensé en alta voz, allí, en la tranquila oscuridad de la casa.

Sin embargo, me decidí a abrir la puerta y subir las escaleras. Sintiendo por primera vez, aun sin

comprenderlo, que el interés y la estimación que inspire una persona son dos cosas que no siempre van unidas.

Por el camino iba pensando en que la primera noche que dormí en el cuarto de Angustias, después de la aparición de Román y de haber oído el portazo que dio a su marcha y sus pasos en la escalera, oí salir de la casa a Gloria.

El cuarto de Angustias recibía directamente los ruidos de la escalera. Era como una gran oreja en la casa... Cuchicheos, portazos, voces, todo resonaba allí. Impresionada como estaba, me había puesto a escuchar. Había cerrado los ojos para oír mejor; me parecía ver a Gloria, con su cara blanca y triangular, rondando por el descansillo sin decidirse. Dio unos cuantos pasos y se detuvo luego vacilante; otra vez comenzó a pasear y a detenerse. Me empezó a latir el corazón de excitación porque estaba segura de que ella no podría resistir el deseo de subir los peldaños que separaban nuestra casa del cuarto de Román. Tal vez no podía resistir la tentación de espiarle... Sin embargo, los pasos de Gloria se decidieron, bruscamente, a lanzarse escalera abajo, hacia la calle. Todo esto resultaba tan asombroso que contribuyó a que yo lo achacara a trastornos de mi imaginación medio dormida.

Ahora era yo quien subía despacio, latiéndome el corazón, al cuarto de Román. En realidad me parecía que le hacía yo verdadera falta, que le hacía verdadera falta hablar, como me había dicho. Tal vez quería confesarse conmigo; arrepentirse delante de mí o justificarse. Cuando llegué le encontré tumbado, acariciando la cabeza del perro.

—¿Crees que has hecho una gran cosa con venir?

—No... Pero tú querías que viniera.

Román se incorporó mirándome con una expresión de curiosidad en sus ojos brillantes.

—Quisiera saber hasta qué punto puedo contar contigo; hasta qué punto puedes llegar a quererme...

¿Tú me quieres, Andrea?

—Sí, es natural... —dije cohibida—, no sé hasta qué punto las sobrinas corrientes quieren a sus tíos...

Román se echó a reír.

—¿Las sobrinas corrientes? ¿Es que tú te consideras sobrina extraordinaria...? ¡Vamos, Andrea! ¡Mírame!... ¡Tonta! A las sobrinas de todas clases les suelen tener sin cuidado los tíos...

—Sí, a veces pienso que es mejor la amistad que la familia. Puede uno, en ocasiones, unirse más a un extraño a su sangre...

La imagen de Ena, borrada todos aquellos días, se dibujaba en mi imaginación con un vago perfil. Perseguida por esta idea pregunté a Román:

—¿Tú no tienes amigos?

—No —Román me observaba—. Yo no soy un hombre de amigos. Ninguno de esta casa necesita amigos. Aquí nos bastamos a nosotros mismos. Ya te convencerás de ello...

—No lo creo. No estoy tan segura de eso... Hablarías mejor con un hombre de tu edad que conmigo... Las ideas me apretaban la garganta sin poderlas expresar. Román tenía un tono irritado, aunque sonreía.

—Si necesitara amigos los tendría, los he tenido y los he dejado perder. Tú también te hartarás de todo... ¿Qué persona hay, en este cochino y bonito mundo, que tenga bastante interés para aguantarla? Tú también mandarás a la gente al diablo dentro de poco, cuando se te pase el romanticismo de colegiala por las amistades.

—Pero tú, Román, te vas al diablo también detrás de esa gente a la que despides... Nunca he hecho tanto caso yo de la gente como tú, ni he tenido tanta curiosidad de sus asuntos íntimos... Ni registro sus cajones, ni me importa lo que tienen en sus maletas los demás.

Me puse encarnada y lo sentí, porque estaba encendida la luz y estaba encendido un claro fuego en la chimenea. Al darme cuenta, me subió una nueva oleada de sangre, pero me atreví a mirar la cara de mi tío.

Román levantaba una ceja.

—¡Ah! ¿Conque es eso lo que motivaba las huidas de estos días?

—Mira —cambió de tono—, no te metas en lo que no puedes comprender, mujer... No sabrías entenderme si te explicara mis acciones. Y, por lo demás, no he soñado en darte a ti explicaciones de mis actos.

—Yo no te las pido.

—Sí... Pero tengo ganas de hablar yo... Tengo ganas de contarte cosas.

Aquella tarde me pareció Román trastornado. Por primera vez tuve frente a él la misma sensación de desequilibrio que me hacía siempre tan desagradable la permanencia junto a Juan. En el curso de aquella conversación que tuvimos hubo momentos en que toda la cara se le iluminaba de malicioso buen humor, otras veces me miraba medio fruncido el ceño, tan intensos los ojos como si realmente fuera apasionante para él lo que me contaba. Como si fuera lo más importante de su vida.

Al principio parecía que no sabía cómo empezar. Manipuló con la cafetera. Apagó la luz y nos quedamos con la claridad única de la chimenea para beber más confortablemente el café. Yo me senté sobre la estera del suelo, junto al fuego, y él estuvo a mi lado un rato, en cuclillas, fumando. Luego se levantó.

«¿Le pediré que haga un poco de música como siempre?», pensé, al ver que el silencio se hacía tan largo. Parecía que habíamos recobrado nuestro ambiente normal. De pronto me asustó su voz.

—Mira, quería hablar contigo, pero es imposible. Tú eres una criatura... «lo bueno», «lo malo», «lo que me gusta», «lo que me da la gana de hacer»..., todo eso es lo que tú tienes metido en tu cabeza, con una claridad de niño. Algunas veces creo que te pareces a mí, que me entiendes, que entiendes mi música, la música de esta casa... La primera vez que toqué el violín para ti, yo estaba temblando por dentro de esperanza, de una alegría tan terrible cuando tus ojos cambiaban con la música... Pensaba, pequeña, que tú me ibas a entender hasta sin palabras; que tú eras mi auditorio, el auditorio que me hacía falta... Y tú no te has dado cuenta siquiera de que yo tengo que saber —de que de hecho sé— todo, absolutamente todo, lo que pasa abajo. Todo lo que siente Gloria, todas las ridículas historias de Angustias, todo lo que sufre Juan... ¿Tú no te has dado cuenta de que yo los manejo a todos, de que dispongo de sus vidas, de que dispongo de sus nervios, de sus pensamientos...? ¡Si yo te pudiera explicar que a veces estoy a punto de volver loco a Juan!... Pero ¿tú misma no lo has visto? Tiro de su comprensión, de su cerebro, hasta que casi se rompe... A veces, cuando grita con los ojos abiertos, me llega a emocionar. ¡Si tú sintieras alguna vez esta emoción tan espesa, tan extraña, secándote la lengua, me entenderías! Pienso que con una palabra lo podría calmar, apaciguar, hacerle mío, hacerle sonreír... Tú eso lo sabes, ¿no? Tú sabes muy bien hasta qué punto Juan me pertenece, hasta qué punto se arrastra tras de mí, hasta qué punto le maltrato. No me digas que no te has dado cuenta... Y no quiero hacerle feliz. Y le dejo, así, que se hunda solo... Y a los demás... Y a toda la vida de la casa, sucia como un río revuelto... Cuando vivas más tiempo aquí, esta casa y su olor, y sus cosas viejas, si eres como yo, te agarrarán la vida. Y tú eres como yo... ¿No eres como yo? Di, ¿no te pareces a mí algo?

Así estábamos; yo sobre la estera del suelo y él de pie. No sabía yo si gozaba asustándome o realmente estaba loco. Había terminado de hablar casi en un susurro al hacerme la última pregunta. Estaba yo, quieta, con muchas ganas de escapar, nerviosa.

Rozó con las puntas de los dedos mi cabeza y me levanté de un salto, ahogando un grito. Entonces se echó a reír de verdad, entusiasmado, infantil, encantador como siempre. —¡Qué susto! ¿Verdad, Andrea?

—¿Por qué me has dicho tantos disparates, Román?

—¿Disparates? —pero se reía—. No estoy tan seguro de que lo sean... ¿No te he contado la historia del dios Xochipilli, mi pequeño idolillo acostumbrado a recibir corazones humanos? Algún día se cansará de mis débiles ofrendas de música y entonces...

—Román, ya no me asustas, pero estoy nerviosa... ¿No puedes hablar en otro tono? Si no puedes, me voy...

—Y entonces —Román se reía más, con sus blancos dientes bajo el bigotillo negro—, entonces le ofreceré Juan a Xochipilli, le ofreceré el cerebro de Juan y el corazón de Gloria...

Suspiró.

—Mezquinos ofrecimientos, a pesar de todo. Tu hermoso y ordenado cerebro quizá fuera mejor...

Bajé las escaleras hasta la casa, corriendo, perseguida por la risa divertida de Román. Porque de hecho me escapé. Me escapé y los escalones me volaban bajo los pies. La risa de Román me alcanzaba, como la mano huesuda de un diablo que me cogiera la punta de la falda...

No quise cenar para no encontrarme con Román. No porque le tuviera miedo, no; un minuto después de terminada me había parecido absurda la conversación, pero me había trastornado, me sentía enervada y sin ganas de afrontar sus ojos. Ahora y no cuando le vi husmear mezquino, sin respeto a la vida de los demás, ahora y no todos aquellos días anteriores en que me escapaba de él, creyendo despreciarle, era

cuando empezaba a sentir contra Román una repulsión indefinible.

Me acosté y no podía dormirme. La luz del comedor ponía una raya brillante debajo de la puerta del cuarto; oía voces. Los ojos de Román estaban sobre los míos: «No necesitarás nada cuando las cosas de la casa te agarren los sentidos»... Me pareció un poco aterrador este continuo rumiar de las ideas que él me había sugerido. Me encontré sola y perdida debajo de mis mantas. Por primera vez sentía un anhelo real de compañía humana.

Por primera vez sentía en la palma de mis manos el ansia de otra mano que me tranquilizara... Entonces el timbre del teléfono, allí, en la cabecera de la cama, empezó a sonar. Me había olvidado de que existía ese chisme en la casa, porque sólo Angustias lo utilizaba. Descolgué el auricular sacudida aún por el escalofrío de la impresión de su sonido agudo, y se me entró por los oídos una alegría tan grande (porque era como una respuesta a mi estado de ánimo) que al pronto ni la sentí. Era Ena, que había encontrado mi número en el listín de teléfonos y me llamaba.

3.1.8 Capítulo VIII

Angustias volvió en un tren de medianoche y se encontró a Gloria en la escalera de la casa. A mí me despertó el ruido de las voces. Rápidamente me di cuenta de que estaba durmiendo en un cuarto que no era el mío y de que su dueña me lo reclamaría.

Salté de la cama traspasada de frío y de sueño. Tan asustada, que tenía la sensación de no poder moverme aunque, en realidad, no hice otra cosa: en pocos segundos arranqué las ropas de la cama y me envolví con ellas. Tiré la almohada, al pasar, en una silla del comedor y llegué hasta el recibidor envuelta en una manta, descalza sobre las baldosas heladas, en el momento en que Angustias entraba de la calle seguida del chofer con sus maletas y conduciendo a Gloria por un brazo. La abuelita apareció también, aturrullada y balbuciente al ver a Gloria.

—Vamos, hija, vamos... ¡Corre a mi cuarto! —le dijo. Pero Angustias no soltaba el brazo de Gloria.

—No, mamá. No, de ninguna manera. El chofer miraba de reojo la escena. Angustias le pagó y cerró la puerta. Enseguida se volvió a Gloria.

—¡Sinvergüenza! ¿Qué hacías a estas horas en la escalera, di? Gloria estaba reconcentrada como un gato. Su boca pintada resultaba muy oscura.

—Ya te dije, chica, que te había sentido llegar y que iba a recibirte.

—¡Qué descaró! —gritó Angustias.

Mi tía presentaba un aspecto lamentable. Llevaba su sombrero inmutable, lo mismo que el día que se fue; pero la pluma, torcida, apuntaba como un cuerno feroz. Se santiguó y empezó a rezar con las manos sobre el pecho.

—¡Dios mío, dame paciencia! ¡Dame paciencia, Dios mío!

Yo sentía el frío quemándome las plantas de los pies y temblaba violentamente debajo de mi manta.

«¿Qué dirá —pensaba yo— cuando sepa que he utilizado su cuarto?» La abuelita empezó a llorar:

—Angustias, suelta a esta niña, suelta a esta niña... Parecía una criatura.

—¡Parece mentira, mamá! ¡Parece mentira! —volvió a gritar Angustias—. Ni siquiera le preguntas dónde ha estado... ¿Te hubiera gustado a ti que una hija tuya hiciera eso? ¡Tú, mamá, que ni siquiera nos permitías ir a las fiestas en casa de nuestros amigos cuando éramos jóvenes, proteges las escapadas nocturnas de esta infame!

Se llevó las manos a la cabeza, quitándose el sombrero. Se sentó en la maleta y empezó a gemir:

—¡Me vuelvo loca! ¡Me vuelvo loca!

Gloria se escabulló como una sombra hacia el cuarto de la abuela, en el momento en que Antonia aparecía husmeadora y luego Juan, embutido en su abrigo viejo.

—¿Se puede saber a qué vienen esos gritos? ¡Animal! —dijo dirigiéndose a Angustias—. ¿No te das cuenta de que mañana me tengo yo que levantar a las cinco y me hace falta sueño?

—¡Más valdría que preguntaras a tu mujer qué es lo que hace en la calle a estas horas, en vez de insultarme!

Juan se quedó parado, con la mandíbula apuntada hacia la abuela.

—¿Qué tiene que ver Gloria con esto?

—Gloria está en su cuarto, hijito..., quiero decir en mi cuarto con el niño... Salió a recibir a Angustias a la escalera y ella creyó que se iba a la calle. Es un malentendido.

Angustias contemplaba furiosa a la abuela y Juan estaba en medio de todos nosotros, gigantesco. Su reacción no se hizo esperar.

—¿Por qué mientes, mamá? ¡Maldita sea!... Y tú, bruja, ¿por qué te metes en lo que no te importa? ¿Qué tienes que ver tú con mi mujer? ¿Quién eres para impedirle que salga de noche, si le da la gana?

Yo soy el único de esta casa a quien ella tiene que pedir permiso, y el que se lo concede..., conque ¡métete en tu cuarto y no aúlles más!

Angustias se metió en su cuarto, en efecto, y Juan se quedó mordiéndose las mejillas, como siempre que estaba nervioso. La criada dio un chillido de gozo, ansiosa como estaba, en la puerta de su cubil. Juan se volvió hacia ella con el puño levantado, y luego lo volvió a dejar caer, flácido, a lo largo del cuerpo.

Yo entré en el salón donde tenía mi alcoba y me sorprendió el olor a aire enmohecido y a polvo. ¡Qué frío hacía! Sobre el colchón de aquella cama turca, fino como una hoja, yo no podía hacer más que tiritar.

Se abrió la puerta en seguida detrás de mí y apareció otra vez ante mis ojos la figura de Angustias. Gimió al tropezar con un mueble, en la oscuridad.

—¡Andrea! —gritó—. ¡Andrea!

—Estoy aquí.

La sentía respirar fuerte.

—Ofrezco al Señor toda la amargura que me causáis... ¿Se puede saber qué hace tu traje en mi cuarto? Me reconcentré un momento. En aquel silencio se empezó a oír una discusión en la lejana alcoba de la abuela.

—He dormido estos días allí —dije al fin.

Angustias abrió los brazos como si se fuera a caer o a tantear el aire para encontrarme. Yo cerré los ojos, pero ella volvió a tropezar y a gemir.

—Dios te perdone el disgusto que me das... Pareces un cuervo sobre mis ojos... Un cuervo que me quisiera heredar en vida.

En aquel momento cruzó el recibidor un grito de Gloria y luego el golpe de la puerta de la alcoba que compartían ella y Juan, al cerrarse. Angustias se irguió escuchando. Ahora parecía venir un llanto ahogado.

—¡Dios mío! ¡Es para volverse loca! —murmuró mi tía. Cambió de tono:

—Contigo, señorita, ajustaré las cuentas mañana. En cuanto te levantes ven a mi cuarto. ¿Oyes?

—Sí.

Cerró la puerta y se fue. La casa se quedó llena de ecos, gruñendo como un animal viejo. El perro, detrás de la puerta de la criada, empezó a ulular, a gemir y a su voz se mezcló otro grito de Gloria, y al llanto de ella que siguió, otro llanto más lejano del niño. Luego este lloro del niño fue el que predominó, el que llenó todos los rincones de la casa ya apaciguada. Oí salir a Juan nuevamente de su alcoba, para ir a buscar a su hijo al cuarto de la abuela. Oí después cómo él mismo lo paseaba

monótonamente por el recibidor, cómo le hablaba para tranquilizarle y dormirlo. No era la primera vez que las cantinelas de Juan a su hijo llegaban a mí en las noches frías. Juan tenía para la criatura ternuras insospechadas, íntimas y casi feroces. Sólo una vez cada quince días Gloria se iba a dormir a la alcoba de la abuela con el pequeño, para que el llanto caprichoso de éste no despertara a Juan, que estaba precisado a salir de casa cuando aún no había amanecido y luego habría de pasar la jornada haciendo unos duros trabajos suplementarios de los que volvía, rendido, a la noche siguiente.

Aquella tan desgraciada en que llegó Angustias era una de estas noches en que mi tío tenía que madrugar.

Despierta todavía, le oí salir antes de que las sirenas de las fábricas rompieran a pitidos la neblina de la mañana. Todavía estaba el cielo de Barcelona cargado de humedades del mar y de estrellas cuando Juan se fue a la calle.

Me acababa de dormir, encogida y helada, cuando me desperté bajo la impresión de los ojos de Antonia. Aquella mujer respiraba un íntimo regodeo. Chilló:

—Su tía dice que vaya usted...

Y se quedó en jarras mirándome, mientras yo me restregaba los ojos y me vestía.

Cuando me desperté del todo, sentada en el borde de la cama, me encontré en uno de mis períodos de rebeldía contra Angustias; el más fuerte de todos. Súbitamente me di cuenta de que no la iba a poder sufrir más. De que no la iba a obedecer más, después de aquellos días de completa libertad que había gozado en su ausencia. La noche inquieta me había estropeado los nervios y me sentí histérica yo también, llorosa y desesperada. Me di cuenta de que podía soportarlo todo: el frío que calaba mis ropas gastadas, la tristeza de mi absoluta miseria, el sordo horror de aquella casa sucia. Todo menos su autoridad sobre mí. Era aquello lo que me había ahogado al llegar a Barcelona, lo que me había hecho caer en la abulia, lo que mataba mis iniciativas; aquella mirada de Angustias.

Aquella mano que me apretaba los movimientos y la curiosidad de la vida nueva... Angustias, sin embargo, era un ser recto y bueno a su manera entre aquellos locos. Un ser más completo y vigoroso que los demás... Yo no sabía por qué aquella terrible indignación contra ella subía en mí, por qué me tapaba la luz la sola visión de su larga figura y sobre todo de sus inocentes manías de grandezas. Es difícil entenderse con las gentes de otra generación, aun cuando no quieran imponernos su modo de ver las cosas.

Y en estos casos en que quieren hacernos ver con sus ojos, para que resulte medianamente bien el experimento se necesita gran tacto y sensibilidad en los mayores y admiración en los jóvenes.

Rebelde, estuve largo rato sin acudir a su llamada. Me lavé y me vestí para ir a la universidad y ordené mis cuartillas en la cartera antes de decidirme a entrar en su cuarto.

Enseguida vi a mi tía sentada frente al escritorio. Tan alta y familiar con su rígido guardapolvo, como si nunca —desde nuestra primera conversación en la mañana de mi llegada a la casa— se hubiera movido de aquella silla. Como si la luz que nimbaba sus cabellos entrecanos y abultaba sus labios gruesos fuera aún la misma luz. Como si aún no hubiera retirado los dedos pensativos de su frente. (Era una imagen demasiado irreal la visión de aquel cuarto con luz de crepúsculo, con la silla vacía y las vivas manos de Román, diabólicas y atractivas, revolviendo aquel pequeño y pudibundo escritorio.)

Noté que Angustias tenía su aire lánguido y desamparado. Los ojos cargados y tristes. Durante tres cuartos de hora había estado proveyendo de dulzura su voz.

—Siéntate, hija. Tengo que hablarte seriamente.

Eran palabras rituales que yo conocía hasta la saciedad. La obedecí resignada y tiesa; pronta a saltar, como otras veces había estado dispuesta a tragar silenciosamente todas las majaderías. Sin embargo, lo que me dijo era extraordinario:

—Estarás contenta, Andrea (porque tú no me quieres...); dentro de unos días me voy de esta casa para siempre. Dentro de unos días podrás dormir en mi cama, que tanto envidias. Mirarte en el espejo de mi armario. Estudiar en esta mesa... Anoche me enfadé contigo porque lo que sucedía era inaguantable... He cometido un pecado de soberbia. Perdóname.

Me observaba de reojo al pedirme un perdón tan poco sincero que me hizo sonreír. Entonces se le quedó la cara tiesa, sembrada de arrugas verticales.

—No tienes corazón, Andrea.

Yo tenía miedo de haber entendido mal su primer discurso. De que no fuera verdad aquel anuncio fantástico de liberación.

—¿Adónde te irás?

Entonces me explicó que volvía al convento donde había pasado aquellos días de intensa preparación espiritual. Era una orden de clausura para ingresar en la cual hacía muchos años que estaba reuniendo una dote y ya la tenía ahorrada. A mí, mientras tanto, me iba pareciendo un absurdo la idea de Angustias sumergida en un ambiente contemplativo.

—¿Siempre has tenido vocación?

—Cuando seas mayor entenderás por qué una mujer no debe andar sola en el mundo. —¿Según tú, una mujer, si no puede casarse, no tiene más remedio que entrar en el convento? —No es ésa mi idea. (Se removió inquieta.)

—Pero es verdad que sólo hay dos caminos para la mujer. Dos únicos caminos honrosos... Yo he escogido el mío, y estoy orgullosa de ello. He procedido como una hija de mi familia debía hacer. Como tu madre hubiera hecho en mi caso. Y Dios sabrá entender mi sacrificio...

Se quedó abstraída.

(«¿Dónde se ha ido —pensaba yo— aquella familia que se reunía en las veladas alrededor del piano, protegida del frío de fuera por feas y confortables cortinas de paño verde? ¿Dónde se han ido las hijas pudibundas, cargadas con enormes sombreros, que al pisar —custodiadas por su padre— la acera de la alegre y un poco revuelta calle de Aribau, donde vivían, bajaban los ojos para mirar a escondidas a los transeúntes?» Me estremecí al pensar que una de ellas había muerto y que su larga trenza de pelo negro estaba guardada en un viejo armario de pueblo muy lejos de allí. Otra, la mayor, desaparecería de su silla, de su balcón, llevándose su sombrero —el último sombrero de la casa— dentro de poco.)

Angustias suspiró al fin y me volvió a los ojos tal como era. Empuñó el lápiz.

Todos estos días he pensado en ti... Hubo un tiempo (cuando llegaste) en que me pareció que mi obligación era hacerte de madre. Quedarme a tu lado, protegerte. Tú me has fallado, me has decepcionado. Creí encontrar una huerfanita ansiosa de cariño y he visto un demonio de rebeldía, un ser que se ponía rígido si yo lo acariciaba. Tú has sido mi última ilusión y mi último desengaño, hija. Sólo me resta rezar por ti, que ¡bien lo necesitas!, ¡bien lo necesitas!

Luego me dijo:

—¡Si te hubiera cogido más pequeña, te habría matado a palos!

Y en su voz se notaba cierta amarga fruición que me hacía sentirme a salvo de un peligro cierto.

Hice un movimiento para marcharme y me detuvo.

—No importa que hoy pierdas tus clases. Tienes que oírme... Durante quince días he estado pidiendo a Dios tu muerte... o el milagro de tu salvación. Te voy a dejar sola en una casa que no es ya lo que ha sido..., porque antes era como el paraíso y ahora —tía Angustias tuvo una llama de inspiración— con la mujer de tu tío Juan ha entrado la serpiente maligna. Ella lo ha emponzoñado todo. Ella, únicamente ella, ha vuelto loca a mi madre..., porque tu abuela está loca, hija mía, y lo peor es que la veo precipitarse a los abismos del infierno si no se corrige antes de morir. Tu abuela ha sido una santa, Andrea. En mi juventud, gracias a ella he vivido en el más puro de los sueños, pero ahora ha enloquecido con la edad. Con los sufrimientos de la guerra, que, aparentemente soportaba tan bien, ha enloquecido. Y luego esa mujer, con sus halagos, le ha acabado de trastornar la conciencia. Yo no puedo comprender sus actitudes más que así.

—La abuela intenta entender a cada uno.

(Yo pensaba en sus palabras: «No todas las cosas son lo que parecen», cuando ella intentaba proteger a Angustias..., pero ¿podía yo atreverme a hablar a mi tía de don Jerónimo?)

—Sí, hija, sí... Y a ti te viene muy bien. Parece que hayas vivido suelta en zona roja y no en un convento de monjas durante la guerra. Aun Gloria tiene más disculpas que tú en sus ansias de emancipación y desorden. Ella es una golfilla de la calle, mientras que tú has recibido una educación..., y no te disculpes con tu curiosidad de conocer Barcelona. Barcelona te la he enseñado. Miré el reloj instintivamente.

—Me oyes como quien oye llover, ya lo veo... ¡Infeliz! ¡Ya te golpeará la vida, ya te triturará, ya te aplastará! Entonces me recordarás... ¡Oh! ¡Hubiera querido matarte cuando pequeña antes de dejarte crecer así! Y no me mires con ese asombro. Ya sé que hasta ahora no has hecho nada malo. Pero lo harás en cuanto yo me vaya... ¡Lo harás! ¡Lo harás! Tú no dominarás tu cuerpo y tu alma. Tú no, tú no... Tú no podrás dominarlos.

Yo veía en el espejo, de refilón, la imagen de mis dieciocho años áridos, encerrados en una figura alargada y veía la bella y torneada mano de Angustias crispándose en el respaldo de una silla. Una mano blanca, de palma abultada y suave. Una mano sensual, ahora desgarrada, gritando con la crispación de sus dedos más que la voz excitada de mi tía.

Empecé a sentirme conmovida y un poco asustada, pues el desvarío de Angustias amenazaba abrazarme, arrastrarme también.

Terminó temblorosa, llorando. Pocas veces lloraba Angustias sinceramente. Siempre el llanto la afeaba, pero éste, espantoso, que la sacudía ahora, no me causaba repugnancia, sino cierto placer. Algo así como ver descargar una tormenta.

—Andrea —dijo al fin, suave—, Andrea... Tengo que hablar contigo de otras cosas —se secó los ojos y empezó a hacer cuentas—. En adelante recibirás tú misma, directamente, tu pensión. Tú misma le darás a la abuela lo que creas conveniente para contribuir a tu alimentación y tú misma harás equilibrios para comprarte lo más necesario... No te tengo que decir que gastes en ti el mínimo posible. El día que falte mi sueldo, esta casa va a ser un desastre. Tu abuela ha preferido siempre sus hijos varones, pero esos hijos — aquí me pareció que se alegraba— le van a hacer pasar mucha penuria... En esta casa las mujeres hemos sabido conservar mejor la dignidad.

Suspiró.

—Y aún. ¡Si no se hubiese introducido Gloria!

Gloria, la mujer serpiente, durmió enroscada en su cama hasta el mediodía, rendida y gimiendo en sueños. Por la tarde me enseñó las señales de la paliza que le había dado Juan la noche antes y que empezaban a amarrotarse en su cuerpo.

3.1.9 Capítulo IX

Como una bandada de cuervos posados en las ramas del árbol del ahorcado, así las amigas de Angustias estaban sentadas, vestidas de negro, en su cuarto aquellos días. Angustias era el único ser que se conservaba asido desesperadamente a la sociedad, en la casa nuestra.

Las amigas eran las mismas que habían valsado a los compases del piano de la abuelita. Las que los años y los vaivenes habían alejado y que ahora volvían aleteando al enterarse de aquella púdica y bella muerte de Angustias para la vida de este mundo. Habían llegado de diferentes rincones de Barcelona y estaban en una edad tan extraña de su cuerpo como la adolescencia. Pocas conservaban un aspecto normal. Hinchadas o flacas, las facciones les solían quedar pequeñas o grandes según las ocasiones, como si fueran postizas. Yo me divertía mirándolas. Algunas estaban encanecidas y eso les daba una nobleza de que las otras carecían.

Todas recordaban los tiempos viejos de la casa.

—Tu padre, ¡qué gran señor!, con su barba corrida...

—Tus hermanas, ¡qué traviesas eran!... Señor, Señor, lo que ha cambiado tu casa. —¡Lo que han cambiado los tiempos!

—Sí, los tiempos...

(Y se miraban azoradas.)

—¿Te acuerdas, Angustias, de aquel traje verde que llevabas el día que cumpliste veinte años? La verdad es que nos reunimos aquella tarde una caterva de buenas mozas... ¿Y aquel pretendiente tuyo, aquel Jerónimo Sanz, por el que estabas tan loca? ¿Qué se hizo de él?

Alguien pisa el pie de la charlatana, que se calla asustada. Pasan unos segundos angustiosos y luego todas rompen a hablar a la vez.

(La verdad es que eran como pájaros envejecidos y oscuros, con las pechugas palpitantes de haber volado mucho en un trozo de cielo muy pequeño.)

—Yo no sé, chica —decía Gloria—, por qué Angustias no se ha marchado con don Jerónimo, ni por qué se mete a monja, si ella no sirve para rezar...

Gloria estaba tumbada en su cama, por donde gateaba el niño, y se esforzaba en pensar, quizá por primera vez en su vida.

—¿Por qué crees que no sirve Angustias para rezar? —le pregunté, admirada—. Ya sabes cuánto le gusta ir a la iglesia.

—Porque la comparo con tu abuelita, que sí que es buena rezadora, y veo la diferencia... Mamá se queda toda traspasada como si le vinieran músicas del cielo a los oídos. Por las noches habla con

Dios y con la Virgen. Dice que Dios es capaz de bendecir todos los sufrimientos y que por eso Dios me bendice a mí, aunque yo no rezo tanto como debiera... ¡Y qué buena es! Nunca ha salido de su casa y, sin embargo, entiende todas las locuras y las perdona. A Angustias no le da Dios ninguna calidad de comprensión, y cuando reza en la iglesia no oye músicas del cielo, sino que mira a los lados para ver quién ha entrado en el templo con mangas cortas y sin medias... Yo creo que en el fondo el rezo le importa tan poco como a mí, que no sirvo para rezar... Pero la verdad —concluía—, ¡qué bien que se marche!... La otra noche me pegó Juan por su culpa. Por su culpa nada más...

—¿Adonde ibas, Gloria?

—¡Ay, chica! A nada malo. A ver a mi hermana, ya ves tú... Ya sé que no me crees, pero a eso iba y te lo puedo jurar. Es que Juan no me deja ir, y de día me vigila. Pero no me mires así, no me mires así, Andrea, que me da muchas ganas de reír esa cara que pones.

—¡Bah! —dijo Román—. Me alegro de que se vaya Angustias, porque ahora es un trozo viviente del pasado que estorba la marcha de las cosas... De mis cosas. Que nos molesta a todos, que nos recuerda a todos que no somos seres maduros, redondos, parados, como ella; sino aguas ciegas que vamos golpeando, como

podemos, la tierra para salir a algo inesperado... Por todo eso me alegro. Cuando se vaya la querré, Andrea, ¿sabes? Y me conmovió el recuerdo de su feísimo gorro de fieltro con la pluma erguida, hasta el último momento, como un pabellón..., indicando que aún late el corazón de un hogar que fue y que nosotros, los demás, hemos perdido... —se volvió hacia mí sonriendo como si compartiéramos los dos un secreto —.

Al mismo tiempo siento que se vaya, porque ya no podré leer las cartas de amor que recibe, ni su diario... ¡Qué cartas tan sentimentales y qué diario tan masoquista! Satisfacía todos mis instintos de crueldad leerlo.

Y Román se pasó la lengua por los labios rojos.

Juan y yo parecíamos ser los únicos sin opinión ante el desarrollo de los acontecimientos. Yo estaba demasiado maravillada, pues el único deseo de mi vida ha sido que me dejen en paz hacer mi capricho y en aquel momento parecía que había llegado la hora de conseguirlo sin el menor trabajo por mi parte. Recordaba la lucha sorda que tuve durante dos años con mi prima Isabel para que al fin me permitiera marchar de su lado y seguir una carrera universitaria. Cuando llegué a Barcelona venía disparada por mi primer triunfo, pero enseguida encontré otros ojos vigilantes sobre mí y me acostumbré al juego de esconderme, de resistirme... Ahora, de pronto, me iba a encontrar sin enemigo.

Me volví humilde con Angustias aquellos días. Hubiera besado sus manos si ella lo hubiera querido. La alegría espantosa parecía socavarme el pecho algunos ratos. En los demás no pensaba, en Angustias, no pensaba: sólo en mí.

Me extrañó, sin embargo, la falta de don Jerónimo en aquel interminable desfile de amistades. Todas eran mujeres, exceptuando algún raro marido tripudo que aparecía alguna vez.

—Parecen días de entierro, ¿eh? —gritó Antonia desde su cocina.

A todos se nos vinieron a la imaginación pensamientos macabros en aquellas horas.

Gloria me dijo que don Jerónimo y Angustias se veían todas las mañanas en la iglesia, que ella lo sabía bien... Toda la historia de Angustias resultaba como una novela del siglo pasado.

El día en que se marchó tía Angustias recuerdo que los diferentes personajes de la familia nos encontramos levantados casi con el alba. Nos tropezábamos por la casa poseídos de nerviosismo. Juan empezó a rugir palabrotas por cualquier cosa. A última hora decidimos ir todos a la estación, menos Román. Román fue el único que no apareció en todo el día. Luego, mucho más tarde, me contó que había estado muy de mañana en la iglesia siguiendo a Angustias y viendo cómo se confesaba. Yo me imaginé a Román con las orejas tendidas hacia aquella larga confesión, envidiando al pobre cura, viejo y cansado, que derramaba desapasionadamente la absolución sobre la cabeza de mi tía.

El taxi que nos condujo estaba repleto. Con nosotros venían tres amigas de Angustias, las tres más íntimas.

El niño, espantadizo, se agarraba al cuello de Juan. No le sacaban de paseo casi nunca, y aunque estaba gordo, su piel tenía un tono triste al darle el sol.

En el andén estábamos agrupados alrededor de Angustias, que nos besaba y nos abrazaba. La abuelita apareció llorosa después del último abrazo.

Formábamos un conjunto tan grotesco que algunas gentes volvían la cabeza a mirarnos.

Cuando faltaban unos minutos para salir el tren, Angustias subió al vagón y desde la ventanilla nos miraba hierática, llorosa y triste, casi bendiciéndonos como una santa.

Juan estaba nervioso; lanzando muecas irónicas a todos lados, espantando a las amigas de Angustias —que se agruparon lo más distante posible— con el girar de sus ojos. Las piernas le empezaron a temblar en los pantalones. No podía contenerse.

—¡No te hagas la mártir, Angustias, que no se la pegas a nadie! Estás sintiendo más placer que un ladrón con los bolsillos llenos... ¡Que a mí no me la pegas con esa comedia de tu santidad!

El tren empezó a alejarse y Angustias se santiguó y se tapó los oídos porque la voz de Juan se levantaba sobre todo el andén.

Gloria agarró a su marido por la americana, aterrada. Y él se revolvió con sus ojos de loco, furioso, temblando como si le fuera a dar un ataque epiléptico. Luego echó a correr detrás de la ventanilla, dando gritos que Angustias ya no podía oír.

—¡Eres una mezquina! ¿Me oyes? No te casaste con él porque a tu padre se le ocurrió decirte que era poco el hijo de un tendero para ti... ¡Por esooo! Y cuando volvió casado y rico de América lo has estado

entreteniendo, se lo has robado a su mujer durante veinte años..., y ahora no te atreves a irte con él porque crees que toda la calle de Aribau y toda Barcelona están pendientes de ti...

¡Y desprecias a mi mujer! ¡Malvada! ¡Y te vas con tu aureola de santa!...

La gente empezó a reírse y a seguirle hasta la punta del andén, donde, cuando el tren se había marchado, seguía gritando. Le corrían las lágrimas por las mejillas y se reía, satisfecho. La vuelta a casa fue una calamidad.

3.1.10 Capítulo X

Salí de casa de Ena aturdida, con la impresión de que debía de ser muy tarde. Todos los portales estaban cerrados y el cielo se descargaba en una apretada lluvia de estrellas sobre las azoteas.

Por primera vez me sentía suelta y libre en la ciudad, sin miedo al fantasma del tiempo. Había tomado algunos licores aquella tarde. El calor y la excitación brotaban de mi cuerpo de tal modo que no sentía el frío ni tan siquiera —a momentos— la fuerza de la gravedad bajo mis pies.

Me detuve en medio de la vía Layetana y miré hacia el alto edificio en cuyo último piso vivía mi amiga. No se traslucía la luz detrás de las persianas cerradas, aunque aún quedaban, cuando yo salí, algunas personas reunidas, y, dentro, las confortables habitaciones estarían iluminadas. Tal vez la madre de Ena había vuelto a sentarse al piano y a cantar. Me corrió un estremecimiento al recordar aquella voz ardorosa que al salir parecía quemar y envolver en resplandores el cuerpo desmedrado de su dueña.

Aquella voz había despertado todos los posos de sentimentalismo y de desbocado romanticismo de mis dieciocho años. Desde que ella había callado yo estuve inquieta, con ganas de escapar a todo lo demás que me rodeaba. Me parecía imposible que los otros siguieran fumando y comiendo golosinas. Ena misma, aunque había escuchado a su madre con una sombría y reconcentrada atención, volvía a expandirse, a reír y a brillar entre sus amigos, como si aquella reunión comenzada a última hora de la tarde, improvisadamente, no fuera a tener fin. Yo, de pronto, me encontré en la calle. Casi había

huido impelida por una inquietud tan fuerte y tan inconcreta como todas las que me atormentaban en aquella edad.

No sabía si tenía necesidad de caminar entre las casas silenciosas de algún barrio adormecido, respirando el viento negro del mar o de sentir las oleadas de luces de los anuncios de colores que teñían con sus focos el ambiente del centro de la ciudad. Aún no estaba segura de lo que podría calmar mejor aquella casi angustiada sed de belleza que me había dejado escuchar a la madre de Ena. La misma vía Layetana, con su suave declive desde la plaza de Urquinaona, donde el cielo se deslustraba con el color rojo de la luz artificial, hasta el gran edificio de Correos y el puerto, bañados en sombras, argentados por la luz estelar sobre las llamas blancas de los faroles, aumentaba mi perplejidad.

Oí, gravemente, sobre el aire libre de invierno, las campanadas de las once formando un concierto que venía de las torres de las iglesias antiguas.

La vía Layetana, tan ancha, grande y nueva, cruzaba el corazón del barrio viejo. Entonces supe lo que deseaba: quería ver la catedral envuelta en el encanto y el misterio de la noche. Sin pensarlo más me lancé hacia la oscuridad de las callejas que la rodean. Nada podía calmar y maravillar mi imaginación como aquella ciudad gótica naufragando entre húmedas casas construidas sin estilo en medio de sus venerables sillares, pero a las que los años habían patinado también con un encanto especial, como si se hubieran contagiado de belleza.

El frío parecía más intenso encajonado en las calles torcidas. Y el firmamento se convertía en tiras brillantadas entre las azoteas casi juntas. Había una soledad impresionante, como si todos los habitantes de la ciudad hubiesen muerto. Algún quejido del aire en las puertas palpitaba allí. Nada más.

Al llegar al ábside de la catedral me fijé en el baile de luces que hacían los faroles contra sus mil rincones, volviéndose románticos y tenebrosos. Oí un áspero carraspeo, como si a alguien se le desgarrara el pecho entre la maraña de callejuelas. Era un sonido siniestro, cortejado por los ecos, que se iba acercando. Pasé unos momentos de miedo. Vi salir a un viejo grande, con un aspecto miserable, de entre la negrura. Me apreté contra el muro. Él me miró con desconfianza y pasó de largo. Llevaba una gran barba canosa que se le partía con el viento. Me empezó a latir el corazón con inusitada fuerza y, llevada por aquel impulso emotivo que me arrastraba, corrí tras él y le toqué en el brazo. Luego empecé a buscar en mi cartera, nerviosa, mientras el viejo me miraba. Le di dos pesetas. Vi lucir en sus ojos una buena chispa de ironía. Se las guardó en su bolsillo sin decirme una palabra y se fue arrastrando la bronca tos que me había aterrado. Este contacto humano entre el concierto silencioso de las piedras calmó un poco mi excitación. Pensé que obraba como una necia aquella noche actuando sin voluntad, como una hoja de papel en el viento.

Sin embargo, apreté el paso hasta llegar a la fachada principal de la catedral, y al levantar mis ojos hacia ella encontré al fin el cumplimiento de lo que deseaba.

Una fuerza más grande que la que el vino y la música habían puesto en mí me vino al mirar el gran corro de sombras de piedra fervorosa. La catedral se levantaba en una armonía severa, estilizada en formas casi vegetales, hasta la altura del limpio cielo mediterráneo. Una paz, una imponente claridad, se derramaba de la arquitectura maravillosa. En derredor de sus trazos oscuros resaltaba la noche brillante, rodando lentamente al compás de las horas. Dejé que aquel profundo hechizo de las formas me penetrara durante unos minutos. Luego di la vuelta para marcharme.

Al hacerlo me di cuenta de que no estaba sola en la plaza. Una silueta que me pareció algo diabólica se alargaba en la parte más oscura. Confieso ingenuamente que me sentí poseída por todos los terrores de mi niñez y que me santigué. El bulto se movía hacia mí y vi que era un hombre embutido en un buen gabán y con un sombrero hasta los ojos. Me alcanzó cuando yo me lanzaba hacia las escaleras de piedra.

—¡Andrea! ¿No te llamas tú Andrea?

Había algo insultante que me molestó en ese modo de llamar, pero me detuve asombrada. Él se reía ante mí con unos dientes sólidos, de grandes encías.

—Estos sustos los pasan las niñas por andar solas a deshoras... ¿No me recuerdas de casa de Ena?

—¡Ah!... Sí, sí —dije, hosca.

(«¡Maldito! —pensé—; me has quitado toda la felicidad que me iba a llevar de aquí.»)

—Pues sí —continuó, satisfecho—; yo soy Gerardo. Estaba inmóvil con las manos en los bolsillos, mirándome. Yo di un paso para bajar el primer escalón, pero me sujetó del brazo.

—¡Mira! —me ordenó.

Yo vi, al pie de la escalinata, apretándose contra ella, un conjunto de casas viejas que la guerra había convertido en ruinas, iluminadas por faroles.

—Todo eso desaparecerá. Por aquí pasará una gran avenida y habrá espacio y amplitud para ver la catedral.

No me dijo nada más por entonces y empezamos a descender juntos los peldaños de piedra. Ya habíamos recorrido un buen trecho, cuando insistió:

—¿No te da miedo andar tan solita por las calles? ¿Y si viene el lobito y te come?... No le contesté.

—¿Eres muda?

—Prefiero ir sola —confesé con aspereza.

—No, eso sí que no, niña... Hoy te acompaño yo a tu casa... En serio, Andrea, si yo fuera tu padre no te dejaría tan suelta.

Me desahogué insultándole interiormente. Desde que le había visto en casa de Ena me había parecido necio y feo aquel muchacho.

Cruzamos las Ramblas, conmovidas de animación y de luces, y subimos por la calle de Pelayo hasta la plaza de la Universidad. Allí me despedí.

—No, no; hasta tu casa.

—Eres un imbécil —le dije sin contemplaciones—; vete enseguida.

—Quisiera ser amigo tuyo. Eres una *peque* muy original. Si me prometes que algún día me llamarás por teléfono para salir conmigo, te dejo aquí. A mí también me gustan mucho las calles viejas y sé todos los rincones pintorescos de la ciudad. Conque, ¿prometido?

—Sí —dije, nerviosa.

Me alargó su tarjeta y se fue.

Entrar en la calle de Aribau era como entrar ya en mi casa. El mismo vigilante del día de mi llegada a la ciudad me abrió la puerta. Y la abuelita, como entonces, salió a recibirme helada de frío. Todos los demás se habían acostado.

Entré en el cuarto de Angustias, que desde unos días atrás había heredado yo, y al encender la luz encontré que habían colocado sobre el armario una pila de sillas de las que sobraban en todas partes de la

casa y que allí amenazaban caerse, sombrías. También habían instalado en el cuarto el mueble que servía para guardar la ropa del niño y un gran costurero con patas que antes estaba arrinconado en la alcoba de la abuela. La cama, deshecha, conservaba las huellas de una siesta de Gloria. Comprendí enseguida que mis sueños de independencia, aislada de la casa en aquel refugio heredado, se venían al suelo. Suspiré y empecé a desnudarme. Sobre la mesilla de noche había un papel con una nota de Juan: «Sobrina, haz el favor de no encerrarte con llave. En todo momento debe estar libre tu habitación para acudir al teléfono».

Obediente, volví a cruzar el suelo frío para abrir la puerta, luego me tendí en la cama, envolviéndome voluptuosamente en la manta.

Oí en la calle palmadas llamando al vigilante. Mucho después el pitido de un tren al pasar por la calle de Aragón, lejano y nostálgico. El día me había traído el comienzo de una vida nueva; comprendía que Juan había querido estropeármela en lo posible al darme a entender que, si bien se me cedía una cama en la casa, era sólo eso lo que se me daba...

La misma noche en que se marchó Angustias, yo había dicho que no quería comer en la casa y que, por lo tanto, sólo pagaría una mensualidad por mi habitación. Había cogido la ocasión por los pelos

cuando Juan, todavía borracho y excitado por las emociones del día aquél, se había encarado conmigo.

—Y a ver, sobrina, con lo que tú contribuyes a la casa..., porque yo, la verdad te digo, no estoy para mantener a nadie...

—No, lo que yo puedo dar es tan poco que no valdría la pena —dije, diplomática—. Ya me las arreglaré comiendo por mi cuenta. Sólo pagaré mi racionamiento de pan y mi habitación.

Juan se encogió de hombros.

—Haz lo que quieras —dijo de mal humor.

La abuelita escuchó moviendo la cabeza con aire de reprobación, pendiente de los labios de Juan. Luego empezó a llorar.

—No, no, que no pague la habitación..., que mi nieta no pague la habitación en casa de su abuela. Pero así quedó decidido. Yo no tendría que pagar más que mi pan diario.

Había cobrado aquel día mi paga de febrero y poseída de las delicias de poderla gastar, me lancé a la calle y adquirí enseguida aquellas fruslerías que tanto deseaba..., jabón bueno, perfume y también una blusa nueva para presentarme en casa de Ena, que me había invitado a comer. Además unas rosas para su madre. Comprar las rosas me emocionó especialmente. Eran magníficas flores, caras en aquella época. Se podía decir que eran inasequibles para mí. Y, sin embargo, yo las tuve entre mis brazos y las regalé.

Este placer, en el que encontraba el gusto de rebeldía que ha sido el vicio —por otra parte vulgar— de mi juventud, se convirtió más tarde en una obsesión.

Me acordaba —tumbada en mi cama— de la cordial acogida que me hicieron en casa de Ena sus parientes y de cómo, acostumbrada a las caras morenas con las facciones bien marcadas de las gentes de mi casa, me empezó a marear la cantidad de cabezas rubias que me rodeaban en la mesa.

Los padres de Ena y sus cinco hermanos eran rubios. Estos cinco hermanos, todos varones y más pequeños que mi amiga, se confundían en mi imaginación con sus rostros afables, risueños y vulgares. Ni siquiera el benjamín, de siete años, a quien el cambio de los dientes daba una expresión cómica cuando se reía, y que se llamaba Ramón Berenguer, como si fuera un antiguo conde de Barcelona, se distinguía de sus hermanos más que en estas dos particularidades.

El padre parecía participar de las mismas condiciones de buen carácter que su prole y era además un hombre realmente guapo, a quien Ena se parecía. Tenía, como ella, los ojos verdes, aunque sin la extraña y magnífica luz que animaba los de su hija. En él todo parecía sencillo y abierto, sin malicias de ninguna clase. Durante la comida le recuerdo riéndose al contarme anécdotas de sus viajes, pues habían vivido todos, durante muchos años, en diferentes sitios de Europa. Parecía que me conocía de toda la vida, que sólo por el hecho de tenerme en su mesa me agregaba a la patriarcal familia.

La madre de Ena, por el contrario, daba la impresión de ser reservada, aunque contribuía sonriendo al ambiente agradable que se había formado. Entre su marido y sus hijos —todos altos y bien hechos— ella parecía un pájaro extraño y raquítico. Era pequeñita y yo encontraba asombroso que su cuerpo estrecho hubiera soportado seis veces el peso de un hijo. La primera impresión que me hizo fue de extraña fealdad. Luego resaltaban en ella dos o tres toques de belleza casi portentosa: un cabello más claro que el de Ena, sedoso, abundantísimo; unos largos ojos dorados y su voz magnífica. —Ahí donde la ve usted, Andrea —dijo el jefe de familia—, mi mujer tiene algo de vagabunda. No puede estar tranquila en ningún sitio y nos arrastra a todos.

—No exageres, Luis —la señora se sonreía con suavidad.

—En el fondo es cierto. Claro que tu padre es el que me destina para representarle y dirigir sus negocios en los sitios más extraños..., mi suegro es al mismo tiempo mi jefe comercial, ¿sabe usted, Andrea?...; pero tú estás en el fondo de todos los manejos. Si quisieras no me negarías que tu padre te haría vivir tranquila en Barcelona. Bien se vio la influencia que tienes sobre él en aquel asunto de Londres... Claro que yo estoy encantado con tus gustos, mi niña; no soy yo quien te los reprocha —y la envolvió con una sonrisa cariñosa—. Toda mi vida me ha gustado viajar y ver cosas nuevas... Yo tampoco puedo dominar una especie de fiebre de actividad que casi es un placer cuando entro en un nuevo ambiente comercial, con gente de psicología tan desconocida. Es como empezar otra vez la lucha y se siente uno rejuvenecido...

—Pero a mamá —afirmó Ena— le gusta más Barcelona que ningún sitio del mundo. Yo lo sé.

La madre le dirigió una sonrisa especial que me pareció soñadora y divertida al mismo tiempo.

—En cualquier sitio en que estéis vosotros me encuentro siempre bien. Y tiene razón tu padre en esto de que a veces siento la inquietud de viajar; claro que de ahí a manejar a mi padre —sonrió más acentuadamente— va mucha diferencia...

Y ya que estamos hablando de estas cosas, Margarita —continuó su marido—, ¿sabes lo que me ha dicho tu padre ayer? Pues que es posible que la temporada que viene seamos necesarios en Madrid... ¿Qué te parece? La verdad es que en estos momentos yo prefiero estar en Barcelona que en ningún sitio, sobre todo teniendo en cuenta que tu hermano...

—Sí, Luis, creo que tenemos que hablar de eso. Pero ahora estamos aburriendo a esta niña. Andrea, tiene que perdonarnos usted. Al fin y al cabo somos una familia de comerciantes que acaba todas sus conversaciones en asuntos de negocios...

Ena había escuchado la última parte de la conversación con extraordinario interés.

—¡Bah! El abuelo está un poco chiflado, me parece. Tan emocionado y lloroso cuando vuelve a ver a mamá después de tenerla lejos, y enseguida ideando que nos marchemos. Yo no quiero irme de

Barcelona por ahora... ¡Es una cosa tonta!... Al fin y al cabo, Barcelona es mi pueblo y se puede decir que sólo la conozco desde que se terminó la guerra.

(Me miró rápidamente y yo recogí su mirada, porque sabía que ella se había enamorado por aquellos tiempos y que éste era su argumento supremo y secreto para no querer salir de la ciudad.)

Entre mis sábanas, en la calle de Aribau, yo evocaba esta conversación con todos sus detalles y me sacudió la alarma a la idea de separarme de mi amiga cuando me había encariñado con ella. Pensé que los planes de aquel viejo importante □ aquel rico abuelo de Ena— movían a demasiada gente y herían demasiados afectos.

En la agradable confusión de ideas que precede al sueño se fueron calmando mis temores para ser sustituidos por vagas imágenes de calles libres en la noche. El alto sueño de la catedral volvió a invadirme.

Me dormí agitada con la visión final de los ojos de la madre de Ena, que cuando ya nos despedíamos se habían levantado hacia mí, fugazmente, con una extraña mirada de angustia y temor.

Aquellos ojos se metieron en lo profundo de mi sueño y levantaron pesadillas.

3.1.11 Capítulo XI

—No seas tozuda, sobrina —me dijo Juan—. Te vas a morir de hambre. Y me puso las manos en el hombro con una torpe caricia.

—No, gracias; me las arreglo muy bien...

Mientras tanto eché una mirada de reojo a mi tío y vi que tampoco a él parecían irle bien las cosas. Me había cogido bebiendo el agua que sobraba de cocer la verdura y que estaba fría y olvidada en un rincón de la cocina, dispuesta a ser tirada.

Antonia había gritado con asco:

—¿Qué porquerías hace usted? Me puse encarnada.

—Es que a mí este caldo me gusta. Y como veía que lo iban a tirar...

A los gritos de Antonia acudieron los demás de la casa. Juan me propuso una conciliación de nuestros intereses económicos.

Yo me negué.

La verdad es que me sentía más feliz desde que estaba desligada de aquel nudo de las comidas en la casa. No importaba que aquel mes hubiera gastado demasiado y apenas me alcanzara el presupuesto de una peseta diaria para comer: la hora del mediodía es la más hermosa en invierno. Una hora buena para pasarla al sol en un parque o en la plaza de Cataluña. A veces se me ocurría pensar, con delicia,

en lo que sucedería en casa. Los oídos se me llenaban con los chillidos del loro y las palabrotas de Juan. Prefería mi vagabundeo libre.

Aprendí a conocer excelencias y sabores en los que antes no había pensado; por ejemplo, la fruta seca fue para mí un descubrimiento. Las almendras tostadas, o mejor, los cacahuetes, cuya delicia dura más tiempo porque hay que desprenderlos de su cáscara, me producían fruición.

La verdad es que no tuve paciencia para distribuir las treinta pesetas que me quedaron el primer día, en los treinta días del mes. Descubrí en la calle de Tallers un restaurante barato y cometí la locura de comer allí dos o tres veces. Me pareció aquella comida más buena que ninguna de las que había probado en mi vida, infinitamente mejor que la que preparaba Antonia en la calle de Aribau. Era un restaurante curioso. Oscuro, con unas mesas tristes. Un camarero abstraído me servía. La gente comía deprisa, mirándose unos a otros, y no hablaban ni una palabra. Todos los restaurantes y comedores de fondas en los que yo había entrado hasta entonces eran bulliciosos menos aquél. Daban una sopa que me parecía buena, hecha con agua hirviente y migas de pan. Esta sopa era siempre la misma, coloreada de amarillo por el azafrán o de rojo por el pimentón; pero en la carta cambiaba de nombre con frecuencia. Yo salía de allí satisfecha y no me hacía falta más.

Por la mañana cogía el pan —apenas Antonia subía las raciones de la panadería— y me lo comía entero, tan caliente y apetitoso estaba. Por las noches, no cenaba, a no ser que la madre de Ena insistiese en que me quedase en su casa alguna vez. Yo había tomado la costumbre de ir a estudiar con Ena muchas tardes y la familia empezaba a considerarme como cosa suya.

Pensé que realmente estaba comenzando para mí un nuevo renacer, que era aquélla la época más feliz de mi vida, ya que nunca había tenido una amiga con quien me compenetrara tanto, ni esta magnífica independencia de que disfrutaba. Los últimos días del mes los pasé alimentándome exclusivamente del panecillo de racionamiento que devoraba por las mañanas —por esta época fue cuando me cogió Antonia bebiendo el agua de hervir la verdura□, pero empezaba a acostumbrarme y la prueba es que en cuanto recibí mi paga del mes de marzo la gasté exactamente igual. Me acuerdo que sentía un hambre extraordinaria cuando tuve el nuevo dinero en mis manos, que era una sensación punzante y deliciosa pensar que podría satisfacerla enseguida. Más que cualquier clase de alimento, deseaba dulces. Compré una bandeja y me fui a un cine caro. Tenía tal impaciencia que antes de que se apagara la luz corté un trocito de papel para comer un

poco de crema, aunque miraba de reojo a todo el mundo poseída de vergüenza. En cuanto se iluminó la pantalla y quedó la sala en penumbra, yo abrí el paquete y fui tragando los dulces uno a uno. Hasta entonces no había sospechado que la comida pudiera ser algo tan bueno, tan extraordinario... Cuando se volvió a encender la luz no quedaba nada en la bandeja. Vi que una señora, a mi lado, me miraba de soslayo y cuchicheaba con su compañero. Los dos se reían.

En la calle de Aribau también pasaban hambre sin las compensaciones que a mí me reportaba. No me refiero a Antonia y a Trueno. Supongo que estos dos tenían el sustento asegurado gracias a la munificencia de Román. El perro estaba reluciente y muchas veces le vi comer sabrosos huesos. También la criada se cocinaba su comida aparte. Pero pasaban hambre Juan y Gloria y también la abuela y hasta a veces el niño.

Román estuvo otra vez de viaje cerca de dos meses. Antes de marcharse dejó algunas provisiones para la abuela, leche condensada y otras golosinas difíciles de conseguir en aquellos tiempos. Nunca vi que la viejecilla las probara. Desaparecían misteriosamente y aparecían sus huellas en la boca del niño.

El día mismo en que Juan me invitó a unirme otra vez a la familia, tuvo una terrible discusión con Gloria. Todos oímos los gritos que daban en el estudio. Salí al recibidor y vi que el pasillo estaba interceptado por la silueta de la criada, que aplicaba el oído.

—Estoy harto de tanta majadería —gritó Juan—, ¿entiendes? ¡Ni siquiera puedo renovar los pinceles! Esa gente nos debe mucho dinero aún. Lo que no comprendo es que no quieras que vaya yo a reclamárselo.

—Pues, chico, si me diste palabra que no te meterías en nada y que me dejarías hacer, ahora no te puedes volver atrás. Y ya sabes que estabas muy contento cuando pudiste vender esa porquería de cuadro a plazos...

—¡Te voy a estrangular! ¡Maldita!

La criada suspiró con deleite, y yo me marché a la calle a respirar su aire frío, cargado de olores de las tiendas. Las aceras, teñidas de la humedad crepuscular, reflejaban las luces de los faroles recién encendidos.

Cuando volví, la abuela y Juan estaban cenando. Juan comía distraído, y la abuela, sosteniendo al niño en sus rodillas, llevaba una conversación incoherente desmenuzando pan en el tazón de malta que iba bebiendo, sin leche ni azúcar. Gloria no estaba. Había salido poco después que yo a la calle. Aún no había llegado ella cuando, con el estómago angustiado y vacío, me metí en la cama. Enseguida caí en un ensueño pesado en el que el mundo se movía como un barco en alta mar... Tal vez estaba en el comedor de un barco y comía algún buen postre de fruta. Me despertaron unos gritos pidiendo socorro.

Enseguida me di cuenta de que era Gloria la que gritaba y de que Juan le debería estar pegando una paliza bárbara. Me senté en la cama pensando en si valdría la pena acudir. Pero los gritos continuaban, seguidos de las maldiciones y blasfemias más atroces de nuestro rico vocabulario español. Allí, en su furia, Juan empleaba los dos idiomas, castellano y catalán, con pasmosa facilidad y abundancia.

Me detuve a ponerme el abrigo y me asomé por fin a la oscuridad de la casa. En la cerrada puerta del cuarto de Juan golpeaban la abuela y la criada.

—Juan! ¡Juan! ¡Hijo mío, abre!

—Señorito Juan, ¡abra!, ¡abra usted!

Oíamos dentro tacos, insultos. Carreras y tropezones con los muebles. El niño comenzó a llorar allí encerrado también y la abuela se desesperó. Alzó las manos para golpear la puerta y vi sus brazos esqueléticos.

—Juan! Juan! ¡Ese niño!

De pronto se abrió la puerta de una patada de Juan, y Gloria salió despedida, medio desnuda y chillando. Juan la alcanzó y aunque ella trataba de arañarle y morderle, la cogió debajo del brazo y la arrastró al cuarto de baño...

—¡Pobrecito mío!

Gritó la abuela cogiendo al niño, que se había puesto de pie en la cuna, agarrándose a la barandilla y gimoteando... Luego, cargada con el nieto, acudió a la refriega.

Juan metió a Gloria en la bañera y, sin quitarle las ropas, soltó la ducha helada sobre ella. Le agarraba brutalmente la cabeza, de modo que si abría la boca no tenía más remedio que tragar agua. Mientras tanto, gritó, volviéndose a nosotras:

—¡Y vosotras a la cama! ¡Aquí no tiene que hacer nada nadie! Pero no nos movíamos. La abuela suplicaba:

—¡Por tu hijo, por tu niño! ¡Vuelve en ti, Juanito!

De pronto Juan soltó a Gloria —cuando ella ya no se resistía— y vino hacia nosotras con tal rabia que Antonia se escabulló inmediatamente, seguida del perro, que iba gruñendo con el rabo entre las piernas.

—¡Y tú, mamá! ¡Llévate inmediatamente a ese niño donde no le vea o le estrello!

Gloria, de rodillas en el fondo de la bañera, empezó a llorar con la cabeza apoyada en el borde, ahogándose, con grandes sollozos.

Yo estaba encogida en un rincón del oscuro pasillo. No sabía qué hacer. Juan me descubrió. Estaba ahora más calmado.

—¡A ver si sirves para algo en tu vida! —me dijo—. ¡Trae una toalla!

Las costillas se le destacaban debajo de la camiseta que llevaba, y le palpitaban violentamente.

Yo no tenía idea de dónde se guardaba la ropa en aquella casa. Traje mi toalla y además una sábana de mi cama, por si hacía falta. Me daba miedo de que Gloria pudiera atrapar una pulmonía. Yo misma sentí un frío espantoso.

Juan intentó sacar a Gloria de la bañera de un solo tirón, pero ella le mordió la mano. Él soltó una blasfemia y le empezó a dar puñetazos en la cabeza. Luego se quedó otra vez quieto y jadeante.

—Por mí puedes morirte, ¡bestia! —le dijo al fin. Y se fue, dando un portazo y dejándonos a las dos. Me incliné hacia Gloria.

—¡Vamos! ¡Sal enseguida, mujer!

Ella continuaba temblando, sin moverse, y, al sentir mi voz, empezó a llorar insultando a su marido. No opuso resistencia cuando empecé a sacudirla y a tratar de que saliera de la bañera. Ella misma se quitó las ropas chorreantes, aunque sus dedos le obedecían con dificultad. Frotando su cuerpo lo mejor que pude, entré yo en calor. Luego me sobrevino un cansancio tan espantoso que me temblaban las rodillas.

—Ven a mi cuarto, si quieres —le dije, pareciéndome imposible volver a dejarla en manos de Juan. Me siguió envuelta en la sábana y castañeteándole los dientes. Nos acostamos juntas, envueltas en mis mantas. El cuerpo de Gloria estaba helado y me enfriaba, pero no era posible huir de él; sus cabellos mojados resultaban oscuros y viscosos como sangre sobre la almohada y me rozaban la cara a veces. Gloria hablaba continuamente. A pesar de todo esto mi necesidad de sueño era tan grande que se me cerraban los ojos.

—El bruto... El animal... Después de todo lo que hago por él. Porque yo soy buenísima, chica, buenísima... ¿Me escuchas, Andrea? Está loco. Me da miedo. Un día me va a matar... No te duermas, Andreíta... ¿Qué te parece si me escapara de esta casa? ¿Verdad que tú lo harías, Andrea? ¿Verdad que tú en mi caso no te dejarías pegar?... Y yo que soy tan joven, chica... Román me dijo un día que yo era una de las mujeres más lindas que había visto. A ti te diré la verdad, Andrea. Román me pintó en el parque del castillo... Yo misma me quedé asombrada de ver lo guapa que era cuando me enseñó el retrato... ¡Ay, chica! ¿Verdad que soy muy desgraciada?

El sueño me volvía a pesar en las sienes. De cuando en cuando me espabilaba, sobresaltada, para atender a un sollozo o a una palabra más fuerte de Gloria.

—Yo soy buenísima, buenísima... Tu abuelita misma lo dice. Me gusta pintarme un poco y divertirme un poquito, chica, pero es natural a mi edad... ¿Y qué te parece eso de no dejarme ver a mi propia hermana? Una hermana que me ha servido de madre... Todo porque es de condición humilde y no tiene tantas pamplinas... Pero en su casa se come bien. Hay pan blanco, chica, y buenas butifarras... ¡Ay, Andrea! Más me valdría haberme casado con un obrero. Los obreros viven mejor que los señores, Andrea; llevan alpargatas, pero no les falta su buena comida y su buen jornal. Ya quisiera Juan tener el buen jornal de un obrero de fábrica... ¿Quieres que te diga un secreto? Mi hermana me proporciona a veces dinero cuando estamos apurados. Pero si Juan lo supiera me mataría. Yo sé que me mataría con la pistola de Román... Yo misma le oí a Román decírselo: «Cuando quieras saltarte

la tapa de los sesos o saltársela a la imbécil de tu mujer, puedes utilizar mi pistola»... ¿Tú sabes, Andrea, que tener armas está prohibido? Román va contra la ley...

El perfil de Gloria se inclinaba para acechar mi sueño. Su perfil de rata mojada. —... ¡Ay, Andrea! A veces voy a casa de mi hermana sólo para comer bien, porque ella tiene un buen establecimiento, chica, y gana dinero. Allí hay de todo lo que se quiere... Mantequilla fresca, aceite, patatas, jamón... Un día te llevaré.

Suspiré completamente despierta ya al oír hablar de comida.

Mi estómago empezó a esperar con ansia mientras escuchaba la enumeración de los tesoros que guardaba en su despensa la hermana de Gloria. Me sentí hambrienta como nunca lo he estado. Allí, en la cama, estaba unida a Gloria por el feroz deseo de mi organismo que sus palabras habían despertado, con los mismos vínculos que me unían a Román cuando evocaba en su música los deseos impotentes de mi alma.

Algo así como una locura se posesionó de mi bestialidad al sentir tan cerca el latido de aquel cuello de Gloria, que hablaba y hablaba. Ganas de morder en la carne palpitante, masticar. Tragar la buena sangre tibia...

Me retorcí sacudida de risa de mis propios espantosos desvaríos, procurando que Gloria no sorprendiera aquel estremecimiento de mi cuerpo.

Fuera, el frío se empezó a deshacer en gotas de agua que golpearon los cristales. Yo pensé que, siempre que hablaba Gloria conmigo largamente, llovía. Parecía que aquella noche no iba a acabarse nunca. El sueño había huido. Gloria cuchicheó de pronto poniéndome una mano en el hombro.

—¿No oyes?... ¿No oyes?

Se sentían los pasos de Juan. Debía de estar nervioso. Los pasos llegaban hasta nuestra puerta. Se separaban, retrocedían. Al fin volvieron otra vez y entró Juan en el cuarto, encendiendo la luz, que nos hizo parpadear deslumbradas. Sobre la camiseta de algodón y los pantalones que llevaba anteriormente se había puesto su abrigo nuevo. Estaba despeinado y unas sombras tremendas le comían los ojos y las mejillas. Tenía un tipo algo cómico. Se quedó en el centro de la habitación con las manos puestas en los bolsillos, moviendo la cabeza y sonriendo con una especie de ironía feroz.

—Bueno. ¿Qué hacéis que no continuáis hablando?... ¿Qué importa que esté yo aquí?... No te asustes, mujer, que no te voy a comer... Andrea, sé perfectamente lo que te está diciendo mi mujer. Sé perfectamente que me cree un loco porque pido por mis cuadros el justo valor... ¿Crees tú que el desnudo que he pintado a Gloria vale sólo diez duros? ¡Sólo en tubos y en pinceles he gastado más en él!... ¡Esta bestia se cree que mi arte es igual que el de un albañil de brocha gorda!

—¡Vete a la cama, chico, y no fastidies! Éstas no son horas de molestar a nadie con tus dichosos cuadros... He visto otros que pintaban mejor que tú y no se envanecían tanto. Me has pintado demasiado fea para poder gustar a nadie...

—No me acabes la paciencia. ¡Maldita! O... Gloria, debajo de la manta, se volvió de espaldas y se echó a llorar.

—Yo no puedo vivir así, no puedo...

—Pues te vas a tener que aguantar, ¡sinvergüenza!, y cualquier día te mataré como te vuelvas a meter con mis cuadros... Mis cuadros desde hoy no los venderá nadie más que yo... ¿Entiendes? ¿Entiendes lo que te digo? ¡Cómo te vuelvas a meter en el estudio te abriré la cabeza! Prefiero que se muera de hambre todo dios a...

Empezó a pasearse por la habitación con una rabia tan grande que sólo podía mover los labios y lanzar sonidos incoherentes.

Gloria tuvo una buena idea. Se levantó de la cama, erizada de frío, se acercó a su marido y le empujó por la espalda.

—¡Vamos, chico! ¡Bastante hemos molestado a Andrea! Juan la rechazó con rudeza. —¡Que se aguante Andrea! ¡Que se aguante todo el mundo! También yo los soporto a todos. —Anda, vamos a dormir...

Juan empezó a mirar a todos lados, nervioso. Cuando ya salía dijo:

—Apaga la luz para que pueda dormir la sobrina...

3.1.12 Capítulo XII

La temprana primavera mediterránea comenzó a enviar sus ráfagas entre las ramas aún heladas de los árboles. Había una alegría deshilvanada en el aire, casi tan visible como esas nubes transparentes que a veces se enganchan en el cielo.

—Tengo ganas de ir al campo y de ver árboles —dijo Ena, y se le dilataron un poco las aletas de la nariz—. Tengo ganas de ver pinos (no estos plátanos de la ciudad que huelen a tristes y a podridos desde una legua) o quizá lo que más deseo es ver el mar... El domingo que viene iré al campo con Jaime y tú también vendrás, Andrea... ¿No te parece?

Yo sabía casi tan bien como Ena la manera de ser de Jaime: sus gustos, su pereza, sus melancolías —que desesperaban y encantaban a mi amiga—, su aguda inteligencia, aunque no le había visto nunca. Muchas tardes, inclinadas sobre el diccionario griego, interrumpíamos la traducción para hablar de él. Ena se ponía más bonita, con los ojos dulcificados por la alegría. Cuando su madre aparecía en la puerta nos callábamos rápidamente porque Jaime era el gran secreto de mi amiga.

—Creo que me moriría si lo supieran en casa. Tú no sabes... Yo soy muy orgullosa. Mi madre me conoce sólo en un aspecto: como persona burlona y malintencionada y así le gusto. A todos los de casa les hago reír con los desplantes que doy a mis pretendientes... A todos menos al abuelo, naturalmente; el abuelo casi tuvo un ataque de apoplejía cuando rechacé este verano a un señor respetable y riquísimo con quien estuve coqueteando... Porque a mí me gusta que los hombres se enamoren, ¿sabes? Me gusta mirarlos por dentro. Pensar... ¿De qué clase de ideas están compuestos sus pensamientos? ¿Qué sienten ellos al enamorarse de mí? La verdad es que razonándolo resulta un juego un poco aburrido, porque ellos tienen sus añagazas infantiles, siempre las mismas. Sin embargo, para mí es una delicia tenerles entre mis manos, enredarles con sus propias madejas y jugar como los gatos con los ratones... Bueno, el caso es que tengo a menudo ocasiones para divertirme, porque los hombres son idiotas y les gusto yo mucho... En mi casa están seguros de que nunca me enamoraré. Yo no puedo aparecer ahora ilusionada como una tonta y presentar a Jaime... Además, intervendrían todos: tíos, tías..., habría que enseñárselo al abuelo como un bicho raro..., luego lo aprobarían porque es rico, pero se quedarían desesperados porque no entiende una palabra de administrar sus riquezas. Sé lo que diría cada uno. Querrían que viniera a casa cada día... Tú me entiendes, ¿verdad, Andrea? Acabaría por no poder soportar a Jaime. Si alguna vez nos casamos, entonces no habrá más remedio que decirlo, pero no todavía. De ninguna manera.

—¿Por qué quieres que vaya con vosotros al campo? —dije, asombrada.

—Le diré a mamá que me voy contigo para todo el día..., y siempre es más agradable que sea verdad. Tú no me estorbas nunca y Jaime estará encantado de conocerte. Ya verás. Le he hablado mucho de ti.

Yo sabía que Jaime se parecía al san Jorge pintado en la tabla central del retablo de Jaime Huguet. El san Jorge que se cree que es un retrato del príncipe de Viana. Me lo había dicho Ena muchas veces, y juntas estuvimos viendo una fotografía de la pintura que ella había puesto en su mesilla de noche. Cuando vi a Jaime noté efectivamente el parecido y me impresionó la misma fina melancolía de la cara. Cuando se reía, la semejanza se esfumaba de un modo desconcertante, quedando él mucho más guapo y vigoroso que el cuadro. Parecía feliz con la idea de llevarnos a las dos a la orilla del mar, en aquella época del año en que no iba nadie. Tenía un auto muy grande. Ena frunció el ceño.

—Has estropeado el coche poniéndole gasógeno.

—Bueno, pero gracias a eso puedo llevaros adonde queráis.

Salimos los cuatro domingos de marzo y alguno más de abril, íbamos a la playa más que a la montaña. Me acuerdo que la arena estaba sucia de algas de los temporales de invierno. Ena y yo corríamos descalzas por la orilla del agua, que estaba helada, y gritábamos al sentirla rozarnos. El último día hacía ya casi calor y nos bañamos en el mar. Ena bailó una danza de su invención para reaccionar.

Yo estaba tumbada en la arena, junto a Jaime, y los dos veíamos su figura graciosa recortada contra el Mediterráneo, cabrilleante y azul. Vino hacia nosotros luego, riéndose, y Jaime la besó. La vi apoyada contra él, cerrando un momento sus doradas pestañas.

—¡Cómo te quiero!

Lo dijo asombrada, como si hiciera un gran descubrimiento. Jaime me miró sonriéndose, emocionado y confuso a la vez. Ena me miró también y me tendió la mano.

—Y a ti también, queridísima... Tú eres mi hermana. De veras, Andrea. Ya ves... ¡He besado a Jaime delante de ti!

Volvimos de noche, por la carretera junto al mar. Yo veía el encaje fantástico que formaban las olas en la negrura y las misteriosas lucecitas lejanas de las barcas...

—Sólo hay una persona a quien quiera tanto como a vosotros dos. Quizá más que a vosotros dos juntos..., o quizá no, Jaime, quizá no la quiera tanto como a ti... Yo no sé. No me mires así, que va a volcar el auto. A veces me atormenta la duda de a quién quiero más, si a ti o...

Yo escuchaba atentamente.

—¿Sabes, querida —dijo Jaime con un tono en el que se traslucía una ironía tan rabiosa que llegaba al despecho infantil—, que es ya hora de que empieces a decirnos su nombre?

—No puedo —estuvo callada unos momentos—. No os lo diré por nada del mundo. También para vosotros puedo tener un secreto.

¡Qué días incomparables! Toda la semana parecía estar alboreada por ellos. Salíamos muy temprano y ya nos esperaba Jaime con el auto en cualquier sitio convenido. La ciudad se quedaba atrás y cruzábamos sus arrabales tristes, con la sombría potencia de las fábricas a las que se arrimaban altas casas de pisos, ennegrecidas por el humo. Bajo el primer sol los cristales de estas casas negruzcas despedían destellos diamantinos. De los alambres de telégrafos salían chillando bandadas de pájaros espantados por la bocina insistente y enronquecida...

Ena iba al lado de Jaime. Yo, detrás, me ponía de rodillas, vuelta de espaldas en el asiento, para ver la masa informe y portentosa que era Barcelona y que se levantaba y esparcía al alejarnos, como un rebaño de monstruos. A veces Ena dejaba a Jaime y saltaba a mi lado para mirar también, para comentar conmigo aquella dicha.

Ningún día de la semana se parecía Ena a esta muchacha alocada, casi infantil de puro alegre, en que se convertía los domingos. A mí —que venía del campo— me hizo ella ver un nuevo sentido de la naturaleza en el que ni siquiera había pensado. Me hizo conocer el latido del barro húmedo cargado

de jugos vitales, la misteriosa emoción de los brotes aún cerrados, el encanto melancólico de las algas desmadejadas en la arena, la potencia, el ardor, el encanto esplendoroso del mar.

—¡No hagas historia! —me gritaba desesperada cuando yo veía en el mar latino el recuerdo de los fenicios y de los griegos. Y lo imaginaba surcado (tan quieto, esplendente y azul) de naves extrañas. Ena nadaba con el deleite de quien abraza a un ser amado. Yo gozaba una dicha concedida a pocos seres humanos: la de sentirse arrastrada en ese halo casi palpable que irradia una pareja de enamorados jóvenes y que hace que el mundo vibre más, huela y resuene con más palpitaciones y sea más infinito y más profundo.

Comíamos en fondas a lo largo de la costa o en merenderos entre pinos, al aire libre. A veces llovía. Entonces Ena y yo nos refugiábamos bajo el impermeable de Jaime, quien se mojaba tranquilamente... Muchas tardes me he puesto algún chaleco de lana, o un jersey suyo. Él tenía una pila de estas cosas en el automóvil en previsión de la traidora primavera. Aquel año, por otra parte, hizo un tiempo maravilloso. Me acuerdo que en marzo volvíamos cargadas de ramas de almendro florecidas y en seguida empezó la mimosa a amarillear y a temblar sobre las tapias de los jardines. Estos chorros de luz que recibía mi vida gracias a Ena, estaban amargados por el sombrío tinte con que se teñía mi espíritu otros días de la semana. No me refiero a los sucesos de la calle de Aribau, que apenas influían ya en mi vida, sino a la visión desenfocada de mis nervios demasiado afilados por un hambre que a fuerza de ser crónica llegué casi a no sentirla. A veces me enfadaba con Ena por una nadería. Salía de su casa desesperada. Luego regresaba sin decirle una palabra y me ponía a estudiar junto a ella. Ena se hacía la desentendida y seguíamos como si tal cosa. El recuerdo de estas escenas me hacía llorar de terror algunas veces cuando las razonaba en mis paseos por las calles de los arrabales, o por la noche, cuando el dolor de cabeza no me dejaba dormir y tenía que quitar la almohada para que se disipara. Pensaba en Juan y me encontraba semejante a él en muchas cosas. Ni siquiera se me ocurría pensar que estaba histérica por la falta de alimento. Cuando recibía mi mensualidad iba a casa de Ena cargada de flores, compraba dulces a mi abuela y también me acostumbré a comprar cigarrillos, que ahorraba para las épocas de escasez de comida, ya que me aliviaban y me ayudaban a soñar proyectos deshilvanados. Cuando Román volvió de su viaje, estos cigarrillos me los proporcionaba él, regalándomelos. Me seguía con una sonrisa especial cuando yo andaba por la casa, cuando me paraba en la puerta de la cocina, olfateando, o cuando me tumbaba horas enteras en la cama, con los ojos abiertos.

Una de aquellas tardes en que me enfadé con Ena, la indignación me duró más tiempo. Caminaba con el ceño fruncido, llevada de un monólogo interior exaltado y largo. «No volveré a su casa.» «Estoy harta de sus sonrisas de superioridad.» «Me ha seguido con los ojos, divertida, convencida de

que voy a volver a los dos minutos otra vez.» «Cree que no puedo prescindir de su amistad. ¡Qué equivocación!» «Juega conmigo como con todo el mundo hace —pensé injustamente—, como con sus padres, con sus hermanos, como con los pobres muchachos que le hacen el amor, a los que ella alienta para luego gozarse en verlos sufrir»... Cada vez se me hacía más evidente el carácter maquiavélico de mi amiga. Casi me parecía despreciable... Llegué a mi casa más pronto que nunca. Me puse a ordenar los apuntes de clase, nerviosa y casi llorando porque no entendía mi propia letra. Del fondo de mi cartera de estudiante cayó la tarjeta que me había dado Gerardo aquella primera noche de la liberación de mi vida, cuando lo había encontrado entre las sombras que rodeaban la catedral.

El recuerdo de Gerardo me distrajo un momento. Recordé que le había prometido llamarle para salir con él y recorrer los rincones pintorescos de Barcelona. Pensé que tal vez esto podría distraerme de mis ideas y, sin reflexionar más, marqué su número de teléfono. Se acordó en seguida de mí y quedamos citados para salir a la tarde siguiente. Luego, aunque era aún muy temprano, me acosté y me dormí viendo alborear las luces de la calle en el recuadro del balcón, con un sueño pesado, como si descansara de las fatigas de un gran trabajo.

Cuando desperté me pareció que algo marchaba mal en el curso de las cosas. Tenía una sensación parecida a la que hubiera sentido de decirme alguien que Angustias iba a volver. Aquél iba a ser un día de esos que en apariencia son iguales a los otros, inofensivos como todos, pero en los que, de pronto, una ligerísima raya hace torcerse el curso de nuestra vida en una época nueva.

No fui a la universidad por la mañana, poseída de la estúpida tozudez de no ver a Ena, aunque a cada hora que pasaba se me hacía más penoso estar enfadada con mi amiga y recordaba sus mejores cualidades y su cariño sincero por mí. El único espontáneo y desinteresado que yo había encontrado hasta entonces.

Por la tarde vino a buscarme Gerardo. Le reconocí porque esperaba delante de la portería de casa, e inmediatamente se volvió hacia mí, sin sacar las manos de los bolsillos, según su costumbre. Sus gruesas facciones se habían borrado de mi memoria por completo. Ahora no llevaba gabán ni sombrero. Iba metido en un bien cortado traje gris. Resultaba alto y robusto y su cabello se parecía al de los negros.

—¡Hola, bonita!

Me dijo. Y luego, con un movimiento de cabeza como si yo fuera un perro: —¡Vamos!

Me quedé un poco intimidada.

Echamos a andar uno al lado del otro. Gerardo hablaba tanto como el día en que le conocí. Me fijé que hablaba como un libro, citando a cada paso trozos de obras que había leído. Me dijo que yo era

inteligente, que él lo era también. Luego, que él no creía en la inteligencia femenina. Más tarde, que Schopenhauer había dicho...

Me preguntó que si prefería ir al puerto o al parque de Montjuich. A mí me daba igual un sitio que otro. Iba callada a su lado. Cuando cruzábamos las calles él me cogía del brazo. Caminamos por la calle de Cortes hasta los jardines de la Exposición. Una vez allí me empecé a distraer porque la tarde estaba azul y resplandecía en las cúpulas del palacio y en las blancas cascadas de las fuentes. Multitud de flores primaverales cabeceaban al viento, lo invadían todo con su llama de colores. Nos perdimos por los senderos del parque inmenso. En una plazoleta —verde oscura por los recortados cipreses— vimos la estatua blanca de Venus reflejándose en el agua. Alguien le había pintado los labios de rojo groseramente. Gerardo y yo nos miramos, indignados, y en aquel momento me fue simpático. Mojó su pañuelo y con un impulso de su fuerte cuerpo subió a la estatua y estuvo frotando los labios de mármol hasta que quedaron limpios.

Desde aquel momento pudimos charlar con más cordialidad. Dimos un paseo larguísimo. Gerardo me habló abundantemente de él mismo y luego quiso informarse de mi situación en Barcelona.

—Conque solita, ¿eh? ¿De modo que no tienes padres? Otra vez me empezaba a parecer fastidioso. Fuimos hacia Miramar y nos acodamos en la terraza del restaurante para ver el Mediterráneo, que en el crepúsculo tenía reflejos de color de vino. El gran puerto parecía pequeño bajo nuestras miradas, que lo abarcaban a vista de pájaro. En las dársenas salían a la superficie los esqueletos oxidados de los buques hundidos en la guerra.

A nuestra derecha yo adivinaba los cipreses del Cementerio del Sudoeste y casi el olor de melancolía frente al horizonte abierto del mar.

Cerca de nosotros, en las mesitas de la terraza, merendaban algunas personas. El paseo y el aire salinos habían despertado aquella cavernosa sensación de hambre que tenía siempre adormecida. Además, estaba cansada. Contemplé las mesas y las apetitosas meriendas con ojos ávidos. Gerardo siguió la dirección de mi mirada y dijo en tono despectivo, como si el contestarle afirmativamente fuera una barbaridad:

—Tú no querrás tomar nada, ¿verdad?

Y me cogió del brazo, arrastrándome fuera del lugar peligroso, con el pretexto de enseñarme otra vista espléndida. En aquel momento él me pareció aborrecible.

Un poco después, de espaldas al mar, veíamos toda la ciudad imponente debajo de nosotros.

Gerardo estaba erguido mirándola.

—¡Barcelona! Tan soberbia y tan rica y sin embargo, ¡qué dura llega a ser la vida ahí! —dijo pensativo.

Me lo decía como una confesión y me sentí súbitamente conmovida, porque creí que se refería a su grosería de un momento antes. Una de las pocas cosas que en aquel tiempo estaba yo capacitada para entender era la miseria en cualquier aspecto que se presentase: aun bajo la buena tela y la camisa de hilo de Gerardo... Puse, en un gesto impulsivo, mi mano sobre la suya y él me la estrechó comunicándome su calor. En aquel momento tuve ganas de llorar, sin saber por qué. Él me besó el cabello.

Súbitamente me quedé rígida, aunque seguíamos unidos. Yo era neciamente ingenua en aquel tiempo —a pesar de mi pretendido cinismo— en estas cuestiones. Nunca me había besado un hombre y tenía la seguridad de que el primero que lo hiciera sería escogido por mí entre todos. Gerardo apenas había rozado mi cabello. Me pareció que era una consecuencia de aquella emoción que habíamos sentido juntos y que no podía hacer el ridículo de rechazarle, indignada. En aquel momento me volvió a besar con suavidad. Tuve la sensación absurda de que me corrían sombras por la cara como en un crepúsculo y el corazón me empezó a latir furiosamente, en una estúpida indecisión, como si tuviera la obligación de soportar aquellas caricias. Me parecía que a él le sucedía algo extraordinario, que súbitamente se había enamorado de mí. Porque entonces era lo suficientemente atontada para no darme cuenta que aquél era uno de los infinitos hombres que nacen sólo para sementales y junto a una mujer no entienden otra actitud que ésta. Su cerebro y su corazón no llegan a más. Gerardo súbitamente me atrajo hacia él y me besó en la boca. Sobresaltada le di un empujón, y me subió una oleada de asco por la saliva y el calor de sus labios gordos. Le empujé con todas mis fuerzas y eché a correr. Él me siguió. Me encontró un poco temblorosa, tratando de reflexionar. Se me ocurrió pensar que quizás habría tomado mi apretón de manos como una prueba de amor.

—Perdóname, Gerardo —le dije con la mayor ingenuidad—, pero ¿sabes? ..., es que yo no te quiero. No estoy enamorada de ti.

Y me quedé aliviada de haberle explicado todo satisfactoriamente.

Él me cogió del brazo como quien recobra algo suyo y me miró de una manera tan grosera y despectiva que me dejó helada.

Luego, en el tranvía que tomamos para la vuelta, me fue dando paternales consejos sobre mi conducta en lo sucesivo y sobre la conveniencia de no andar suelta y loca y de no salir sola con los muchachos. Casi me pareció estar oyendo a tía Angustias.

Le prometí que no volvería a salir con él y se quedó un poco aturdido.

—No, *peque*, no, conmigo es distinto. Ya ves que te aconsejo bien... Yo soy tu mejor amigo. Estaba muy satisfecho de sí mismo.

Yo me encontraba desalentada, como el día que una buena monja de mi colegio, un poco ruborizada, me explicó que había dejado de ser una niña, que me había convertido en mujer. Inoportunamente

recordaba las palabras de la monjita: «No hay que asustarse, no es una enfermedad, es algo natural que Dios manda» ... Yo pensaba: «De modo que este hombre estúpido es quien me ha besado por primera vez... Es muy posible que esto tampoco tenga importancia» ...

Subí las escaleras de mi casa desmadejada. Ya era completamente de noche. Antonia me abrió la puerta con cierta zalamería.

—Ha venido una señorita rubia a preguntar por usted. Debilitada y triste como me encontraba, casi tuve ganas de llorar. Ena, que era mejor que yo, había venido a buscarme.

—Está en la sala, con el señorito Román —añadió la criada—. Han estado allí toda la tarde...

Me quedé reflexionando un momento. «Por fin ha conocido a Román como ella quería —pensé—. ¿Qué le habrá parecido?» Pero sin saber bien por qué, una profunda irritación sucedió a mi curiosidad. En aquel momento oí que Román empezaba a tocar el piano. Rápida, fui a la puerta de la sala, di en ella dos golpes y entré. Román dejó de tocar inmediatamente, con el ceño fruncido. Ena estaba recostada en el brazo de uno de los derrengados sillones y parecía despertar de un largo ensueño. Sobre el piano, un cabo de vela —recuerdo de las noches en que yo dormía en aquella habitación— ardía, y su llama alargada y llena de inquietudes era la única luz del cuarto.

Los tres estuvimos mirándonos durante un segundo. Luego, Ena corrió hacia mí y me abrazó. Román me sonrió con afecto y se levantó.

—Os dejo, pequeñas.

Ena le tendió la mano y los dos se estuvieron mirando, callados. Los ojos de Ena fosforescían como los de un felino. Me empezó a entrar miedo. Era algo helado sobre la piel. Entonces fue cuando tuve la sensación de que una raya, fina como un cabello, partía mi vida y, como a un vaso, la quebraba. Cuando levanté los ojos del suelo, Román se había ido. Ena me dijo:

—Yo también me voy. Es muy tarde... Quería esperarte porque a veces haces cosas de loca y no puede ser... Bueno, adiós... Adiós, Andrea...

Estaba nerviosísima.

3.1.13 Capítulo XIII

Al día siguiente fue Ena la que me rehuyó en la universidad. Me había acostumbrado tanto a estar con ella entre clase y clase que estaba desorientada y no sabía qué hacer. A última hora se acercó a mí.

—No vengas esta tarde a casa, Andrea. Tendré que salir... Lo mejor es que no vengas estos días hasta que yo te avise. Yo te avisaré. Tengo un asunto entre manos... Puedes venir a buscar los diccionarios...

(porque yo, que carecía de textos, no tenía tampoco diccionario griego, y el de latín, que conservaba del bachillerato, era pequeño y malo: las traducciones las hacía siempre con Ena)... Lo siento — continuó al cabo de un momento, con una sonrisa mortificada—, tampoco voy a poder prestarte los diccionarios... ¡Qué fastidio! Pero como se acercan los exámenes, no puedo dejar de hacer las traducciones por la noche... Tendrás que venir a estudiar a la biblioteca... Créeme que lo siento, Andrea.

—No te preocupes, mujer.

Me sentía envuelta en la misma opresión que la tarde anterior. Pero ahora no era un presentimiento, sino la certeza de que algo malo había sucedido. Resultaba de todas maneras menos angustioso que aquel primer escalofrío de los nervios sentido cuando vi a Ena mirar a Román.

—Bueno..., me voy de prisa, Andrea. No puedo esperarte porque le he prometido a Bonet... ¡Ah! Allí veo a Bonet que me hace señas. Adiós, querida.

Me besó en las mejillas, contra su costumbre, aunque muy fugazmente, y se fue después de volver a advertirme:

—No vengas a casa hasta que yo te lo diga... Es que no me ibas a encontrar, ¿sabes? No quiero que te molestes.

—Descuida.

La vi salir acompañada de uno de sus enamorados menos favorecidos, que aquel día aparecía radiante.

Desde entonces tuve ya que pasarme sin Ena. Llegó el domingo, y ella, que no me había dado el célebre aviso y que se había limitado a sonreírme y a saludarme desde lejos en la universidad, tampoco me habló nada de nuestra excursión con Jaime. La vida volvía a ser solitaria para mí. Como era algo que parecía no tener remedio, lo tomé con resignación. Entonces fue cuando empecé a darme cuenta de que se aguantan mucho mejor las contrariedades grandes que las pequeñas nimiedades de cada día.

En casa, Gloria recibía la primavera —cada vez más cargada de efluvios— con una gran nerviosidad que nunca había visto en ella. Estaba llorosa a menudo. La abuela me dijo, como un gran secreto, que tenía miedo de que estuviese embarazada otra vez.

—En otros tiempos no te lo hubiera dicho..., porque tú eres una niña. Pero ahora, después de la guerra...

La pobre vieja no sabía a quién confiar sus inquietudes.

Sin embargo, no sucedía nada de esto. El aire de abril y de mayo es irritante, excita y quema más que el de plena canícula, sólo esto sucedía. Los árboles de la calle de Aribau —aquellos árboles ciudadanos, que, según Ena, olían a podrido, a cementerio de plantas— estaban llenos de delicadas

hojitas casi transparentes. Gloria, ceñuda en la ventana, miraba toda esta sonrisa y suspiraba. Un día la vi lavando su traje nuevo y queriendo cambiarle el cuello. Lo tiró al suelo, desesperada.

—¡Yo no sé hacer estas cosas! —dijo—. ¡No sirvo!

Nadie le había mandado que lo hiciera. Se encerró en su cuarto.

Román parecía de excelente humor. Algunos días hasta se dignaba hablar con Juan. La actitud de Juan conmovía entonces, se reía por cualquier cosa. Daba palmaditas en la espalda a su hermano. Luego tenía terribles broncas con su mujer, como consecuencia de todo esto.

Un día oí tocar el piano a Román. Tocaba algo que yo conocía. Su canción de primavera, compuesta en honor del dios Xochipilli.

Aquella canción que, según él, le daba mala suerte. Gloria estaba en un rincón oscuro del recibidor esforzándose en escuchar. Yo entré y empecé a mirar sus manos sobre el teclado. Al final, dejó la música con cierta irritación.

—¿Quieres algo, pequeña?

También Román parecía haber cambiado respecto a mí.

—¿Qué hablasteis el otro día Ena y tú, Román? Pareció sorprenderse.

—Nada de particular, creo yo, ¿qué te ha dicho?

—No me ha dicho nada. Desde ese día ya no somos amigas.

—Bueno, pequeña... Yo no tengo nada que ver con vuestras tontas historias de colegialas... Hasta ese punto no he llegado.

Y se marchó.

Las tardes se me hacían particularmente largas. Estaba acostumbrada a pasarlas arreglando mis apuntes, luego solía dar un buen paseo y antes de las siete ya estaba en casa de Ena. Ella veía a Jaime todos los días después de comer, pero volvía a esa hora para hacer conmigo la traducción. Algunos días se quedaba toda la tarde en su casa y era entonces cuando nos reuníamos allí la pandilla de la universidad. Los chicos, que pasaban el sarampión literario, nos leían sus poesías. Al final, la madre de Ena cantaba algo. Eran los días en que yo me quedaba a cenar allí. Todo esto pertenecía ya al pasado (alguna vez me aterraba pensar en cómo los elementos de mi vida aparecían y se disolvían para siempre apenas empezaba a considerarlos como inmutables). Las reuniones de amigos en casa de Ena dejaron de hacerse en virtud de la sombra amenazadora del final de curso que se nos venía encima. Y ya no se habló más entre Ena y yo de la cuestión de que yo volviera a su casa.

Una tarde encontré a Pons en la biblioteca de la universidad. Se puso muy contento al verme.

—¿Vienes mucho por aquí? Antes no te veía.

—Sí, vengo a estudiar... Es que no tengo libros...

—¿De veras? Yo te puedo prestar los míos. Mañana te los traeré.

—¿Y tú?

—Ya te los pediré cuando me hagan falta. Al día siguiente, Pons llegó a la universidad con unos libros nuevos, sin abrir.

—Puedes conservarlos... Este año han comprado en casa los textos por partida doble.

Yo estaba tan avergonzada que tenía ganas de llorar. Pero ¿qué le iba a decir a Pons? Él estaba entusiasmado.

—¿Ya no eres amiga de Ena? —me preguntó.

—Sí, es que la veo menos, por los exámenes...

Pons era un muchacho muy infantil. Pequeño y delgado, con unos ojos a los que daban dulzura sus pestañas, muy largas. Un día lo encontré en la universidad terriblemente excitado.

—Oye, Andrea, escucha... No te lo había dicho antes porque no teníamos permiso para llevar a chicas. Pero yo he hablado tanto de ti, he dicho que eras distinta..., en fin, se trata de mi amigo Guíxols y él ha dicho que sí, ¿entiendes?

Yo no había oído hablar nunca de Guíxols.

—No, ¿cómo voy a entender?

—¡Ah! Es verdad. Ni siquiera te he hablado nunca de mis amigos... Estos de aquí, de la universidad, no son realmente mis amigos. Se trata de Guíxols, de Iturdiaga principalmente..., en fin, ya los conocerás. Todos son artistas, escritores, pintores..., un mundo completamente bohemio. Completamente pintoresco. Allí no existen convencionalismos sociales..., Pujol, un amigo de Guíxols..., y mío también, claro..., lleva chalina y el cabello largo. Es un tipo estupendo... Nos reunimos en el estudio de Guíxols, que es pintor..., un muchacho muy joven..., vamos, quiero decir joven como artista, por lo demás tiene ya veinte años, pero con un talento enorme. Hasta ahora no ha ido ninguna muchacha allí. Tienen miedo a que se asusten del polvo y que digan tonterías de esas que suelen decir todas. Pero les llamó la atención lo que yo les dije que tú no te pintabas en absoluto y que tienes la tez muy oscura y los ojos claros. Y, en fin, me han dicho que te lleve esta tarde. El estudio está en el barrio antiguo...

Ni siquiera había soñado que yo pudiera rechazar la tentadora invitación. Naturalmente, lo acompañé. Fuimos andando, dando un largo paseo, por las calles antiguas. Pons parecía muy feliz. A mí me había sido siempre extraordinariamente simpático.

—¿Conoces la iglesia de Santa María del Mar? —me dijo Pons. —No.

—Vamos a entrar un momento si quieres. La ponen como ejemplo del puro gótico catalán. A mí me parece una maravilla. Cuando la guerra la quemaron...

Santa María del Mar apareció a mis ojos adornada de un singular encanto, con sus peculiares torres y su pequeña plaza, amazacotada de casas viejas enfrente.

Pons me dejó su sombrero, sonriendo al ver que lo torcía para ponérmelo. Luego entramos. La nave resultaba grande y fresca y rezaban en ella unas cuantas beatas. Levanté los ojos y vi los vitrales rotos de las ventanas, entre las piedras que habían ennegrecido las llamas. Esta desolación colmaba de poesía y espiritualizaba aún más el recinto. Estuvimos allí un rato y luego salimos por una puerta lateral junto a la que había vendedoras de claveles y de retama. Pons compró para mí pequeños manojos de claveles bien olientes, rojos y blancos. Veía mi entusiasmo con ojos cargados de alegría. Luego me guió hasta la calle de Montcada, donde tenía su estudio Guíxols.

Entramos por un portalón ancho donde campeaba un escudo de piedra. En el patio, un caballo comía tranquilamente, uncido a un carro, y picoteaban gallinas produciendo una impresión de paz. De allí partía la señorial y ruinoso escalera de piedra, que subimos. En el último piso, Pons llamó tirando de una cuerdecita que colgaba en la puerta. Se oyó una campanilla muy lejos. Nos abrió un muchacho a quien Pons llegaba más abajo del hombro. Creí que sería Guíxols. Pons y él se abrazaron con efusión. Pons me dijo:

—Aquí tienes a Iturdiaga, Andrea... Este hombre acaba de llegar del Monasterio de Veruela, donde ha pasado una semana siguiendo las huellas de Bécquer...

Iturdiaga me estudió desde su altura. Sujetaba una pipa entre los largos dedos y vi que, a pesar de su aspecto imponente, era tan joven como nosotros.

Le seguimos, atravesando un largo dédalo de habitaciones destartaladas y completamente vacías, hasta el cuarto donde Guíxols tenía su estudio. Un cuarto grande, lleno de luz, con varios muebles enfundados —sillas y sillones—, un gran canapé y una mesita donde, en un vaso —como un ramo de flores—, habían colocado un manojito de pinces.

Por todos lados se veían las obras de Guíxols: en los caballetes, en la pared, arrimadas a los muebles o en el suelo...

Allí estaban reunidos dos o tres muchachos que se levantaron al verme. Guíxols era un chico con tipo de deportista. Fuerte y muy jovial, completamente tranquilo, casi la antítesis de Pons. Entre los otros vi al célebre Pujol que, con su chalina y todo, era terriblemente tímido. Más tarde llegué a conocer sus cuadros, que hacía imitando punto por punto los defectos de Picasso —la genialidad no es susceptible de imitarse, naturalmente. No era esto culpa de Pujol ni de sus diecisiete años ocupados en calcar al maestro—. Él más notable de todos parecía ser Iturdiaga. Hablaba con gestos ampulosos

y casi siempre gritando. Luego me enteré de que tenía escrita una novela de cuatro tomos, pero no encontraba editor para ella.

—¡Qué belleza, amigos míos! ¡Qué belleza! —decía hablando del Monasterio de Veruela—. ¡Comprendí la vocación religiosa, la exaltación mística, el encierro perpetuo en la soledad!... Sólo me faltabais vosotros y el amor... Yo sería libre como el aire si el amor no me enganchara en su carro continuamente, Andrea —añadió, dirigiéndose a mí.

Luego se puso serio.

—Pasado mañana me bato con Martorell, no hay remedio. Tú, Guíxols, serás mi padrino.

—No, ya lo arreglaremos antes de que llegue el caso —dijo Guíxols, ofreciéndome un cigarrillo—. Puedes estar seguro de que lo arreglaré... Es una estupidez el que te batas porque Martorell haya dicho una grosería a una florista de la Rambla.

—¡Una florista de la Rambla es una dama como cualquier mujer!

—No lo dudo, pero tú no la habías visto hasta entonces, y en cambio Martorell es nuestro amigo. Quizás un poco aturdido, pero un chico excelente. Te advierto que él toma todo esto a broma. Tenéis que reconciliaros.

—¡No, señor! —gritó Iturdiaga—. Martorell dejó de ser mi amigo cuando...

—Bueno. Ahora vamos a merendar si Andrea tiene la bondad de hacernos unos bocadillos con el pan

y el jamón que encontrará escondido detrás de la puerta...

Pons observaba continuamente el efecto que me producían sus amigos y buscaba mis ojos para sonreírme. Hice café y lo tomamos en tazas de diferentes tamaños y formas, pero todas de porcelana fina y antigua, que Guíxols guardaba en una vitrina. Pons me informó que Guíxols las adquiriría en los Encantes.

Yo observaba los cuadros de Guíxols: marinas sobre todo. Me interesó un dibujo de la cabeza de Pons. Al parecer, Guíxols tenía suerte y vendía bien sus cuadros, aunque aún no había hecho ninguna exposición. Sin querer comparé su pintura con la de Juan. La de Guíxols era mejor, indudablemente. Al oír hablar de miles de pesetas, me pasó como un rayo de crueldad la voz de Juan por mis orejas... «¿Crees tú que el desnudo que he pintado a Gloria vale sólo diez duros?» A mí aquel ambiente bohemio me pareció muy confortable. El único mal vestido y con las orejas sucias era Pujol, que comía con gran apetito y gran silencio. A pesar de esto, me enteré de que era rico. Guíxols mismo era hijo de un fabricante riquísimo. Iturdiaga y Pons pertenecían también a familias conocidas en la industria catalana. Pons, además, era hijo único, y muy mimado, según me enteré mientras él enrojecía hasta las orejas.

—A mí, mi padre no me comprende —gritó Iturdiaga—. ¿Cómo me va a comprender si sólo sabe almacenar millones? De ninguna manera ha querido costearme la edición de la novela. ¡Dice que es negocio perdido!... Y lo peor es que desde la última jugarreta me ata corto y me tiene sin un céntimo. —Es que fue buena —dijo Guíxols, con una sonrisa.

—¡No! ¡Yo no le mentí!... Un día me llamó a su cuarto: «Gaspar, hijo mío..., ¿he oído bien? Me has dicho que ya no te queda nada de las dos mil pesetas que te di como aguinaldo de Navidad» (esto era quince días después de Navidad). Yo le dije: «Sí, papá, ni un céntimo»... Entonces entornó los ojos como una fiera y me dijo:

»—Pues ahora mismo me vas a decir en lo que te lo has gastado. —Yo le conté lo contable a un padre como el mío y no se quedaba satisfecho.»

Luego se me ocurrió decir:

»—Lo demás se lo di a López Soler, se lo presté al pobre... —Entonces hubierais visto a mi padre rugir como un tigre:

»—¡Prestar dinero a un sinvergüenza semejante que no te lo devolverá jamás! Estoy por darte una paliza... Si no me traes ese dinero antes de veinticuatro horas, meto a López Soler en la cárcel y a ti te tengo un mes a pan y agua... Ya te enseñaré a ser derrochador...

»—Nada de eso puede ser, padre mío; López Soler está en Bilbao.

» Mi padre dejó caer los brazos desalentados, y luego recobró otra vez las fuerzas.

»—Esta misma noche te vas a Bilbao, acompañado de tu hermano mayor, ¡botarate! Ya te enseñaré yo a derrochar mi dinero...

—Y por la noche estábamos mi hermano y yo en el coche-cama. Ya sabéis cómo es mi hermano, un tío serio como hay pocos y con una cabezota de piedra. En Bilbao visitó él a todos los parientes de mi padre y me hizo acompañarle. López Soler se había marchado a Madrid. Mi hermano puso una conferencia con Barcelona: "Id a Madrid —dijo mi padre—. Ya sabes que confío en ti, Ignacio... Estoy decidido a educar a Gaspar a la fuerza"... Otra vez el coche-cama y a Madrid. Allí encontré a López Soler en el café Castilla y me abrió los brazos llorando de alegría. Cuando se enteró a lo que iba me llamó asesino y me dijo que antes me mataría que devolverme el dinero. Luego, en vista de que estaba detrás mi hermano Ignacio con sus puños de boxeador, entre todos sus amigos reunieron la cantidad y me la entregaron. Ignacio mismo la guardó, satisfecho, en su cartera, quedando yo enemigo de López Soler...

«Volvíamos a casa. Mi padre me hizo un discurso solemne y me dijo luego que en castigo se quedaría él con la cantidad recuperada, y que no me daría dinero en ocho días para cobrarse los gastos de nuestro viaje. Entonces, Ignacio, con su cara tranquila, sacó el billete de veinticinco pesetas que me

había devuelto López Soler y se lo tendió a mi padre. El pobre hombre se quedó como un castillo que se derrumba.

»—¿Qué es esto? —gritó.

»—El dinero que había prestado a López Soler, padre mío —contesté yo—. Y de ahí viene la catástrofe de mi vida, amigos míos... Ahora que yo pensaba ahorrar para editar el libro por mi cuenta...

Yo estaba muy divertida y contenta.

—¡Ah! —dijo Iturdiaga, mirando hacia un cuadrado que estaba vuelto hacia la pared—. ¿Qué hace de espaldas el cuadro de la Verdad?

—Es que ha estado antes Romances, el crítico, y, como tiene cincuenta años, no me pareció delicado...

Pujol se levantó rápidamente y dio la vuelta al cuadrado. Sobre fondo negro habían pintado en blanco, con grandes letras:

«Demos gracias al cielo de que valemos infinitamente más que nuestros antepasados. —Hornero». La firma era imponente. Tuve que reírme. Me encontraba muy bien allí; la inconsciencia absoluta, la descuidada felicidad de aquel ambiente me acariciaban el espíritu.

3.1.14 Capítulo XIV

Los exámenes de aquel curso eran fáciles, pero yo tenía miedo y estudiaba todo lo que podía.

—Te vas a poner enferma —me dijo Pons—. Yo no me preocupo. El curso que viene será otra cosa, cuando tengamos que hacer la reválida.

La verdad es que yo estaba empezando a perder la memoria. A menudo me dolía la cabeza.

Gloria me dijo que Ena había venido a ver a Román a su cuarto y que Román había estado tocando sus composiciones de violín para ella. Gloria, de estas cosas, estaba siempre bien informada.

—¿Tú crees que se casará con ella? —me preguntó de improviso, con aquella especie de ardor que le comunicaba la primavera.

—¡Ena casarse con Román! ¡Qué estupidez más grande!

—Lo digo, chica, porque ella parece bien vestida, como de buena familia... Tal vez Román quiere casarse.

—No digas necedades. No hay nada entre ellos en ese sentido... ¡Vamos! ¡No seas tonta, mujer! Si Ena ha venido, puedes estar segura de que ha sido sólo por oír la música.

—¿Y por qué no ha entrado a saludarte a ti?

El corazón parecía que se me iba a saltar del pecho, tanto me interesaba todo aquello.

Veía a Ena en la universidad todos los días. A veces cambiábamos algunas palabras. Pero ¿cómo íbamos a hablar de nada íntimo? Ella me había alejado por completo de su vida. Un día le pregunté cortésmente por Jaime.

—Está bien —me dijo—. Ahora ya no salimos los domingos. (Evitaba mirarme, quizá para que yo no notara en sus ojos la tristeza. ¿Quién podía comprenderla?)

—Román está de viaje —le dije de improviso. —Ya lo sé —me contestó.

—¡Ah! ...

Nos quedamos calladas.

—¿Y tu familia? —aventuré (parecía que no nos hubiéramos visto en muchos años).

—Mamá ha estado enferma.

—Le enviaré flores cuando pueda... Ena me miró de un modo especial.

—Tú tienes también cara de enferma, Andrea... ¿Quieres venir a dar un paseo conmigo esta tarde? Te sentará bien tomar el aire. Podemos ir al Tibidabo. Me gustaría que merendaras allí conmigo...

—¿Ya has terminado el asunto ése tan importante que tenías entre manos?

—No, aún no; no seas irónica... Pero esta tarde me voy a tomar unas vacaciones, si tú quieres dedicármela.

Yo no estaba contenta ni triste. Me parecía que mi amistad con Ena había perdido mucho de su encanto con la ruptura. Al mismo tiempo yo quería a mi amiga sinceramente.

—Sí, iremos..., si algo más importante no te lo impide. Me cogió una mano y me abrió los dedos, para ver la confusa red de rayas de la palma.

—¡Qué manos tan delgadas!... Andrea, quiero que me perdones si me he portado algo mal contigo estos días... No es solamente contigo con quien me porto mal... Pero esta tarde será como antes. Ya verás. Correremos entre los pinos. Lo pasaremos bien.

Efectivamente, lo pasamos bien y nos reímos mucho. Con Ena cualquier asunto cobraba interés y animación. Yo le conté las historias de Iturdiaga y de mis nuevos amigos. Desde el Tibidabo, detrás de Barcelona, se veía el mar.

Los pinos corrían en una manada espesa y fragante, montaña abajo, extendiéndose en grandes bosques hasta que la ciudad empezaba. Lo verde la envolvía, abrazándola.

—El otro día fui a tu casa —dijo Ena—; quería verte. Te estuve esperando cuatro horas. —No me dijeron nada.

—Es que subí al cuarto de Román para entretenerme. Fue muy amable conmigo. Hizo música. De cuando en cuando llamaba por teléfono a la criada a ver si habías llegado.

Yo me quedé triste tan de repente, que Ena lo notó y se puso de mal humor también.

—Hay cosas en ti que no me gustan, Andrea. Te avergüenzas de tu familia... Y, sin embargo, Román es un hombre tan original y tan artista como hay pocos... Si yo te presentara a mis tíos, podrías buscar con un candil, que no encontrarías la menor chispa de espíritu. Mi padre mismo es un hombre vulgar, sin la menor sensibilidad... Lo cual no quiere decir que no sea bueno, y además, es guapo, ya le conoces, pero yo hubiera comprendido mucho mejor que mi madre se hubiera casado con Román o con alguien que se le pareciera... Esto es un ejemplo como otro cualquiera... Tu tío es una personalidad. Sólo con la manera de mirar sabe decir lo que quiere. Entender..., parece algo trastornado a veces. Pero tú también, Andrea, lo pareces. Por eso precisamente quise ser tu amiga en la universidad. Tenías los ojos brillantes y andabas torpe, abstraída, sin fijarte en nada... Nos reíamos de ti; pero yo, secretamente, deseaba conocerte. Una mañana te vi salir de la universidad bajo una lluvia torrencial... Era en los primeros días del curso (tú no te acordarás de esto). La mayoría de los chicos estaban cobijados en la puerta y yo misma, aunque llevaba impermeable y paraguas, no me atrevía a desafiar aquella furia torrencial. De pronto te veo salir a ti, con el mismo paso de siempre, sin bufanda, con la cabeza descubierta... Me acuerdo que el viento y la lluvia te alborotaban y luego te pegaban los rizos del cabello a las mejillas. Yo salí detrás de ti y el agua caía a chorros. Parpadeaste un momento, como extrañada, y luego, como a un gran refugio, te arrimaste a la verja del jardín. Estuviste allí dos minutos lo menos hasta que te diste cuenta de que te mojabas lo mismo. El caso era espléndido. Me conmovías y me hacías morir de risa al mismo tiempo. Creo que entonces te empecé a tomar cariño... Luego te pusiste enferma...

—Sí, me acuerdo.

—Sé que te molesta que yo sea amiga de Román. Ya te había pedido que me lo presentaras hace tiempo... Comprendí que si quería ser tu amiga no había ni que pensar en tal cosa... Y el día en que fui a buscarte a tu casa, cuando nos encontraste juntos no podías disimular tu irritación y tu disgusto. Al día siguiente vi que venías dispuesta a hablar de aquello... A pedirme cuentas, quizá. No sé... No me apetecía verte. Tienes que comprender que yo puedo escoger mis propios amigos, y Román (yo no lo niego) me interesa mucho...

—Es una persona mezquina y mala.

—Yo no busco en las personas ni la bondad ni la buena educación siquiera..., aunque creo que esto último es imprescindible para vivir con ellas. Me gustan las gentes que ven la vida con ojos distintos que los demás, que consideran las cosas de otro modo que la mayoría... Quizá me ocurra esto porque he vivido siempre con seres demasiado normales y satisfechos de ellos mismos... Estoy segura de que mi madre y mis hermanos tienen la certeza de su utilidad indiscutible en este mundo, que saben

en todo momento lo que quieren, lo que les parece mal y lo que les parece bien... Y que han sufrido muy poca angustia ante ningún hecho.

—¿Tú no quieres a tu padre?

—Claro que sí. Esto es aparte... Y estoy agradecida a la Providencia de que sea tan guapo, ya que me parezco a él... Pero nunca he acabado de comprender por qué se ha casado con él mi madre. Mi madre ha sido la pasión de toda mi infancia. He notado desde muy pequeña que ella era distinta de todos los demás... Yo la acechaba. Me parecía que tenía que ser desgraciada. Cuando me fui dando cuenta de que quería a mi padre y de que era feliz me entró una especie de decepción...

Ena estaba seria.

—Y no lo puedo remediar. Toda mi vida he estado huyendo de mis simples y respetables parientes... Simples pero inteligentes a la vez, en su género, que es lo que les hace tan insoportables... Me gusta la gente con ese átomo de locura que hace que la existencia no sea monótona, aunque sean personas desgraciadas y estén siempre en las nubes, como tú... Personas que, según mi familia, son calamidades indeseables.

Yo la miré.

—Prescindiendo de mi madre... con mamá no se sabe nunca lo que va a pasar y éste es uno de sus atractivos..., ¿qué crees que dirían mi padre o mi abuelo de ti misma si supieran tu modo real de ser? Si supieran, como yo sé, que te quedas sin comer y que no te compras la ropa que necesitas por el placer de tener con tus amigos delicadezas de millonaria durante tres días... Si supieran que te gusta vagabundear sola por la noche. Que nunca has sabido lo que quieres y que siempre estás queriendo algo... ¡Bah! Andrea, creo que se santiguarían al verte, como si fueras el diablo.

Se acercó a mí y se quedó enfrente. Me puso sus dos manos en los hombros, mirándome.

—Y tú, querida, esta tarde y siempre que se trata de tu tío o de tu casa eres igual que mis parientes... Te horrorizas sólo de pensar que yo estoy allí. Te crees que no sé lo que es ese mundo tuyo, cuando lo que sucede es que me ha absorbido desde el primer momento y que quiero descubrirlo completamente.

—Estás equivocada. Román y los demás de allí no tienen ningún mérito más que el de ser peores que las otras personas que tú conoces y vivir entre cosas torpes y sucias.

Yo hablaba con brusquedad, dándome cuenta que no podría convencerla.

—Cuando llegué a tu casa el otro día, ¡qué mundo tan extraño apareció a mis ojos! Me quedé hechizada. Jamás hubiera podido soñar, en plena calle de Aribau, un cuadro semejante el que ofrecía Román tocando para mí, a la luz de las velas, en aquella madriguera de antigüedades... No sabes cuánto pensaba en ti. Cuánto me interesabas por vivir en aquel sitio inverosímil. Te comprendía mejor... Te quería. Hasta que llegaste... Sin darte cuenta me mirabas de un modo que estropeabas mi

entusiasmo. De modo que no me guardes rencor por querer entrar yo sola en tu casa y conocerlo todo. Porque no hay nada que no me interese... Desde esa especie de bruja que tenéis por criada, hasta el loro de Román...

»En cuanto a Román, no me dirás que sólo tiene el mérito de estar metido en ese ambiente. Es una persona extraordinaria. Si lo has oído interpretar sus composiciones, tendrás que reconocerlo.

Bajamos a la ciudad en el tranvía. El aire tibio de la tarde levantaba los cabellos de Ena. Estaba muy guapa. Me dijo aún:

—Ven a casa cuando quieras... Perdóname por haberte dicho que no vinieras. Eso es otro asunto. Ya sabes que eres mi única amiga. Mi madre me pregunta por ti y parece alarmada... Estaba contenta de que al fin simpatice con una chica; desde que tengo uso de razón me ha visto rodeada de muchachos únicamente...

3.1.15 Capítulo XV

Llegué a casa con dolor de cabeza y me extrañó el gran silencio que había a la hora de la cena. La criada se movía con desacostumbrada ligereza. En la cocina la vi acariciando al perro, que apoyaba la cabezota sobre su regazo. De cuando en cuando recorrían a aquella mujer sacudidas nerviosas como descargas eléctricas y se reía enseñando los dientes verdes.

—Va a haber entierro —me dijo.

—¿Cómo?

—Se va a morir el crío...

Me fijé que en la alcoba del matrimonio había luz.

—Ha venido el médico. He ido a la farmacia a buscar las medicinas, pero no me han querido fiar, porque ya saben en el barrio cómo andan las cosas en la casa desde que murió el pobre señor... ¿Verdad, Trueno?

Entré en la alcoba. Juan había hecho una pantalla a la luz para que no molestara al niño, que parecía insensible, encarnado de fiebre. Juan lo tenía entre los brazos, porque el pequeño de ninguna manera soportaba estar en la cuna sin llorar continuamente... La abuela parecía atontada. Vi que le acariciaba los pies metiendo sus manos por debajo de la manta que le envolvía. Rezaba el rosario mientras tanto y me extrañó que no llorase. La abuela y Juan estaban sentados en el borde de la gran cama de matrimonio, y en el fondo, sobre la cama también, pero apoyada contra la esquina de la pared, vi a Gloria jugando a las cartas muy preocupada. Estaba sentada a la manera moruna, desgredada y sucia como de costumbre. Pensé que estaría haciendo solitarios. A veces los hacía.

—¿Qué tiene el niño? —pregunté.

—No se sabe —contestó rápidamente la abuela.

Juan la miró y dijo:

—El médico opina que es un principio de pulmonía, pero yo creo que es del estomago.

—¡Ah!...

—No tiene ninguna importancia. El nene está perfectamente constituido y soportará bien las fiebres — siguió diciendo Juan mientras sujetaba con gran delicadeza la cabecita del pequeño, apoyándola en su pecho.

—Juan! —chilló Gloria—. ¡Ya es hora de que te vayas! Él miró al niño con una preocupación que me habría parecido extraña si yo hubiera tenido en cuenta sus palabras anteriores. Dulcificó un poco la voz.

—No sé si ir, Gloria... ¿Qué te parece? Este pequeño únicamente quiere estar conmigo.

—Me parece, chico, que no estamos para pensarlo. Te ha caído del cielo esa oportunidad de poder ganar unas pesetas tranquilamente. Ya nos quedamos yo y la mamá. Además, en el almacén hay teléfono, ¿no? Te podríamos avisar si se pusiera peor... Y como no eres tú solo el que haces la guardia, podrías venirte. Todo sería que no cobraras al día siguiente...

Juan se levantó. El niño empezó a gemir. Juan sonrió con una rara mueca, indeciso... —¡Anda, chico, anda! Dáselo a la mamá.

Juan lo puso en brazos de la abuela y el niño empezó a llorar.

—¡A ver! Dámelo a mí.

En brazos de su madre parecía estar mejor el pequeño.

—¡Qué pícaro! —dijo la abuela con tristeza—. Cuando está bueno sólo quiere que le tenga yo, y ahora...

Juan se metía el abrigo, pensativo, mirando al niño.

—Come algo antes de marcharte. Hay sopa en la cocina y queda un pan en el aparador.

—Sí, beberé sopa caliente. La pondré en una taza... Antes de marcharse volvió aún a la alcoba.

—Voy a dejar este abrigo. Me pondré el viejo —dijo cuidadosamente cogiendo uno muy astroso y manchado que colgaba de la percha—. Ya no hace frío y en una noche de guardia se estropea mucho... Se veía que no se decidía a ir. Gloria volvió a gritar:

—¡Que se hace tarde, chico! Al fin se fue.

Gloria acunaba al niño, impaciente. Cuando sintió que la puerta se cerraba, estuvo aún un rato con el cuello tenso, escuchando. Luego gritó:

—¡Mamá!

La abuela había ido a cenar a su vez y estaba tomando la sopa con pan, pero lo dejó a medias y acudió en seguida.

—¡Vamos, mamá, vamos! ¡De prisa!

Puso al niño en el regazo de la abuela sin hacer caso de su llanto. Luego se empezó a vestir con lo mejor que tenía: un traje estampado al que aún colgaba el cuello sin terminar de coser y que estaba arrugado sobre la silla y un collar de cuentas azules. Con el collar hacían juego dos pendientes panzudos, azules también. Se empolvó mucho la cara, según su costumbre, para ocultar las pecas, y se pintó los labios y los ojos con manos temblorosas.

—Ha sido una suerte muy grande que Juan tuviera ese trabajo esta noche, mamá —dijo, al ver que la abuela movía la cabeza disgustada, paseando al niño, muy grande ya para sus brazos demasiado viejos—. Voy a casa de mi hermana, mamá; rece por mí. Voy a ver si me da algún dinero para las medicinas del niño... Rece por mí, mamá, pobrecita, y no se disguste... Andrea la acompañará a usted.

—Sí, me voy a quedar estudiando.

—¿No cenas antes de marcharte, niña?

Gloria lo pensó medio minuto y luego se decidió a tragarse la cena en un santiamén. La sopa de la abuela, en el plato, se enfriaba y se ponía viscosa. Nadie volvió a reparar en ella.

Cuando Gloria se fue, la criada y Trueno entraron a dormir en su alcoba. Yo encendí la luz del comedor —que era la mejor de la casa— y abrí los libros. No podía con ellos aquella noche, no me interesaban y no los entendía. Pero así pasaron dos o tres horas. Era aquél uno de los últimos días de mayo y tenía que hacer un esfuerzo en mi trabajo. Recuerdo que me empezó a obsesionar el plato de sopa medio lleno que estaba abandonado frente a mí. El trozo de pan mordido.

Escuché algo así como el sonido de un moscardón. Era la abuela que se acercaba canturreando al niño que llevaba cargado. Sin dejar el tono de cantinela me dijo:

—Andrea, hija mía... Andrea, hija mía... Ven a rezar el rosario conmigo.

Me costó trabajo entenderla. Luego la seguí a la alcoba.

—¿Quieres que te sostenga un poquito al pequeño? La abuela movió enérgicamente la cabeza en sentido negativo. Se sentó otra vez en la cama. El niño parecía dormir.

—Sácame el rosario del bolsillo. —¿No te duelen los brazos? —No..., no. ¡Anda, anda!

Empecé a recitar las bellas palabras del avemaría. Las palabras del avemaría, que siempre me han parecido azules. Oímos la llave de la cerradura en la puerta. Yo creí que sería Gloria y me volví rápidamente. Me llevé un susto enorme al ver a Juan. Al parecer no había podido dominar su inquietud y había regresado antes de la mañana. La cara de la abuelita expresó un terror tal, que Juan se dio cuenta en seguida. Se inclinó rápidamente hacia el niño que dormía, enrojecido, con la boca entreabierta. Pero luego se enderezó.

—¿Qué ha hecho Gloria? ¿Dónde está?

—Gloria descansa un poco... o tal vez no... ¡No! ¿Verdad que no, Andrea? Salió a buscar algo en la farmacia... Ya no me acuerdo. Díselo tú, Andrea, hija mía...

—¡No me mientas, mamá! ¡No me hagas maldecir!

Otra vez estaba exasperado. El niño se despertó y empezó a hacer pucheros. Él lo cogió en brazos un momento, canturreándole sin quitarse el abrigo, húmedo de la calle. A veces blasfemaba entre dientes. Cada

vez se excitaba más. Al fin dejó a la criatura en la falda de la abuela.

—Juan! ¿Adónde vas, hijo? El niño va a llorar...

—Voy a traer a Gloria, mamá, a traerla arrastrando por los pelos si es necesario, junto a su hijo...

Temblaba todo su cuerpo. Dio un portazo. La abuela empezó a llorar, por fin.

—¡Vete con él, Andrea! ¡Vete con él, hija, que la matará! ¡Vete!

Sin pensarlo, me puse el abrigo y eché a correr escaleras abajo detrás de Juan.

Corrí en su persecución como si en ello me fuera la vida. Asustada. Viendo acercarse los faroles y las gentes a mis ojos como estampas confusas. La noche era tibia, pero cargada de humedad. Una luz blanca iluminaba mágicamente las ramas cargadas de verde tierno del último árbol de la calle de Aribau.

Juan caminaba de prisa, casi corriendo. En los primeros momentos más que verlo lo adiviné a lo lejos. Pensé angustiada que si se le ocurriera tomar un tranvía yo no tendría dinero para perseguirlo. Llegamos a la plaza de la Universidad cuando el reloj del edificio daba las doce y media. Juan cruzó la plaza y se quedó parado enfrente de la esquina donde desemboca la ronda de San Antonio y donde comienza, oscura, la calle de Tallers. Un río de luces corría calle Pelayo abajo. Los anuncios guiñaban sus ojos en un juego pesado. Delante de Juan pasaban tranvías. Él miraba a todos lados como para orientarse. Estaba demasiado flaco y el abrigo le colgaba, se le hinchaba con el viento, jugaba con sus piernas. Yo estaba allí, casi a su lado; sin atreverme a llamarle. ¿De qué hubiera servido que le llamara yo?

El corazón me latía con el esfuerzo de la carrera. Le vi dar unos pasos hacia la ronda de San Antonio y le seguí. De pronto dio la vuelta tan de prisa que nos quedamos frente a frente. Sin embargo, él pareció no darse cuenta, sino que pasó a mi lado en dirección contraria a la que antes había llevado, sin verme. Otra vez llegó a la plaza de la Universidad y ahora se metió por la calle de Tallers. Por allí no encontrábamos a nadie. Los faroles parecían más mortecinos y el pavimento era malo. Juan se volvió a detener en la bifurcación de la calle. Recuerdo que había una fuente pública allí, con el grifo mal cerrado y que en el empedrado se formaban charcos. Juan miró un momento hacia el ruido

del cuadro de luz que enmarcaba la desembocadura de la calle en las Ramblas. Luego volvió la espalda y torció por la calle de Ramalleras, igualmente estrecha y tortuosa. Yo corría para seguirle. De un almacén cerrado vino olor a paja y a fruta. Sobre una tapia aparecía la luna. Toda mi sangre corría conmigo, a grandes golpes, en mi cuerpo.

Cada vez que por una bocacalle veíamos las Ramblas, Juan se sobresaltaba. Movía los ojos hundidos en todas direcciones. Se mordía las mejillas. En la esquina de la calle del Carmen —más iluminada que las otras— le vi quedarse parado, con el codo derecho apoyado en la palma de la mano izquierda y acariciándose pensativo los pómulos, como presa de un gran trabajo mental.

El recorrido que hacíamos parecía no tener fin. Yo no tenía idea de dónde quería ir él, ni casi me importaba. Se me estaba metiendo en la cabeza la obsesión de seguirle y esta idea me tenía cogida de tal modo, que ni siquiera sabía ya para qué. Luego me enteré de que podíamos haber hecho un camino dos veces más corto. Cruzamos, atravesándolo en parte, el mercado de San José. Allí nuestros pasos resonaban bajo el alto techo. En el recinto enorme, multitud de puestos cerrados ofrecían un aspecto muerto y había una gran tristeza en las débiles luces amarillentas diseminadas de cuando en cuando. Ratas grandes, con los ojos brillantes como gatos, huían ruidosamente a nuestros pasos. Algunas se detenían en su camino, gordísimas, pensando tal vez hacernos cara. Olía indefiniblemente a fruta podrida, a restos de carne y pescado... Un vigilante nos miró pasar con aire de sospecha al salir nosotros a las callejuelas de detrás, corriendo como íbamos uno detrás de otro.

Al llegar a la calle del Hospital, Juan se lanzó a las luces de las Ramblas, de las que hasta entonces parecía haber huido. Nos encontrábamos en la rambla del Centro. Yo, casi al lado de Juan. Él parecía olfatearme desde la subconsciencia, porque a cada instante volvía la cabeza hacia atrás. Pero aunque sus ojos pasaron sobre mí a menudo, no me veía. Parecía un tipo sospechoso, un ladrón que huyera tropezando con la gente. Creo que alguien me dijo una bestialidad. Ni siquiera estoy segura, aunque es probable que se metieran conmigo y se rieran de mí muchas veces. Yo no pensé ni un momento adonde podría conducirme esta aventura, ni tampoco en qué iba a hacer para calmar a un hombre cuyos furiosos arrebatos conocía tan bien. Sé que me tranquilizaba pensar en que no llevaba armas. Por lo demás, mis pensamientos temblaban en la misma excitación que me oprimía la garganta hasta casi sentir dolor.

Juan entró por la calle del Conde del Asalto, hormigueante de gente y de luz a aquella hora. Me di cuenta de que esto era el principio del barrio chino. «El brillo del diablo», de que me había hablado Angustias, aparecía empobrecido y chillón, en una gran abundancia de carteles con retratos de bailarinas y bailadores. Parecían las puertas de los cabarets con atracciones, barracas de feria. La música aturdía en

oleadas agrias, saliendo de todas partes, mezclándose y desarmonizando. Pasando deprisa entre una ola humana que a veces me desesperaba porque me impedía ver a Juan, me llegó el recuerdo vivísimo de un carnaval que había visto cuando pequeña. La gente, en verdad, era grotesca: un hombre pasó a mi lado con los ojos cargados de rímel bajo un sombrero ancho.

Sus mejillas estaban sonrosadas. Todo el mundo me parecía disfrazado con mal gusto y me rozaba el ruido y el olor a vino.

Ni siquiera estaba asustada, como aquel día en que, encogida junto a la falda de mi madre, escuché las carcajadas y las ridículas contorsiones de las máscaras. Todo aquello no era más que un marco de pesadilla, irreal como todo lo externo a mi persecución.

Perdí de vista a Juan y me quedé aterrada. Alguien me empujó. Levanté los ojos y vi en el fondo de la calle la montaña de Montjuich envuelta, con sus jardines, en la pureza de la noche...

Encontré a Juan por fin. Estaba, el pobre, parado. Mirando el escaparate iluminado de una lechería, en el que aparecía una fila de flanes apetitosos. Movía los labios y con la mano se cogía la barba pensativo. «Éste es el momento —pensé— de poner mi mano sobre su brazo. De hacerle entrar en razón. De decirle que Gloria seguramente estará en casa...» No hice nada.

Juan reanudó la marcha, metiéndose —después de mirar para orientarse— en una de aquellas callejuelas oscuras y fétidas que abren allí sus bocas. Otra vez la peregrinación se convirtió en una caza entre las sombras cada vez más oscuras. Perdí la cuenta de las calles por donde entrábamos. Las casas se apretaban, altas, rezumando humedad. Detrás de algunas puertas se oía música. Nos cruzamos con una pareja abrazada groseramente y metí el pie en un charco enlodado. Me parecía que algunas calles tenían, diluido en la oscuridad, un vaho rojizo. Otras, una luz azulina... Pasaban algunos hombres y sus voces resultaban broncas en aquel silencio. Se me despejaba la cabeza por algunos momentos y me acercaba a Juan para que se viera que iba en su compañía. Cuando otra vez Juan y yo nos quedábamos solos me tranquilizaba, atenta solamente al ruido de sus pasos.

Me acuerdo que íbamos por una calleja negra, completamente silenciosa, cuando se abrió una puerta por la que salió despedido un hombre borracho, con tan mala suerte, que cayó sobre Juan, haciéndolo vacilar. Pareció que a Juan le corría una descarga eléctrica por la espalda. En un abrir y cerrar de ojos le propinó un puñetazo en la mandíbula, y se quedó quieto, aguardando a que el otro se repusiera. Al cabo de unos minutos estaban enzarzados en una lucha bestial. Yo apenas podía verles. Oía sus jadeos y sus blasfemias. Una voz rasposa rompió el aire encima de nosotros, desde alguna ventana invisible: «¿Qué pasa aquí?».

Luego me encontré sorprendida por la animación que súbitamente llenó la calle. Dos o tres hombres y algunos chiquillos, que parecían brotados de la tierra, rodearon a los que luchaban. Una puerta entreabierta lanzaba a la calle un chorro de luz que me cegaba.

Yo estaba llena de terror y procuraba permanecer invisible. No tenía idea de lo que podría pasar unos minutos después. Encima de aquel infierno —como si sobre el cielo de la calle cabalgaran brujas— oíamos voces ásperas, como desgarradas. Voces de mujeres animando a los luchadores con sus pullas y sus risas. Alucinada, me pareció que caras gordas flotaban en el aire, como los globos que a veces dejan escapar los niños.

Oí un rugido y vi que Juan y su enemigo habían caído revolcándose sobre el barro de la calle. Nadie tenía intención de separarlos. Un hombre les enfocó con su linterna, y entonces vi que Juan se tiraba al cuello del otro para morder. Uno de los mirones dio un botellazo a Juan con buen tino, haciéndole dar vueltas y quedar caído en el fango. A los pocos segundos se incorporó.

En aquel momento alguien dio un chillido de alarma parecido a la campanilla de los bomberos o al especial claxon del coche de la policía, que tanto impresiona en las películas. En un instante nos quedamos solos Juan y yo. Incluso el contrincante borracho había desaparecido. Juan se levantó tambaleándose. Oímos en lo alto risitas ahogadas. Yo, que estaba pasmada en una extraña inactividad, reaccioné de pronto, saltando, con una prisa febril, como de locura, hacia Juan. Le ayudé a ponerse completamente de pie y toqué sus ropas mojadas de sangre y de vino. Jadeaba.

Yo oía, en mi cerebro, repercutir los latidos de mi corazón. Me ensordecía su ruido.

—¡Vamos! —quise decir—. ¡Vamos!

No me salió la voz y empecé a dar empujones a Juan. Hubiera querido volar. Sabía o creía que iba a llegar gente de la policía poco después y metí a Juan por otra calle. Antes de torcer la segunda esquina oímos pasos. Juan había reaccionado bastante, pero se dejaba guiar por mí. Me apreté contra su hombro y él me abrazó.

Pasó un grupo. Eran individuos que pisaban fuertemente y charlaban haciendo bromas. No nos dijeron nada. Un rato después estábamos separados. Mi tío apoyado en la pared, con las manos en los bolsillos, y cayéndonos a los dos la luz de un farol.

Me miró dándose cuenta de quién era yo. Pero no me dijo nada porque, sin duda, encontraba natural que yo estuviese aquella noche en el corazón del barrio chino. Le saqué un pañuelo del bolsillo para que se limpiara la sangre que le goteaba sobre el ojo.

Se lo ató y luego se apoyó en mi hombro, volviendo la cabeza y tratando de orientarse. Yo empecé a sentirme tan cansada como en aquellos tiempos me sucedía con frecuencia. Las rodillas me temblaron hasta el punto de que caminar se me hacía difícil. Los ojos los tenía llenos de lágrimas.

—¡Vamos a casa, Juan!... ¡Vamos!

—¿Crees que me han vuelto loco con el golpe, sobrina? Sé muy bien a lo que he venido aquí...

Otra vez se enfureció y le temblaba la mandíbula.

—Gloria debe de estar en casa a estas horas. Sólo fue a ver a su hermana para pedir que le prestase dinero para las medicinas.

—¡Mentiras! ¡Sinvergüenza! ¿Quién te manda meterte en lo que no te importa? —Se tranquilizó un poco—. Gloria no tiene que pedir dinero a la bruja esta. Hoy mismo le han prometido por teléfono que mañana a las ocho tendríamos en casa cien pesetas que aún me deben por un cuadro... ¿Conque a pedir dinero? ¡Como si yo no supiera que la hermanita no da ni las buenas noches!... ¡Pero ella no sabe que hoy le rompo la cabeza! Conmigo puede portarse mal, pero que sea peor que los animales con sus cachorros, eso no se lo consiento. ¡Prefiero que se muera de una vez la maldita!... Lo que a ella le gusta es beber y divertirse en casa de su hermana. La conozco bien. Pero si tiene sesos de conejo... ¡Cómo tú!, ¡como todas las mujeres!... Por lo menos ¡que sea madre, la muy...!

Todo esto estaba sembrado de palabrotas que recuerdo bien, pero ¿para qué las voy a repetir?

Iba hablando mientras caminábamos. Apoyado él en mi hombro y empujándome al mismo tiempo. En aquellos dedos que me agarraban sentía yo clavarse toda la energía de los nervios. Y a cada paso, a cada palabra, su fuerza se agudizaba.

Sé que volvimos a pasar otra vez por la misma calle de la pelea, envuelta ya en silencio. Allí Juan olfateó como un perro en busca del rastro. Como uno de los perros sarnosos que encontrábamos a veces husmeando en la inmundicia... Por encima de aquel cansancio y de aquella podredumbre se levantaba la luz de la luna. No había más que mirar al cielo para verla. Abajo, en los callejones, se olvidaba una de ella...

Juan empezó a aporrear una puerta. Le contestaron los ecos de sus golpes. Juan siguió pegando patadas y puñetazos un buen rato, hasta que le abrieron. Entonces me apartó de un empujón y entró dejándome en la calle. Oí algo como un grito sofocado allá dentro. Luego nada. La puerta se cerró en mis narices.

Al pronto, estaba tan cansada, que me senté en el umbral, con la cabeza entre las manos, sin reflexionar. Más tarde me empezó a entrar risa. Me tapé la boca con las manos que me temblaban porque la risa era más fuerte que yo. ¡Para esto toda la carrera, la persecución agotadora!... ¿Qué pasaría si no salían de allí en toda la noche? ¿Cómo iba a encontrar yo sola el camino de casa? Creo que después estuve llorando. Pasó mucho rato, una hora quizá. Del suelo reblandecido se levantaba humedad. La luna iluminaba el pico de una casa con un baño plateado. Lo demás lo dejaba a oscuras. Me empezó a entrar frío a pesar de la noche primaveral. Frío y miedo indefinido. Empecé a temblar. Se abrió la puerta a mi espalda y una cabeza de mujer asomó cautelosa, llamándome:

—*Pobreta.. Entra, entra.*

Me encontré en el local cerrado de una tienda de comestibles y bebidas, iluminado únicamente por una bombilla de pocas bujías. Junto al mostrador estaba Juan, dando vueltas entre sus dedos a un vaso lleno. De otra habitación venía un ruido animado y un chorro de luz se filtraba bajo una cortina. Indudablemente se jugaba a las cartas. «¿Dónde estará Gloria?», pensé. La mujer que me había abierto era gordísima y tenía el cabello teñido. Mojó la punta de un lápiz en su lengua y apuntó algo en un libro.

—De modo que ya es hora de que te vayas enterando de tus asuntos, Juan. Ya es hora de que sepas que Gloria te mantiene... Eso de venir dispuesto a matar es muy bonito..., y la sopa boba de mi hermana aguantando todo antes que decirte que los cuadros no los quieren más que los traperos... Y tú con tus ínfulas de señor de la calle Aribau...

Se volvió a mí:

—*Vols una mica d'aiguarent, nena?* —No, gracias.

—*Que delicadeta ets, nota!*

Y se empezó a reír.

Juan escuchaba el rapapolvo, sombrío. Yo ni siquiera pude imaginarme lo que sucedió mientras estuve en la calle. Juan no llevaba ya el pañuelo en la cabeza. Me fijé que su camisa estaba rasgada. La mujer siguió:

—Y puedes dar gracias a Dios, Joanet, de que tu mujer te quiera. Con el cuerpo que tiene podría ponerte buenos cuernos y sin pasar tantos sustos como pasa la *pobreta* para poder venir a jugar a las cartas. Todo para que el señorón se crea que es un pintor famoso...

Se empezó a reír, moviendo la cabeza. Juan dijo:

—¡Si no te callas, te estrangulo! ¡Cochina!

Ella se irguió amenazadora... Pero en aquel momento cambió de expresión para sonreír a Gloria que aparecía, saliendo de una puerta lateral. Juan la sintió llegar también, pero aparentó no verla mirando hacia el vaso. Gloria parecía cansada. Dijo:

—¡Vamos, chico!

Y cogió el brazo de Juan. Indudablemente le había visto antes. Dios sabe lo que habría pasado entre ellos.

Salimos a la calle. Cuando la puerta se cerró detrás de nosotros, Juan echó un brazo por la espalda de Gloria, apoyándose en sus hombros. Caminamos un rato callados.

—¿Se ha muerto el niño? —preguntó Gloria.

Juan dijo que no con la cabeza y empezó a llorar. Gloria estaba espantada. Él la abrazó, la apretó contra su pecho y siguió llorando, todo sacudido por espasmos, hasta que la hizo llorar también.

3.1.16 Capítulo XVI

Román entró impetuoso, como rejuvenecido, en la casa.

—¿Han traído mi traje nuevo? —preguntó a la criada.

—Sí, señorito Román. Se lo he subido... *Trueno* se empezó a levantar, perezoso y gordo, para saludar a Román.

—Este *Trueno*—dijo mi tío, frunciendo el ceño— se está volviendo demasiado decadente... Amigo mío, si sigues así te degollaré como a un cerdo...

La sonrisa se quedó quieta en la cara de la criada. Sus ojos se volvieron brillantes.

—¡No diga bromas, señorito Román! ¡Pobre *Trueno*! ¡Si cada día está más guapo!... ¿Verdad, *Trueno*? ¿Verdad, hijito?

Se puso en cuclillas la mujer y el perro le plantó sus patas en los hombros y lamió la cara oscura.

Román miraba con curiosidad la escena y se le curvaban los labios en una expresión indefinible.

—De todas maneras, si este perro sigue así le mataré... No me gusta tanta felicidad y tanto abotargamiento.

Román dio media vuelta y se marchó. Al pasar me acarició las mejillas. Tenía brillantes los ojos negros. La piel de su cara era morena y dura, había allí multitud de pequeñas arrugas hondas, como hechas a cortaplumas. En el brillante y rizado pelo negro, algunas canas. Por primera vez pensé en la edad de Román. Precisamente lo pensé aquel día en que parecía más joven.

—¿Necesitas dinero, pequeña? Te quiero hacer un regalo. He hecho un buen negocio.

No sé qué me impulsó a contestar:

—No necesito nada. Gracias, Román... Se quedó medio sonriente, confuso.

—Bueno. Te daré cigarrillos. Tengo algunos estupendos... Parecía que quería decir algo más. Se detuvo cuando se marchaba.

—Ya sé que ahora tienen una buena temporada ésos—y señaló, irónico, el cuarto de Juan—. No puedo estar tanto tiempo fuera de casa...

Yo no le dije nada. Se marchó al fin.

—¿Has oído? —me dijo Gloria—. Román se compra un traje nuevo..., y camisas de seda, chica... ¿A ti qué te parece?

—Me parece bien —me encogí de hombros.

—Román nunca se ha preocupado de sus vestidos. Dime la verdad, Andrea. ¿A ti te parece que está enamorado? ¡Román se enamora muy fácilmente, chica!

Gloria se estaba poniendo más fea. La cara se le había consumido aquel mes de mayo y sus ojillos aparecían hundidos.

—Tú también le gustabas a Román al principio, ¿no? Ahora ya no le gustas. Ahora le gusta tu amiguita Ena.

La idea de que yo pudiera haber gustado como mujer a mi tío era tan idiota que me quedé absorta. «¿Cómo serán nuestros actos y nuestras palabras interpretados por cerebros así?», pensé, asombrada, mirando la blanca frente de Gloria.

Me marché a la calle pensando aún en estas cosas. Caminaba deprisa y distraída, pero me di cuenta de que un viejo de nariz colorada atravesaba la calle para venir hacia mí. Y poseída del mismo malestar de siempre crucé a mi vez a la otra acera, no pudiendo evitar, sin embargo, que nos encontráramos en medio. Él llegó sin alientos para pasar justamente a mi lado, quitarse la vieja gorra y saludarme.

—¡Buenos días, señorita!

El pícaro aquel tenía los ojos brillantes de ansiedad. Le saludé con una inclinación de cabeza y huí. Le conocía bien. Era un viejo pobre que nunca pedía nada. Apoyado en una esquina de la calle de Aribau, vestido con cierta decencia, permanecía horas de pie, apoyándose en su bastón y atisbando. No importaba que hiciera frío o calor: él estaba allí sin plañir ni gritar, como esos otros mendigos expuestos siempre a los que recojan y lleven al asilo.

Él sólo saludaba con respetuosa cortesía a los transeúntes, que a veces se compadecían y ponían en sus manos una limosna. Nada se le podía reprochar. Yo le tenía una antipatía especial que con el tiempo iba creciendo y enconándose. Era mi protegido forzoso, y por eso creo yo que le odiaba tanto. No se me ocurría pensarlo entonces, pero me sentía obligada a darle una limosna y a avergonzarme cuando no tenía dinero para ello. Yo había heredado al viejo de mi tía Angustias. Me acuerdo que cada vez que salíamos ella y yo a la calle, la tía depositaba cinco céntimos en aquella mano enrojecida que se alzaba en un buen saludo. Además, se paraba a hablarle en tono autoritario, obligándole a contarle mentiras o verdades de su vida. Él contestaba a todas sus preguntas con la mansedumbre apetecida por Angustias... A veces los ojos se le escapaban en dirección de algún cliente a quien ardía en ganas de saludar y cuya vista estorbábamos mi tía y yo paradas en la acera. Pero Angustias seguía interrogando:

—¡Conteste! ¡No se distraiga! ¿... Y es verdad que su nietecillo no puede ingresar en el orfanato? ¿Y su hija murió al fin? ¿Y..? Al fin terminaba:

—Conste que me enteraré de lo que hay de verdad en todo eso. Le puede costar muy caro a usted el engañarme.

Desde aquellos tiempos ya nos habíamos quedado unidos él y yo por un lazo forzoso; porque estoy segura de que adivinó mi antipatía por Angustias. Una sonrisa mansurrona le vagaba por los labios

entre las decentes barbas plateadas, y mientras tanto sus ojos se disparaban hacia mí, a momentos, bailándole de inteligencia. Yo le miraba desesperada.

«¿Por qué no la manda usted a paseo?», le preguntaba yo sin hablar.

Los ojos suyos seguían chispeando.

—Sí, señorita. ¡Dios la bendiga, señorita! ¡Ay, señorita, lo que pasamos los pobres! ¡Dios y la virgen de Montserrat, señorita, y la virgen del Pilar la acompañen!

Al final recibía su paga de cinco céntimos con toda humildad y zalamería. Angustias respiraba con el orgullo hinchado.

—Hay que ser caritativa, hija...

Desde entonces yo le tenía antipatía al viejo. El primer día que tuve dinero en mis manos le di cinco pesetas, para que él se sintiera también liberado de la estrechez de tía Angustias y tan alegre como yo; aquel día yo había querido repartirme, fundirme con todos los seres de la creación. Cuando empezó su sarta de alabanzas me fastidió de tal modo que se lo dije antes de echar a correr para no oírle:

—¡Cállese, hombre!

Al día siguiente ya no tuve dinero para darle, ni al otro. Pero su saludo y sus ojos bailarines me perseguían, me obsesionaban en aquel trocito de la calle de Aribau. Inventé mil trampas para escabullirme, para burlarle. Algunas veces di un rodeo subiendo hacia la calle Muntaner. Por entonces fue cuando tomé la costumbre de comer fruta seca por la calle. Algunas noches, hambrienta, compraba un cucurucho de almendras en el puesto de la esquina. Me era imposible esperar a llegar a casa para comérmelas... Entonces me seguían siempre dos o tres chicos descalzos.

—¡Una almendrita! ¡Mire que tenemos hambre!

—¡No tenga mal corazón!

(¡Ah! ¡Malditos!, pensaba yo. Vosotros habéis comido caliente en algún comedor de auxilio social. Vosotros no tenéis el estómago vacío.) Les miraba furiosa. Daba codazos para librarme de ellos. Un día, uno me escupió... Pero si pasaba delante del viejo, si tenía la mala suerte de tropezarme con sus ojos, yo le daba el cucurucho entero que llevaba en la mano, a veces casi lleno. Yo no sé por qué lo hacía. No me inspiraba la más mínima compasión, pero me crispaba los nervios con sus ojos pacíficos. Le ponía las almendras en la mano como si se las tirase a la cara y luego me quedaba casi temblorosa de ira y de apetito insatisfecho. No lo podía soportar. En cuanto cobraba mi paga pensaba en él y el viejo tenía un sueldo de cinco pesetas mensuales que representaban un día menos de comida para mí. Era tan psicólogo, el muy ladino, que ya no me daba las gracias. Eso sí, no podía prescindir de su saludo. Sin su saludo yo me hubiera olvidado de él. Era su arma de combate.

Aquel día fue de los primeros de mis vacaciones. Se habían terminado los exámenes y me encontré con un curso de la carrera acabado. Pons me preguntó:

—¿Qué piensas hacer este verano? —Nada, no sé...

—¿Y cuando termines la carrera?

—No sé tampoco. Daré clases, supongo.

(Pons tenía la habilidad de estremecerme con sus preguntas. Mientras le decía que iba a dar clases comprendía con claridad que nunca podría ser yo una buena profesora.)

—¿No te gustaría más casarte?

Yo no le contesté.

Había salido aquella tarde a la calle atraída por el día caliente y vagaba sin ninguna dirección determinada. Pensaba ir a última hora hacia el estudio de Guíxols.

Apenas me había cruzado con el viejo mendigo, vi a Jaime tan distraído como yo. Estaba sentado en su coche, que había parado allí, junto a una acera de la calle de Aribau. La figura de Jaime me trajo muchos recuerdos, entre ellos el de mi deseo de volver a ver a Ena. Jaime estaba fumando, apoyado contra el volante. Recordé que hasta entonces no le había visto fumar nunca. Por una casualidad levantó los ojos y me vio. Tenía unos movimientos muy ligeros; saltó del coche y me cogió las manos.

—Llegas oportunamente, Andrea. Tenía muchas ganas de verte... ¿Está Ena en tu casa? —No.

—Pero ¿va a venir?

—Yo no sé, Jaime. Parecía despistado.

—¿Quieres venir a dar un paseo conmigo?

—Sí, con mucho gusto.

Me senté en el coche, a su lado, miré su cara y me pareció bañada de pensamientos ajenos por completo a mí. Salimos de Barcelona por la carretera de Vallvidrera. En seguida nos envolvieron los pinos con su cálido olor.

—¿Ya sabes que Ena y yo no nos vemos ahora? —me preguntó Jaime. —No. Tampoco yo la veo mucho durante esta temporada.

—Sin embargo, va a tu casa. Me puse un poco encarnada.

—No es para verme a mí.

—Sí, ya lo sé; ya me lo supongo..., pero creí que la veías, que hablabas con ella. —No.

—Quería que le dijeras, si la ves, una cosa de mi parte...

—¿Sí?

—Quiero que sepa que yo tengo confianza en ella.

—Bueno, se lo diré.

Jaime hizo parar el automóvil y nos paseamos al borde de la carretera entre los troncos rojizos y dorados. Aquel día estaba yo en una disposición de ánimo especial al mirar a la gente. Me pregunté, como antes había hecho con Román, qué edad podría tener Jaime. Estaba de pie a mi lado, muy esbelto, mirando el espléndido panorama. En la frente se le formaban arrugas verticales. Se volvió hacia mí y me dijo:

—Hoy he cumplido veintinueve años... ¿Qué te pasa?

Mi asombro venía porque él había contestado a mi pregunta interior. Me miraba y se reía sin saber a qué atribuir mi expresión. Yo se lo dije.

Estuvimos un rato allí, casi sin hablar nada, en perfecta armonía, y luego, de común acuerdo, volvimos al auto. Cuando puso en marcha el motor me preguntó:

—¿Quieres mucho a Ena?

—Muchísimo. No hay otra persona a quien yo quiera más. Me miró rápidamente.

—Bueno... Te debería decir como a los pobres... ¡Que Dios te bendiga!... Pero no es eso lo que te voy a decir, sino que no la dejes sola esta temporada, que la acompañes... A ella le pasa algo extraño. Estoy seguro. Creo que es desgraciada.

—Pero ¿por qué?

—Si yo lo supiera, Andrea, no habríamos reñido y ni tendría que pedirte a ti que la acompañes, sino que lo haría yo mismo. Creo que me he portado mal con Ena, no la he querido entender... Ahora he reflexionado, la sigo por la calle, hago las tonterías más grandes para verla y no me quiere ni escuchar.

Huye de mí en cuanto me ve aparecer. Anoche mismo le escribí una carta... No la he leído, porque sé que la rompería, y no la he echado al correo porque me parece que me voy haciendo viejo para escribir cartas de amor de doce pliegos. Sin embargo, hubiera acabado mandándosela a su casa si no hubieras aparecido tú. Yo prefiero que tú se lo digas. ¿Querrás? Dile que tengo confianza en ella y que no le preguntaré nunca nada. Pero que necesito verla.

—Sí, se lo diré.

Después de esto no hablamos más. A mí la charla de Jaime me había parecido confusa y al mismo tiempo me emocionaba con su vaguedad.

—¿Adónde quieres que te lleve? —me preguntó al entrar en Barcelona.

—A la calle de Monteada, si haces el favor. Me condujo hasta allí, silencioso. En la puerta del viejo palacio donde tenía su estudio Guixols nos despedimos. En aquel momento llegaba también Iturdiaga. Noté que Jaime y él se hacían un frío saludo.

—¿Sabéis que esta señorita ha venido en auto? —dijo Iturdiaga cuando estuvimos en el estudio.

—Tenemos que prevenirla contra Jaime —añadió después.

—¡Ah! ¿Sí? Y ¿por qué? Pons me miró un poco dolorido.

Iturdiaga opinó que Jaime era una calamidad. Su padre había sido un célebre arquitecto y era de una familia rica.

—Un niño mimado, en fin —dijo Iturdiaga—; una persona sin iniciativas a la que en la vida se le ha ocurrido hacer nada.

Jaime era hijo único y había empezado a estudiar la misma carrera que su padre. La guerra partió por la mitad sus estudios, y cuando concluyó Jaime se había encontrado huérfano y con una fortuna bastante grande. Le faltaban dos cursos para hacerse arquitecto, pero no se había preocupado de continuar estudiando. Se dedicaba a divertirse y a no hacer nada en todo el día. En opinión de Iturdiaga, era un ser despreciable. Me acuerdo de Iturdiaga, mientras decía estas cosas: estaba sentado con las piernas cruzadas, con cara de ángel de la justicia, casi inflamado de indignación.

—Y ¿cuándo vas a empezar a estudiar para el examen de estado, Iturdiaga? —le dije en una pausa, sonriendo.

Iturdiaga me miró altivo. Abrió los brazos... Luego continuó su diatriba contra Jaime.

Pons me observaba mucho y empezó a fastidiarme.

—Anoche, por más señas, vi a este Jaime en un cabaret del Paralelo —dijo Iturdiaga—, iba solo y estaba más aburrido que una mona, en su rincón.

—Y tú, ¿qué hacías?

—Yo me inspiraba. Tomaba tipos para mis novelas... Tengo, además, un camarero que me proporciona absenta legítima...

—¡Bah! ¡Bah!... Agua teñida de verde será —dijo Guíxols.

—¡No, señor!... Pero, escuchadme. He querido contaros mi nueva aventura desde que llegué y me he distraído. Anoche mismo encontré mi alma gemela, la mujer ideal. Nos hemos enamorado sin decirnos una sola palabra. Ella es extranjera. Debe de ser rusa o noruega. Tiene pómulos eslavos y los ojos más soñadores y misteriosos que he visto. Estaba en aquel mismo cabaret donde vi a Jaime, pero parecía descentrada allí. Iba elegantísima y la acompañaba un tipo extraño que se la comía con los ojos. Ella le hacía muy poco caso. Estaba aburrída, parecía nerviosa... En ese momento me miró... Fue un segundo solamente, amigos, pero ¡qué mirada! Me lo decía todo con ella: sus sueños, sus esperanzas... Porque he de advertiros que no es una aventurera, se trata de una muchacha tan joven como Andrea, delicada, purísima...

—Te conozco, Iturdiaga. Ya tendrá cuarenta años, llevará el pelo teñido y habrá nacido en la Barceloneta...

—¡Guíxols! —gritó Iturdiaga. —Perdona, *noi*, pero sé cómo las gastas...

—Bueno, pues, no termina ahí la aventura. En aquel momento el tipo que la acompañaba volvió porque había ido a pagar la cuenta y los dos se levantaron. Yo no sabía qué hacer. Cuando llegaban a la puerta, la muchacha se volvió a mirar hacia dentro del cabaret, como buscándome... ¡Amigos! Salté de la silla, dejé el café sin pagar...

—Luego era café y no absenta.

—Dejé el café sin pagar y corrí tras ellos. En aquel momento mi rubia desconocida y su acompañante subían a un taxi... No sé lo que sentí. No hay palabras para expresar aquel desgarramiento... Porque ella cuando me miró la última vez lo hizo con verdadera tristeza. Era casi una llamada de socorro. Hoy he pasado todo el día medio loco buscándola. Es necesario que la encuentre, amigos míos. Una cosa así, tan fuerte, no pasa más que una vez en la vida.

—A ti (que eres un ser privilegiado) te sucede cada semana, Iturdiaga....

Iturdiaga se levantó y empezó a dar paseos por el estudio dando chupadas a su pipa. Un rato después llegó Pujol con una gitana suicísima que quería proponer como modelo a Guíxols. Era una muchachilla con la boca enorme, llena de dientes blancos. Pujol se pavoneaba con ella y la llevaba del brazo. Quería darnos a entender que era su amante. Yo sabía que mi presencia le estorbaba mucho para su conversación y que por eso me guardaba rencor aquel día que él hubiese querido lucirse entre sus amigos. Pons había traído vino y pasteles y se manifestaba, por el contrario, encantado. Quería celebrar el éxito de final de curso. Lo pasamos muy bien. Hicieron bailar a la gitana, que resultaba muy graciosa.

Salimos del estudio bastante tarde. Yo quise ir andando hasta casa y me acompañaron Iturdiaga y Pons. La noche se presentaba espléndida, con su aliento tibio y rosado como la sangre de una vena, abierta dulcemente sobre la calle.

Cuando subíamos por la vía Layetana, yo no tuve más remedio que mirar hacia la casa de Ena, recordando a mi amiga y las extrañas palabras que me había dicho Jaime para ella. Estaba pensando así, cuando la vi aparecer realmente delante de mis ojos. Iba cogida del brazo de su padre. Hacían los dos una pareja espléndida, tan guapos y elegantes resultaban. Ella también me había visto y me sonreía. Sin duda volvían hacia su casa.

—Esperad un momento —dije a los chicos, interrumpiendo un párrafo de Iturdiaga. Crucé la calle y fui hacia mi amiga. La alcancé en el momento en que ella y su padre entraban en el portal.

—¿Puedo decirte dos palabras?

—Claro que sí. No sabes cuánto me alegro de verte. ¿Quieres subir?

Esto equivalía a una invitación a cenar.

—No puedo, me esperan mis amigos... El padre de Ena sonrió:

—Yo me voy arriba, mis niñas. Ya subirás, Ena.

Nos saludó con la mano. El padre de Ena era canario, y aunque había pasado la mayor parte de su vida fuera de sus islas conservaba la costumbre de hablar de la manera especial, cariñosa, propia de su tierra.

—He visto a Jaime —dije rápidamente en cuanto desapareció—. He estado paseando hoy con él y me ha dado un recado para ti.

Ena me miró con expresión cerrada.

—Me ha dicho que tiene confianza en ti, que no te preguntará nada y que necesita verte.

—¡Ah! Bueno, está bien, Andrea. Gracias, querida.

Estrechó mi mano y se marchó dejándome parada con cierta decepción. Ni siquiera me había permitido ver sus ojos.

Al volverme encontré a Iturdiaga que había cruzado la calle saltando, con sus largas zancas, entre una oleada de coches...

Miró como atontado hacia el fondo de la portería, donde ya subía el ascensor con Ena dentro.

—¡Es ella! ¡La princesa eslava!... Soy un imbécil. ¡Me he dado cuenta en el mismo momento en que se despedía de ti! ¡Por Dios!

¿Cómo es posible que tú la conozcas? ¡Habla, por tu vida! ¿En qué país ha nacido? ¿Es rusa, sueca, polaca quizá?

—Catalana.

Iturdiaga se quedó atontado.

—Entonces, ¿cómo es posible que estuviera en un cabaret anoche? ¿De qué la conoces tú?

—Es compañera de clase —expliqué vagamente, mientras me cogía del brazo Iturdiaga para cruzar la calle.

—¿Y todos esos hombres que la acompañan?

—El de hoy era su padre. El de ayer, como comprenderás, no sé...

(Y mientras tanto le decía esto a Iturdiaga, se me representaba nítidamente la imagen de Román...)

Fui distraída todo el camino, pensando en que siempre se mueve uno en el mismo círculo de personas por más vueltas que parezca dar.

3.2 El texto traducido

3.2.1 Capítulo I

A causa di alcune difficoltà dell'ultimo momento nel procurarmi i biglietti, arrivai a Barcellona a mezzanotte, con un treno diverso da quello che avevo annunciato, quindi non c'era nessuno ad aspettarmi.

Era la prima volta che viaggiavo da sola, ma non ero per nulla spaventata; al contrario, quell'intensa libertà nella notte mi sembrava un'avventura piacevole ed eccitante. Dopo il lungo viaggio faticoso il sangue ricominciava a circolarmi nelle gambe intorpidite e, con un sorriso carico di meraviglia, guardavo la grande Estación de Francia ed i gruppetti di persone che si andavano via via formando tra coloro che stavano aspettando il treno diretto e noi che arrivavamo con tre ore di ritardo.

Quell'odore particolare, l'assordante rumore della gente, le luci sempre malinconiche avevano un gran fascino, dunque concentravo tutte le mie sensazioni nella meraviglia di essere finalmente giunta in una città grande che io adoravo nei miei sogni per il fatto che era sconosciuta.

Iniziai a seguire – come una goccia nel flusso della corrente – la scia di folla umana che, carica di valigie, si riversava all'uscita. Il mio bagaglio era un valigione molto pesante – dato che era quasi tutto pieno di libri – e lo trasportavo io stessa, con tutta la forza della mia giovane età e delle mie smaniose aspettative.

Un venticello marino, denso e fresco, fu esalato dai miei polmoni con la prima immagine confusa della città: una massa di case addormentate; con le strutture vicine; con le lanterne come sentinelle ubriache di solitudine. Un respiro profondo, affannoso, giungeva con i bisbigli dell'alba. Molto vicino, alle mie spalle, di fronte alle stradine misteriose che conducono al Borne, sopra al mio cuore eccitato, si estendeva il mare.

Dovevo avere un aspetto piuttosto singolare, con la mia aria solare e il mio vecchio cappotto che, spinto dalla brezza, mi sbatteva sulle gambe, difendendo la mia valigia dallo sguardo diffidente degli ossequiosi facchini della stazione.

Ricordo che, in pochi minuti, mi ritrovai sola sul vasto marciapiede, dato che la gente correva a prendere gli scarsi taxi o lottava per pressarsi dentro al tram.

Una di quelle vecchie carrozze con cavalli, risorte dopo la guerra, si fermò davanti a me e la presi senza titubanze, scatenando l'invidia di un signore che si era lanciato alla rincorsa agitando il cappello.

Quella notte, in quel traballante veicolo, corsi per larghe strade vuote e attraversai il cuore della città pieno di luce nonostante l'ora tarda, come io desideravo che fosse, in un viaggio che mi parse troppo breve e carico di bellezza.

La carrozza fece il giro della plaza de la Universidad e rammento che quel bell'edificio mi commosse come un formale saluto di benvenuto.

Ci infilammo nella calle Aribau, dove viveva la mia famiglia, con i suoi platani carichi di un verde intenso quell'ottobre e il suo silenzio vivo dei respiri di migliaia di anime dietro i balconi dalle luci spente. Le ruote del carro riverberavano una scia di rumore, che si ripercuoteva nel mio cervello. Improvvisamente sentii un cigolio e quell'aggeggio che si bilanciava. Dopodiché rimase immobile. – È qui – disse il cocchiere.

Sollevai la testa sopra la casa che avevamo di fronte. File di balconi si susseguivano uguali nel loro ferro scuro, custodendo i segreti delle dimore. Li osservai e non riuscii a indovinare quali fossero quelli dai quali mi sarei affacciata da quel momento in poi. Con la mano un po' tremolante allungai alcune monete al portiere e, quand'egli ebbe chiuso il portone alle mie spalle, con grande fragore di ferro e vetri, iniziai a salire adagio la scalinata, carica del mio bagaglio.

Tutto cominciava a risultare estraneo a ciò che mi ero immaginata; gli stretti e logori scalini di piastrelle, illuminati da una luce elettrica, non trovavano riscontro nei miei ricordi.

Giunta davanti alla porta dell'appartamento mi prese un improvviso timore di svegliare quegli sconosciuti che, in fin dei conti, altri non erano se non i miei parenti e rimasi un istante indugiando prima di azzardarmi a bussare timidamente, una chiamata alla quale nessuno rispose.

I battiti del mio cuore cominciarono ad accelerare e suonai di nuovo il campanello. Sentii una voce tremolante:

«Arrivo! Arrivo!»

Dei passi si arrestarono e delle mani goffe girarono la serratura.

In seguito, tutto mi sembrò un incubo.

Quello che appariva di fronte a me era un ingresso appena illuminato da un'unica e debole lampadina fissa sul braccio di un lampadario, magnifico e sporco, coperto di ragnatele, che penzolava dal tetto. Sullo sfondo oscuro, dei mobili ammassati l'uno sopra all'altro come durante i traslochi. Ed in primo piano la sagoma bianca e nera di una vecchietta decrepita, in camicia da notte, con uno scialle avvolto sulle spalle. Volli credere di aver sbagliato appartamento, ma quell'infelice vecchietta conservava un sorriso benevolo così dolce, che fui subito sicura che si trattava di mia nonna.

– Sei tu Gloria? – bisbigliò.

Io feci di no con la testa, incapace di parlare, però lei non riuscì a vedermi nella penombra.

– Entra figliola, entra. Cosa fai lì? Santo cielo! Prega che Angustia non si accorga che sei tornata a quest'ora!

Incuriosita, appoggiai la valigia e chiusi la porta dietro di me. Quindi la povera vecchia prese a balbettare qualcosa, sconvolta.

– Non mi riconosci, nonna? Sono Andrea.

– Andrea?

Tentennava. Si sforzava di ricordare. E ciò mi dava una gran pena.

– Si cara, tua nipote... Non sono riuscita ad arrivare sta mattina come avevo scritto.

Continuava a non capire un granché, finché da una delle porte dell'ingresso uscì un tipo alto e scarno in pigiama che si fece carico della situazione. Era uno dei miei zii, Juan. Aveva una faccia concava, come un teschio, alla luce di quell'unica lampadina.

Non appena mi diede un colpetto sulla spalla chiamandomi nipote, la nonna mi gettò le braccia al collo e, con gli occhi chiari pieni di lacrime, ripeté molte volte «poverina» ...

In tutta quella scena vi era qualcosa di angosciante, nell'appartamento un caldo soffocante come se l'aria fosse corrotta e stagnante. Appena alzai lo sguardo vidi che erano apparse diverse donne spettrali. Sentii la pelle d'oca nell'intravedere una di loro, con indosso un vestito nero che aveva la parvenza di una camicia da notte. Tutto in quella donna appariva orribile e disastroso, perfino la dentatura annerita che mostrava nel sorridermi. La seguiva un cane che sbadigliava rumorosamente, nero anche lui, come un prolungamento del suo lutto. In seguito, mi dissero che era la governante, tuttavia nessun'altra creatura mi aveva mai dato una sensazione tanto ripugnante.

Dietro allo zio Juan era apparsa un'altra donna giovane e magra, con i capelli rossicci scompigliati intorno al viso bianco marcato e con un odore languido di lenzuola appese che aumentava la penosa sensazione d'insieme.

Io me ne stavo ancora lì, sentendo la testa della nonna sopra la mia spalla, attaccata al suo braccio e tutte quelle figure mi sembravano ugualmente allungate e tetre. Allungate, quiete e tristi, come le fiaccole di una veglia del paese.

– D'accordo mamma, basta così, basta così – disse una voce secca e come infastidita.

Quindi mi resi conto che c'era un'altra donna dietro di me. Sentii una mano sulla mia spalla e un'altra sul mio mento. Io sono alta, ma mia zia Angustias lo era anche di più, e mi obbligò a guardarla così. Manifestava un certo disprezzo con quel suo gesto. Aveva i capelli raccolti in trecce che le ricadevano sulle spalle e una sorta di bellezza nel suo viso scuro e allungato.

– Mamma mia, che bello scherzetto che mi hai fatto questa mattina, bambina mia! Come avrei potuto immaginare che saresti arrivata all'alba?

Mi teneva il mento e si ergeva di fronte a me in tutta l'imponenza della sua camiciona bianca e della sua vestaglia azzurra.

– Ah Signore, Signore, che malanno! Una creatura così, sola... – grugnì Juan. – Quella strega di Angustias sta già rovinando tutto.

Lei fece finta di non sentirlo. –Beh, suppongo che sia stanca Antonia – ora si rivolgeva alla donna avvolta dal nero. –, ma deve preparare una stanza per la signorina.

Io ero stanca e, per di più, mi sentivo spaventosamente sporca. Quella gente che si muoveva e che mi fissava in un'ambiente offuscato da quell'agglomerato di oggetti, sembrava avermi appesantita con tutto il calore e la fuliggine del viaggio, della quale in un primo momento mi sarei dimenticata. Inoltre, desideravo disperatamente respirare un soffio d'aria fresca.

Notai che la donna sgangherata mi guardava sorridendo, intontita dal sonno, e guardava anche la mia valigia con lo stesso sorriso. Mi obbligò a dirigere lo sguardo in quella direzione e la mia compagna di viaggio mi sembrò un po' commovente nella sua miseria provinciale. Di colore bruno, legata con corde, restava al mio fianco al centro di quella strana riunione.

Juan mi si avvicinò:

– Non conosci mia moglie, Andrea? – e mi spinse, tenendomi per le spalle, verso la donna spettinata.

– Mi chiamo Gloria – fece lei.

Notai che la nonna ci stava guardando con un sorriso ansioso.

– Oh, andiamo!... Cos'è questo darsi la mano? Abbracciamoci piccola, così così!

Gloria mi sussurrò all'orecchio:

– Hai paura?

E in quel momento ebbi paura perché vidi la faccia di Juan fare smorfie nervose, mentre si mordeva le guance. Stava cercando di sorridere.

Ritornò zia Angustias, autorevole.

– Su su! A dormire che è tardi.

– Vorrei lavarmi un po' – dissi.

– Come? Parla più forte! Lavarti?

Spalancarono gli occhi stupiti dirigendoli a me. Gli occhi di Angustias e di tutti gli altri.

– Qui non c'è acqua calda – disse alla fine Angustias.

– Non importa...

– Ti azzarderai a farti una doccia a quest'ora?

– Sì, sì – risposi.

Che sollievo l'acqua gelata sul mio corpo! Che sollievo essere al riparo dagli sguardi di quegli esseri così strani! Pensai che lì la stanza da bagno non doveva essere mai utilizzata. Nello specchio

macchiato del lavandino – che luci fioche, verdastre, che c'erano per tutta la casa! – si rifletteva il basso tetto coperto di ragnatele, e il mio corpo tra i brillanti fili d'acqua che cercava di non toccare quelle pareti sozze, in punta di piedi sulla rognosa vasca da bagno in ceramica.

Sembrava la casa delle streghe, quella stanza da bagno. Le pareti macchiate conservavano le impronte di mani serrate a pugno, di grida di disperazione. Dappertutto, le crepe aprivano le loro bocche sdentate cariche di umidità. Sopra allo specchio – poiché non vi era nessun altro posto – avevano collocato una macabra natura morta, composta da muggini pallidi e cipolle su sfondo nero. La pazzia sorrideva dai rubinetti ritorti.

Cominciai a vedere cose strane, come gli ubriachi. Chiusi bruscamente la doccia, l'incantesimo cristallino e rassicurante, e rimasi sola in mezzo alla sporcizia degli oggetti.

Non so come riuscii a dormire quella notte. Nella camera che mi avevano designato c'era un gran pianoforte con la tastiera scoperta. Numerose cornucopie – alcune di gran valore – sulle pareti. Una scrivania cinese, quadri, vari mobili. Sembrava l'atrio di un palazzo abbandonato e, successivamente, seppi che era il salotto della casa.

Al centro, come un tumulo funerario circondato da esseri sofferenti – quella doppia fila di seggiole sventrate – un letto a baldacchino coperto da un lenzuolo nero, dove dovevo dormire. Sopra al piano vi era una candela, dato che il gran lampadario del tetto non aveva lampadine.

Angustias si congedò facendo davanti a me il segno della croce, e la nonna mi abbracciò teneramente. Sentii il suo cuore palpitare come un animaletto contro il mio seno.

– Se ti svegli spaventata, chiamami piccola mia – disse con la sua voce tremante.

Poi, sussurrò misteriosamente al mio orecchio:

– Io non dormo mai bambina mia, sono sempre in giro per la casa a far qualcosa durante la notte. Non dormo mai, mai.

Alla fine, se ne andarono, lasciandomi con le ombre dei mobili sottolineate e riempite di palpitazioni e di vita dalla luce della candela. L'odore che si respirava per tutta la casa arrivò in un refolo più intenso. Era un odore di bisogni di gatto. Sentivo che mi soffocava e mi arrampicai, in una pericolosa scalata, sul bracciolo di una poltrona, per aprire una porta che compariva tra le tende di velluto impolverate. Riuscii nel mio intento nella misura in cui i mobili lo permettevano e scoprii che comunicava con una di quei corridoi aperti che donano così tanta luce alle case barcellonesi.

Tre stelle tremavano nella delicata oscurità del cielo e non appena le vidi ebbi un improvviso desiderio di piangere, come se avessi visto dei vecchi amici, inaspettatamente ritrovati.

Quel luminoso palpitare di stelle mi portò alla mente, tutte insieme, le mie illusioni da quando ero in giro per Barcellona, fino al momento in cui sono entrata in questo posto pieno di gente e di mobili

indemoniati. Avevo paura di infilarmi in quel letto simile ad una bara. Credo che stessi tremando di un terrore indefinibile quando finalmente spensi la candela.

3.2.2 Capítulo II

Al sorgere del sole, le coperte del letto erano arrotolate per terra. Sentii freddo e le tirai a me, sopra al mio corpo.

I primi tram cominciavano ad attraversare la città e, attutito dalla casa chiusa, arrivò al mio orecchio il tintinnio di uno di essi, come quell'estate dei miei sette anni, quando feci visita ai nonni l'ultima volta. Immediatamente ebbi la percezione, annebbiata ma talmente vivida e fresca come se me la scatenasse l'odore della frutta appena raccolta, di ciò che era Barcellona nei miei ricordi: il rumore dei primi tram, quando zia Angustias attraversava la mia cameretta improvvisata per chiudere le persiane che lasciavano passare troppa luce. Oppure di notte, quando il caldo non mi faceva dormire e il cigolio saliva per le discese della calle Aribau, mentre la brezza trasportava l'odore dei platani, verdi e polverosi, sotto il balcone aperto. Anche Barcellona era tutta marciapiedi larghi e umidi dall'acqua delle irrigazioni, e molta gente beveva delle bibite rinfrescanti in qualche caffè... Tutto il resto, le grandi vetrine illuminate, le auto, il baccano e perfino la passeggiata del giorno prima dalla stazione, che io ricollegavo alla mia idea di città, era qualcosa di pallido e irreale, costruito e artificiale come ciò che è troppo lavorato e ritoccato, che perde la sua freschezza originale.

Senza aprire gli occhi sentii un'altra ondata abbondante e calda. Ero a Barcellona. Avevo accumulato troppi sogni riguardo questo fatto concreto perché non mi apparisse un miracolo quel primo rumore della città che mi diceva che era una realtà vera come il mio corpo, come l'aspro strusciare del copriletto sulle mie guance. Mi sembrava di aver fatto brutti sogni, però mi svegliai allegra.

Quando aprii gli occhi scorsi mia nonna mentre mi stava fissando. Non era la vecchietta della notte passata, piccola e consumata, ma una donna dal viso ovale sotto il velo di tulle del suo cappello che andava di moda il secolo prima. Sorrideva molto dolcemente e la seta celeste del suo completo mostrava una tenera palpitazione. Insieme a lei, nella penombra, c'era mio nonno, molto attraente, con la folta barba castana e gli occhi azzurri e le sopracciglia diritte.

Non li avevo mai visti insieme in quel periodo della loro vita, ed ero curiosa di scoprire il nome dell'artista che firmava quei quadri. Erano così quando giunsero a Barcellona cinquant'anni fa. Girava una storia lunga e difficile riguardo il loro amore – non mi ricordavo bene cosa... forse qualcosa che aveva a che vedere con la perdita di una fortuna. – Però in quell'epoca il mondo era ottimista e loro si amavano molto. Inaugurarono questo appartamento della calle Aribau, che allora stava iniziando a prendere vita. Vi erano ancora molti terreni e chissà se l'odore della terra aveva mai richiamato alla memoria di mia nonna qualche giardino di altri posti. Me la immaginai con lo stesso

completo ceruleo, con lo stesso buffo cappello, che entrava per la prima volta nell'appartamento vuoto che ancora odorava di pittura. «Mi piacerebbe vivere qui – avrò pensato scorgendo attraverso i vetri la radura – è quasi nella periferia, così tranquillo! E questa casa è così pulita, così nuova...» Poiché loro arrivarono a Barcellona con un'illusione opposta a quella che portò me: il riposo, nel mezzo di un lavoro sicuro e metodico. Fu il loro angolo di rifugio quella città che mi cambiò la vita. Quell'appartamento con otto balconi si riempì di tende – ricami, velluti, pizzi –; i bauli si svuotarono del loro contenuto, cianfrusaglie, alcune di valore. Gli angoli si andarono via via riempiendo. Lo stesso le pareti. Orologi carichi di storia donarono alla casa un ticchettio vitale. Un pianoforte – come poteva mancare? – le sue languide arie cubane al tramonto.

Nonostante non fossero molto giovani ebbero molti figli, come nelle favole... nel frattempo la calle Aribau cresceva. Case alte come quella e anche di più formarono i densi ed ampi quartieri. Gli alberi stiracchiarono i loro rami e nacque il primo tram elettrico per conferirle una peculiarità. La casa invecchiò a poco a poco, fu soggetta a restauri, cambiò i proprietari ed i portieri varie volte e loro continuarono a rimanere in quell'appartamento al primo piano come un'istituzione immutabile.

Quando io ero l'unica nipote passavo là i periodi più eccitanti della mia infanzia. La casa non era silenziosa. Era rimasta rinchiusa nel cuore della città. Luci, rumori, l'intero flusso della vita irrompeva in quei balconi dalle tende di velluto. Debordava anche all'interno della casa; c'era troppa gente. Per me quella confusione era magica. Tutti gli zii mi compravano dolcetti e mi premiavano per quelle marachelle che facevo agli altri. I nonni avevano già i capelli bianchi ma erano così forti e ridevano a tutti i miei scherzi. Tutto questo poteva essere così lontano?...

Mi sentivo insicura davanti a tutto ciò che era cambiato lì, e questa sensazione si fece più acuta quando mi ritrovai a pensare che mi dovevo incontrare con quei personaggi che avevo intravisto la notte precedente. Come saranno? Mi chiedevo. E rimanevo lì, nel letto, indulgiando, senza aver il coraggio di affrontarli. Grazie alla luce del giorno la camera aveva perso il suo orrore, ma non il suo disordine spaventoso, il suo totale abbandono. I ritratti dei nonni penzolavano storti, incorniciati solo da una parete tappezzata di scuro con macchie di umidità, e un raggio di sole polveroso filtrava fino a raggiungerli.

Provai piacere a pensare che entrambi erano morti ormai da anni. La giovane con il velo di tulle non aveva nulla a che vedere con la piccola mummia irriconoscibile che mi aveva aperto la porta. Ad ogni modo, la verità era che, purtroppo, lei aveva continuato a vivere tra l'accumulo di aggeggi inutili che col tempo si erano ammassati nella sua casa.

Dopo la morte del nonno, erano passati tre anni quando la famiglia decise di tenersi solo la metà dell'appartamento. I vecchi soprammobili e il mobilio che era in più divennero una vera e propria

valanga che gli operai incaricati di chiudere la porta comunicante ammucciarono senza metodo l'uno sopra l'altro. E fu così che la casa rimase nel disordine provvisorio che loro lasciarono.

Sopra alla poltrona sulla quale mi ero arrampicata la notte prima, vidi un gatto spelacchiato che si leccava le zampe al sole. La bestiola sembrava disgraziata, come tutto quello che la circondava. Mi fissava con i suoi grandi occhi che sembravano dotati di una personalità propria; qualcosa di simile a due lenti verdi e brillanti situate sopra il musetto ed i baffi argentati. Mi stropicciai le palpebre e tornai a guardarlo. Lui inarcò la schiena sottolineando la spina dorsale del suo magrissimo corpo. Non riuscii a fare a meno di pensare che aveva qualcosa di familiare con la maggior parte dei personaggi della casa; come loro aveva un aspetto eccentrico e risultava spettrale, come consumati da un lungo digiuno, dalla mancanza di luce e, forse, da penose riflessioni. Gli sorrisi e iniziai a vestirmi.

Non appena aprii la porta della mia camera mi ritrovai nell'ingresso ombroso e affollato nel quale convergevano quasi tutte le stanze della casa. Di fronte c'era la sala da pranzo con il balcone aperto alla luce del sole. Incamminandomi in quella direzione, inciampai su un osso dal quale era stata rimossa la carne e sicuramente destinato al cane. Non c'era nessuno in quella stanza, fatta eccezione per un pappagallo che borbottava cose sue, quasi ridendo. Ho sempre creduto che quell'animale fosse matto. Nei momenti meno opportuni si metteva a strillare in modo agghiacciante. C'era un tavolo grande sopra il quale giaceva abbandonata una zuccheriera vuota. Sopra la sedia, un bambolotto di gomma scrostato.

Avevo fame, ma non vi era nulla di commestibile se non le immagini pitturate nelle abbondanti nature morte che riempivano le pareti e che io stavo ammirando quando mi chiamò zia Angustias. La camera di mia zia era adiacente alla sala da pranzo e aveva un balcone che dava sulla strada. Lei era di spalle, seduta ad un piccolo scrittorio. Rimasi di stucco quando vidi quella stanza, poiché appariva pulita e ordinata come se fosse un mondo a parte, separato dal resto della casa. C'era un armadio di vetro e un grande crocifisso che nascondeva un'altra porta che comunicava con l'ingresso; di fianco alla testiera del letto, un telefono. La zia girò la testa per contemplare la mia meraviglia con una certa soddisfazione.

Rimanemmo un istante in silenzio ed io abbozzai dalla porta un sorriso amichevole.

– Vieni Andrea – mi disse lei – Siediti.

Osservai che, con la luce del giorno, mia zia si era come gonfiata, acquisendo massa e forme sotto il suo spolverino verde e sorrisi tra me e me pensando che la mia immaginazione mi giocava brutti scherzi quando si trattava di prime impressioni.

– Bambina mia, non so come ti hanno educato...

(Dal primo momento Angustias si era messa a parlare come se stesse preparando un discorso.) Io feci per la bocca per risponderle, ma interruppe con un gesto del dito.

– So già che hai conseguito il tuo diploma in un collegio di suore e che hai passato lì quasi tutto il periodo della guerra. Questo, per me, è una garanzia. Ma ecco... questi due anni passati insieme a tua cugina – la famiglia di tuo padre è sempre stata un poco strana –, nell'ambiente di un piccolo paesino, come saranno stati? Non ti nascondo, Andrea, che ho passato tutta la notte preoccupata per te, pensando... È molto difficile il compito che mi è capitato per le mani. Il compito di prendermi cura di te, di educarti all'obbedienza... ci riuscirò? Credo proprio di sì. Dipende da te rendermelo più facile.

Non mi lasciava dire nulla e io mandavo giù le sue parole sorpresa, senza comprenderle bene.

– Figliola, la città è un inferno. In tutta Europa non c'è città che assomigli di più all'inferno di Barcellona... Sono preoccupata dal momento che ieri notte sei arrivata da sola dalla stazione. Ti sarebbe potuto capitare qualcosa. Qui la gente vive tutta vicina e stanno sempre a spiarsi l'uno con l'altro. Tutta la prudenza del mondo nel comportarsi sarebbe comunque poca, per di più il diavolo assume molte forme di tentazione... Una giovane in giro per Barcellona deve essere come una fortezza. Mi capisci?

– No zia.

Angustias mi guardò.

– Non sei molto sveglia, piccola.

Restammo nuovamente in silenzio.

– Proverò a spiegarmi diversamente: sei mia nipote; dunque, una ragazzina di buona famiglia, a modo, devota e innocente. Se io non mi occupassi di te completamente, ti imbatteresti in molti pericoli a Barcellona. Quindi, voglio che tu sappia che non ti lascerò mettere piede fuori casa senza il mio permesso. Capisci adesso?

– Sì.

– Molto bene, ora passiamo a un'altra questione. Perché sei qui?

Risposi subito

– Per studiare.

(Dentro di me tutto il mio essere si sentiva irrequieto per la domanda.)

– Per studiare Letteratura eh?... Sì, ho ricevuto una lettera di tua cugina Isabel. Bene, io non mi oppongo, però voglio che sia chiaro che tutto questo lo devi a noi, la famiglia di tua madre. Grazie alla nostra benevolenza realizzerai le tue aspirazioni.

– Non so se sai... – Sì, hai un reddito di duecento pesetas al mese, che di questi tempi non coprirà nemmeno la metà del tuo mantenimento... Non ti sei guadagnata una borsa di studio per l'Università?

– No, però ho diritto all'immatricolazione gratuita.

– Questo non è merito tuo, ma del fatto che sei orfana.

Ancora una volta mi sentivo confusa, quand'ecco che Angustias riprese la conversazione in modo inaspettato

– Ti devo avvertire di alcune cose. Se non mi desse pena parlare male dei miei fratelli, ti direi che dopo la guerra hanno avuto una piccola crisi di nervi... Hanno sofferto molto entrambi, figliola, e con loro il mio cuore... Mi ripagano con l'ingratitude, ma io li perdono sempre e prego il Signore per loro. Ad ogni modo, devo metterti in guardia...

Abbassò la sua voce fino a farla diventare quasi un tenero sussurro:

– Tuo zio Juan si è sposato con una poco di buono. Una donna che sta mandando in rovina la sua vita... Andrea; se un giorno io venissi a sapere che sei diventata sua amica, sii consapevole che mi causeresti un gran disgusto e che ne sarei molto dispiaciuta...

Io ero seduta davanti ad Angustias su una sedia che mi si stava conficcando nei muscoli sotto la gonna. Ero già sufficientemente angosciata perché mi aveva detto che non potevo muovermi senza il suo permesso. E se la giocava, senza compassione alcuna, di basse vedute e autoritaria. Mi sono fatta così tanti giudizi sbagliati in vita mia che non so se quello fosse giusto. Quello che è certo è che quando si mise a parlarmi male di gloria in maniera mielosa, mia zia mi risultò molto antipatica. Immagino che ritenni che non doveva essere così deplorabile disobbedirle qualche volta, e la cominciai a guardarla di sbieco. Osservai che i suoi lineamenti, nel complesso, non erano brutti e per di più, le sue mani avevano una linea molto bella. Cercavo di trovarle un dettaglio ripugnante mentre lei proseguiva con il suo monologo fatto di ordini e consigli e, alla fine quando mi lasciò andare, vidi i suoi denti di un colore sudicio...

– Dammi un bacio, Andrea – mi chiese in quel momento.

Strofinai le mie labbra sui suoi capelli e corsi in sala da pranzo prima che avesse modo di restituirmi il bacio. Lì vi era già molta gente. Subito notai Gloria che, avvolta in un vecchio kimono, dava delle cucchiariate di pappetta densa ad un bimbo. Appena mi vide mi salutò sorridendo.

Io mi sentivo oppressa, come sotto un cielo tempestoso, ma a quanto pare non ero l'unica che sentiva quel sapore di polvere in gola che ti causa la tensione nervosa.

Un uomo dai capelli ricci e dal volto piacente e sveglio era intento a dare del grasso ad una pistola all'altro lato della tavola. Io sapevo che era l'altro mio zio: Roman. Venne subito ad abbracciarmi con molto affetto. Il cane nero che avevo visto la notte prima, dietro la governante, lo seguiva dovunque. Mi spiegò che il suo nome era Trueno e che era suo; gli animali sembravano nutrire per lui un affetto istintivo. Io stessa mi sentii avvolta da un'ondata di gradimento dinnanzi al suo esuberante affetto. In mio onore, tirò fuori il pappagallo dalla gabbia e gli fece fare alcuni scherzi. L'animaletto continuava a mormorare qualcosa tra sé e sé, e a quel punto mi resi conto che erano parolacce. Roman rideva con un'espressione allegra.

– È abituato a sentirle, la povera bestiaccia.

Nel frattempo, Gloria ci osservava con un'espressione imbronciata, dimenticandosi completamente della pappa del bambino. Roman cambiò bruscamente lasciandomi sconcertata.

– Ma hai visto che stupida questa donna? – si rivolse a me senza nemmeno guardarla – Hai visto come mi guarda questa qui?

Io ero allibita. Gloria gridò agitata

– Non ti guardo per niente.

– Ti rendi conto? – continuò a dirmi Roman – Adesso ha pure la faccia tosta di parlarmi questa spazzatura...

Credetti che mio zio fosse impazzito e guardai atterrita verso la porta. Juan aveva sentito le voci.

– Mi stai provocando Roman! – urlò.

– Tu! Tirati su i pantaloni e chiudi la bocca! – disse Roman rivolgendosi a lui.

Juan si avvicinò con la faccia contratta e rimasero entrambi immobili con quell'attitudine, ridicola e sinistra al tempo stesso, di galletti nel pollaio.

– Picchiami, se ne hai il coraggio! – attaccò Roman – Mi piacerebbe che osassi tanto!

– Picchiarti? Dovrei ucciderti!... Avrei dovuto ucciderti molto tempo fa...

Juan era fuori di sé, con le vene della fronte pulsanti, però non si muoveva di un passo. Aveva i pugni stretti. Roman lo guardava tranquillo e iniziò a sorridere.

– Ecco qui la mia pistola – gli disse.

– Non provocarmi canaglia!... Non provocarmi, altrimenti...

– Juan! – squittì Gloria – Vieni qui!

Il pappagallo cominciò ad urlarle sopra e la vidi agitata sotto il disordine dei suoi capelli rossi. Nessuno fece caso a lei. Juan la guardo appena un attimo.

– Qui c'è la mia pistola!

Seguiva Roman e l'altro stringeva ancor di più i pugni. Gloria riprese a strillare

– Juan! Juan!

– Taci, maledetta!

–Vieni, caro, vieni!

– Zitta!

La rabbia di Juan deviò un istante verso la donna e iniziò a insultarla. Gridava anche lei e alla fine si mise a piangere. Roman li guardava divertito, dopodiché si girò verso di me e mi disse per tranquillizzarmi:

– Non avere paura, piccola. Questo succede ogni giorno.

Ripose l'arma nella tasca. La guardai risplendere tra le sue mani, nera, doverosamente ingrassata. Roman mi sorrideva e mi accarezzò le guance; poi se ne andò pacificamente, mentre la discussione tra Gloria e Juan si faceva sempre più violenta. Sulla soglia della porta Roman si scontrò con la nonna, che era di ritorno dalla sua messa quotidiana, e l'accarezzò mentre passava. Apparve in sala da pranzo nello stesso momento in cui si affacciò zia Angustias, alterata anche lei, per chiedere di fare silenzio. Juan afferrò il piatto di pappetta del bambino e glielo tirò dietro. Non prese bene la mira ed il piatto si frantumò contro la porta che zia Angustias aveva chiuso prontamente. Il bimbo piangeva, sbavando. Juan si calmò a poco a poco. La nonna si sfilò il velo nero che le copriva la testa, sospirando. Ed entrò la governante per preparare la tavola per la colazione. Esattamente come la notte precedente, questa donna catturò tutta la mia attenzione. Nel suo brutto viso aveva una smorfia sprezzante, come di trionfo, e canticchiava provocatoria mentre stendeva la tovaglia sciupata e posizionava le tazze, come se fosse lei a chiudere la discussione in questo modo.

3.2.3 Capítulo III

Ti sei divertita figliola? – mi domandò zia Angustias nel momento che, ancora intontite, entrammo nell'appartamento di ritorno da una passeggiata per la via.

Mentre mi poneva la domanda, la sua mano destra si conficcava nel mio braccio e mi tirava verso di lei. Quando Angustias mi abbracciava o si rivolgeva a me con nomignoli teneri, io provavo dentro di me la sensazione che qualcosa sarebbe andato storto. Dal momento che non le veniva naturale. Ciò nonostante, dovevo essermi abituata, poiché Angustias mi abbracciava e mi diceva parole smielate molto frequentemente. A volte avevo la sensazione che fosse come ossessionata da me. Mi gironzolava intorno. Mi cercava se mi nascondevo in qualche angolino. Quando mi vedeva ridere o interessarmi alla conversazione di qualsiasi altra persona della casa, le sue parole si facevano umili. Si sedeva al mio fianco e portava forzatamente la mia testa al suo seno. Mi faceva male al collo ma, assoggettata alla sua presa, mi toccava restare così, mentre lei mi ammoniva dolcemente. Le volte in cui, al contrario, le sembravo o triste o spaventata, si rallegrava e diventava autoritaria.

Talvolta mi faceva segretamente vergognare quando mi obbligava a uscire con lei. La vedevo indossare un cappello di feltro marrone, decorato con una piuma di gallo, che conferiva ai suoi tratti duri un'aria da guerriero, e mi costringeva a mettermi un vecchio cappellino azzurro sopra al mio completo cucito male. A quel tempo non conoscevo altra resistenza se non quella passiva. A braccetto con lei, percorrevo le strade che mi sembravano meno sfavillanti e meno affascinanti di quello che avevo immaginato.

– Non girare la testa – diceva Angustias – Non guardare così la gente.

Se per caso arrivavo a dimenticarmi di essere al suo fianco, accadeva per pochi minuti.

Delle volte un uomo, o una donna, che aveva un aspetto interessante, un qualcosa di indefinibile, catturavano la mia fantasia a tal punto da voler girarmi e seguirli. Poi, mi venivano in mente le mie parvenze e quelle di Angustias e arrossivo di vergogna. – Sei alquanto selvaggia e provinciale, figliola – diceva Angustias con una certa soddisfazione – Sei in mezzo alla gente, zitta, rannicchiata, con l’aria di chi vorrebbe scappare ogni istante. A volte, quando siamo in un negozio, mi giro a guardarti e mi fai ridere.

Quei giri per Barcellona erano più tristi di quanto si possa immaginare.

A cena, Roman leggeva nei miei occhi della passeggiata e ridacchiava. Era il preludio di una discussione velenosa con zia Angustias, nella quale si immischiava anche Juan alla fine. Mi accorsi che appoggiava sempre la posizione di Roman, il quale, dal canto suo, non accettava né gradiva il suo aiuto.

Quando succedevano queste cose, Gloria perdeva la sua calma abituale. Si innervosiva e quasi gridava – Se ti viene di parlare con tuo fratello, non parlare a me!

– Ovvio che mi viene! Sta’ a vedere che credi che io sia stronzo come te e lui!

– Sì, figlio mio – diceva la nonna rivolgendogli uno sguardo di adorazione, – Fai bene.

– Sta’ zitta mamma e non far sì che ti maledica! Non far sì che ti maledica!

La poveretta scuoteva il capo e si chinava su di me, sussurrandomi all’orecchio:

– È il migliore di tutti, bambina mia, il più buono e il più disgraziato, un santo...

– Puoi farmi il favore di non dire cazzate, mamma? Puoi evitare di inculcare nella testa di mia nipote cretinate che non le possono importare di meno?

Il tono era già fuori schema e sgradevole, aveva perso il controllo dei nervi.

Roman, intento a preparare con la frutta che aveva nel piatto una delizia per il pappagallo, finiva di cenare senza preoccuparsi per nessuno di noi. Zia Angustias sollazzava intorno a me, mordendo il suo fazzoletto, perché non si considerava solamente forte e capace di guidare le masse, ma anche dolce, infelice e vittima. Non so bene quale dei due copioni le piacesse di più. Gloria allontanava dalla tavola il seggiolone del bimbo e, alle spalle di Juan, mi sorrideva indicandosi il seno con l’indice. Juan, assorto, silenzioso, sembrava turbato, sul punto di esplodere.

Quando Roman terminava il suo lavoro, dava un colpetto sul braccio della nonna e si defilava prima di tutti. Si tratteneva un istante sulla porta per accendersi una sigaretta e per lanciare la sua ultima frase:

– Perfino quell’imbecille di tua moglie si prende gioco di te, Juan; fa ‘attenzione...

Come era sua abitudine non aveva rivolto nemmeno uno sguardo a Gloria. La risposta non si faceva attendere. Un pugno sulla tavola e insulti balbettati contro Roman, che non si placavano nemmeno quando il rumore secco della porta dell’appartamento annunciava che Roman era già uscito.

Gloria prendeva in braccio il bambino si ritirava nella sua camera per farlo addormentare. Mi fissava un istante, poi mi proponeva:

– Vieni Andrea?

Zia Angustia nascondeva il viso tra le mani. Potevo percepire il suo sguardo attraverso le sue dita semiaperte. Uno sguardo carico d'ansia, arido di una simile supplica. Nonostante ciò, io mi alzavo.

– Va bene.

E venivo premiata da un sorriso tremante della nonna. Quindi, la zia correva a chiudersi nella sua stanza, indignata, e sospetto in preda agli spasmi della gelosia.

La camera di Gloria assomigliava un po' alla tana di una bestia. Era una stanza interna, occupata quasi tutta dal letto matrimoniale e dalla culla del bebè. C'era un tanfo particolare, un misto di odore da neonati e di cipria per il viso e vestiti mal tenuti. Le pareti erano piene di fotografie e tra queste, in una posizione di spicco, un poster ben illuminato, raffigurante due gattini.

Gloria si sedeva sul bordo del letto, con il bambino sulle ginocchia. Il piccolo era bellissimo e le sue gambette penzolavano tornite e sporche mentre prendeva il sonno.

Quando era addormentato, Gloria lo metteva nella culla e si stiracchiava con piacere, mettendosi le mani tra la capigliatura brillante. Dopodiché, si adagiava sul letto, con suoi movimenti languidi.

– Cosa pensi di me? – mi domandava subito dopo. Mi piaceva parlare con lei, perché non c'era mai bisogno di risponderle.

– Vero che sono bella e molto giovane, no?...

Era ingenuamente vanitosa e non mi dava fastidio; in più, era effettivamente giovane e aveva la capacità di ridere a crepapelle mentre mi raccontava aneddoti di quella casa.

Quando mi parlava di Antonia o di Angustias aveva una vera classe.

– Piano, piano avrai modo di conoscere questa gente; sono terribili, lo vedrai... Non c'è nessuno di buono qui, fatta eccezione per la nonna che, poverina, non c'è del tutto con la testa... E Juan, Juan è buonissimo. Noti che sbraita tanto e tutto il resto? Beh, è buonissimo...

Mi guardava e di fronte alla mia espressione fissa scoppiava a ridere...

– E anche io, non credi? – concludeva – Se io non fossi buona, mia piccola Andrea, come potrei mai sopportarli tutti?

Io la osservavo muoversi e parlare con un piacere indescrivibile. Nell'atmosfera pesante della sua stanza, lei stava stesa sul letto come una bambola di pezza a cui pesa troppo la capigliatura rossa. Generalmente mi raccontava scherzose bugie, alternate a fatti accaduti realmente. Non mi sembrava granché intelligente e nemmeno il suo incanto proveniva dalla sua anima. Credo che la simpatia che provavo per lei fosse nata il giorno in cui la vidi posare nuda come modella per Juan.

Non ero mai entrata nella stanza dove mio zio lavorava, perché Juan mi suscitava una certa soggezione. Una mattina vi andai in cerca di una matita, su consiglio della nonna che mi disse che lì l'avrei trovata.

L'immagine di quel grande studio era molto singolare. Lo avevano ricavato dall'antico ufficio di mio nonno. In linea con la tradizione della maggior parte delle stanze della casa, si ammassavano, senz'ordine né cognizione, libri, carte, figure di gesso che servivano da modelli per gli alunni di Juan. Le pareti erano coperte da aspre nature morte pitturate da mio zio, con tonalità contrastanti. In un angolo si scorgeva, inspiegabilmente, lo scheletro appartenente ad uno studente di Anatomia, sopra il suo telaio di fil di ferro, e sul grande tappeto macchiato di umidità si trascinarono il bambino e il gatto, che era venuto in cerca del sole dorato che filtrava dal balcone. Il gatto sembrava moribondo, con la sua coda floscia, e si lasciava tormentare dal bimbo passivamente. Vidi tutto ciò come un insieme sullo sfondo di Gloria, che era seduta su uno sgabello coperto con un drappo di tenda, nuda e in una posizione scomoda.

Juan dipingeva laborioso e senza talento alcuno, cercando di riprodurre, pennellata dopo pennellata, quel sottile e flessuoso corpo. A me sembrava un'impresa inutile. Sulla tela si andava delineando una bambola inespressiva così stupida, come l'espressione stessa del viso di Gloria quando ascoltava qualsiasi conversazione tra me e Roman. Gloria, di fronte a noi, senza il suo vestito malconco, appariva incredibilmente bella e bianca in mezzo alla bruttezza di tutte le cose, come un miracolo del Signore. Uno spirito dolce e allo stesso tempo malizioso palpitava nella minuta forma delle sue gambe, delle sue braccia, del suo piccolo seno. Un'astuzia sottile e diluita sulla calda superficie della sua pelle perfetta. Un qualcosa che non risplendeva mai nei suoi occhi. Quel bagliore dell'anima che rende attraenti le persone eccezionali, le opere d'arte.

Io, che ero entrata solo per stare pochi istanti, rimasi lì affascinata. Juan sembrava contento della mia visita e parlò frettolosamente dei suoi progetti pittorici. Non lo ascoltavo.

Quella sera, senza nemmeno rendermene conto, mi ritrovai a conversare con Gloria e andai per la prima volta in camera sua. Le sue chiacchiere inconsistenti mi ricordavano il rumore della pioggia che ascolti con piacere e con pigrizia. Stavo iniziando ad abituarci a lei, alle sue fulminee domande che restavano senza risposta, al suo piccolo e insidioso cervello.

– Sì, sì, io sono buona... non ridere.

Stavamo zitte. Poi si avvicinava per chiedermi:

– E riguardo a Roman, cosa pensi di lui?

Dopodiché faceva un gesto particolare come per dire:

– So già che ti sembra simpatico, no?

Io mi stringevo nelle spalle. Appena dopo mi diceva:

– Ti è più simpatico di Juan, no?

Un giorno, involontariamente, si mise a piangere. Piangeva in un modo strano, soffocato e rapido, come se dovesse finire presto. – Roman è cattivo – mi disse – lo conoscerai. A me ha fatto un torto orribile Andrea – si asciugò le lacrime. – Non ti racconterò in una volta sola tutte le cose che mi ha fatto, perché sono troppe; piano, piano lo scoprirai. Per adesso tu sei affascinata da lui e probabilmente nemmeno mi credi.

Ad onore mio non mi ritenevo affascinata da Roman, anzi al contrario, di solito lo osservavo con diffidenza. Tuttavia, quelle rare volte in cui Roman si dimostrava amabile dopo la cena, sempre burrascosa, e mi invitava «Vieni piccola?», io mi sentivo felice. Roman non dormiva nel nostro stesso appartamento: si era fatto sistemare una stanza nella dependance della casa, che risultò essere una tana confortevole. Si fece costruire un caminetto con mattoncini antichi e una libreria bassa, pitturata di nero. C'era un letto a baldacchino e, sotto la piccola finestra con le inferriate, un tavolino molto carino con delle carte, dei calamai d'ogni tipo d'epoca e di forma con dentro penne d'uccello. Un telefono rudimentale serviva – in seguito egli mi spiegò – per comunicare con la stanza della governante. C'era anche un piccolo orologio a ricarica, che segnava l'ora con un ticchettio simpatico, particolare. In quella camera c'erano tre orologi, tutti antichi, che scandivano il tempo decorandolo. Sopra le librerie delle monete, alcune curiose; piccole lampade romane all'ultima moda e un'antica pistola con l'impugnatura in madreperla.

La stanza era piena di insospettabili cassette ad ogni angolo della libreria, e ciascuna custodiva piccoli oggetti curiosi che Roman mi spiegava un poco alla volta. Nonostante la quantità di oggetti in miniatura, tutto era pulito e relativamente in ordine.

– Qui ci sono cose tenute bene, o per lo meno questo è quello che io provo a fare... A me piacciono gli oggetti – sorrideva tra sé e sé – non credere che pretendo di distinguermi per questo, ma è la verità. Di sotto non sanno trattarli. Sembra come che l'aria sia sempre satura di grida... e questo è per colpa delle cose, che sono soffocate, dolenti, cariche di tristezza. Per quanto riguarda noi, non fantasticare: né le nostre liti né le nostre grida hanno una causa, tantomeno hanno uno scopo... che prima impressione ti sei fatta di noi?

– Non lo so.

– So già che stai sempre a immaginarti dei racconti con i nostri personaggi.

– No.

Nel frattempo, Roman metteva sul fuoco la caffettiera con l'espresso e tirava fuori da non so dove delle tazze incantate, bicchieri e il liquore; e poi, le sigarette.

– So bene che ti piace fumare.

– No, cioè, non mi piace.

– Perché menti anche a me?

Dal tono di Roman traspariva sempre una sincera curiosità nei miei confronti.

– So perfettamente tutto quello che tua cugina ha scritto ad Angustias... o meglio, ho letto la lettera, ovviamente senza averne alcun diritto, solo per mera curiosità.

– Beh, non mi piace fumare. Al paese lo facevo apposta per infastidire Isabel, per nessun'altro motivo. Per scandalizzarla, perché mi lasciasse venire a Barcellona, perché era impossibile. Dal momento che mi ero scaldata ed ero infastidita, Roman non mi credeva se non per metà, ma stavo dicendo la verità. Alla fine, accettavo la sigaretta, perché ne aveva di deliziose, con un aroma che mi piaceva. Credo che fu in quei momenti che cominciai a piacermi fumare. Roman sorrideva.

Non mi rendevo conto che lui mi considerava una persona diversa; molto più acculturata e, forse, più intelligente e certamente ipocrita e piena di strani desideri. Non mi piaceva illuderlo, dato che io mi sentivo un poco inferiore; un po' insulsa con quei miei sogni e quella mia carica di sentimentalismo, che provvedevo bene a nascondere davanti a quella gente.

Roman era incredibilmente agile col suo corpo slanciato. Parlava con me accovacciato, con la caffettiera per terra, sembrava teso, come pieno di molle sotto i suoi muscoli abbronzati. Dopodiché, senza pensarci, si buttava sul letto, fumando, i lineamenti rilassati come se il tempo non avesse nessun valore, come se non avesse più dovuto alzarsi da lì. Quasi come se si fosse buttato per morire fumando.

Talvolta gli guardavo le mani, scure come il suo viso, piene di vita, di nervi, di nocche leggere, affusolate. Delle mani che mi piacevano molto.

Ad ogni modo, seduta sull'unica sedia della camera, davanti alla sua scrivania, mi sentivo molto distante da lui. La sensazione di essere stata catturata dalla sua simpatia che ebbi quando lo vidi per la prima volta, non la provai mai più.

Preparava un caffè meraviglioso e la stanza si riempiva di sbuffi di vapore caldo. Io mi sentivo a mio agio lì, come in uno strappo dalla vita del piano di sotto.

– Quello è come un buco che si riempie d'acqua, e noi siamo i poveri topolini che, vedendolo, non sappiamo cosa fare... tua madre ha scampato il pericolo prima di tutti andandosene. Due delle tue zie si sposarono col primo che passa, tanta era la voglia di scappare. Siamo rimasti solo quell'infelice di tua zia Angustias e Juan ed io, noi che siamo due canaglie. Tu che sei un topolino smarrito ma non tanto infelice come sembra arrivi ora.

– Non vuoi suonare qualcosa oggi? – dissi.

Quindi Roman apriva l'armadietto alla fine della libreria e tirava fuori un violino. Sul fondo dell'armadio c'erano quattro tele arrotolate.

– Anche tu sai dipingere?

– Io ho fatto un po' di tutto. Non sai che iniziai a studiare Medicina e poi mollai, volli diventare ingegnere ma non passai il test d'ingresso? Cominciai anche a dipingere per hobby...mi riesce molto meglio che a Juan, te lo assicuro.

Non ne dubitavo: mi sembrava di considerare Roman come un pozzo inesauribile di possibilità. Nell'istante in cui lui, in piedi davanti al caminetto, iniziava a far scivolare l'arco, io cambiavo completamente. Scomparivano le mie riserve, quella lieve cappa di ostilità contro tutti che mi si stava via via formando. La mia anima, aperta così come le mie stesse mani giunte, accoglieva il suono come fa la terra arida con la pioggia. Roman mi appariva come un artista meraviglioso e unico. Andava tessendo con la musica un filo di allegria così sottile che oltrepassava i confini della tristezza. Quella musica senza nome. La musica di Roman che non ho mai più avuto modo di ascoltare. La finestrella si apriva al cielo scuro della notte. La lampada accesa faceva sembrare Roman ancora più alto e ancora più immobile, mentre respirava nient'altro che la sua musica. E a me travolgevano ondate prima di ingenui ricordi, sogni, battaglie, il mio stesso incerto presente, e poi acute gioie, tristezza, disperazione, un incresparsi imponente dell'onda della vita e un annegarsi nel nulla. La mia stessa morte, il sentimento della mia irreversibile scomparsa resa bellezza, angosciante armonia senza luce.

Improvvisamente un enorme silenzio e poi la voce di Roman:

– Ti si potrebbe ipnotizzare... cosa ti dice la musica?

Improvvisamente mi si chiudeva l'anima e anche le mani.

– Niente, non so, semplicemente mi piace...

– Non è vero. Dimmi quello che ti comunica. Quello che ti dice alla fine.

– Nulla.

Mi guardava un istante deluso. Dopodiché, mentre riponeva il violino:

– Non è vero.

Mi illuminava con la sua lanterna elettrica dall'alto, poiché il vano scale si poteva illuminare solo dalla portineria e io dovevo scendere di tre piani, fino a casa nostra.

Il primo giorno ebbi l'impressione che, davanti a me, nella penombra, stessimo scendendo qualcuno. Lo ritenni una cosa puerile e non dissi niente. Un altro giorno quell'impressione fu più vivida. Improvvisamente Roman mi lasciò nell'oscurità e puntò la lanterna nella direzione della scala nella quale qualcosa si stava muovendo. Vidi chiaramente e fugacemente Gloria che scendeva le scale correndo verso la portineria.

3.2.4 Capítulo IV

Quante giornate insulse! Le giornate senza senso che avevo trascorso dal mio arrivo mi schiacciavano, quando trascinavo i piedi al ritorno dall'Università. Mi pesavano come un macigno grigio squadrato nel cervello.

Il clima era umido e quella mattina c'era odore di umidità e di pneumatici bagnati... Le foglie secche e giallognole cadevano dagli alberi in una lenta pioggia. Una mattina d'autunno nella città, come per anni avevo sognato che fosse l'autunno in città: bello, con la natura intrecciata nelle terrazze delle case e nelle rotaie del tram; ciononostante la tristezza mi avvolgeva. Avevo voglia di appoggiarmi ad una parete, con la testa tra le braccia, dare le spalle a tutti e chiudere gli occhi.

Quante giornate insulse! Giorni pieni di vicende, troppe vicende losche. Storie incomplete, appena iniziate e già gonfiate come un vecchio pezzo di legno esposto alle intemperie. Vicende troppo torbide per me. Il loro odore, che poi era l'odore marcio di casa mia, mi dava la nausea... E senza dubbio ero arrivata a costruirmi l'unico interesse della mia vita. A poco a poco mi stavo trattenendo davanti ai miei stessi occhi, in una seconda dimensione della realtà., i miei sensi aperti solo alla vita che ribolliva nell'appartamento della calle Aribau. Mi ero abituata a dimenticarmi del mio aspetto e dei miei sogni. Cominciava a perdere importanza l'odore dei mesi, le aspettative per l'avvenire, e si ingigantiva ogni gesto di Gloria, ogni parola non detta, ogni reticenza di Roman. Il risultato sembrava essere quella inaspettata tristezza.

Quando entrai in casa iniziò a piovere dietro di me e la portinaia lanciò un grido, avvisandomi di pulirmi le scarpe sullo zerbino.

Tutto il giorno era trascorso come in un sogno. Dopo mangiato mi sedetti rannicchiata, con ai piedi delle grandi pantofole di feltro, insieme al braciere della nonna. Ascoltavo il rumore della pioggia. I fili d'acqua con la loro forza stavano pulendo i vetri del balcone. In un primo momento avevano formato una cappa appiccicosa di fanghiglia, dopodiché le gocce scivolavano liberamente sulla superficie brillante e grigia.

Non avevo voglia di muovermi, né di fare qualcosa, per la prima volta rifiutai una delle sigarette di Roman. La nonna venne a farmi compagnia. Osservai che lavorava all'uncinetto un completino per il bebè con le sue mani goffe e tremanti. Gloria arrivò subito dopo e iniziò a chiacchierare con le mani incrociate dietro la nuca. Anche la nonna parlava, come sempre, degli stessi argomenti. Erano fatti recenti, della guerra appena passata, e antichi, di molto tempo fa, quando i suoi figli erano ancora bambini. Nella mia testa un poco dolente, si mescolavano le due voci in una cantilena con sottofondo di pioggia e mi addormentai.

NONNA – Non esistevano due fratelli che si volessero più bene di loro. (Andrea? Mi segui?). Non esistevano due fratelli che si volessero più bene di Roman e del piccolo Juan... Ho avuto sei figli. Gli altri quattro se ne stavano sempre ognuno per i fatti propri, le ragazze ridevano tra di loro, ma questi due piccoli erano due angeli... Juan era biondo e Roman bello moro ed io li vestivo sempre con completini uguali. La domenica venivano a messa con me e tuo nonno... A scuola, se qualcuno faceva baruffa con uno di loro, subito c'era lì l'altro pronto per difenderlo. Roman era il più birbante... Ma come si volevano bene! I figli dovrebbero essere tutti uguali agli occhi della madre, ma quei due erano sempre al primo posto per me... Visto che erano i più piccoli... Visto che furono i più disgraziati... Soprattutto Juan.

GLORIA – Sapevi che Juan volle diventare un militare e, dato che lo rifiutarono all'ingresso all'Accademia, se ne andò in Africa, al Tercio, e vi rimase per molti anni?

NONNA – Quando ritornò portò con sé molti quadri da laggiù... Tuo nonno andò su tutte le furie quando disse che si sarebbe voluto dedicare alla pittura, ma io presi le sue difese e anche Roman, perché a quel tempo Roman era buono, bambina mia... Ho sempre difeso i miei figli, ho sempre nascosto i loro malanni e le loro marachelle. Tuo nonno se la prendeva con me, ma io non potevo sopportare che li sgridasse... Pensavo «Si catturano più mosche con un cucchiaino di miele...» Io sapevo che uscivano la notte a far baldoria, che non studiavano... Li aspettavo temendo che tuo nonno se ne accorgesse... Mi raccontavano le loro furbate ed io non mi sorprendevo di nulla, piccola cara... Confidavo nel fatto che, a poco a poco, avrebbero capito dove stesse il bene, spinti dai loro stessi cuori.

GLORIA – Beh, Roman non vi vuole bene Mamma; sostiene che li avete resi tutti dei disgraziati con il vostro atteggiamento.

NONNA – Roman? Eh, eh! Certo che mi vuole bene, lo credo bene che mi ama... ma è porta più rancore che Juan, ed è geloso di te Gloria; dice che voglio più bene a te...

GLORIA – Roman dice così?

NONNA – Sì; l'altra notte, quando cercavo le mie forbici... Era già molto tardi e tutti dormivano, la porta si aprì piano piano e vidi Roman. Era venuto a darmi un bacio. Gli dissi «E' ingiusto quello che stai facendo alla moglie di tuo fratello, un peccato che Dio non potrà perdonarti...» E quindi se ne andò... Continuai «E' una povera infelice per colpa tua e anche tuo fratello soffre per colpa tua... Come potrà mai volerti bene come prima?» ...

GLORIA – Un tempo Roman mi voleva molto bene. Questo è un grande segreto, Andrea, ma era innamorato di me.

NONNA – Piccola cara, piccola cara, come avrebbe mai potuto amare una donna sposata? Ti amava come una sorella, nulla di più.

GLORIA – Fu lui a portarmi in questa casa... Proprio lui, che ora non mi rivolge nemmeno la parola, mi ha portata qui nel bel mezzo della guerra... Ti è preso un colpo la prima volta che sei entrata qui, non è vero Andrea? Beh, per me fu anche peggio... Nessuno mi voleva...

NONNA – Io sì che ti volevo, tutti ti volevamo. Perché dici cose così ingrate?

GLORIA – La fame, la sporcizia come ora ed un uomo tenuto nascosto perché lo stavano cercando per giustiziarlo: il capo di Angustias, Don Jeronimo. Non ti ha mai parlato di lui? Angustias gli aveva lasciato la sua camera e dormiva dove ora dormi tu... Mi misero su un materasso nella stanza della nonna. Tutti mi guardavano con sospetto. Don Jeronimo non mi rivolgeva la parola perché, secondo lui, io ero la donna di Juan e la mia presenza gli risultava intollerabile...

NONNA – Don Jeronimo era un uomo singolare; figurati che voleva perfino fare fuori il gatto... Pensa, perché la povera bestiola è vecchia e vomitava dappertutto, diceva che non lo poteva reggere. Naturalmente io lo difendevo contro tutto e tutti, come faccio sempre con le persone perseguitate o infelici...

GLORIA – Mamma proteste anche me, uguale che al gatto; una volta venni alle mani con la governante, Antonia, che è ancora qui in casa...

NONNA – È assurda questa storia di litigare con un domestico... Ai miei tempi non si sarebbe mai potuto concepire... Quando ero giovane avevamo un giardino enorme che si stendeva fino al mar... Una volta tuo nonno mi rubò un bacio... Non glielo perdonai per anni. Io...

GLORIA – Quando arrivammo qui, ero molto spaventata. Roman mi diceva «Non avere paura». Ma anche lui non era più lo stesso.

NONNA – È cambiato durante i mesi che ha trascorso nella Polizia Comunista; lì, lo martoriarono; quando tornò a casa non lo riconoscevamo. Ma Juan è stato più sfortunato di lui, per questo sono più comprensiva con Juan. Ha più bisogno di me, Juan. E anche questa bambina ha bisogno di me. Se non fosse per me che ne sarebbe della sua reputazione?

GLORIA – Roman era già cambiato da tempo. Da quello stesso istante in cui entrammo a Barcellona in quell'auto della polizia. Sapevi che Roman aveva un incarico importante accordato con i Rossi? Ma era una spia, una persona bassa e meschina che si vendeva a chi gli conveniva. Qualsiasi sia la causa, lo spionaggio è roba da codardi...

NONNA – Codardi? Bambina mia, nella mia casa non ci sono codardi... Roman è buono e coraggioso e rischiava la sua vita per me, perché io non volevo che stesse con quella gente. Quando era piccolo...

GLORIA – Ti racconterò una storia, la mia storia, Andrea, in modo che tu ti renda conto che è come un romanzo, davvero... Sai già che io mi trovavo in un paesino a Terragona, evacuata... A quel tempo, durante la guerra, eravamo sempre fuori casa. Prendevamo i materassi, la nostra roba e fuggivamo. C'era chi piangeva. A me sembrava tutto così divertente!... Era circa gennaio o febbraio

quando conobbi Juan, già lo sai. Juan si innamorò di me immediatamente e ci sposammo due giorni dopo... Lo seguivo dovunque andasse... Era una vita stupenda, Andrea. Juan era totalmente felice con me, te lo giuro, e per di più era attraente, non come ora che sembra un pazzo... C'erano un sacco di ragazze che seguivano i loro mariti o i loro fidanzati dappertutto. Avevamo sempre amici simpatici... Non ho mai avuto paura dei bombardamenti, né delle sparatorie... Ad ogni modo, non ci avvicinavamo mai troppo ai luoghi pericolosi. Non so bene quale fosse il ruolo che aveva Juan, ma sapevo che era importante. Ti dico che ero felice. Stava arrivando la primavera e passavamo per posti molto belli. Un giorno Juan mi disse «Ti voglio presentare mio fratello». Proprio così, Andrea. In un primo momento Roman mi sembrò simpatico... Pensi che sia più figo di Juan? Trascorsi un po' di tempo con lui in quel paese. Un paese che dava sul mare. Tutte le sere Juan e Roman si chiudevano per discutere in una stanza affianco a quella in cui dormivo io. Volevo sapere quello che si dicevano. Non sarebbe stato così anche per te? Per di più c'era una porta tra le due camere. Credevo che parlassero di me. Ne ero certa. Una notte mi misi a origliare. Guardai attraverso la serratura: loro due erano piegati sopra una mappa e Roman diceva:

«Io devo tornare ancora a Barcellona. Ma tu puoi passare... è facilissimo.» Piano, piano iniziai a capire che Roman stava spingendo Juan a convertirsi ai nazionalisti... Pensa, Andrea, proprio in quei giorni stavo cominciando a sospettare di essere incinta. Glielo dissi a Juan. Lui si fece pensieroso... Puoi immaginare l'interesse che avevo a tornare ad ascoltare dietro la porta della camera di Roman, quella notte in cui gli dissi tutto. Ero già in camicia da notte, scalza, ma mi sembra di sentire ancora quell'angoscia. Juan diceva: «Sono sicuro. Non c'è più nulla che mi trattenga.» Non potevo crederci. Se ci avessi creduto, avrei rinnegato Juan in quello stesso momento...

NONNA – Juan agiva bene. Ti mandò qui da me...

GLORIA – Quella notte non dissero nulla su di me. Quando Juan venne a letto mi trovò che piangevo. Gli dissi che avevo avuto degli incubi. Che avevo creduto che mi avrebbe abbandonata sola col bambino. Allora mi accarezzò e si addormentò senza dirmi niente. Io rimasi sveglia a guardarlo mentre dormiva, volevo capire che cosa sognasse...

NONNA – È bello guardare le persone che si amano mentre dormono. Ogni figlio dorme in modo diverso...

GLORIA – Il giorno dopo Juan, davanti a me, chiese a Roman che mi portasse con lui in questa casa quando fosse partito per Barcellona. Roman ne rimase sorpreso e disse «Non so se potrò», guardando Juan cupamente. La notte discussero un sacco. Juan diceva «E' il minimo che possa fare, che io sappia non ha famiglia.» Quindi Roman rispose «E che mi dici di Paquita?» Non avevo mai sentito quel nome prima, quindi ero molto incuriosita. Ma Juan disse di nuovo «Portala a casa.» Quella notte non

parlarono più di questo. Tuttavia, fecero qualcosa di interessante: Juan diede molti soldi a Roman, e altre cose che poi si è rifiutato di ridargli. Voi lo sapete bene, Mamma.

NONNA – Bambina mia, non bisogna mai origliare dalle serrature. Mia madre non me lo avrebbe mai permesso, ma tu sei un'orfana... e per questo...

GLORIA – Dato che si sentiva il rumore del mare, mi sfuggivano molte frasi. Non riuscii a scoprire chi era Paquita, né qualcosa di interessante. Il giorno dopo mi separai da Juan ed ero molto triste, ma mi consolavo pensando che sarei venuta a casa sua. Roman guidava e io stavo a fianco. Roman iniziò a scherzare con me... Sa essere molto simpatico quando vuole, ma nel profondo è cattivo. Abbiamo fatto varie soste durante il tragitto. In un borgo ci fermammo quattro giorni, alloggiati al castello... Un castello meraviglioso; all'interno era stato restaurato e offriva tutti i comfort moderni... Alcune stanze erano devastate, ovviamente. I soldati alloggiavano al piano terra. Noi insieme gli ufficiali al piano superiore. A quel tempo Roman era molto diverso con me. Molto tenero, cara. Mise a posto un pianoforte e suonava brani, come ora fa con te. In più mi domandò di lasciarmi dipingere nuda, come fa Juan ora... Il fatto è che ho un corpo molto bello.

NONNA – Bambina! Che dici? Questa burlona inventa molte storie... Non darle retta...

GLORIA – È la verità. Io non ho voluto Mamma, perché Voi sapete molto bene che anche se Roman ha detto molte cose sul mio conto, io sono un a ragazza per bene...

NONNA – Certo, bambina, certo... Tuo marito sbaglia a dipingerti in quello stato, se il povero Juan avesse soldi per pagare una modella non lo farebbe... So già che fai questo sacrificio per lui, per questo ti voglio così tanto bene...

GLORIA – C'erano molti gigli rossi nel parco del castello. Roman voleva dipingermi con quei gigli tra i capelli... Che te ne pare?

NONNA – Gigli rossi... Che belli che sono! Quanto tempo che non porto fiori alla mia Vergine!

GLORIA – Poi giungemmo in questa casa. Puoi immaginare quanto disperata mi sentivo. Tutti qui mi sembravano matti. Don Jeronimo e Angustias blateravano che il mio matrimonio non valeva nulla, che Juan non si sarebbe sposato con me una volta tornato a casa, che ero ordinaria ed ignorante... Una volta venne la moglie di Don Jeronimo, che qualche volta faceva visita a suo marito di nascosto, per portargli cose buone. Quando realizzò che a casa c'era una donnaccia, come pensava lei, le prese un colpo. Mamma le inumidì il viso con l'acqua... Io chiesi a Roman che mi ridesse i soldi che gli aveva dato Juan, perché volevo andarmene da qui. Quel denaro era buono, in argento, del periodo prima della guerra. Quando Roman seppe che avevo ascoltato le sue conversazioni con Juan in paese, andò su tutte le furie. Mi trattò peggio che un cane. Peggio che a un cane rognoso...

NONNA – Ma cosa ti metti a piangere ora tontolona? Roman sarà stato un po'arrabbiato. Gli uomini sono così, come in preda al furore. E origliare dietro la porta è una cosa brutta, te l'ho sempre detto. Una volta...

GLORIA – In quei giorni vennero a cercare Roman e lo portarono alla polizia comunista, volevano che parlasse, per questo non lo fucilarono. Antonia, la governante, che è innamorata di lui, divenne una belva. Testimoniò a suo favore. Disse che io ero una svergognata, una donna malvagia. Che una volta che Juan fosse tornato mi avrebbe buttato giù dal balcone. Che ero stata io a denunciare Roman. Disse che mi avrebbe aperto la pancia con un coltello. Fu allora che la picchiai...

NONNA – Quella donna è una bestia feroce. Ma grazie a lei non fucilarono Roman. È questo il motivo per cui l'abbiamo tenuta... E non dorme mai: delle notti, quando vengo a cercare il mio cesto da cucito e le forbici, che perdo sempre, appare sulla porta della sua camera e mi urla «Perché non ve ne andate in camera vostra, Signora? Cosa fate in piedi?» La notte scorsa mi ha fatto prendere un tale spavento che sono caduta...

GLORIA – Io soffrivo la fame. Mamma, povera cara, mi metteva da parte qualcosa dei suoi pasti. Angustias e Don Jeronimo avevano molto cibo da parte, ma lo tenevano solo per loro. E faceva la guardia alla sua camera. Davano qualcosina alla governante di quando in quando, per timore...

NONNA – Don Jeronimo era un codardo. A me non piace la gente codarda, proprio no... È molto peggio. Quando venne un soldato a ispezionare la casa, io gli indicai tranquillamente tutti i miei santini. «Ma Voi credete in tutte queste baggianate di Dio?», mi disse. «Certo che sì, Voi no?», gli risposi. «No. E neppure lascio che qualcuno ci creda.» «Dunque io sono più repubblicana di Voi, perché a me non interessa quello che la maggior parte della gente pensa, credo nella libertà di pensiero.» A quel punto si grattò il capo e mi diede ragione. Il giorno seguente mi diede in dono un rosario, uno di quelli che avevano requisito. Ti faccio notare che quello stesso giorno ai vicini del piano di sopra, gettarono dalla finestra l'unico Sant'Antonio che avevano...

GLORIA – Non ti dico nemmeno quello che ho patito in quei mesi. E la fine fu anche peggio. Mio figlio nacque quando entrarono in città i nazionalisti. Angustias mi portò in una clinica e mi lasciò lì... Era una notte di bombardamenti terribili... Le infermiere mi lasciarono da sola. Poi presi un'infezione. Ebbi una febbre altissima per più di un mese. Non conoscevo nessuno. Non so come il bambino abbia fatto a sopravvivere. Quando la guerra finì io ero ancora allettata e passavo le giornate intontita, senza forze né per pensare né per muovermi. Una mattina si spalancò la porta ed entrò Juan. Non lo riconobbi subito. Mi sembrò altissimo e patito. Si sedette sul bordo del letto e mi abbracciò. Appoggiai la testa sulla sua spalla e iniziai a piangere, allora mi disse «Perdonami, perdonami», così, sussurrando. Io iniziai a toccargli le guance perché non potevo ancora credere che fosse proprio lui e restammo così per un bel po'.

NONNA – Juan portò molte cose buone da mangiare, latte condensato, caffè e zucchero... Ero così felice per Gloria, pensai «Farò un dolce per Gloria secondo la tradizione della mia terra» ... ma Antonia, quella donna così perfida, non mi lascia intromettermi in cucina...

GLORIA – Restammo abbracciati così a lungo! Come avrei potuto immaginare quello che sarebbe accaduto poi? Era come la fine di una favola. Come la fine di tutte le sofferenze. Come potevo immaginare che stava per cominciare il peggio? In seguito, Roman uscì di galera e fu come se avessero resuscitato un morto. Mi causò tutto il dolore possibile davanti agli occhi di Juan. Non voleva assolutamente che si sposasse con me. Voleva che ci scacciasse a calci, sia a me che al bambino... Dovetti difendermi e dire la verità. Per questo Roman non mi può vedere.

NONNA – Bambina, i segreti si devono custodire e non si devono mai rivelare per mettere zizzania tra gli uomini. Quando ero molto giovane, una volta... un pomeriggio d'agosto, molto terso, me lo ricordo bene, e molto caldo, vidi qualcosa...

GLORIA – Ad ogni modo, non posso dimenticarmi di quel momento in cui rimasi così, abbracciata a Juan, e di come palpitava il suo cuore, sotto le ossa dure del suo petto... Mi ricordai che Angustias e Don Jeronimo dicevano che aveva una fidanzata bellissima e ricca e che si sarebbe sposato con lei. Glielo dissi e scosse la testa dicendo di no. E mi baciava i capelli... La cosa orribile fu che, in seguito, fummo costretti a tornare a vivere qui, che non avevamo soldi. Altrimenti saremmo stati una coppia molto felice e Juan non sarebbe così svitato... Quel momento fu come la fine di un film.

NONNA – Io feci da madrina al bambino... Andrea, dormi?

GLORIA – Stai dormendo, Andrea?

Non ero addormentata. E penso di ricordarmi bene queste storie. Ma la febbre che stava salendo, mi rintontiva. Avevo i brividi e Angustias mi fece stendere. Il mio letto era umido, i mobili sotto la luce grigiastra più tristi, mostruosi e neri. Chiusi gli occhi e vidi un'oscurità rossastra dietro le palpebre. Dopodiché l'immagine di Gloria nella clinica, così bianca, appoggiata al braccio di Juan, diverso e amorevole, senza quelle ombre grigie sulle guance...

Ebbi la febbre per diversi giorni. Mi ricordo che una volta mi venne a vedere Antonia, con quel suo odore particolare di vestiti scuri, e la sua faccia si mescolò ai miei sogni, intenta ad affilare un grosso coltello. Vedevo anche la nonna, giovane e vestita d'azzurro, in un pomeriggio d'agosto, vicino al mare. Ma soprattutto Gloria, che piangeva sul braccio di Juan; e le grandi mani di lui, mentre le accarezzavano i capelli. E gli occhi di Juan, che io conoscevo come stralunati ed inquieti, inteneriti da una luce sconosciuta.

L'ultimo pomeriggio da malata venne a farmi visita Roman. Portò il pappagallo appollaiato sul braccio, disposto a leccarmi il viso.

– Perché non suoni un po' il piano per me? Mi hanno detto che sai suonare il piano molto bene...

– Sì, solo per hobby.

– E non hai mai composto niente per il piano?

– Sì, a volte sì. Perché me lo chiedi?

– Credo che ti saresti dovuto dedicare completamente alla musica, Roman. Suonami quello che hai composto per il pianoforte.

– Quando sei ammalata parli come se dicessi le cose con un doppio fine, non so perché.

Strimpellò per un po' sulla tastiera e poi disse:

– Questo è molto stonato, ma ti suonerò la canzona di Xochipilli... Ti ricordi di quel piccolo idolo di fango che tengo di sopra?... Non credere che sia originale. L'ho fatto io stesso. Rappresenta Xochipilli, il dio dei giochi e dei fiori degli aztechi. Ai suoi tempi d'oro, questo dio riceveva in offerta cuori umani... Molti secoli dopo, preso da un raptus di entusiasmo per lui, composi della musica in suo onore. Il povero Xochipilli è in disgrazia, come puoi vedere...

Si sedette al pianoforte e suonò un motivo allegro, diversamente dalle sue abitudini. Suonò qualcosa che assomigliava al rifiorire della vita in primavera, dalle note vibranti ed acute, come un aroma che si diffonde ed inebria.

– Sei un gran musicista, Roman – gli dissi, e lo pensavo davvero.

– No. Tu non hai nemmeno un briciolo di cultura musicale, per questo lo pensi. Però mi lusinga. – Ah! – esclamò quando era già sulla porta

– Può essere che abbia fatto un piccolo sacrificio in tuo onore, suonando questo pezzo. Xochipilli mi porta sempre sfortuna.

Quella notte feci un sogno molto vivido in cui si ripeteva una vecchia e ossessiva immagine: Gloria, appoggiata sul braccio di Juan, piangeva... A poco a poco, Juan cominciò a trasformarsi in modo bizzarro. Lo vidi enorme e scuro, con le fattezze del dio Xochipilli. Il viso pallido di Gloria riprese colore e vitalità. Anche Xochipilli sorrideva. Immediatamente il suo sorriso divenne familiare: era il sorriso bianco e un po' selvaggio di Roman. Adesso era Roman che abbracciava Gloria, e i due ridevano. Non erano in clinica, ma in un prato. In un prato di gigli rossi e Gloria era spettinata dal vento.

Mi sveglia sfebbrata e confusa, ma con la sensazione di aver realmente scoperto qualche oscuro segreto.

3.2.5 Capítulo V

Non so quale fosse il motivo di quella febbre, che passò come una folata dolorosa, scuotendo gli angoli della mia anima, ma anche spazzando via le sue nubi oscure. Sta di fatto che scomparve prima che a qualcuno balenasse l'idea di chiamare un medico; mi lasciò una strana e debole sensazione di benessere. Il primo giorno che fui in grado di alzarmi ebbi l'impressione che, scaldando via le coperte, avessi rimosso da me anche quell'atmosfera oppressiva che mi stava annullando dal mio arrivo in quella casa.

Angustias, mentre esaminava le mie scarpe, il cui cuoio si era raggrinzito come un viso espressivo che esibisce la sua vecchiaia, indicò le suole bucate che traboccavano di umidità e mi disse che mi ero raffreddata per colpa dei piedi bagnati.

– Inoltre, piccola mia, quando si è poveri e si vive alla stregua della carità dei parenti, è necessario avere più cura dei propri indumenti. Devi gironzolare di meno e prestare più attenzione a come cammini... Non guardarmi così, so perfettamente quello che combini quando sono in ufficio. So che esci e che torni prima che io rientri, in modo che non possa riprenderti. Si può sapere dove te ne vai?

– Beh, da nessuna parte di preciso. Mi piace osservare le strade, la città...

– Però ti piace girare da sola, figliola, come una poco di buono. Esposta agli importuni degli uomini. Sei una domestica per caso?... Quando avevo la tua età, non mi avrebbero mai lasciata andare sola nemmeno all'inizio della via. Ti avverto che capisco che è necessario che tu vada e torni dall'Università... Ma da questo al girovagare sola come un cane randagio... Quando sarai sola al mondo potrai fare come ti pare. Ma ora come ora hai una famiglia, un focolare e un nome. Sapevo già che quella tua cugina di paese non poteva averti inculcato le buone maniere. Tuo padre era un uomo strano... No che tua cugina non sia un'ottima persona, ma la manca la classe. Ad ogni modo, spero bene che non te ne andassi a scorrazzare per le strade del paese.

– No.

– Beh, qui ancora meno. Hai capito?

Non volli insistere. Cosa potevo dirle?

Improvvisamente si voltò, inquieta, mentre se ne stava andando.

– Spero che tu non sia scesa fino al porto per le Ramblas. – Perché no?

– Figliola, ci sono delle strade qui che, se una ragazzina vi ci si infilasse per qualsiasi motivo, perderebbe la sua reputazione per sempre. Mi riferisco al barrio chino... Tu non sai dove comincia...

– Sì, lo so perfettamente. Non sono entrata nel barrio chino... Ma cosa c'è laggiù?

Angustias mi guardò furibonda.

– Donne ormai perdute, ladri, la fiamma del demonio, questo c'è.

(In quel momento mi immaginai il barrio chino illuminato da un barlume di bellezza.)

Il momento del mio scontro con Angustias si avvicinava sempre di più, come una burrasca inevitabile. Dalla prima conversazione che ebbi con lei, compresi che non ci saremmo mai trovate. In seguito, la sorpresa e la tristezza delle mie prime impressioni avevano dato un gran vantaggio a mia zia. «Però – pensai tra me e me, eccitata, dopo la fine di questa conversazione – questo periodo finisce qui.»

Mi immaginai entrare in una vita nuova, nella quale disponevo liberamente del mio tempo e sorridevo beffarda ad Angustias.

Quando ricominciai i corsi all'Università mi sembrava di fremere dentro di me di un sacco di impressioni che ero andata accumulando. Per la prima volta nella mia vita mi ritrovai a essere espansiva e allacciando amicizie. Senza troppa fatica riuscii a integrarmi con un gruppo di ragazze e ragazzi, miei compagni di corso. La verità è che mi legava a loro un senso di affanno indefinibile, che ora posso riconoscere come un istinto di difesa: solo quelle creature della mia stessa generazione e con i miei stessi gusti potevano risparmiarmi e proteggermi dal mondo un poco spettrale delle persone adulte. E davvero credo che a quel tempo avessi bisogno di quel sostegno.

Capii subito che con i ragazzi era impossibile avere quel tono misterioso e reticente delle confidenze, alle quali le ragazze sembrano essere avvezze, l'incanto di sminuzzare l'anima, il tocco di sensibilità conservato per anni... Nei miei rapporti con il gruppo dell'Università mi ritrovai sommersa da una montagna di discussioni riguardo a problematiche generali, che non avrei mai potuto nemmeno sognare prima, e mi sentivo frastornata e contenta allo stesso tempo.

Pons, il più giovane del nostro gruppo, un giorno mi disse – Come facevi prima a vivere sempre rifugiandoti dal parlare con le persone? Ti avverto che ci sembravi piuttosto buffa. Ena rideva di te di gusto. Diceva che eri ridicola, cosa avevi?

Mi chiusi nelle spalle un po' ferita perché, di tutti i ragazzi che conoscevo, Ena era quella che più mi piaceva.

Ancora al tempo in cui non pensavo di poter essere sua amica, provavo una simpatia per quella ragazza che ero certa essere reciproca. Lei mi aveva avvicinata molte volte per parlarmi gentilmente con qualsiasi pretesto. Il primo giorno di corsi mi aveva domandato se per caso ero parente di un famoso violinista. Ricordo che quella domanda mi sembrò assurda e mi fece ridere.

Non ero l'unica a prediligere Ena. Lei rappresentava come un focus di attrazione nelle nostre conversazioni, che molte volte dominava. La sua malizia e la sua intelligenza sottile erano proverbiali. Ero sicura che, se delle volte mia aveva presa come bersaglio dei suoi scherzi, doveva aver fatto di me la giullare di tutto il corso, per davvero. La guardai da lontano con un certo rancore. Ena aveva un viso bello e sensuale, nel quale risplendevano degli occhi pazzeschi. Era affascinante quel contrasto tra i suoi gesti delicati, l'aspetto infantile del suo corpo e dei suoi capelli biondi, e quello sguardo verdeggiante carico di brillo e ironia che avevano i suoi grandi occhi.

Mentre parlavo con Pons, lei mi salutò con un cenno della mano. Dopodiché venne a cercarmi passando in mezzo ai gruppetti chiassosi che attendevano l'ora di lezione nel cortile di Lettere. Quando mi raggiunse aveva le guance arrossate e sembrava essere d'ottimo umore.

– Ci lasci un momento Pons per piacere?

– Con Pons – mi disse quando vide l'esile figura del ragazzo allontanarsi – devi sempre fare attenzione. È una di quelle persone che si offendono subito. Anche ora pensa che gli abbia fatto un torto a chiedere di lasciarci sole... Ma ho bisogno di parlarti.

Stavo pensando che, solo pochi minuti prima, anche io mi sentivo offesa per le sue prese in giro delle quali non avevo la più pallida idea fino a quel momento... Ma ora ero nuovamente catturata dalla sua simpatia.

Mi piaceva passeggiare con lei per i portici di pietra dell'Università e ascoltare le sue chiacchiere riflettendo sul fatto che un giorno avrei dovuto raccontarle di quella vita macabra a casa mia, che nel momento che giungeva a essere una tematica di discussione, assumeva ai miei occhi una carica di romanticismo. Mi sembrava che Ena fosse interessata e che ne avrebbe capito anche meglio di me le problematiche. Fino ad allora, ovviamente, non le avevo detto nulla della mia vita. Ero diventata piano piano sua amica grazie a questo desiderio di parlare che mi aveva preso da poco; tuttavia, parlare e fantasticare erano cose che mi erano sempre risultate difficili, e preferivo ascoltare i suoi discorsi, come in uno stato di attesa che mi scoraggiava e mi pareva interessante allo stesso tempo. Così quando Pons ci lasciò quel pomeriggio, non potevo immaginare che quell'agrodolce tensione nel mio vacillare e nel mio desiderio di confidarmi sarebbe finita.

– Oggi ho scoperto che il violinista di cui ti avevo parlato tempo fa... Ti ricordi?... oltre che avere il tuo stesso cognome, vive in calle Aribau, proprio come te. Si chiama Roman. Veramente non è un tuo parente? – mi disse.

– Sì, è mio zio, ma non avevo idea che fosse davvero un musicista. Ero sicura che, a parte la sua famiglia, nessuno sapesse che suonava il violino.

– Beh, come puoi vedere, io sì che lo conoscevo per sentito dire.

Cominciò ad afferrarmi una lieve eccitazione al pensiero che Ena potesse avere un qualsivoglia contatto con la calle Aribau. Ma allo stesso tempo mi sentii quasi defraudata.

– Voglio che mi presenti tuo zio.

– Va bene.

Restammo zitte. Io attendevo che Ena mi desse qualche spiegazione. Lei, forse, che parlassi io. Però, anche se non so perché, non mi riusciva di commentare in alcun modo, con la mia amica, il mondo della calle Aribau. Pensavo che mi risultava particolarmente penoso portare Ena al cospetto di Roman – un violinista famoso – e assistere al disincanto e all'ironia dei suoi occhi di fronte all'aspetto di

quell'uomo. Ebbi uno di quei momenti di scoraggiamento e di vergogna così frequenti in giovane età, nel sentirmi io stessa vestita male, lasciando perdere la candeggina e l'aspro sapone da cucina, confronto al completo ben cucito di Ena e al profumo dei suoi capelli.

Ena mi guardava. Ricordo che mi diede un sollievo enorme il fatto che dovessimo entrare a lezione.

– Aspettami all'uscita! – mi gridò.

Io mi sedevo sempre all'ultimo banco e lei teneva un posto ai suoi amici, in prima fila. Durante tutta la spiegazione del professore io restai persa nel mio mondo. Mi ripromisi che non avrei mescolato quei due mondi che iniziavano a delinarsi così chiaramente nella mia vita: quello delle mie amicizie da studentessa, con la loro semplice cordialità, e quello sporco e poco accogliente di casa mia. Il mio desiderio di raccontare della musica di Roman, della rossa capigliatura di Gloria, della mia nonna infantile, mi parve idiota. A parte l'incanto di rivestire tutto questo con ipotesi fantastiche in lunghe conversazioni, restava solo la realtà miserabile che mi stava tormentando da quando ero arrivata e che Ena avrebbe potuto vedere, se arrivavo a presentarle Roman.

Così, non appena terminò la lezione quel giorno, mi scaraventai fuori dalla Facoltà e me ne scappai a casa, come se avessi fatto qualcosa di male, fuggendo dal rassicurante sguardo della mia amica.

Quando arrivai al nostro appartamento in calle Aribau desiderai, sicuramente, incontrare Roman, perché era una tentazione troppo forte fargli capire che ero a conoscenza del suo segreto – segreto che a quanto pare custodiva gelosamente – della sua fama e del suo successo in tempi passati. Ma quel giorno non vidi Roman a cena. Questo mi lasciò interdetta, anche se non arrivai a sentire la sua mancanza, dato che Roman si assentava frequentemente. Gloria, che asciugava il moccio a suo figlio, mi sembrò una creatura infinitamente volgare e Angustias fu insopportabile.

Il giorno seguente e anche alcuni giorni dopo, sfuggii a Ena fino a che non fossi stata sicura che lei si fosse dimenticata la sua richiesta. Roman non si faceva vedere per casa.

Gloria mi disse:

– Non sai che di quando in quando se ne va di viaggio? Non lo dice e nessuno, nessuno sa dove va, a parte la cuoca...

(«Che Roman sia a conoscenza che alcune persone lo considerano una celebrità, che la gente non lo ha ancora dimenticato? – pensavo.») Un pomeriggio mi recai in cucina.

– Ditemi, Antonia, Voi sapete quando ritornerà mio zio?

La donna diresse a me, improvvisamente, il suo sorriso spaventoso

– Tornerà. Torna sempre. Va e viene, viene e va... Ma non si perde mai, non è vero, Trueno? Non c'è da preoccuparsi.

Si rivolgeva al cane che le stava dietro con la sua rossa lingua a penzoloni, come d'abitudine.

– Non è vero, Trueno, che non si perde mai?

Gli occhi dell'animale risplendevano ambrati mentre guardava la donna, e anche gli occhi di lei brillavano piccoli e tenebrosi, tra i fumi dei fornelli che aveva appena acceso. I due rimasero un istante così, fissi, ipnotizzati. Ero sicura che Antonia non avrebbe aggiunto una parola di più a quei suoi scarsi commenti informativi.

Non ci fu modo di avere notizie di Roman fino a che lui stesso non si decise a riapparire un pomeriggio. Ero sola con la nonna e Angustias e, per di più, ero in una sorta di prigionia di correzione comportamentale, dato che Angustias mi aveva colta sul fatto nel momento in cui mi apprestavo a scapparmene in strada in punta di piedi. In una simile situazione l'arrivo di Roman mi diede un'insolita gioia.

Mi sembrava più abbronzato, con la fronte ed il naso bruciati dal sole, ma emaciato, con la barba incolta ed il colletto della camicia sporco.

Angustias lo guardò dall'alto in basso.

– Chissà dove ti eri cacciato! –

Lui ricambiava lo sguardo, maligno, mentre tirava fuori il pappagallo dalla gabbia per accarezzarlo.

– Puoi star certa che lo vengo a dire a te... chi si è preso cura del pappagallo, mamma? –

– Io, figlio mio – disse la nonna sorridendogli – Non me lo scordo mai...

– Grazie, mamma.

La strinse per la vita in un modo tale che sembrava volerla sollevare, e le baciò la testa.

– Non sarai stato in nessun posto molto conveniente. Mi hanno già avvertito delle tue scorrazzate, Roman. Ti avviso che so che non sei lo stesso di prima... La tua moralità lascia a desiderare.

Roman espanse il petto, come per scrollarsi di dosso la fatica del viaggio.

– E se ti dicessi che durante le mie scorrazzate ho avuto modo di scoprire qualcosa circa la moralità di mia sorella?

– Non dire idiozie, canaglia! Men che meno davanti a mia nipote.

– Nostra nipote non si scandalizzerà. E, mamma, anche se spalanchi quegli occhietti rotondi, nemmeno...

Le guance di Angustias divennero giallognole e arrossite e mi parve strano che il suo petto ansimasse come quello di qualsiasi altra donna agitata. – Ho fatto un giro per i Pirenei – disse Roman – mi sono fermato qualche giorno a Puigcerdà, che è un gioiello di paese e, naturalmente, ho fatto visita a una povera signora che ho conosciuto in tempi migliori e che suo marito ha fatto rinchiudere in un casolare lugubre, sorvegliata dalla servitù, come se fosse una criminale. – Se ti riferisci alla moglie del mio capoufficio, Don Jeronimo, sai perfettamente che la poveretta è impazzita e che, prima di mandarla in manicomio, ha preferito...

–Sì, vedo che sei ben aggiornata sugli affari del tuo capo, mi riferisco alla povera signora Sanz... Che sia matta non ne dubito. Ma, di chi è stata la colpa del perché si è ridotta in un simile stato?

– Che cosa stai insinuando? – gridò Angustias talmente ferita (questa volta per davvero) che provai pena per lei.

– Niente! – esclamò Roman con sorprendente leggerezza, mentre un sorriso ombroso fluttuava sotto i suoi baffi.

Io ero rimasta con la bocca spalancata, pietrificata nel bel mezzo del mio desiderio di parlare con Roman. Avevo passato giorni in preda all'eccitazione di parlare con mio zio; così tante notizie che ritenevo interessanti e piacevoli per lui, che mi sembrava custodirle. Quando mi alzai dalla sedia per abbracciarlo con più trasporto di quello che ero solita metterci in queste cose, mi aveva pervaso l'allegria di questa sorpresa che gli avevo riservato, sulla punta della lingua. La scena che seguì mi aveva mozzato l'entusiasmo.

Con la coda dell'occhio vidi Angustias – mentre Roman parlava – appoggiata alla credenza, molto pensierosa, sfigurata da una smorfia di dolore ma senza piangere, cosa piuttosto rara per lei.

Roman si accomodò pacificamente su una sedia ed iniziò a parlarmi dei Pirenei. Disse che quella magnifica ruga di terra che si erge su di noi – gli spagnoli – e sul resto d'Europa era uno dei posti veramente mozzafiato del mondo. Mi raccontò della neve, delle valli profonde, del cielo gelido e terso.

– Non so perché non riesco ad amare la Natura; così terribile, così aspra e magnifica... Credo di aver perso il gusto per ciò che è colossale. Il ticchettio dei miei orologi mi risveglia i sensi più di quel vento nelle gole...sono un tipo chiuso – concluse.

Ascoltandolo ritenni che non valesse la pena dire a Roman che una ragazzina della mia età conosceva il suo talento, visto che il successo di quel talento non gli interessava. Visto che lui stesso era chiuso rispetto a tutte quelle lusinghe esternate.

Mentre Roman parlava accarezzava le orecchie del cane, che socchiudeva gli occhi di piacere. La governante, sulla soglia, li spiava; si asciugava le mani sul grembiule, quelle mani rovinare con le unghie nere, senza rendersi conto delle sue gesta e fissava, sicura, insistente, le mani di Roman sulle orecchie del cane.

3.2.6 Capítulo VI

Molto spesso, tra la gente della calle Aribau, mi ritrovai sorpresa della virata tragica che prendeva ogni minima situazione, al di là del fatto che ciascuno di quegli esseri portava dei fardelli, delle vere e proprie ossessioni dentro di loro, alle quali alludevano direttamente solo poche volte.

Il giorno di Natale mi coinvolsero in uno dei loro scandali; e forse proprio perché io ero solita restarne fuori, questo mi rimase più impresso degli altri. O forse per quello strano stato d'animo nel quale mi lasciò rispetto a mio zio Roman, che non potei più fare a meno di vedere sotto una luce estremamente sgradevole.

Quella discussione aveva radici nascoste nella mia amicizia con Ena. E molto tempo dopo, al ricordarlo, ho pensato che una specie di destino avesse unito Ena alla calle Aribau, così intriso di elementi strani.

La mia amicizia con Ena aveva seguito il corso naturale di quei rapporti tra due compagne di corso che si stavano particolarmente simpatiche. Tornai a ricordare l'incantesimo delle mie amicizie a scuola, subito dimenticate, grazie a lei. Non ero nemmeno ignara dei vantaggi che traevo dalla sua predilezione per me. I compagni stessi mi stimavano di più. Sicuramente a loro risultava più facile avvicinarsi alla mia bellissima amica in questo modo. Ad ogni modo, per me era un lusso troppo costoso condividere le abitudini di Ena. Lei mi trascinava ogni giorno al bar – l'unico posto riscaldato che ricordo in quell'Università di pietra, fatta eccezione del sole in giardino – e pagava la mia consumazione, visto che avevamo stretto un patto per impedire che i ragazzi, troppo giovani e, nella maggior parte dei casi a corto di mezzi, ci offrissero. Io non avevo soldi per una tazza di caffè. Non li avevo nemmeno per pagarmi il tram – se delle volte riuscivo a raggirare la sorveglianza di Angustias e uscire a fare un giro con la mia amica – né per comprare le caldarroste calde al tramonto. Provvedeva a tutto Ena. Questo mi feriva l'orgoglio in modo terribile. Tutte le gioie di quel periodo venivano smussate un po' dall'ossessione di dover ricambiare le sue gentilezze. Fino ad allora nessuno al quale volevo bene mi aveva dimostrato un tale affetto e rodevo per il bisogno di donarle qualcosa di più della mia semplice compagnia, per quell'urgenza che sentono tutte le persone meno fortunate di ripagare materialmente ciò che per loro è straordinario: l'interesse e la simpatia.

Non so dire se fosse positivo o meschino – e a quel tempo non mi era venuto in mente di analizzare la cosa – quel sentimento che mi spinse a riaprire la mia valigia per fare un resoconto dei miei tesori. Ammucchiai i miei libri uno ad uno. Li avevo presi tutti dalla biblioteca di mio padre, che mia cugina Isabel conservava nella soffitta di casa sua, ed erano ingialliti e ammuffiti. I miei indumenti intimi e un portagioie di latta completavano il quadro di tutto ciò che possedevo al mondo. Nel portagioie trovai delle vecchie fotografie, le fedi dei miei genitori ed un medaglione d'argento con la mia data di nascita. Sotto tutto questo, avvolto in un panno di seta, c'era un fazzoletto di magnifico pizzo antico

che mia nonna mi aveva spedito il giorno della mia prima comunione. Non mi ricordavo che fosse così bello e, la gioia di poterlo regalare a Ena, compensava molte tristezze. Ricompensava tutto lo sforzo che mi causava andare pulita all'Università e, soprattutto avvicinarmi all'aspetto benestante dei miei compagni. Quel malessere nel dovermi ricucire i guanti, nel lavarmi le camicette nell'acqua torbida e ghiacciata del lavabo nella veranda con lo stesso pezzo di sapone che Antonia utilizzava per grattare i suoi tegami e che, al mattino, strofinavo sul mio corpo sotto la doccia fredda. Poter fare ad Ena un regalo così delicatamente bello mi ricompensava di tutta la meschinità della mia vita. Mi ricordo che me lo portai dietro l'ultimo giorno di lezioni prima delle vacanze di Natale, all'Università, e che nascosi minuziosamente la cosa agli occhi della mia famiglia; non perché reputassi scorretto regalare qualcosa di mio, ma perché quel regalo rientrava nel recinto di quelle mie cose intime che io precludevo a tutti gli altri. Già allora mi sembrava impossibile aver anche solo pensato di parlare di Ena a Roman, anche solo per dirgli che qualcuno ammirava la sua arte.

Ena fu talmente commossa e contenta quando trovò nel pacchettino quel grazioso oggetto banale, che quella sua allegria mi legò a lei più di tutte le sue precedenti dimostrazioni di affetto. Mi fece sentire tutto ciò che non ero: ricca e felice. E non l'ho mai potuto dimenticare.

Mi ricordo che questo fatto mi aveva messo di buon umore e iniziai le vacanze con più pazienza e benevolenza del solito, nei confronti di tutti. Mi dimostrai tenera perfino con Angustias. La notte della Vigilia mi vestii, disposta ad andare alla Messa del Gallo con lei, nonostante non me lo avesse chiesto. Con grande sorpresa da parte mia, Angustias divenne molto nervosa.

– Preferisco andare da sola sta sera, piccola...

Pensò che fossi rimasta delusa e mi accarezzò il viso.

– Andrai a fare la Comunione domani, con la nonna...

Io non ero delusa, solo sorpresa, dato che Angustias mi obbligava ad andare con lei a tutti gli appuntamenti religiosi, e le piaceva sorvegliare e criticare la mia fede.

La mattina di Natale mi apparve splendida, dopo molte ore di sonno. Accompagnai la nonna a messa. Sotto l'intensa luce del sole la vecchietta, con il suo vestito nero, sembrava una piccola, avvizzita uva passa. Passeggiava al mio fianco, tutta contenta, che mi tormentò un losco rimorso di non esserle più affezionata. Quando eravamo sulla strada del ritorno, mi disse che aveva offerto la sua Comunione per la pace della famiglia.

– Il mio unico desiderio è che quei due fratelli facciano la pace, bambina mia, e che anche Angustias capisca quanto buona è Gloria e quanto sfortunata è stata.

Mentre stavamo salendo le scale della casa udimmo delle grida che provenivano dal nostro appartamento. La nonna si aggrappò al mio braccio con più forza e sospirò.

Non appena entrammo scoprimmo che Gloria, Angustias e Juan erano nel mezzo di un'accesa lite nella sala da pranzo. Gloria piangeva isterica. Juan stava cercando di colpire Angustias sulla testa con una sedia e lei ne aveva afferrato un'altra come scudo e saltellava per difendersi. Visto che il pappagallo gracchiava e Antonia canticchiava in cucina, la scena non smetteva di essere comica.

La nonna si intromise subito nella zuffa, agitando le braccia e tentando di calmare Angustias che si disperò.

Gloria corse verso di me.

– Andrea! Puoi dirlo anche tu che non è vero!

Juan lasciò la sedia e mi guardò.

– Cosa vuoi che dica Andrea? – gridò Angustias; – so benissimo che l'hai rubato tu...

– Angustias! Se continui ad insultare ti apro in due il cranio, maledetta!

– Va bene, ma cosa dovrei dire io?

– Angustias dice che ti ho rubato un fazzoletto di pizzo che avevi...

Percepivo che stavo diventando stupidamente rossa, come se mi avessero accusato di qualcosa. Un'ondata di calore. Un flusso di sangue nelle guance, nelle orecchie, nella vena del collo...

– Io non parlo senza avere le prove! – disse Angustias con l'indice puntato verso Gloria – C'è qualcuno che ti ha visto portare via il fazzoletto per venderlo. Per dirla tutta, è l'unica cosa preziosa che nostra nipote aveva nella sua valigia e non vorrai negare che non è la prima volta che metti sotto sopra quella valigia per portarle via qualcosa. Ti ho già beccata due volte che indossavi l'intimo di Andrea.

Effettivamente era vero. Una spregevole abitudine di Gloria sozza e trasandata, senza nessuno scrupolo per la proprietà altrui.

– Ma il fatto di avermi portato via il fazzoletto non è vero – dissi sentendomi oppressa come da un'angoscia infantile.

– Lo vedi? Strega immonda! Sarebbe meglio che avessi vergogna per i fatti tuoi e non intrometterti in quelli degli altri.

Questa volta era Juan, naturalmente.

– Non è vero? Non è forse vero che ti hanno rubato il fazzoletto della prima Comunione?... E allora dov'è? Perché proprio questa mattina ho controllato io stessa la tua valigia e lì non c'era niente.

– L'ho regalato – dissi cercando di controllare i battiti del mio cuore – L'ho regalato a una persona.

Zia Angustias si gettò così rapidamente su di me che chiusi gli occhi istintivamente, come se mi aspettassi che mi schiaffeggiasse. Mi si parò talmente vicina che il suo alito mi nauseava.

– Dimmi subito a chi lo hai dato! Al tuo fidanzato? Hai un fidanzato?

Scossi la testa negando.

– Quindi non è vero. È una bugia che stai raccontando per difendere Gloria. Non ti importa di coprimi di ridicolo purché ne esca pulita questa donnaccia...

Normalmente zia Angustias era manierata nel suo modo di parlare. Quella volta si fece contagiare dall'atmosfera circostante. Tutto il resto accadde molto in fretta: un ceffone di Juan talmente forte, che fece vacillare Angustias che cadde per terra.

Mi piegai velocemente su di lei per aiutarla ad alzarsi. Mi respinse bruscamente, piangendo. A dire il vero, la scena aveva perso tutto il suo lato divertente per me.

– E apri le orecchie, strega! – urlò Juan – Non ho mai detto nulla prima perché sono cento volte meglio di te e di tutta la maledetta gentaglia di questa casa, ma non me ne può importare di meno che tutto il creato venga a sapere che la moglie del tuo capo ha ragione a insultarti al telefono, come fa delle volte, e che ieri notte non sei stata alla Messa del Gallo, né in nessun altro posto del genere...

Credo che sarà difficile dimenticarmi dell'aspetto di Angustias in quel momento. Con le ciocche di capelli grigi spettinati, gli occhi talmente spalancati che mi davano i brividi e con le dita intente a ripulirsi un rivolo di sangue agli angoli delle labbra... Sembrava ubriaca.

– Canaglia! Canaglia!... Pazzo! – strillò.

Poi si coprì il viso con le mani e corse a chiudersi nella sua stanza. Sentimmo lo scricchiolio del letto sotto il peso del suo corpo e, dopo, i suoi singhiozzi.

La sala da pranzo rimase avvolta in una quiete sconvolgente. Guardai Gloria e vidi che mi sorrideva. Non sapevo che fare. Tentai timidamente di chiamare Angustias dalla sua camera, ma realizzai con sollievo che non mi rispondeva.

Juan se ne andò nel suo studio e da lì chiamò Gloria. Sentii che iniziavano a discutere nuovamente che arrivava alle mie orecchie soffocata, come una tempesta che si allontana.

Mi avvicinai al balcone e appoggiai la fronte contro il vetro. Quel giorno di Natale la via aveva l'aspetto di un'immensa pasticceria dorata, piena di cose succulente.

Avvertii la nonna che si avvicinava alle mie spalle e poi la sua mano fine, sempre livida dal freddo, azzardò una flebile carezza sulla mia mano.

– Bricconcella – mi disse – bricconcella... hai dato via il mio fazzoletto.

La guardai e vidi che era triste, con uno sconforto puerile negli occhi.

– Non ti piaceva il mio fazzoletto? Era di mia madre ma io volevo che fosse tuo...

Non sapevo cosa risponderle e le girai la mano per baciarle il palmo, rugoso e delicato. Anche a me opprimeva uno sconforto in gola, come un rude cappio. Pensai che per ogni gioia della mia vita ci fosse un prezzo da pagare con qualcos'altro di sgradevole. Forse questa era una legge imprescindibile. Arrivò Antonia per preparare la tavola. Al centro, come se fossero fiori, vi misi un grande vassoio di torroni. Zia Angustias non volle uscire dalla sua camera per mangiare. C'eravamo io, la nonna, Gloria,

Roman e Juan a quello strano pranzo di Natale, intorno a una gran tavola, con la tovaglia a quadri sfilacciato agli angoli.

Juan si sfregò le mani contento.

– Allegrìa! Allegrìa! – esclamò e stappò una bottiglia.

Visto che era il giorno di Natale, Juan si sentiva pieno di vita. Gloria si mise a mangiare pezzi di torrone come se fossero pane per la zuppa. La nonna rideva, beata, con la testa inzuccata dopo aver bevuto il vino.

– Non c'è né pollo né tacchino, ma non c'è nulla di meglio di un buon coniglio – disse Juan.

Solo Roman era come al solito, lontano dal cibo. Anche lui raccoglieva pezzetti di torrone per darli al cane. Assomigliavamo a qualunque famiglia tranquilla e serena, avvolta da una semplice povertà, senza desiderare nulla di più.

Un orologio, sempre un po' in ritardo, diede dei rintocchi tempestivi e il pappagallo si appollaiò al sole soddisfatto.

D'un tratto tutto quello mi sembrò nuovamente idiota, comico e ridicolo. E senza riuscire a trattenermi iniziai a ridere senza che nessuno parlasse o raccontasse qualcosa e mi andò di traverso. Mi diedero colpi sulla schiena ed io, mentre tossivo arrossata con le lacrime agli occhi, ridevo; poi finii per piangere sul serio, col cuore a pezzi, triste e vuota.

Al pomeriggio zia Angustias mi chiamò in camera sua. Si era messa a letto e si era messa un panno zuppo d'acqua e aceto sulla fronte. Si era già calmata e sembrava una malata.

– Avvicinati, bambina mia, avvicinati – mi disse – devo spiegarti una cosa... Voglio che tu sappia che tua zia è incapace di qualsiasi azione malvagia o indecorosa.

– Già lo so. Non ne ho mai dubitato.

– Grazie, cara. Non hai creduto alle calunnie di Juan?

– Ah!... Che ieri notte non eri alla Messa del Gallo? – mi prese una voglia di sorridere – No. Perché non avresti dovuto esserci?

Per di più a me non sembrava importante.

Si rigirò inquieta.

– Mi risulta molto difficile spiegartelo, ma...

La sua voce era carica di saliva, come le nubi rigonfie in primavera. Non potevo sopportare un'altra scenata e le sfiorai il braccio con la punta delle dita.

– Non voglio che tu mi dia nessuna spiegazione. Non credo che tu debba rendere conto a me di quello che fai, zia. E per quello che vale, posso dirti che mi risulta difficile credere qualsiasi cosa immorale che mi possono dire riguardo a te.

Mi guardò, sbattendo gli occhi castani sotto la visuale del panno bagnato che aveva in fronte.

– Me ne andrò da questa casa molto presto, piccola – disse con voce tremante – Molto prima di quello che si possa immaginare. Ed allora risplenderà la mia verità.

Provai ad immaginarmi come avrebbe potuto essere la vita senza zia Angustias, gli orizzonti che mi si prospettavano... Lei non mi mollò.

– Adesso ascoltami, Andrea – aveva cambiato tono – se hai regalato quel fazzoletto, devi chiedere che te lo restituiscano.

– Perché? Era mio.

– Perché te lo dico io.

Risi tra me e me, pensando a come rispondere a quella donna.

– Non posso farlo. Non farò una tale sciocchezza.

Una specie di suono rauco risaliva per la gola di Angustias, come delle fusa di gatto. Si alzò sul letto, togliendosi il panno inumidito.

– Potresti giurare di averlo regalato?

– Ovvio che sì! Dio Santo!

Ero stufo ed esasperata per quella storia.

– L’ho regalata a una mia compagna di corso dell’Università.

– Rifletti bene, prima di giurare il falso.

– Zia, non ti rendi conto che tutto questo è giunto ad essere ridicolo? Dico davvero. Chi ti ha messo in testa che ma l’ha rubato Gloria?

– Me l’ha assicurato tuo zio Roman, figliola – tornò a stendersi, lasciva, sul materasso – Che Dio lo perdoni se ha detto una bugia. Mi ha detto di aver visto Gloria che vendeva il tuo fazzoletto in un negozio di antiquariato, per questo sono andata ad ispezionare la tua valigia questa mattina.

Rimasi lì, perplessa, come se avessi messo le mani in uno sporco affare, senza sapere che fare o che dire.

Passai il resto del giorno di Natale in camera mia, tra quella composizione di mobili al crepuscolo. Ero seduta sul letto a baldacchino, avvolta nella coperta, con la testa appoggiata sulle ginocchia piegate.

Fuori, i negozi intrecciavano grappi di luce e la gente se ne andava carica di pacchetti. I presepi, con tutto il loro seguito di pastori e pecore erano illuminati. Attraversavano le strade dolci, rami di fiori, ceste decorate, auguri e regali.

Gloria e Juan erano andati a passeggiare col bambino. Supponevo che le loro sagome dovevano essere più magre, più sbiadite e perse in mezzo a quelle delle altre persone. Anche Antonia era uscita ed io ascoltavo i passi della nonna, nervosa e piena di speranza, come un topolino, fiutando nell’universo proibito della cucina; nei domini di quella terribile donna. Trascinò una sedia per raggiungere la porta

della credenza. Quando trovò il barattolo di zucchero sentii scricchiolare le zollette sotto la sua dentiera.

La maggior parte di noi era a letto. Io e zia Angustias al piano di sopra, separate da quella cappa attutita di rumori (suoni di grammofoni, balli, conversazioni rumorose) di ciascun appartamento, potevo perfino immaginarmi Roman disteso anche lui, fumando, fumando...

Tutti e tre pensavamo ai fatti nostri, senza oltrepassare mai i confini rigidi di quella vita. Nemmeno lui, nemmeno Roman, con quella sua falsa apparenza insidiosa. Lui, Roman, più meschino, il più incastrato di tutti nelle minuscole radici della quotidianità. La sua vita, le sue facoltà, la sua arte risucchiate dal pathos di quell'effervescenza della casa. Lui, Roman, capace di frugare nella mia valigia, di inventare bugie e tessere trame contro una creatura che si divertiva a disprezzare fino alla più totale ignoranza della sua esistenza. Terminò così, per me, quel giorno di Natale, infreddolita nella mia camera, rimuginando su questa faccenda.

3.2.7 Capítulo VII

Due giorni dopo quella burrascosa scenata che ho raccontato, Angustias preparò i bagagli e se ne andò, senza dirci dove né quando pensava di ritornare.

Comunque, quel viaggio non aveva l'aria di quella fuga misteriosa che Roman dava alle sue scappatelle. Angustias mise sottosopra la casa durante quei giorni, con i suoi ordini e le sue grida. Era nervosa, si contraddiceva. A volte piangeva.

Quand'ebbe chiuso le valigie e il taxi la stava aspettando, abbracciò la nonna

– Dammi la tua benedizione, mamma!

– Sì, figlia mia, sì, figlia mia...

– Ricorda quello che ti ho detto.

– Sì, figlia mia...

Juan osservava la scena con le mani in tasca, spazientito.

– Sei più matta di un cavallo, Angustias!

Lei non gli rispose. La potevo già vedere, con il suo lungo cappotto scuro, il suo immancabile cappello, appoggiata al braccio della madre, piegandosi fino a toccare con la testa la sua bianca chioma, ed ebbi l'impressione di trovarmi di fronte a una di quelle ultime foglie d'autunno, secche sul ramo d'un albero, prima che il vento le porti via.

Quando, alla fine, se ne andò rimase per un bel po' il suo eco che vibrava. Quello stesso pomeriggio suonò il campanello della porta ed io aprii ad uno sconosciuto che era venuto a cercarla

. – Se ne è già andata? – aggiunse lui, ansimando come se fosse arrivato correndo.

– Posso, dunque, vedere sua nonna?

Lo introdussi in sala da pranzo e lui lanciò uno sguardo inquieto a tutta quella rovinosa tristezza. Era un uomo alto e grosso, con le sopracciglia molto grigie e folte.

La nonna entrò con il bambino attaccato alla gonna, con la sua spettrale e disastrata dignità, sorridendogli dolcemente senza riconoscerlo.

– Non so da dove...

– Ho vissuto molti mesi sotto questo tetto, signora. Sono Jeronimo Sanz.

Osservai il capo di Angustias con una curiosità quasi impertinente. Sembrava un uomo dal brutto carattere, che a stento riusciva a trattenersi. Era davvero ben vestito. I suoi occhi scuri, quasi senza la parte bianca, mi ricordavano quelli dei maiali che allevava Isabel al paese.

– Gesù! Gesù! – diceva la nonna tutta tremante – Ovviamente sì... Sedetevi. Conoscete Andrea?

– Sì signora, l'ho già vista l'ultima volta che è venuta qui. Non è cambiata molto... Assomiglia alla madre per gli occhi e per essere così alta e magra. A dire il vero, Andrea ha molto della vostra famiglia.

– È uguale a mio figlio Roman, se avesse gli occhi scuri sarebbe uguale a mio figlio Roman – disse la nonna inaspettatamente.

Don Jeronimo sospirò nella sua poltrona. La conversazione che mi riguardava lo interessava molto poco, esattamente quanto a me. Si girò verso la nonna e vide che si era dimenticata di lui, mentre era occupata a giocare con il bimbo.

– Signora, vorrei avere l'indirizzo di Angustias... È un favore che chiedo a Voi. Sapete già... ho delle faccende in ufficio che solo lei può sbrigare, beh... non se n'è ricordata... e...

- Sì, sì – rispose la nonna – Non se n'è ricordata... Angustias ha tralasciato di dire dove andava. Vero, Andrea?

Sorrise a Don Jeronimo con i suoi occhi chiari e dolci.

– Si è dimenticata di riferire il suo indirizzo a tutti – concluse – forse scriverà... Mia figlia è un po' particolare. Pensate, ha l'abitudine di dire che sua cognata, mia nuora Gloria, non è perfetta...

Don Jeronimo, divenuto paonazzo sopra il suo rigido collo bianco, cercò una scusa per congedarsi. Sulla soglia della porta, mi lanciò uno sguardo d'odio singolare. Ebbi l'impulso di corrergli dietro, di prenderlo per il bavero e urlargli «Perché mi guardate così? Che cosa c'entro io con Voi?»

Ma, naturalmente, gli sorrisi e chiusi la porta delicatamente. Appena tornai mi ritrovai il viso della cara nonna, infantile, contro il mio petto.

– Sono felice, bambina mia. Sono felice, ma ho l'impressione che questa volta dovrò andare a confessarmi. Comunque, sono sicura che non si tratta di un peccato così grave. Ma ad ogni modo... visto che devo fare la Comunione domani...

– È perché hai raccontato una bugia a Don Jeronimo?

– Sì, sì... – e la nonna se la rideva.

– Dov'è zia Angustias, nonna?

– Non posso dirlo nemmeno a te, bricconcella... E mi piacerebbe sai, perché i tuoi zii pensano molte cose oscene della povera Angustias, cose che non sono vere, e anche tu potresti crederle. L'unica cosa che ha la mia povera figlia è un caratteraccio... ma non devi farci caso.

Arrivarono Juan e Gloria.

– Dove se n'è scappata Angustias con Don Jeronimo? – disse Juan secco.

– Zitto! Zitto!... per di più sai che tua sorella non ne è capace.

– Beh, Mamma, noi l'abbiamo vista la notte della Vigilia tornare a casa con Don Jeronimo all'alba. Io e Juan ci siamo nascosti nella penombra per osservarli mentre passavano. Si sono salutati sotto al lampione che c'è all'entrata, Don Jeronimo le baciava la mano e lei piangeva... disse

– Figliola – disse la nonna scuotendo il capo – non tutto è come sembra.

Più tardi la vedemmo uscire, sfidano il buio gelato della sera, per andare a confessarsi in una chiesa vicina.

Entrai nella stanza di Angustias ed il soffice cuscino sgualcito mi fece balenare l'idea di dormire lì mentre lei non c'era. Senza chiederlo a nessuno, trasferii i miei vestiti in quella camera, non certo senza un po' di inquietudine, dato che tutta la stanza era impregnata di quell'aroma di naftalina ed incenso che la sua proprietaria spargeva, e l'ordine delle timide sedie sembrava ancora obbedire ai suoi ordini. Quella camera era dura, come il corpo di Angustias, ma più pulita e più indipendente di qualsiasi altra stanza della casa. Mi ripugnava istintivamente ma, allo stesso tempo, tentava il mio desiderio di comodità.

Qualche ora dopo, quando la casa era immersa nella pace della notte – una breve tregua obbligatoria –, una luce elettrica puntata sugli occhi mi svegliò.

Mi sedetti di soprassalto sul letto e vidi Roman.

– Ah! – esclamò – con il broncio ma abbozzando un sorriso – te ne approfitti dell'assenza di Angustias per dormire nella sua tana... Non hai paura che ti affogherà quando lo verrà a sapere?

Non gli risposi ma lo guardai inquisitrice.

– Niente – replicò lui – Niente... non cercavo niente qui.

Spense nuovamente la luce, brusco, e se ne andò. Poi lo udii uscire di casa.

Nei giorni successivi, ebbi l'impressione che quella visita di Roman in piena notte fosse stata un sogno; ma la ricordai in modo vivido qualche tempo dopo.

Era un pomeriggio dalla luce molto malinconica. Mi stufai di vedere i ritratti antichi che la nonna mi illustrava nella sua camera da letto. Aveva un cassetto pieno di fotografie nel disordine più totale, alcune con la carta rosicchiata dai topi

. – Questa sei tu, nonna?

– Sì.

– E questo è il nonno?

– Sì, è tuo padre.

– Mio padre?

– Sì, mio marito.

– Quindi non è mio padre, ma mio nonno

– Ah!... Sì, sì

. – Chi è questa bimba così cicciotta?

– Non lo so.

Ma dietro la foto c'era una data remota e un nome «Amalia».

– È mia madre da piccola, nonna.

– Mi sembra che ti sbagli.

– No, nonna.

I suoi amici di gioventù se li ricordava tutti.

– È mio fratello... È un cugino che è stato in America...

Alla fine, mi stufai e me ne andai in camera di Angustias. Volevo starmene lì da sola al buio, per un po'. «Se mi viene voglia – pensai con una leggera sensazione di rifiuto che mi prende sempre quando rifletto su questo argomento – studierò un po'.»

Spinsi dolcemente la porta e subito indietreggiai, spaventata: vicino al balcone, approfittando dell'ultima luce della sera per leggere, c'era Roman con una lettera in mano.

Si voltò irritato, ma appena mi vide abbozzò un sorriso.

– Ah!... Sei tu, piccola?... Bene, ora fammi il favore di non evitarmi.

Rimasi lì tranquilla e lo osservai mentre piegava la lettera con grande calma e destrezza, e la collocava sopra una pila di carte che c'era sulla piccola scrivania (io fissavo le sue agili mani, abbronzate, piene di vita). Aprì uno dei cassetti di Angustias. Dopodiché, tirò fuori un portachiavi da taschino, trovò subito la piccola chiave che stava cercando e richiuse silenziosamente il cassetto dopo avervi riposto le lettere dentro.

Mentre portava a termine tutte queste operazioni mi parlava:

– A dire il vero, avevo una gran voglia di chiacchierare con te questo pomeriggio, piccola. Di sopra ho un caffè squisito e volevo invitarti per berne una tazza. Ho anche delle sigarette e dei dolcetti che ho comprato pensando a te... E... Beh? – disse alla fine, vedendo che io non rispondevo.

Si era appoggiato alla scrivania di Angustias e la tarda luce dal balcone gli illuminava le spalle. Io gli ero davanti.

– Hai gli occhi grigi da gatta che brillano – disse.

Io scacciai il mio attonimento e la mia tensione con quello che assomigliava a un sospiro.

– Beh? Cosa mi dici?

– No grazie, Roman. Questo pomeriggio vorrei studiare.

Roman grattò un fiammifero per accendere una sigaretta; per un attimo, nella penombra, vidi il suo viso illuminato da un bagliore rossastro e un sorriso strano, poi i riccioli dorati come ardenti. Dopodiché, una tonalità rossa e, tutt'intorno, la luce grigio – violetta del crepuscolo.

– Non è vero che vuoi studiare, Andrea... Suvvia! – esclamò avvicinandosi rapidamente a me e afferrandomi per il braccio – Andiamo!

Mi sentii irrigidita iniziai a togliere delicatamente le sue dita dal mio braccio.

– Oggi no... grazie.

Mollò la presa subito; ma eravamo molto vicini e non ci muovevamo.

Si illuminarono i lampioni in strada e una scia arancione si rifletteva sulla sedia di Angustias e corse per le piastrelle.

– Fa' come vuoi, Andrea – mi disse alla fine – non è una questione di vita o di morte per me.

La voce risuonava profonda, con un tono diverso.

È disperato», pensai senza sapere con certezza perché trovavo della disperazione nella sua voce. Se ne andò velocemente, sbattendo la porta mentre usciva dall'appartamento, come d'abitudine. Io provavo un'emozione sgradevole. Mi pervase un immediato desiderio di seguirlo, ma una volta in ingresso mi bloccai nuovamente. Da giorni rifuggivo le attenzioni di Roman, mi appariva impossibile tornare ad essergli amica dopo lo spiacevole episodio del fazzoletto. Tuttavia, lui mi ispirava ancora più interesse di tutti gli altri messi insieme in quella casa... È meschino, è una persona ignobile» pensai ad alta voce, lì, nella quieta oscurità della casa...

Ciononostante, me decisi ad aprire la porta e a scendere le scale. Avvertendo per la prima volta, ma ancora senza comprenderlo, che l'interesse e la stima che ti ispira una persona, sono due cose che non sempre sono congiunte.

Mentre camminavo, pensavo che la prima notte che avevo dormito nella stanza di Angustias dopo la visita di Roman e dopo averlo sentito sbattere la porta quando se ne era andato, ed i suoi passi sulle scale, avevo sentito uscire di casa anche Gloria. La stanza da letto di Angustias riceveva direttamente tutti i rumori del vano scala. Era come la grande orecchia della casa... Bisbigli, colpi della porta, voci, tutto riecheggiava lì. Stupita com'ero, mi ero messa ad ascoltare. Avevo chiuso gli occhi per sentire meglio; potevo vedere Gloria, con il suo viso bianco triangolare, girando intorno per il pianerottolo, senza riuscire a decidersi. Fece qualche giro, poi si trattenne incerta, riprese nuovamente a muoversi per poi trattenersi. Iniziò a battermi il cuore per l'emozione perché ero sicura che lei non sarebbe stata

in grado di respingere il desiderio di salire gli scalini che separavano la nostra casa dalla stanza di Roman. A volte non riuscivo a trattenermi dalla tentazione di spiargli... Comunque, i passi di Gloria si decisero, bruscamente, a lanciarsi per la scalinata del piano terra, giù in strada. Tutto questo appariva talmente losco che lo attribuii al frastono della mia immaginazione, mezza addormentata. Adesso ero io quella che saliva piano piano in camera di Roman, mentre il cuore mi batteva forte. In realtà sentivo che ero io quella che sentiva la vera mancanza di parlargli, come mi aveva detto. Forse voleva confidarsi con me; chiedermi scusa o giustificarsi.

Quando arrivai lo trovai coricato, che accarezzava l'orecchie del cane.

– Pensi di aver fatto chissà cosa a venire?

– No... Però tu volevi che io venissi.

Roman si sollevò, guardandomi con un'espressione di curiosità nei suoi occhi luminosi.

– Vorrei sapere fino a che punto posso contare su di te, Andrea; fino a che punto puoi arrivare a volermi bene... Tu mi vuoi bene, Andrea?

– Sì, naturale – risposi imbarazzata –, non so fino a che punto le nipoti normali vogliono bene ai loro zii...

Roman scoppiò a ridere. – Le nipoti normali? Tu ti consideri una nipote straordinaria?... Andiamo, Andrea! Guardami!... Sciocca! Qualsiasi nipote è abituata a non interessarsi minimamente agli zii...

– Sì, a volte penso che sia meglio l'amicizia che la famiglia.

A volte qualcuno può arrivare a legare di più con un estraneo che con il suo stesso sangue...

La immagine di Ena cancellava tutti quei giorni, prendeva forma nella mia immaginazione con un profilo sbiadito. Perseguitata da questo pensiero, domandai a Roman:

– Tu non hai amici? – No. – Roman mi osservava – Io non sono un uomo per le amicizie. Nessuno ha bisogno di amici in questa casa. Qui ci bastiamo a noi stessi. Te ne convincerai anche tu...

– Non credo. Non ne sono sicura... Parleresti meglio con un uomo della tua età piuttosto che con me...

I pensieri mi si ingorgavano in gola, senza che io riuscissi a esprimerli. Roman aveva un tono irritato, anche se sorrideva.

– Se avessi bisogno di amici, li avrei, ne ho avuti e li ho lasciati perdere. Anche tu ti stuferai di tutto... C'è forse qualcuno, in questo schifosamente bel mondo, che abbia interesse a sopportare tutto? Anche tu manderai la gente al diavolo di qui a poco, quando ti sarà passata questa vena di romanticismo collegiale per le amicizie.

– Però tu, Roman, te ne vai al diavolo alle spalle di questa gente che lasci perdere... Io non ho mai fatto così tanto caso alla gente, come fai tu., né ho mai avuto tanto interesse per i loro fatti privati... Né frugo nei loro cassetti, né mi importa di quello che hanno nelle loro valigie.

Arrossii e lo percepì, perché la luce era accesa così come un caldo fuoco nel caminetto. Quando me ne resi conto, mi salì una nuova ondata di sangue, ma mi azzardai a sostenere lo sguardo di mio zio. Roman stava inarcando un sopracciglio.

– Ah! Era questa, dunque, la casa del tuo sfuggirmi di questi giorni?

– Sì.

– Ascolta – cambiò tono – non intrometterti in cose che non puoi capire, donna... Non riusciresti a capirmi se ti spiegassi le mie azioni. E per quel che vale, non mi sono mai sognato di rendere conto a te di quello che faccio.

– Io non te lo chiedo.

– Sì, ma voglio parlare io... ho voglia di raccontarti delle cose.

Quella sera, Roman mi sembrò frastornato. Per la prima volta, provai per lui quella sensazione di squilibrio che rendeva la presenza di Juan sempre così sgradevole. Durante quella conversazione che abbiamo avuto, ci furono momenti in cui il viso gli si illuminava di un malizioso buon umore, altre volte mi guardava con le sopracciglia aggrottate, ma con lo sguardo intenso, come se per lui fosse davvero appassionante quello che mi stava raccontando. Come se fosse la cosa più importante della sua vita.

«Gli chiedo che suoni un po' di musica, come sempre?» pensai, notando che il silenzio si protraeva. Sembrava che avessimo recuperato il nostro rapporto normale. Improvvisamente la sua voce mi fece trasalire.

. – Guarda, volevo parlare con te, ma è impossibile. Tu sei una creatura... «il bene», «il male», «quello che mi piace», «quello che mi va di fare» ... Questo è tutto ciò che hai nella testa, con una semplicità da bambina. Ci sono delle volte in cui credo che tu mi assomigli, che mi capisci, che comprendi la mia musica, la musica di questa casa... La prima volta che ho suonato il violino per te, tremavo dentro di me per la speranza, per una gioia talmente pazzesca quando il tuo sguardo cambiava con la musica, quando le tue mani cambiavano con lei... Pensavo, piccola, che mi avresti capito anche senza che ci fosse bisogno di parlare; che tu fossi il mio pubblico, quel pubblico che mi mancava... E tu non hai neppure realizzato che io devo sapere – e che di fatto so – tutto, ma assolutamente tutto, quello che succede di sotto. Tutto quello che prova Gloria, tutte le stupidaggini di Angustias, tutto quello che soffre Juan... Non ti sei accorta che li manipolo tutti, che dispongo delle loro vite, dei loro nervi, dei loro pensieri...? Se ti riuscissi a far capire che a volte sono sul punto di mandare fuori di testa Juan!... Ma tu stessa lo hai visto, no? Tiro il suo intelletto, il suo cervello, fino quasi a romperlo... A volte, quando grida con gli occhi spalancati, arriva quasi ad emozionarmi. Se mai arrivassi a conoscere questa sensazione così spessa, così strana, che ti secca la lingua, mi capiresti! Credo che potrei calmarlo con una sola parola, placarlo, farlo mio, farlo sorridere... Tu lo sai questo, no? Sai molto

bene fino a che punto Juan mi appartiene, fino a che punto arranca dietro di me, fino a che punto lo tratto male. Non dirmi che non te ne sei accorta... Ed io non voglio che sia felice. E lo lascio lì, in quello stato, che si affondi da solo...E così tutti gli altri... Tutta la vita di questa casa, lurida come un fiume straripato... Quando avrai vissuto più tempo qui, questa casa e il suo odore, e le sue cose vecchie, ti strapperanno la vita, se sei come me. Non sei come me? Dimmi, non mi assomigli un poco?

Restammo così; io sul tappeto per terra e lui in piedi. Non sapevo se si divertisse a spaventarmi o se fosse davvero matto. Terminò il discorso, quasi in un sussurro, domandandomi un'ultima cosa. Io stavo lì, placida, ma con un'immensa voglia di scappare, nervosa.

Sfiorò la mia testa con la punta delle dita facendomi sobbalzare, mentre soffocavo un grido. Quindi, scoppiò a ridere di gusto, entusiastico, infantile, incantatore come sempre.

– Che paura! Non è vero, Andrea?

– Perché mi hai raccontato tante sciocchezze, Roman?

– Sciocchezze? – e rideva – Non sono così certo che lo siano... Non ti ho raccontato la leggenda del dio Xochipilli, il mio piccolo idolo, abituato a ricevere cuori umani? Un giorno o l'altro si stancherà delle mie umili offerte di musica e allora...

– Roman non mi fai paura, ma sono agitata... Non puoi parlare in altri termini? Se non ci riesci me ne vado...

– E allora – Roman se la rideva ancor di più, con la sua dentatura bianca sotto i baffi neri – e allora gli darò in sacrificio Juan, gli offrirò il suo cervello ed il cuore di Gloria...

Sospirò.

– Offerte alquanto meschine, in fin dei conti. Il tuo bell'ordinato cervello, forse sarebbe meglio...

Corsi giù per le scale fino a casa, perseguitata dalle risa di Roman che mi raggiungevano, come la mano ossuta del diavolo che mi afferrava l'orlo della gonna...

Non volli cenare per non incontrare Roman. Non perché avessi paura di lui, no, un minuto dopo che si concluse la conversazione mi sembrava già assurda, ma perché mi aveva frastornata, mi sentivo un fascio di nervi e non avevo voglia di affrontare il suo sguardo. Allora e non prima, lo vidi come un ficcanaso meschino, senza rispetto per la vita altrui; fu allora e non tutti quei giorni precedenti che gli sfuggivo credendo di disprezzarlo, fu proprio allora che iniziai a sentire per Roman un senso di repulsione indescrivibile.

Andai a letto ma non riuscivo a dormire. La luce della sala da pranzo lasciava trapassare un raggio brillante sotto la fessura della porta della camera; sentivo delle voci. Gli occhi di Roman su di me «Non avrai più bisogno di nulla quando gli assunti di questa casa ti avranno portato via i sensi» ... Reputavo un po' inquietante questo costante rimuginare sulle idee che mi aveva messo in testa. Mi

ritrovai sola e persa sotto le coperte. Per la prima volta sentii il desiderio di una reale compagnia umana. Per la prima volta potevo sentire nel palmo delle mie mani, il bisogno ansioso di un'altra mano che mi tranquillizzasse...

Fu allora che partì lo squillo del telefono, lì, sulla testiera del letto. Mi ero dimenticata che c'era quell'aggeggio in casa, dato che lo utilizzava solo Angustias. Srotolai la cornetta, ancora scossa per i brividi che mi diede quel suono acuto, e mi penetrò dalle orecchie una gioia così grande (perché era come una risposta al mio stato d'animo), che in un primo istante nemmeno la sentii.

Era Ena, che aveva trovato il mio numero nell'elenco telefonico e mi chiamava.

3.2.8 Capítulo VIII

Angustias ritornò su un treno di mezzanotte e trovò Gloria sulla scalinata della casa. Mi svegliò il rumore delle loro voci. In un lampo mi resi conto che stavo dormendo in una camera che non era la mia e che la sua proprietaria l'avrebbe reclamata.

Balzai giù dal letto trafitta dal freddo e dal sonno. Talmente spaventata, che avevo l'impressione di non riuscire a muovermi anche se, in realtà, non stavo facendo altro: in pochi attimi, afferrai i vestiti dal letto e me li infilai. Lanciai il cuscino, mentre passavo, su una sedia della sala da pranzo e arrivai all'ingresso, avvolta in una coperta, scalza sulle piastrelle gelate, nello stesso momento in cui Angustias entrava dalla strada, seguita dal facchino con le valigie, e trascinando Gloria per un braccio. Fece capolino anche la nonna, turbata e balbuziente nel vedere Gloria.

– Su, figliola, su, corri in camera mia! – le disse.

Ma Angustias non lasciava il braccio di Gloria

. – No, mamma, per nessuna ragione al mondo.

Il facchino osservava di sbieco la scena. Angustias lo pagò e chiuse la porta. Subito dopo si voltò verso Gloria.

– Svergognata! Di' un po' cosa ci facevi nel vano scala a quest'ora?

Gloria era rannicchiata come un gatto. La sua bocca truccata sembrava livida.

– Te l'ho già detto, ti avevo sentita arrivare ed ero venuta ad accoglierti.

– Che faccia tosta! – ruggì Angustias.

Mia zia aveva un aspetto discutibile. Portava il suo onnipresente cappello, lo stesso che aveva il giorno che se ne andò; ma la piuma, attorcigliata, era appuntita come un corno feroce. Si fece il segno della croce e iniziò a pregare con la mano sul petto.

– Dio mio, che pazienza! Signore, donami la pazienza!

Sentivo il freddo che mi bruciava la pianta dei piedi e tremavo violentemente sotto la coperta.

(«Cosa dirà – pensai – quando saprà che ho utilizzato la sua camera?»)

La nonna iniziò a piangere

. – Angustias lascia questa ragazza, lascia andare questa ragazza...

Sembrava un neonato

. – Non ci posso credere, mamma, non ci posso creder! – tornò a gridare Angustias – Non le chiedi nemmeno dov'è stata... Ti sarebbe piaciuto che tua figlia avesse fatto una cosa del genere? Proprio tu, mamma, che non ci davi neppure il permesso di andare alle feste a casa dei nostri amici quando eravamo giovani, copri le scappatelle notturne di quest'infame!

Si portò le mani alla testa per togliersi il cappello. Si sedette sulla valigia e cominciò a singhiozzare – Mi sento impazzire, mi sento impazzire!

Gloria svanì come un'ombra nella camera della nonna, proprio quando apparve Antonia per ficcanasare e poi Juan, imbottito nel suo vecchio cappotto.

– Si può sapere a cosa sono dovute queste grida, animale! – disse, rivolgendosi ad Angustias – Non capisci che domani mi devo alzare alle cinque del mattino e ho sonno arretrato?

– Meglio che domandi a tua moglie che cosa combina per la strada a quest'ora, invece di insultarmi! Juan rimase pietrificato, con la mandibola rivolta alla nonna.

– Che cosa c'entra Gloria con questo?

– Gloria è in camera sua, figliolo... voglio dire, in camera mia con il bambino... è uscita per accogliere Angustias nel vano scale e lei ha creduto che volesse uscire in strada. È stato un malinteso. Angustias fissava la nonna furiosa e Juan stava in mezzo a noi, enorme. La sua reazione non si fece attendere. – Perché menti, mamma? Tu sia maledetta!... E tu, strega, perché ti intrometti in cose che non ti riguardano? Che cosa c'entri tu con mia moglie? Chi sei tu per impedirle di uscire di notte, se ne ha voglia? Sono io l'unico, in questa casa, a cui deve chiedere il permesso, e l'unico che glielo concede... Quindi, vattene in camera tua e smettila di sbraitare!

Angustias si chiuse, effettivamente, nella sua stanza e Juan rimase lì, mordendosi le guance, come faceva sempre quando era nervoso. La governante si lasciò scappare un gridolino di piacere, impaziente com'era, sulla soglia del suo covo. Juan si girò verso di lei, col pugno sollevato, per poi lasciarlo cadere, floscio, lungo il corpo.

Entrai nel salone adibito a mia camera da letto e mi sorprese l'odore da muffa e polvere. Che freddo faceva! Sopra il materasso del letto a baldacchino, sottile come una foglia, non potevo far altro che battere i denti.

La porta si aprì e subito, dietro di me, mi apparve nuovamente davanti agli occhi la sagoma di Angustias. Emise un gemito quando inciampò su un mobile, al buio.

– Andrea! – urlò – Andrea!

– Sono qui.

La sentivo respirare affannosamente.

– Rendo conto al Signore di tutta l'amarezza che mi causate... si può sapere che ci faceva il tuo completo nella mia camera?

Mi ricomposi un attimo. Con quel silenzio si poteva udire una discussione nella lontana stanza da letto della nonna.

– In questi giorni ho dormito lì – spiegai infine.

Angustias allargò le braccia, come se stesse per cadere o tastare l'aria per trovarmi. Io chiusi gli occhi, ma inciampò e gemette un'altra volta.

– Dio ti perdoni per il disgusto che mi dai... Sembri un avvoltoio sopra la mia testa... Un avvoltoio che vuole prendermi la vita.

In quell'istante un urlo di Gloria riecheggiò nell'ingresso e poi un colpo della porta della camera sua e di Juan, che si chiudeva. Angustias si erse ad ascoltare. Adesso sembrava pervenire un pianto soffocato.

– Dio mio! Deve essere impazzita! – mormorò mia zia.

Cambiò tono

– Signorina, con te farò i conti domani. Appena ti sarai alzata, vieni in camera mia, capito?

– Sì.

Chiuse la porta e se ne andò. La casa si riempì di echi, grugnendo come un vecchio animale. Dietro la porta della stanza della governante, il cane iniziò a ululare, a guaire e la sua voce si mescolò ad un altro grido di Gloria e al pianto che ne seguì e ad un altro pianto, più lontano, del bambino. In seguito, il pianto del bambino divenne quello predominante, quello che risuonò per tutti gli angoli della casa, già riappacificata. Sentii Juan che usciva un'altra volta dalla sua camera, per andare e prendere il bambino nella stanza della nonna. Poi, udii come lui stesso lo cullava passeggiando avanti e indietro per l'ingresso, come gli parlava per tranquillizzarlo e per farlo addormentare. Non era la prima volta che le nenie che Juan cantava al figlio arrivavano alle mie orecchie, durante quelle gelide notti. Juan riservava per quella creatura un'insospettabile amorevolezza, intima e quasi feroce. Solo una volta ogni due settimane, Gloria se ne andava a dormire in camera della nonna con il piccolo, in modo che i capricci di quest'ultimo non disturbassero il sonno di Juan, che era costretto a uscire di casa prima dell'alba, dopodiché doveva passare la giornata facendo dei lavori extra faticosi, dai quali ritornava, piegato in due, la notte successiva.

Quella notte così sfortunata in cui rientrò Angustias era una di quelle in cui mio zio doveva fare levataccia.

Continuavo a restare sveglia e lo sentii uscire, prima che le sirene delle fabbriche sminuzzassero, con i loro fischi, la foschia mattutina. Il cielo di Barcellona era ancora carico di umidità del mare e di stelle, quando Juan se ne andò.

Avevo appena preso sonno, rannicchiata e congelata, quando mi svegliai sotto lo sguardo di Antonia. Quella donna inalava un intimo autocompiacimento.

Strillò:

– Vostra zia vuole che andiate da lei...

E restò lì, con le braccia incrociate, a guardarmi mentre mi stropicciavo gli occhi e mi vestivo.

Quando fui del tutto sveglia, seduta sul bordo del letto, mi resi conto di essere entrata in uno di quei periodi di ribellione contro Angustias; il più forte di tutti. D'un tratto mi resi conto che non la sopportavo più. Che non le avrei più obbedito, non dopo quei giorni di massima libertà assaporati durante la sua assenza. La notte turbolenta mi aveva tirato i nervi e mi percepii anch'io isterica, piagnucolosa e disperata. Mi resi conto che avrei potuto sopportare tutto: il freddo che ricopriva i miei vestiti sgualciti, la tristezza della mia totale miseria, il sordido orrore di quella casa sporca. Tutto, tranne la sua autorità su di me. Ciò che mi aveva soffocato al mio arrivo a Barcellona, che mi aveva fatto piombare nell'apatia, che stroncava le mie iniziative, era quello sguardo di Angustias. Quella mano che impediva che mi muovessi, la curiosità per la mia nuova vita... Nonostante ciò, Angustias era un essere retto e buono, a modo suo, in mezzo a quei matti. Un essere più solido e vigoroso degli altri... Non sapevo dire perché quell'indignazione terribile nei suoi confronti cresceva in me, perché solo la vista della sua imponente figura e, soprattutto, delle sue innocenti manie di grandezza, mi toglieva la luce. È difficile capirsi con le persone che sono di un'altra generazione, perfino quando non desiderano imporci il loro modo di vedere le cose. E in quei casi in cui vogliono farci guardare il mondo con i loro occhi, per far sì che l'esperimento abbia successo, c'è bisogno di un gran tatto e di una grande sensibilità da parte degli adulti, e l'ammirazione da parte dei giovani.

Rimasi per un bel po' senza rispondere alla sua chiamata, ribelle. Mi lavai e mi vestii per andare all'Università, misi in ordine i miei blocchetti per gli appunti nella cartella, prima di decidermi a entrare in camera sua.

Subito dopo mia zia si sedette alla scrivania. Così imponente e familiare nel suo severo spolverino, come se non si fosse mai mossa da quella sedia dalla mattina in cui avemmo la nostra prima conversazione al mio arrivo a casa. Come se la luce che ravvivava i suoi capelli intrecciati ed inturgidiva le sue labbra carnose fosse ancora la stessa luce. Come se non avesse mai tolto le sue dita pensierose dalla fronte.

(la visione di quella camera alla luce del crepuscolo era un'immagine troppo irrealista, con la sedia vuota e le energiche mani di Roman, così diaboliche e attraenti, che mettevano sottosopra quel piccolo e pudico scrittoio.)

Notai che Angustias aveva un'aria languida ed indifesa. Gli occhi pesanti e tristi. Per quei tre quarti d'ora aveva caricato la sua voce di dolcezza.

– Siediti, figliola, devo parlarti seriamente.

Erano le parole di rito che io conoscevo fino alla nausea. Le obbedii rassegnata e tesa; pronta a scattare, quando le altre volte ero disposta a sorbirmi in silenzio tutte le sue stupidaggini. Tuttavia, ciò che mi disse era diverso

– Sarai contenta, Andrea (perché non mi vuoi bene...), tra poco me ne andrò da questa casa per sempre. Tra qualche giorno potrai dormire nel mio letto, che tanto invidi. Guardarti allo specchio del mio armadio. Studiare a questa scrivania... Ieri notte mi sono arrabbiata con te perché quello che stava succedendo era inaccettabile... Ho commesso un peccato di superbia. Perdonami.

Mi guardava di sbieco mentre mi chiedeva un perdono, talmente poco sincero, che mi fece sorridere. Così le si disegnò un'espressione tesa, ombreggiata da delle rughe che correvano verticali.

– Sei senza cuore, Andrea.

Avevo paura di aver frainteso il suo discorso. Che non fosse vero quella fantastica sentenza di libertà.

– Dove te ne andrai?

Mi spiegò che sarebbe tornata al convento dove aveva trascorso quei giorni di intensa preparazione spirituale. Era un ordine di clausura ed erano molti anni che stava mettendo da parte una somma per entrarvi. Nel frattempo, il pensiero di Angustias immersa in un ambiente contemplativo mi sembrava assurdo.

– Hai avuto sempre la vocazione?

– Quando sarai più grande capirai perché una donna non deve stare sola al mondo

– Secondo te una donna non ha nessun'altra opzione se non entrare in convento, se non può sposarsi?

– Non penso questo.

(Si rigirò agitata.) – Ma è vero che ci sono solo due percorsi per le donne. Solamente due percorsi decorosi... Io ho scelto il mio, e ne sono orgogliosa. Ho agito come una figlia della mia famiglia doveva fare. Come avrebbe fatto tua madre al posto mio. E Dio capirà il mio sacrificio...

Rimase assorta.

(«Che ne è stato – pensai – di quella famiglia che si riuniva intorno al pianoforte durante le serate, protetta dal gelo esterno da brutte ma confortevoli tende di panno verde? Che ne è stato delle quelle figlie pudiche, con addosso enormi cappelli, che quando – sotto la custodia del padre – mettevano piede sulla stradina dell'allegria e un poco caotica calle Aribau, dove vivevano, abbassavano lo

sguardo per guardare di nascosto i passanti?» Rabbrivii al pensiero che una di loro era morta e che la sua lunga treccia di capelli neri era conservata in un vecchio armadio in un paesino molto lontano da lì. Un'altra, la maggiore, sarebbe scomparsa di lì a poco dalla sua sedia, dal suo balcone, portandosi via il suo cappello, l'ultimo cappello della casa.)

Angustias sospirò e, alla fine, ritornò a guardarmi, tale com'era.

– Tutti questi giorni ho pensato a te... C'è stato un tempo – quando sei arrivata qui – in cui pensavo che il mio compito era quello di farti da madre. Restare al tuo fianco, proteggerti. Credevo di trovare un'orfanella bisognosa d'affetto ma ho visto un demonio ribelle, una creatura che si irrigidiva se l'accarezzavi. Tu sei stata la mia ultima illusione e la mia ultima sofferenza, figliola. Non mi resta altro che pregare per te, perché ne hai davvero bisogno! Davvero bisogno!

Poi mi disse – Se ti avessi presa quando eri più piccola, ti avrei ammazzata di botte!

Nella sua voce notavo una sorta di amara frustrazione che mi faceva sentire in salvo da un inevitabile pericolo. Feci per andarmene ma mi trattenne. – Non importa se oggi perdi la lezione. Devi ascoltarmi... Per quindici giorni ho chiesto la tua morte a Dio... o il miracolo della tua redenzione. Ti sto per lasciare sola in una casa che non è più quella di un tempo... perché prima era come il paradiso ma ora – zia Angustias ebbe come un'ispirazione – con la moglie di tuo zio Juan è entrata anche la serpe del male. E li ha ipnotizzati tutti. Lei, solamente lei, ha fatto impazzire mia madre... perché tua nonna è matta, figliola, e quello che è peggio è che la vedo già precipitare negli abissi dell'Inferno se non si corregge prima di morire. Tua nonna era una santa, Andrea. Durante la mia giovinezza, grazie a lei, ho vissuto il più puro dei sogni, ma ora ha perso la testa per l'età. È impazzita per le sofferenze della guerra, che apparentemente sopporta tanto bene. E poi questa donna, con le sue lusinghe, è finita per anebbiarle la coscienza. Non posso interpretare il suo comportamento se non così.

– La nonna prova a capire ciascuno di noi.

(Pensavo alle sue parole «Non è tutto come sembra», quando cercava di proteggere Angustias... ma, potevo azzardarmi a parlare ad Angustias di Don Jeronimo?)

– Sì, figliola, sì... E a te va così bene. Sembra che tu sia vissuta nella zona dei rossi, non in un convento di monache durante la guerra. Perfino Gloria mi risulta meno colpevole di te nei suoi desideri di emancipazione e malanni. Lei è una pezzente che viene dalla strada, invece tu hai ricevuto un'educazione... e non chiedi perdono per la tua curiosità di conoscere Barcellona. È Barcellona ad avertelo insegnato.

Guardai istintivamente l'orologio.

– Mi ascolti come si ascolta la pioggia, vedo... Infelice! La vita ti colpirà prima o poi, e ti farà a pezzi, ti calpesterà! Allora ti ricorderai di me... Oh! Avrei preferito ucciderti da piccola piuttosto che

vederti crescere così!... E non guardarmi con quel dissenso. So che per ora non hai fatto nulla di male. Ma non appena me ne sarò andata, lo farai! Lo farai! Non avrai pace, anima e corpo. Tu non, tu non... Tu non sarai in grado di dominarli.

Potevo vedere riflesso sullo specchio l'immagine di quei miei diciott'anni aridi, rinchiusi in una sagoma allungata, e vedevo la bella mano tornita di Angustias serrarsi sul pomolo della sedia. Una mano bianca, dal palmo paffuto e morbido. Una mano sensuale, ora trasandata, che grida con le dita chiuse più della voce agitata di mia zia.

Cominciai a sentirmi commossa e un po' spaventata, dato che la follia di Angustias minacciava di abbracciarmi, anche catturarmi.

Finì per piangere, tremante. Angustias piangeva in modo sincero solo poche volte. Il pianto la imbruttiva sempre, ma questo così spaventoso che la stava sconvolgendo, non mi causava ripugnanza, ma una certa soddisfazione. Qualcosa di simile al veder sfogare una tempesta.

– Andrea – disse finalmente, delicatamente – Andrea... Devo parlarti di un'altra cosa – si asciugò gli occhi e iniziò a raccontare – D'ora in poi, riceverai direttamente tu la tua dote. Tu in persona darai alla nonna quello che reputi una cifra utile a contribuire al tuo vitto e dovrai gestirti tu stessa per comprarti quello di cui hai bisogno... Non serve che ti dica che devi spendere per te stessa il meno possibile. Il giorno che mancherà il mio stipendio, sarà un disastro per questa casa. Tua nonna ha sempre avuto una preferenza per i suoi figli maschi, ma questi figli – a questo punto sembrò rallegrarsi – le faranno passare le pene dell'inferno... In questa casa, noi donne, abbiamo saputo mantenere la miglior dignità.

Sospirò.

– E per di più, se non fosse arrivata Gloria!

Gloria, la donna serpente, dormì accovacciata nel suo letto, fino a mezzogiorno, appagata, gemendo nel sonno. Nel pomeriggio mi fece vedere i segni delle botte che Juan le aveva dato la notte prima e si tastava il corpo.

3.2.9 Capítulo IX

Come uno stormo di corvi appollaiati sui rami di un albero da impiccagione, le amiche di Angustias, in quei giorni, se ne stavano sedute nella sua camera, vestite di nero. Angustias era l'unico essere nella nostra casa, che manteneva una vita sociale.

Le sue amiche erano le stesse che avevano ballato il valzer sulle note del pianoforte della nonna. Le stesse che gli anni e i vai – e – vieni avevano allontanato e che, ora, erano tornate, agitandosi alla notizia di quella pudica e bella dipartita di Angustias dal quel mondo. Erano giunte da diversi angoli

di Barcellona ed erano in un'età così strana per il corpo, come in adolescenza. Solo poche di loro avevano mantenuto un aspetto normale. Gonfie o secche, i tratti erano minuti o grossi a seconda del caso, come se fossero finti. Mi divertivo a guardarle. Alcune avevano i capelli bianchi, il che conferiva loro un'aura di nobiltà che mancava alle altre.

Tutte ricordavano i vecchi tempi in quella casa.

– Tuo padre! Ah, che gran signore! Con la sua barba lunga!

– Le tue sorelle... che birichine che erano!... Ah, Signore! Com'è cambiata questa casa.

– Come sono cambiati i tempi!

– Sì, i tempi...

(E si guardavano imbarazzate.)

– Angustias, ti ricordi di quel completo verde che indossavi quando hai compiuto vent'anni? In realtà quel pomeriggio abbiamo riunito un sacco di fanciulle... E quel tuo pretendente, quel tale Jeronimo Sanz per il quale avevi perso la testa? Che n'è stato di lui?

Qualcuno pestò il piede alla chiacchierona, che si zittì spaventata. Passarono alcuni istanti carichi di tensione e poi tutte ruppero il silenzio, tornando nuovamente a parlare.

(La verità è che erano come dei vecchi e tetri uccelli, con il petto palpitante per aver volato a lungo in un frammento di cielo troppo piccolo.)

– Io non capisco – disse Gloria – perché Angustias non se ne sia andata con Don Jeronimo, né perché voglia farsi suora, se lei non è fatta per pregare...

Gloria era stesa sul suo letto, dove gattonava il bimbo, e si sforzava di pensare, forse per la prima volta in vita sua

. – Perché dici che Angustias non è fatta per pregare? – le chiesi ammirata. – Sai quanto le piace andare in chiesa.

– Perché la confronto con la nonna, che è davvero una buona cristiana, e vedo la differenza... Mamma rimane come assorta, come se le giungessero alle orecchie le musiche del Paradiso. Di notte parla con Dio e con la Vergine. Dice che Dio è capace di benedire tutte le sofferenze, ed è per questo che Dio benedice anche me, anche se non prego tanto come dovrei... Che buona che è! Non è mai uscita di casa e, ciononostante, capisce tutte le nostre follie e le perdona. Ad Angustias, Dio non ha dato nessuna qualità riguardo la comprensione e, quando va in chiesa a pregare, non sente le musiche celestiali, ma si guarda intorno per vedere chi è entrato in chiesa con le maniche corte o senza calze... Nemmeno io sono fatta per pregare... Ma davvero, – concluse – Che bene che se ne va!... La scorsa notte Juan mi ha picchiata per colpa sua! Per colpa sua e nient'altro.

– Dove stavi andando Gloria?

– Ah, cara! In nessun posto malvagio. Andavo a trovare mia sorella, vedi... so già che non mi credi, però è lì che stavo andando e te lo posso giurare. È che Juan non mi lascia andare, e di giorno mi tiene d’occhio. Però tu non guardarmi così, Andrea, mi fa troppo ridere la faccia che stai facendo

– Bah! – disse Roman. – Sono felice che Angustias se ne vada perché, ora come ora, è solo un rimasuglio vivente del passato, che intralcia il corso delle cose... Delle mie cose. Che da fastidio a tutti, che ci ricorda sempre che non siamo maturi, tutti d’un pezzo, ben piantati, come lei; ma semplici gocce d’acqua cieca, che cadiamo al suolo così come viene, sperando di riuscire a far accadere qualcosa di inaspettato... Per tutto questo, mi rallegro. Quando se ne sarà andata le vorrò bene, Andrea, lo sai? E mi commuoverà il ricordo del suo orripilante cappello di feltro con la piuma sempre dritta, fino all’ultimo, come una bandiera... dimostrando che mi batte ancora il cuore per il luogo che è stato e che noi, tutti noi, abbiamo perso... – si rivolse verso di me, sorridendo, come se stessimo condividendo un segreto – Allo stesso tempo mi dispiace che se ne vada, perché così non potrò più leggere le lettere d’amore che riceve, né il suo diario... Che lettere romantiche! E che diario masochista! Leggerlo, soddisfaceva tutti i miei istinti più crudeli.

Roman si passò la lingua sulle labbra rosse.

Io e Juan sembravamo essere gli unici a non avere un’opinione circa lo sviluppo degli eventi. Io ero troppo sorpresa, dato che l’unico desiderio della mia vita era che mi lasciassero in pace e soddisfare e i miei capricci e, in quel momento, sembrava che fosse giunto il momento di realizzarlo senza il minimo sforzo da parte mia. Ricordai la cieca lotta di due anni con mia cugina Isabel, affinché mi permettesse di separarmi da lei per seguire un percorso di studi all’Università. Quando arrivai a Barcellona venni pervasa da un primo senso di trionfo, ma poi trovai altri occhi che mi sorvegliavano e mi abituai al gioco di nascondermi, di riuscire a trattenermi... Ora, tutto d’un tratto, mi ritrovavo senza nemici.

Mi dimostrai umile nei confronti di Angustias, in quei giorni. Le avrei portato l’acqua con le orecchie, se me lo avesse chiesto. L’immensa gioia sembrava scavarmi nel petto in alcuni momenti. Non pensavo a tutti gli altri: solo a me stessa.

Tuttavia, mi lasciò perplessa la mancata presenza di Don Jeronimo in quell’interminabile corteo di amicizie. Erano tutte donne, con l’eccezione di qualche raro marito grassoccio, compariva di quando in quando

. – Sembra un funerale eh? – gridò Antonia dalla sua cucina.

A tutti vennero alla mente macabri pensieri, durante quelle ore.

Gloria mi disse che Don Jeronimo ed Angustias si vedevano tutte le mattine in chiesa, che lei lo sapeva bene... Tutta la vicenda di Angustias sembrava un romanzo del secolo scorso.

Nel giorno che zia Angustias se ne andò, ricordo che tutti noi diversi personaggi della famiglia ci ritrovammo in piedi quasi all'alba. Ci scontravamo per la casa, in preda al nervosismo. Juan cominciò a ruggire parolacce per ogni piccola cosa. All'ultimo momento, decidemmo di andare tutti in stazione, tranne Roman. Roman fu l'unico che non si fece vedere per tutto il giorno. In seguito, molto tempo dopo, mi disse che si era recato molto presto in chiesa pedinando Angustias, per vedere come si confessava. Mi immaginai Roman, con le orecchie tese per catturare quella lunga confessione, invidiando il povero prete, vecchio e stanco, che eseguiva svogliatamente l'assoluzione sopra la testa di mia zia.

Il taxi che ci condusse lì era strapieno. Erano venute con noi tre amiche di Angustias, le più intime. Il bambino, intimidito, si aggrappava al collo di Juan. Non lo portavano a passeggio quasi mai e, nonostante fosse bello paffuto, la sua pelle aveva un triste colorito alla luce del sole.

All'ingresso eravamo tutti raggruppati intorno ad Angustias, che ci baciava e ci abbracciava. La nonna aveva gli occhi pieni di lacrime dopo l'ultimo abbraccio.

Formavamo un gruppo così grottesco che alcune persone si giravano a guardarci.

Quando mancavano pochi minuti alla partenza, Angustias salì nel vagone e ci guardava ieratica, piangente e triste dalla finestrella, quasi a volerci benedire come una santa.

Juan era nervoso; faceva smorfie ironiche in continuazione, spaventando le amiche di Angustias – che si riunivano il più lontano possibile – facendo roteare gli occhi. Le gambe cominciavano a tremargli nei pantaloni. Non riusciva a trattenersi.

– Non fare la martire Angustias, che non ci crede nessuno! Stai godendo più di un ladrone con le tasche piene... Io non me la bevo questa tua commedia da santarellina!

Il treno cominciò a muoversi e Angustias si fece il segno della croce e si tappò le orecchie, dato che la voce di Juan risuonava per tutto l'ingresso.

Gloria afferrò suo marito per la giacca, atterrita. Lui si voltò con i suoi occhi da matto, furioso, tremando come se fosse in preda ad un attacco epilettico. Dopodiché, si gettò correndo dietro alla finestrella che gli stava sfuggendo, emettendo grida che Angustias, ormai, non poteva più sentire. – Sei un'ipocrita, mi senti? Non lo hai sposato perché tuo padre saltò fuori dicendoti che era troppo poco per te il figlio un droghiere... Per questooo! E quando se ne ritornò dall'America, ricco e sposato, lo hai intrattenuto, rubandolo a sua moglie per più di vent'anni... E ora non osi andartene con lui perché credi che tutta la calle Aribau, che tutta Barcellona penda dalla tua bocca... E disprezzi mia moglie! Malvagia! E te ne vai con la tua aureola da santa...!

La gente iniziò a ridere e a seguirlo fino alla fine delle partenze, dove continuava a gridare quando il treno era già in corsa. Le lacrime gli scorrevano per le guance e continuava a ridere. Il ritorno a casa fu una calamità.

3.2.10 Capítulo X

Uscii da casa di Ena intontita, con l'impressione che fosse molto tardi. Tutti i portoni erano chiusi e il cielo si estendeva in una fitta pioggia di stelle, sopra ai tetti.

Per la prima volta mi sentii svincolata e libera in città, senza temere il fantasma del tempo. Avevo bevuto alcuni liquori quella sera. Il calore e l'eccitazione confondevano il mio corpo, a tal punto che non percepivo il freddo e, in certi momenti, nemmeno la forza di gravità sotto i piedi.

Mi fermai nel bel mezzo della Via Layetana e guardai l'alto edificio in cui, all'ultimo piano, viveva la mia amica. Non si intravedeva la luce attraverso le persiane abbassate anche se, quando uscii, vi erano ancora alcune persone riunite e, all'interno, le confortevoli dimore dovevano essere illuminate. Qualche volta, la madre di Ena si era rimessa a suonare il pianoforte e a cantare. Mi percorse un brivido al ricordo di quella voce ardente che, nel diffondersi, sembrava bruciare e avvolgere in bagliori il corpo invecchiato della sua padrona.

Quella voce aveva risvegliato tutti i tratti di sentimentalismo e di sfrenato romanticismo dei miei diciott'anni. Da quando aveva smesso di cantare, io mi sentivo inquieta, con la voglia di fuggire da tutto quello che mi stava intorno. Mi pareva impossibile che gli altri continuassero a fumare e a mangiare dolcetti, come se niente fosse. Ena stessa, anche se aveva ascoltato sua mamma con una tetra e concentrata attenzione, era tornata a esternarsi, a ridere e a brillare in mezzo ai suoi amici, come se quell'incontro iniziato alle ultime ore del pomeriggio, improvvisamente, non dovesse finire mai. D'un tratto, mi ritrovai in strada. Ero quasi scappata, catturata da un'angoscia così forte e così inconsistente, come tutte quelle che mi tormentavano a quell'età.

Non sapevo se avevo bisogno di passeggiare tra le case silenziose di qualche quartiere addormentato, inalando il vento nero del mare, o di sentire le ondate di luce dei cartelloni pubblicitari a colori con i loro faretti che riempivano il centro della città. Non ero ancora sicura di cosa potesse calmare quell'inquieta sete di bellezza che la madre di Ena mi aveva lasciato ascoltare. La stessa Via Layetana accresceva la mia perplessità, con la sua dolce pendenza verso la piazza Urquinaona, dove il cielo si striava con il colore rosso della luce artificiale, fino al grande edificio Correos e al porto, bagnati dalle ombre, argentati sotto la luce delle stelle sopra la fiamma bianca dei lampioni.

Nell'aria tersa dell'inverno udii, grave, il rintocco delle campane delle undici che dava vita ad un concerto proveniente dal campanile della vecchia chiesa.

La Via Layetana così ampia, grande e nuova, attraversava il cuore del barrio viejo. Allora seppi cosa desideravo: volevo vedere la Cattedrale, avvolta nell'incanto e nel mistero della notte. Senza pensarci su, mi lanciai verso l'oscurità dei viottoli che la circondavano. Nulla poteva calmare o sorprendere la mia immaginazione tanto come quella città gotica, mentre naufragavo tra umide case costruite senza

stile, vicino ai suoi fragili blocchi di pietra, ma sulle quali il passare del tempo aveva danzato con un incanto particolare, come se fossero state contagiate dalla bellezza.

Il freddo sembrava più intenso, incastonato in mezzo alle stradine tortuose. Ed il firmamento si convertiva in strisce brillanti attraverso i tetti quasi attaccati. Vi era una solitudine impressionante, come se gli abitanti della città fossero morti. Qualche sibilo del vento sulle porte palpitava laggiù. Nulla di più. Appena raggiunti l'abside della Cattedrale, mi accorsi delle coreografie di luce dei lampioni, riflessi nei suoi mille angoli, che li rendevano romantici e tenebrosi. Sentii un colpo di tosse, come se a qualcuno si lacerasse il petto in mezzo a quella ragnatela di vicoli. Era un rumore sinistro, soffocato dalle eco, che si avvicinava. Passai degli attimi di terrore. Vidi uscire dall'oscurità un vecchio, dall'aspetto miserabile. Mi premetti contro il muro. Mi guardò con diffidenza, per poi passare oltre. Aveva una lunga barba candida che sventolava al vento. Il cuore cominciò a battermi con un'insolita intensità e, spinta da quell'impulso emotivo che mi possedeva, gli corsi dietro e gli toccai un braccio. Dopodiché, iniziai a rovistare nella mia cartella, ansiosa, mentre il vecchio mi osservava. Gli diedi due pesetas. Vidi risplendere nei suoi occhi una bella scintilla di ironia. Le mise via nel suo taschino senza dirmi una parola, e se ne andò trascinandosi la roca tosse che mi aveva turbata. Questo contatto umano, nel bel mezzo del concerto silenzioso delle pietre, calmò un po' la mia frenesia. Pensavo che mi stavo comportando come una sciocca quella notte, agendo senza criterio, come un foglio di carta in balia del vento. Ad ogni modo, affrettai il passo fino a che non giunsi di fronte alla facciata principale della Cattedrale e, non appena alzai lo sguardo su di lei, realizzai quello che desideravo.

Una forza maggiore di quella che mi avevano conferito il vino e la musica sopraggiunse non appena guardai lo scorrere dei cerchi d'ombra tra le fervide pietre. La Cattedrale si ergeva in alto verso il limpido cielo mediterraneo, in una severa armonia stilizzata in forme quasi vegetali. Una pace, un'imponente chiarezza, si diramava da quell'architettura meravigliosa. Intorno ai suoi rami scuri, risaltava la notte luminosa, scandendo lentamente il trascorrere delle ore. Lasciai che quell'intenso incantesimo d'ombre mi penetrasse per qualche minuto. Dopodiché, mi voltai per andarmene.

Non appena lo feci, mi resi conto di non essere sola in quella piazza. Una silhouette, che sembrava avere un nonsoché di diabolico, si allungava nell'oscurità. Devo confessare che mi sentii ingenuamente posseduta da tutte le paure della mia infanzia e che mi feci il segno della croce. Quella massa informe si muoveva verso di me e realizzai che era un uomo, avvolto in un grande paltò, con un capello abbassato sugli occhi. Mi raggiunse quando mi stavo lanciando in direzione della scalinata di pietra.

– Andrea! Non ti chiami forse Andrea?

C'era un qualcosa di poco rispettoso in quel modo di chiamarmi, cosa che mi infastidì, ma mi trattenni sorpresa. Lui rideva davanti a me, mostrando una dentatura fissa e delle grandi gengive.

– Questi sono i colpi che provano le bambine quando se ne vanno in giro da sole... Non mi riconosci?

Ero a casa di Ena.

– Ah!... Sì, sì! – risposi secca.

(«Maledetto! – pensai – mi hai strappato tutta la felicità che mi stavo portando dietro da qui.»)

– Beh, sì – continuò soddisfatto –: io sono Gerardo.

Stava lì immobile, con le mani nelle tasche, a guardarmi. Io feci un passo per scendere il primo scalino, ma mi prese per un braccio.

– Guarda! – mi ordinò.

Ai piedi della scalinata vidi un congiunto di vecchie case che si stringevano contro quest'ultima e che la guerra aveva trasformato in macerie, illuminate dai lampioni.

– Tutto questo scomparirà. Per di qua passerà un grande viale e ci sarà un ampio spazio per ammirare la Cattedrale.

Non mi disse più nulla dopo di questo, ed iniziammo a scendere insieme le scale di pietra. Avevamo già percorso un buon tratto di strada, quando insistette

– Non hai paura di girovagare sola – soletta per le strade? E se incontri il lupo cattivo che ti mangia?...

Non gli risposi.

– Sei muta, per caso?

– Preferisco girare da sola. – gli confessai acida.

– No, questo proprio no, piccola... Oggi ti accompagno io a casa... Sul serio, Andrea, se io fossi tuo padre non ti lascerei andartene in giro da sola.

Mi divincolai, insultandolo tra me e me. Dal primo momento che lo avevo visto a casa di Ena, quel ragazzo mi era apparso brutto e tonto. Attraversammo las Ramblas, animate e piene di luci, e salimmo per la calle de Pelayo fino alla plaza de la Universidad. Lì mi congedai.

– No, no; fino a casa tua.

– Sei un imbecille – gli dissi senza troppi riguardi – vattene subito!

– Volevo esserti amico. Sei un tipetto molto originale. Se mi prometti che un giorno mi chiamerai al telefono per uscire con me, ti lascio qui. Anche a me piacciono molto le vecchie strade e tutti gli angoli pittoreschi della città. Quindi, promesso?

– Sì. – dissi nervosa.

Mi lasciò il suo biglietto da visita e se ne andò.

Entrare nella calle Aribau era come entrare a casa mia. Lo stesso portiere del giorno in cui arrivai in città mi aprì la porta. E, proprio come allora, la nonna uscì ad accogliermi, morta di freddo. Tutti gli altri erano a letto.

Entrai nella camera di Angustias, che avevo ereditato qualche giorno prima, e, appena accesi la luce, vidi che avevano collocato, sopra all'armadio, una pila di sedie da ogni parte della casa, sedie che erano di troppo e che minacciavano di cadere, losche. Avevano anche collocato un mobile che serviva per contenere i vestiti del bambino e un kit da cucito con zampe, che prima era buttato in un angolo nella stanza della nonna. Il letto, sfatto, conservava le tracce di un riposino di Gloria. Capii subito che i miei sogni di indipendenza, isolata in quella camera in quel rifugio ottenuto in eredità, erano andati in frantumi. Sospirai ed iniziai a spogliarmi. Sopra al comodino c'era un foglietto con un messaggio di Juan «Nipote, fai la cortesia di non chiuderti a chiave. La tua stanza dev'essere a disposizione in qualsiasi momento, per utilizzare il telefono.» Obbediente, tornai a calpestare il pavimento freddo per aprire la porta, poi mi stesi a letto, avvolgendomi voluttuosamente nelle coperte.

Udii la sentinella che chiamava dalle strade battute. Molto dopo, il fischio di un treno, lontano e nostalgico, che passava per la calle de Aragon. Il giorno aveva portato con sé, l'inizio di una nuova vita; avevo compreso che Juan me l'aveva rigirata il più possibile per lasciarmi intendere che, anche se mi era stata concessa una stanza in quella casa, era solo quello ciò che mi veniva dato, nulla di più...

La stessa notte in cui Angustias se ne andò, avevo detto che non volevo mangiare a casa e che, quindi, avrei pagato una mensilità solo per il mio alloggio. Avevo colto la palla al balzo quando Juan, ancora ubriaco ed eccitato per quella giornata, si era intenerito nei miei confronti.

– E vediamo, nipote, come contribuirai alla casa... perché la verità è che io non sono qui per mantenere nessuno...

– No, quello che posso dare è talmente poco che non ne varrebbe la pena – dissi, diplomatica – Mi arrangerò mangiando per conto mio. Pagherò solo la mia razione di pane ed il mio alloggio.

Juan si chiuse nelle spalle.

– Fai ciò che vuoi – disse di cattivo umore.

La nonna ascoltò scuotendo il caso, con un'aria di disapprovazione, pendente dalle labbra di Juan. Poi, iniziò a piangere.

– No, no, che non paghi l'alloggio... che mia nipote non paghi l'alloggio in casa di sua nonna.

Ma così fu deciso. Non dovevo pagare nulla di più, se non il mio pane quotidiano.

Quel giorno avevo ricevuto la mia paga di febbraio e avevo il piacere di poterla spendere, corsi in strada e acquistai subito quei fronzoli che tanto desideravo... Un buon sapone, profumo e anche una giacca nuova, per andare a casa di Ena, che mi aveva invitato a mangiare. In più, un mazzo di rose per sua madre. Comprare le rose mi diede un'ulteriore emozione. Erano dei fiori magnifici, cari per l'epoca. Si poteva dire che erano proibitivi per me. Tuttavia, le presi sottobraccio e gliele regalai.

Questo sfizio – nel quale ritrovavo il gusto della ribellione che è stata il mio vizio, un po' volgare, della mia giovinezza – si trasformò in un'ossessione, più tardi.

Stesa a letto, mi ricordai del caloroso benvenuto che mi avevano riservato i parenti di Ena a casa sua e, dal momento che ero abituata alle facce scure – dai lineamenti molto marcati – della gente a casa mia, di come aveva cominciato a darmi la nausea quella moltitudine di teste bionde che mi circondavano, a tavola.

I genitori di Ena erano biondi, così come i suoi cinque fratelli. Questi cinque fratelli, tutti maschi e tutti più piccoli della mia amica, si confondevano nella mia mente in un insieme di visi affabili, solari e popolari. Non si distingueva dai suoi fratelli nemmeno il beniamino di sette anni, che aveva un'espressione comica quando rideva, conferitagli dal cambio dei denti, e che si chiamava Ramon Berenguer, come un giocatore di calcio.

Il padre sembrava avere lo stesso buon temperamento che caratterizzava la sua prole e, oltretutto, era un uomo davvero attraente, a cui Ena assomigliava. Come lei, aveva gli occhi verdi, ma senza quella strana e magnifica luce che animava quelli della figlia. Nel complesso sembrava un uomo semplice ed estroverso, senza alcun tipo di malizia. Durante il pranzo, lo ricordo che rideva mentre mi raccontava aneddoti dei suoi viaggi dato che, nel corso degli anni, avevano vissuto tutti in diversi posti d'Europa. Era come se mi conoscesse da tutta la vita, come se, anche solo il fatto di avermi alla sua tavola, mi aggregasse alla famiglia patriarcale.

La madre di Ena, al contrario, dava l'impressione di essere una donna riservata, anche se contribuiva con il suo sorriso all'atmosfera gradevole che si era formata. In mezzo a suo marito e ai suoi figli – tutti alti e ben fatti – sembrava un passerotto rachitico fuori posto. Era piccolina e trovavo stupefacente che quel suo corpicino così stretto avesse sopportato per ben sei volte il peso di una gravidanza. La prima impressione che mi diede fu quella di una strana bruttezza. In un secondo momento, risaltavano in lei due o tre tocchi di bellezza portentosa: dei capelli più chiari di quelli di Ena, corposi e setosi, i suoi grandi occhi dorati e la sua voce stupenda.

– Potete vederla laggiù, Andrea – disse il capofamiglia – mia moglie ha un istinto da vagabonda. Non può fermarsi tranquilla da nessuna parte e ci trascina tutti con lei.

– Non esagerare, Luis – la signora sorrideva delicatamente.

– In fondo in fondo, questa è la realtà. Ovviamente è tuo padre che mi designa a rappresentare e gestire i suoi affari nei posti più impensabili – mi suocero è anche il mio capo nel commercio, sapete Andrea? – ma ci sei tu dietro tutte queste macchinazioni. Anche se volessi non potresti negare che tuo padre vorrebbe vederti vivere tranquilla a Barcellona. Si è ben vista l'influenza che eserciti su di lui in quell'affare di Londra... è chiaro che io sono incantato dai tuoi gusti, tesoro mio; e non sono certo io colui che te li nega – e l'avvolse con un sorriso affettuoso – Tutta la vita ho amato viaggiare

e vedere cose nuove... Nemmeno io posso dominare una specie di febbre iperattiva, quasi un piacere, quando entro in un nuovo ambiente commerciale, con gente d'usi e costumi così diversi. È come iniziare a lottare nuovamente e mi sento ringiovanire...

– Però alla mamma – affermò Ena – piace Barcellona più di ogni altro posto al mondo. Io lo so.

La madre le riservò un sorriso speciale, che mi sembrò sognante e divertito allo stesso tempo.

– Sto bene ovunque siate voi; ma tuo padre ha ragione sul fatto che a volte sento come un'inquietudine per il desiderio di viaggiare; chiaro che da qui a manipolare mio padre – sorrise più marcatamente – c'è una grande differenza...

– Già che siamo in tema, Margarita – proseguì suo marito – Sai cosa mi ha detto tuo padre ieri? Beh, che può essere che per la prossima stagione saremo richiesti a Madrid... Che te ne pare? A dire il vero, in questi momenti, preferirei stare a Barcellona più che in qualsiasi altro posto, soprattutto tenendo in considerazione che tuo fratello...

– Sì, Luis, credo che dobbiamo discuterne. Ma ora stiamo annoiando questa ragazza. Andrea, dovete scusarci. In fin dei conti siamo una famiglia di commercianti che finisce per parlare sempre di affari... Ena aveva ascoltato l'ultima parte di discorso con estremo interesse.

– Bah!... Mi sembra che il nonno sia un po' svitato. Così emozionato e commosso quando rivede la mamma dopo averla tenuta lontana per tanto tempo e poi, subito dopo, già pensando a farci ripartire. Io non voglio andarmene da Barcellona per ora... È una cosa insensata!... Dopotutto, Barcellona è la mia città e posso dire di averla conosciuta davvero, solo dopo la guerra.

(Mi guardò fugacemente e io ricambiai il suo sguardo, perché sapevo che in quel periodo si era innamorata e che quello era il suo motivo massimo e segreto per non andarsene dalla città.)

Tra le mie lenzuola, nella calle Aribau, rievocavo quella conversazione in tutti i suoi dettagli e mi suonò un campanello di allarme all'idea di separarmi dalla mia amica nel momento in cui mi ci ero così affezionata. Pensai che i piani di quel vecchio importante – quel ricco nonno di Ena – avrebbero scosso troppe persone e avrebbero avuto troppe conseguenze.

Nella piacevole confusione di pensieri che precedono il sonno, a poco a poco, si placarono i miei timori, per essere poi sostituiti da delle sfumate immagini delle strade vuote nella notte. Il sogno profondo della Cattedrale tornò ad invadermi.

Mi addormentai agitata con l'ultima visione degli occhi della madre di Ena, che quando ci salutammo si erano posati su di me, fugacemente, con uno strano sguardo di angoscia mista a timore.

Quegli occhi si intromisero negli abissi del mio sonno e mi procurarono degli incubi.

3.2.11 Capítulo XI

– Non essere cocciuta, nipote – mi disse Juan – Morirai di fame.

Mi appoggiò le mani sulle spalle, accarezzandomi in modo impacciato.

– No, grazie; mi so arrangiare benissimo...

Nel frattempo, lanciai un'occhiata di sbieco a mio zio, e vidi che le cose non sembravano andare bene nemmeno a lui. Mi aveva colta sul fatto mentre bevevo l'acqua che era avanzata dopo aver cucinato le verdure, raffreddata e dimenticata in un angolo della cucina, pronta per essere gettata via.

Antonia aveva gridato schifata:

– Che porcheria state combinando?

Arrossii.

– Il fatto è che mi piace questo brodo. E dato che so che andrebbe buttato...

Al sentire urlare Antonia, erano accorsi tutti gli altri. Juan mi propose un accordo per venire incontro ai nostri interessi economici. Io mi rifiutai.

La verità era che mi sentivo più felice da quando mi ero slegata da quel cappio dei pasti a casa. Non importava che quel mese avevo speso troppo e che, come budget, mi restava appena una peseta al giorno per mangiare: mezzogiorno è l'orario più bello in inverno. Un'ora perfetta da passare al sole in un parco o nella plaza de Cataluña. A volte mi capitava di pensare, con un certo godimento, a quello che poteva succedere a casa in quel momento. L'udito mi si riempiva degli strilli del pappagallo e delle parolacce di Juan. Preferivo il mio libero vagabondare.

Imparai a conoscere un'eccellenza e dei sapori che non avrei mai potuto immaginare prima; per esempio, la frutta secca fu una rivelazione per me. Le mandorle tostate o ancora meglio le arachidi, che prolungano il senso di delizia perché li devi sgusciare uno ad uno, mi davano piacere.

In realtà non ebbi la pazienza di distribuire meglio le trenta pesetas del primo giorno, nei successivi trenta giorni del mese. Nella calle de Talleres scoprii un ristorante economico, e commisi la follia di pranzare lì due o tre volte. Quel cibo mi sembrò molto più buono di qualsiasi altro cibo mai assaggiato in vita mia, infinitamente meglio di quello che preparava Antonia nella calle Aribau. Era un ristorante singolare. Scuro, con dei tavoli miseri. Un cameriere assorto mi serviva. I clienti mangiavano di fretta, guardandosi tra di loro, e non dicevano una parola. Tutte le mense e le bettole dove avevo messo piede fino ad allora erano rumorose, tranne quella. Offrivano una zuppa che mi sembrava buona, fatta con acqua bollente e mollica di pane. La zuppa era sempre la stessa e si colorava di giallo, per via dello zafferano, o di rosso, per la paprika; ma sul «menù» cambiava nome molto frequentemente. Uscivo da lì satolla e non avevo bisogno di niente di più.

La mattina afferravo il pane – non appena Angustia portava su le porzioni dal panificio – e lo divoravo tutto, così caldo e invitante com'era. Alla sera non cenavo, a meno che la madre di Ena non insistesse

affinché mi fermassi da loro qualche volta. Avevo preso l'abitudine di andare a studiare da Ena molti pomeriggi, e la famiglia cominciava a considerarmi come una di loro.

Credevo davvero che fosse iniziata per me una rinascita, che quello fosse il periodo più bello della mia vita, dal momento che non avevo mai avuto un'amica così complementare a me, né una tale indipendenza come quella che stavo sperimentando. Gli ultimi giorni del mese li passai alimentandomi esclusivamente di piccole razioni di pane, che divoravo alla mattina – fu quello il periodo in cui Antonia mi beccò mentre bevevo l'acqua di cottura delle verdure –, ma stavo iniziando ad abituarci e la prova ne fu quando ricevetti la paga del mese di marzo e la spesi esattamente allo stesso modo. Ricordo che sentii una fame pazzesca quand'ebbi di nuovo il denaro in mano, che era un pensiero pungente e, allo stesso tempo, delizioso sapere che potevo soddisfarla immediatamente. Desideravo i dolci più di qualsiasi altro cibo. Ne comprai un vassoio e andai ad un cinema caro. Ero talmente impaziente che strappai un pezzettino di carta per gustare un po' di crema prima che si spegnessero le luci, guardando di sottocchi tutti, presa da una grande vergogna. Non appena si illuminò lo schermo e la sala rimase in penombra, aprii il pacchettino e trangugiai i dolci uno ad uno. Fino ad allora non avevo mai sospettato che il cibo potesse essere così buono, così straordinario... Quando si riaccesero le luci, nel vassoio non era rimasto più nulla. Vidi una signora seduta a fianco a me, che mi guardava di traverso e parlottava con il suo compagno. I due se la ridevano.

Anche in calle Aribau soffrivano la fame ma senza poterla compensare, come mi rimproveravano. Non mi riferisco ad Antonia e Trueno. Suppongo che quei due avessero un sostento adeguato, grazie alla magnanimità di Roman. Il cane era tirato a lucido e, molte volte, lo vidi rosicchiare ossi saporiti. Anche la governante si cucinava i suoi pasti a parte. Ma soffrivano la fame Juan, Gloria e la nonna e, a volte, anche il bambino. Roman se ne andò di viaggio ancora una volta, per due mesi. Prima di partire lasciò alcune provviste per la nonna, latte condensate e alcune delizie difficili da procurare a quei tempi. Non vidi mai la vecchietta che le assaggiava. Sparivano misteriosamente e le loro tracce riapparivano nella bocca del bimbo.

Il giorno in cui Juan mi invitò a riunirmi alla famiglia, ebbe una feroce discussione con Gloria. Sentimmo tutti le grida che emanavano dallo studio. Uscii in ingresso e vidi che l'entrata era intercettata dalla sagoma della cameriera, che allungava le orecchie.

– Sono stanco di queste stronzate – gridò Juan – Hai capito? Non posso nemmeno cambiare i pennelli! Questa gente ci deve ancora un sacco di soldi. Quello che non capisco è perché non vuoi che vada io a reclamarli.

– Perché mi hai dato la tua parola che non ti saresti intromesso e che mi avresti lasciato fare, ora non puoi rimangiartela. E sai benissimo che eri contentissimo quando sei riuscito a vendere questa porcheria di quadro a rate...

– Ti strangolo! Maledetta!

La governante sospirò deliziata e io me ne uscii in strada a respirare un po' d'aria fresca, carica di profumi dei negozi. I marciapiedi, tinti dall'umidità del crepuscolo, riflettevano la luce dei lampioni, appena accesi.

Quando tornai a casa, la nonna e Juan stavano cenando. Juan mangiava distratto, e la nonna stava conversando senza filo logico, cullando il bambino sulle ginocchia e sminuzzando il pane nella scodella di malto che stava bevendo, senza latte e zucchero. Gloria non c'era. Era uscita in strada poco dopo di me.

Non era ancora rientrata quando mi misi a letto, con lo stomaco vuoto tormentato dalla morsa della fame. Subito caddi in un sonno profondo, nel quale il mondo si muoveva come una barca in balia dell'alto mare... Forse mi trovavo nella sala da pranzo di una nave e mangiavo un buon dolce alla frutta. Mi svegliarono delle grida di aiuto.

In un istante mi resi conto che era Gloria che urlava e che Juan doveva essere sul punto di massacrarla di botte. Mi sedetti sul letto, riflettendo se fosse il caso di accorrere. Ma le grida continuavano, seguite da maledizioni e bestemmie che andavano molto oltre il nostro già ricco vocabolario spagnolo. Laggiù, in preda alla sua furia, Juan utilizzava entrambe le lingue, castigliano e catalano, con una pessima facilità e ricchezza.

Mi trattenni nel mettermi il cappotto, e poi finalmente mi affacciai nel buio della casa. La nonna e la governante battevano sulla porta di Juan, chiusa a chiave.

– Juan! Juan! Figlio mio, apri!

– Signorino Juan, aprite! Aprite!

All'interno udivamo parolacce, insulti. Corse e inciampi contro i mobili. Il bambino cominciò a piangere, chiuso dentro anche lui, e la nonna cominciò a disperarsi.

Alzò le braccia per colpire la porta e vidi le sue braccia scheletriche.

– Juan! Juan! Pensa a quel bambino!

Immediatamente la porta si aprì con un calcio di Juan e Gloria uscì in fretta e furia, strillando mezza nuda. Juan la raggiunse e, nonostante lei tentasse di graffiarlo e morderlo, la prese sottobraccio e la trascinò in bagno...

– Povero piccolo mio!

Esclamò la nonna, correndo dal bambino, che si era alzato in piedi nella culla e che si teneva aggrappato alle sbarre, piagnucolando... Poi si occupò della zuffa, tenendo in braccio il piccolo.

Juan infilò Gloria nella vasca da bagno e, senza nemmeno toglierle di dosso i vestiti, aprì il getto d'acqua gelata. La afferrava brutalmente per la testa in modo tale che, se provava ad aprire la bocca, non le restava che ingoiare acqua. Nel frattempo, si voltò verso di noi, urlandoci

– E voi, filate in camera vostra! Qui non c'è niente da fare per nessuno!

Ma nessuno si muoveva. La nonna lo supplicava:

– Per tuo figlio, per la tua creatura! Juan torna in te!

Improvvisamente, Juan lasciò andare Gloria – quando lei ormai non ce la faceva più – e si diresse verso di noi con una tale rabbia, che Antonia tagliò subito la corda, insieme al cane che ringhiava con la coda tra le gambe.

– E tu mamma, porta via immediatamente quel bambino, prima che lo scarventi al suolo!

Gloria si mise a piangere in ginocchio nella vasca, con il capo appoggiato al bordo, soffocandosi con sonori singhiozzi.

Io ero rannicchiata in un angolo del buio corridoio. Non sapevo che fare. Juan mi scoprì. Si era già calmato.

– Vediamo se sei buona per qualcosa in questa vita – mi disse – Porta un asciugamano!

Le costole gli si delineavano sotto la canottiera che indossava, e palpitavano violentemente.

Io non avevo idea di dove si tenessero i panni in quella casa. Portai il mio asciugamano e anche un lenzuolo del mio letto, in caso ce ne fosse stato bisogno. Avevo paura che Gloria potesse prendersi una polmonite. Io stessa avevo un freddo allucinante.

Juan cercò di tirare fuori Gloria dalla vasca con un solo strattone, ma lei gli morse la mano. Bestemmiò e cominciò a tirarle pugni in testa. Dopodiché, tornò di nuovo calmo e ansimante.

– Per quanto mi riguarda puoi anche morire, animale! – le disse alla fine.

E se ne andò sbattendo la porta e lasciandoci sole.

Mi piegai verso Gloria.

– Avanti, alzati subito!

Non smetteva di tremare, senza muoversi e, appena sentì la mia voce, scoppiò a piangere insultando suo marito. Non oppose resistenza quando la soccorsi e cercai di farla uscire dalla vasca. Lei stessa si tolse i vestiti fradici, anche se le sue dita le obbedivano a fatica. Mentre le strofinavo il corpo come meglio potevo, mi riscaldai io stessa. Poi mi sopraffece una stanchezza così grande che mi tremavano le ginocchia.

– Vieni in camera mia, se ti va – le dissi, visto che mi risultava inconcepibile lasciarla di nuovo nelle mani di Juan.

Mi seguì avvolta nel lenzuolo, battendo i denti. Ci mettemmo a letto l'una accanto all'altra, sotto le mie coperte. Il corpo di Gloria era congelato e mi raffreddava, ma non c'era modo di sfuggirgli; i suoi capelli bagnati apparivano scuri e viscosi, come sangue sul cuscino e, a volte, mi sfioravano il viso. Gloria parlava senza sosta. Ciononostante, il mio bisogno di dormire era talmente grande che mi si chiudevano gli occhi.

– Quello schifoso... quell'animale... Dopo tutto quello che faccio per lui. Perché io sono buonissima, buonissima... Mi stai a sentire, Andrea? È matto. Mi fa paura. Un giorno o l'altro mi ammazzerà... Non addormentarti, Andrea cara... Che ne diresti se me ne scappassi da questa casa? Non è vero che lo faresti anche tu, Andrea? Non è vero che non ti lasceresti picchiare se fossi al posto mio?... Io che sono così giovane, ragazza mia... Una volta Roman mi disse che ero una delle donne più belle che avesse mai visto. Ti dirò la verità Andrea. Roman mi ha dipinta in quel parco del Castello... Io stessa rimasi a bocca aperta nel vedere quanto bella ero, quando mi mostrò il ritratto... Ah, ragazza mia! Non è vero che sono una disgraziata?

Il sonno era tornato a pesarmi sugli occhi. Ogni tanto mi svegliai di soprassalto, in risposta a un singhiozzo o a una parola più squillante di Gloria.

– Io sono buonissima, buonissima... anche tua nonna lo dice. Mi piace truccarmi e divertirmi un po', ma è una cosa normale per una ragazza della mia età... E che mi dici di questo fatto di non poter vedere mia sorella? Una sorella che mi ha fatto da madre... Tutto perché è in uno stato umile e non ha fronzoli... Ma a casa sua si mangia bene. C'è pane bianco e salsicce squisite... Oh, Andrea! Tanto valeva che mi sposassi con un operaio. Gli operai vivono meglio dei signori, Andrea; indossano le alpargatas, ma non gli mancano i pasti caldi e la loro paga giornaliera. Vorrebbe, Juan, avere il buon stipendio di un operaio di fabbrica! Vuoi che ti dica un segreto? A volte mia sorella mi sorge un po' di denaro, quando siamo con l'acqua alla gola. Ma se Juan lo venisse a sapere, mi farebbe fuori. So già che mi ammazzerebbe con la pistola di Roman... Ho sentito io stessa Roman che glielo diceva: «Quando ti deciderai a farti saltare in aria il cervello o a farlo saltare a quell'imbecille di tua moglie, potrai usare la mia pistola» ... Lo sai, Andrea, che è proibito tenere armi? Roman va contro la legge... Il profilo di Gloria mi si avvicinava per perseguitare il mio sonno. Quel suo profilo da topolino bagnato.

– ...Ah, Andrea! A volte me ne vado a casa di mia sorella solamente per mangiare bene, perché lei ha una buona posizione, ragazza mia, e guadagna. Lì c'è tutto quello che si può desiderare... burro fresco, olio, patate, prosciutto... Un giorno ti porterò.

Sospirai, completamente desta al sentir parlare di cibo. Il mio stomaco cominciò ad attendere con impazienza, mentre ascoltava la lista di tutti i tesori che la sorella di Gloria teneva nella dispensa. Mi sentivo affamata come non mai. Lì, nel letto, ero legata a Gloria per il feroce desiderio del mio corpo che le sue parole avevano risvegliato; gli stessi vincoli che mi legavano a Roman quando evocava gli impotenti desideri della mia anima con la sua musica.

Qualcosa come una frenesia si impossessò del mio istinto animale, quando sentii pulsare così vicino a me il collo di Gloria, che parlava, parlava. La tentazione di mordere la carne palpitante, masticarla.

Mandar giù il buon sangue tiepido... Mi rigirai, sconvolta dal ridere per quei miei spaventosi deliri, facendo sì che Gloria non cogliesse quello strano fremito del mio corpo.

Fuori, il freddo si cominciò a scomporre in gocce d'acqua che battevano sui vetri. Pensai che ogni qual volta Gloria parlava a lungo con me, si metteva a piovere. Era come se, quella notte, non volesse finirla più. Il sonno se ne era andato. Di colpo, Gloria mi sussurrò, appoggiandomi una mano sul braccio.

– Non senti?... Non senti?

Si udivano i passi di Juan. Doveva essere nervoso. I passi giungevano alla nostra porta. Si distaccavano, tornavano indietro. Alla fine, ritornarono e Juan entrò in camera, accendendo la luce e facendoci sbattere le palpebre, abbagliate. Sopra la canottiera di cotone ed i pantaloni che indossava anche prima, si era messo un cappotto nuovo. Era spettinato e delle terribili ombre gli consumavano gli occhi e le guance. Aveva un qualcosa di comico. Rimase in centro alla stanza con le mani in tasca, scuotendo la testa e sorridendo con una specie di feroce ironia.

– Beh. Che fate, non continuate a parlare?... Che vi importa che ci sia anche io qui?... Non avere paura, donna, che non ti mangio mica... Andrea, so perfettamente cosa ti sta dicendo mia moglie. So perfettamente che mi considera un pazzo solo perché chiedo il giusto compenso per i miei quadri... Pensi che il nudo di Gloria che ho dipinto valga solo dieci monete? Ho speso di più solo di tempere e pennelli!... Questo animale pensa che la mia arte sia uguale a quella di un muratore con lo spazzolone gonfio! – Vattene in camera e non infastidirci! Non sono ore adatte a tormentare nessuno con i tuoi discorsi sui quadri... Ho visto altre persone che dipingevano meglio di te e non si pavoneggiavano tanto. Mi hai dipinta troppo brutta perché io possa piacere a qualcuno...

– Non farmi perdere la pazienza, maledetta!... Oppure...

Gloria si girò di spalle sotto le coperte e si mise a piangere.

– Non posso vivere così, non posso

– Beh, ti tocca sopportarlo, svergognata! Un giorno ti ammazzerò se ti intrometti ancora nelle questioni dei miei quadri... Da oggi i miei quadri li vedrò solo io... Capisci? Capisci quello che dico? Appena ti azzarderai a rimettere piede nello studio, ti apro il cranio in due! Preferisco che muoiano di fame tutti piuttosto che...

Si mise a camminare avanti e indietro per la stanza, con una tale rabbia che poteva solo muovere le labbra e lasciar fuoriuscire suoni senza senso...

Gloria ebbe una buona idea. Si alzò dal letto, con la pelle d'oca per il freddo, si avvicinò a suo marito conducendolo per una spalla.

– Andiamo, su! Abbiamo già importunato Andrea a sufficienza!

Juan la respinse duramente.

– Che sopporti, Andrea! Che sopportino tutti! Anche io li sopporto.

– Avanti, andiamo a dormire...

Juan si mise a guardare a destra e a sinistra, agitato. Quando stava per uscire disse

– Spegni la luce, così che la nipote possa dormire...

3.2.12 Capítulo XII

La prematura primavera mediterranea cominciò a mandare i suoi refoli tra i rami ancora ghiacciati degli alberi. C'era un'allegria inconsulta nell'aria, appena visibile, come quelle nubi trasparenti che, a volte, si agganciano in cielo.

– Ho voglia di andare in campagna e vedere gli alberi – disse Ena, e le si dilatarono un po' le pieghe delle narici... –. Ho voglia di vedere i pini (non questi platani di città che puzzano di tristezza e marcio anche a un miglio di distanza), o forse quello che desidero di più è vedere il mare... Domenica prossima andrò in campagna con Jaime e verrai anche tu, Andrea... Che ne dici?

Sapevo bene com'era Jaime, quasi come Ena: i suoi gusti, la sua pigrizia, la sua malinconia – che affascinavano ed esasperavano la mia amica – la sua fine intelligenza, anche se non l'avevo mai testata. Molti pomeriggi, mentre stavamo piegate sui dizionari di greco, interrompevamo le nostre traduzioni per parlare di lui. Ena si inteneriva, con gli occhi dolci dalla gioia. Quando sua madre appariva sulla porta, ci zittivamo subito, dato che Jaime era il grande segreto della mia amica. – Credo che morirei se lo venissero a sapere a casa. Tu non hai idea... sono così orgogliosa. Mia madre conosce solo un mio lato: il mio lato burlone e malizioso, le piaccio così. Faccio ridere tutti in casa con i bidoni che tiro ai miei corteggiatori... Tutti tranne il nonno, ovviamente, il nonno ha quasi fatto un infarto quest'estate, quando ho rifiutato un signore ricchissimo e rispettabile con cui stavo facendo la civetta... Perché a me piace che gli uomini si innamorino, sai? Mi piace leggergli dentro. Pensare... Che tipo di idee formano i loro pensieri? Cosa provano loro quando si innamorano di me? A pensarci bene sembra un gioco un po' noioso perché loro usano quei trucchetti infantili, sempre gli stessi. Ad ogni modo, per me è una delizia tenerli in pugno, imbrigliarli nelle loro stesse matasse e giocare con loro come il gatto fa con il topo... Beh, diciamo che raramente ho l'occasione di divertirmi sul serio, perché gli uomini sono idioti e io gli piaccio troppo... A casa mia sono sicuri che non mi innamorerò mai. Ora non posso apparire ai loro occhi come una tonta illusa e presentargli Jaime... In più, si intrometterebbero tutti: zii, zie... Bisognerebbe presentarlo al nonno come un animaletto raro... Poi approverebbero perché è ricco, ma si dispererebbero perché non sa un bel niente su come amministrare le sue ricchezze. So quello che diranno, uno ad uno. Vorrebbero che venisse a casa tutti i giorni... Tu mi capisci, vero Andrea? Finirei per non poterlo soffrire. Se mai ci sposassimo, non ci sarebbe altra soluzione se non dirglielo, ma non è ancora il momento. Per nulla al mondo.

– Perché vuoi che venga con voi in campagna? – dissi, stupita. – Dirò a mia madre che passerò tutto il giorno lì con te... ed è sempre meglio dire la verità. Non mi disturbi mai e Jaime sarà felicissimo di conoscerti. Vedrai. Gli ho parlato molto di te.

Io sapevo che Jaime assomigliava al San Giorgio dipinto sulla tavola centrale dell'altare di Jaime Huguet. Il San Giorgio che si pensa essere un ritratto del principe di Vienna. Ena me lo aveva ripetuto molte volte, mentre guardavamo insieme una fotografia dell'affresco che lei aveva posto sul suo comodino. Quando vidi Jaime notai effettivamente la somiglianza, e mi impressionò la stessa sottile malinconia del volto. Quando rideva, la somiglianza sfumava in maniera sconcertante, rendendolo molto più bello e vigoroso del quadro. Sembrava contento di portarci tutte e due alla spiaggetta sul mare, in quel periodo dell'anno in cui non andava mai nessuno. Aveva un'auto molto grande. Ena aggrottò un sopracciglio.

– Hai rovinato la macchina mettendoci gasolio.

– Beh, ma è grazie a questo che posso portarvi dove volete.

Uscimmo tutti insieme le quattro domeniche di marzo e alcune di aprile. Andavamo più in spiaggia che in montagna. Mi ricordo che la sabbia era ancora sporca di alghe, a causa dei temporali invernali. Io ed Ena correavamo scalze in riva, vicino all'acqua che era gelata, e gridavamo al sentirla sfiorarci. L'ultimo giorno faceva quasi caldo e facemmo il bagno in mare. Ena ballò una danza da lei inventata, per reagire. Io ero stesa sulla sabbia, vicina a Jaime, ed entrambi ammiravamo la sua graziosa figura, ritagliata sullo sfondo del Mediterraneo spumoso e azzurro. Poi venne verso di noi ridendo, e Jaime la baciò. La vidi appoggiata a lui, socchiudendo per un momento le sue lunghe ciglia.

– Quanto ti amo!

Lo disse sorpresa, come se avesse fatto una gran scoperta. Jaime mi guardò sorridendo, emozionato e confuso allo stesso tempo. Anche Ena mi guardò e mi tese la mano.

– E anche tu, mia super amata... tu sei mia sorella. Davvero, Andrea. Vedi... Ho baciato Jaime davanti a te!

Tornammo indietro di notte, per la strada che costeggiava il mare. Ammiravo il magnifico intreccio delle onde nel nero del mare e le misteriose luci delle barche lontane...

– C'è solo una persona che amo tanto quanto voi due. Forse anche più di voi due messi insieme... O forse no, Jaime, forse non la amo tanto quanto amo te... Non saprei. Non guardarmi così, che fai ribaltare la macchina. A volte mi consuma il dubbio di chi amo di più, tu o...

Io ascoltavo attentamente.

– Sai, cara? – disse Jaime con un tono che lasciava trasparire un'ironia così rabbiosa da tramutarsi in un dispetto infantile – Sarebbe il caso che ci dicessi il suo nome?

– Non posso – rimase zitta per un istante –. Non ve lo dirò, per nulla al mondo. Posso avere un segreto anche con voi.

Che giorni irripetibili! Per tutta la settimana mi sentii come trasportata da loro. Uscivamo molto presto e Jaime ci stava già aspettando con la macchina, nel luogo concordato. Ci lasciavamo alle spalle la città, attraversavamo la sua triste periferia, con la sorprendente imponenza delle fabbriche, attorno alle quali si stringevano degli alti condomini a più piani, ingrigiti dal fumo. Alla prima luce del sole, i vetri di queste case annerite spargevano scintille di luce diamantina. Stormi di uccelli svolazzavano dai fili della luce, gracchiando, spaventati dalla sirena insistente e rosseggiante...

Ena viaggiava a fianco a Jaime. Io, sul sedile posteriore, mi sedevo in ginocchio girata di spalle per osservare quella maestosa massa informe che era Barcellona, che si ergeva per poi sparire man mano che ci allontanavamo, come un gregge di mostri. A volte Ena abbandonava Jaime e saltava al mio fianco per guardarla anche lei, per commentarla insieme a me.

Nessun altro giorno della settimana Ena assomigliava a quella ragazza scatenata, quasi infantile di pura gioia, nella quale si trasformava di domenica. Proprio a me – che venivo dalla campagna – mi fece scoprire una nuova dimensione della Natura, a cui non avevo mai pensato prima. Mi fece conoscere il battito del fango umido, intriso di linfa vitale, l'emozione misteriosa dei boccioli ancora chiusi, l'incanto malinconico delle alghe sfilacciate sulla sabbia, la potenza, l'ardore, la fantastica magia del mare.

– Non fare lezioni di Storia! – mi gridava, disperata, quando rivivevo le storie degli antichi fenici e greci nel mare latino. Me lo immaginavo (così calmo, splendente e azzurro) solcato da strane navi.

Ena nuotava con il gusto di chi abbraccia una persona amata. E godeva di una felicità che veniva concessa a pochi esseri umani. Quella di sentirsi trasportata da quell'aura, quasi palpabile, che emana una coppia di giovani innamorati, e che fa sì che il mondo vibri più forte, che profumi e che riecheggi di palpitazioni, e che sia più immenso e più profondo.

Mangiavamo in delle locande lungo la costa, o facevamo dei picnic in mezzo ai pini, all'aria aperta. Alcune volte, pioveva. Quindi io ed Ena ci riparavamo sotto l'impermeabile di Jaime, che si lasciava bagnare tranquillamente... Molte volte mi ha prestato un golfino di lana o un suo maglione. Ne teneva un mucchio in macchina, in caso di bisogno durante l'ingannevole primavera. D'altro canto, quell'anno ci fu un clima meraviglioso. Mi ricordo che, nel mese di marzo, tornavamo cariche di ramoscelli di mandorlo fioriti e, in seguito, le mimose cominciarono ad ingiallirsi e a vibrare lungo i muretti dei giardini.

Questi sprazzi di luce che la mia vita riceveva grazie ad Ena erano smorzati dalle sfumature tetre di cui si tingeva il mio spirito, durante gli altri giorni della settimana. Non mi riferisco ai fatti della calle Aribau, che influenzavano appena la mia esistenza, ma alla visione distorta dei miei nervi, troppo tesi

per colpa di una fame che, a furia di essere cronica, cominciavi quasi a non sentire più. A volte mi arrabbiavo con Ena per delle piccolezze. Uscivo da casa sua disperata. Dopodiché, rientravo in casa senza dire una parola e mi sedevo a studiare insieme a lei. Ena faceva l'offesa e andavamo avanti così. A volte, il ricordo di queste scenate mi facevano piangere dal terrore, mentre ci rimuginavo su durante le mie passeggiate per le strade della periferia, o durante la notte, quando il mal di testa non mi lasciava dormire e dovevo togliere il cuscino perché si dissolvesse. Pensavo a Juan e mi riconoscevo simile a lui in molte cose. Non mi passava minimamente per la testa, il pensiero che fossi isterica per la mancanza di cibo. Quando ricevevo la mia somma mensile, mi presentavo a casa di Ena carica di fiori, compravo dolci a mia nonna e presi pure il vizio di comprare sigarette, che mettevo da parte per quei periodi in cui scarseggiava il cibo, dato che mi davano sollievo e mi accompagnavano nei sogni di progetti insensati. Quando Roman tornò dal suo viaggio, mi diede lui le sigarette in regalo. Mi seguiva con un sorriso speciale quando gironzolavo per la casa, quando mi fermavo di fronte alla porta della cucina fiutando, o quando me ne stavo stesa a letto per ore, con gli occhi aperti.

Uno di quei pomeriggi in cui mi arrabbiavi con Ena, la rabbia durò più a lungo. Camminavo con il broncio, trasportata da un monologo interiore lungo ed esaltato. «Non metterò più piede a casa sua.» «Sono stufa di quel suo sorrisetto di superiorità.» «Mi ha seguita con lo sguardo, divertita, sicura che sarei ritornata nel giro di pochi minuti.» «Crede che non possa fare a meno della sua amicizia. Che grande errore!» «Gioca con me, come lo fa con tutto il mondo – pensai ingiustamente – con i suoi genitori, con i suoi fratelli, con quei poveretti che si innamorano di lei, che lei incoraggia per poi farli soffrire...» Più passava il tempo, più mi appariva chiaro il carattere machiavellico della mia amica. Mi sembrava quasi disgustoso... Tornai a casa prima che mai. Riordinai gli appunti presi in classe, innervosita, e stavo quasi per piangere perché non capivo la mia scrittura. Dal fondo della mia cartella cadde il biglietto da visita che mi aveva dato Gerardo, quella prima notte di libertà della mia vita, quando lo avevo incontrato tra le ombre che circondavano la Cattedrale.

Il ricordo di Gerardo mi distrasse. Mi venne in mente che gli avevo promesso di chiamarlo per uscire insieme e percorrere gli angoli pittoreschi di Barcellona. Pensavo che, magari, poteva distrarmi dai miei pensieri e, senza pensarci ulteriormente, digitai il suo numero di telefono. Si ricordò subito di me e restammo d'accordo di vederci la sera seguente. Poi, anche se era ancora molto presto, mi misi a letto, guardando albeggiare le luci dalla strada dal riquadro del balcone, e caddi in un sonno profondo, come se dovessi scrollarmi le fatiche di un duro lavoro.

Quando mi svegliai ebbi la sensazione che qualcosa stava andando storto nel corso degli eventi. Avevo una sensazione simile a quella che avrei provato se qualcuno mi avesse detto che Angustias sarebbe ritornata. Quel giorno sarebbe stato uno di quei giorni che, in apparenza sono uguali agli altri,

inoffensivi, ma in cui di punto in bianco una sottilissima crepa fa mutare il corso della nostra vita in un periodo completamente nuovo.

Al mattino non andai all'Università, posseduta da un'ottusa cocciutaggine di non vedere Ena anche se, ogni ora che passava, mi risultava sempre più penoso restare arrabbiata con la mia amica e ne ricordavo tutti i migliori pregi e il suo sincero affetto per me. L'unico affetto spontaneo e disinteressato che io avevo conosciuto fino ad allora.

Al pomeriggio mi venne a prendere Gerardo. Lo riconobbi perché mi stava aspettando davanti al portone di casa e, immediatamente, si voltò verso di me, senza togliere le mani dalle tasche, com'era sua abitudine. La mia memoria aveva completamente cancellato i suoi lineamenti grossolani. In quel momento non indossava il paltò e neppure il cappello. Portava un bel completo grigio, di buona fattura. Era alto e robusto e i suoi capelli assomigliavano a quelli delle persone di colore.

– Ciao, bellezza! Mi disse.

Poi, con un gesto della testa come se fossi un cane:

– Andiamo!

Ero un po' intimidita.

Cominciammo a camminare l'uno di fianco all'altra. Gerardo parlava un sacco, come il giorno in cui lo conobbi. Feci caso che si esprimeva come un libro, citando ad ogni passo dei pezzi di opere che aveva letto. Affermò che ero intelligente e che lo era anche lui. Dopo, mi disse che lui non credeva troppo nell'intelligenza femminile. Più tardi, che Schopenhauer aveva detto...

Mi domandò se preferivo andare al Porto o al Parque de Montjuich. Per me un posto valeva l'altro. Camminavo muta, al lato suo. Quando attraversavamo la strada mi prendeva sottobraccio. Passammo per la calle de Cortes, fino ai giardini dell'Exposición. Una volta lì, cominciai a distrarmi perché il pomeriggio era terso e risplendeva nelle cupole del palazzo e nelle bianche cascatelle delle fontane. Una moltitudine di fiori primaverili annuivano al soffio del vento, lo invadevano tutto con le loro vampate di colore. Ci perdemmo per i sentieri di quel parco immenso. In uno spiazzo – verde scuro per via dei cipressi potati – scorgemmo la bianca statua di Venere che si rifletteva nell'acqua. Qualcuno le aveva grettamente pitturato le labbra di rosso. Io e Gerardo ci fissammo indignati e, in quel momento, mi fu simpatico. Bagnò il suo fazzoletto e, con la spinta della sua robusta stazza, si arrampicò sulla statua e le strofinò le labbra marmoree finché non furono di nuovo pulite. Da quel momento riuscimmo a parlare con più calore. Facemmo una lunghissima passeggiata. Gerardo mi parlò dettagliatamente di lui e poi volle sapere della mia situazione a Barcellona.

– Dunque, sei sola soletta eh? Nel senso che non hai i genitori?

Ritornò a essere fastidioso.

Giungemmo al Miramar e ci mettemmo in coda per la terrazza del Ristorante per ammirare il Mediterraneo che, al tramonto, aveva dei riflessi color del vino. Il grande Porto appariva minuscolo ai nostri sguardi, che lo contemplavano dall'alto con occhi di falco. Nelle darsene risalivano in superficie gli scheletri ossidati dei pescherecci, affondati durante la guerra. Alla nostra destra potevo riconoscere i cipressi del cimitero a sud – est ed anche quell'odore di malinconia che si stendeva verso l'orizzonte del mare.

Vicino a noi, alcune persone facevano merenda sui tavolini della terrazza. La camminata e l'aria di mare avevano risvegliato quell'occulta sensazione di fame, che era sempre latente in me. In più, ero stanca. Contemplai i tavolini e gli appetitosi spuntini con occhi avidi. Gerardo seguì la direzione del mio sguardo e disse con tono interrogatorio, come se rispondergli affermativamente fosse una barbarie:

– Non vuoi prendere niente, vero?

E mi prese per il braccio, trascinandomi fuori da quel luogo pericoloso, con la scusa di dovermi mostrare un altro splendido panorama. In quell'istante mi diede un senso di ripugnanza.

Poco dopo, alle spalle del mare, vedevamo tutta la città imponente ai nostri piedi.

Gerardo se ne stava in piedi a guardarla.

– Barcellona! Così superba e così ricca e, ciò nonostante come può essere dura la vita qui! – esclamò pensieroso.

Me lo stava dicendo come se si stesse confessando e mi sentii subito commossa, perché pensavo che si riferisse alla sua gaffe di un momento prima. Una delle poche cose che mi era dato conoscere molto bene a quel tempo, era la miseria in qualsiasi sua forma: anche sotto il buon tessuto e la camicia di cotone di Gerardo... In un gesto impulsivo, appoggiai la mia mano sulla sua e lui me la strinse, trasmettendomi il suo calore. In quel momento mi prese una voglia di piangere, senza sapere perché. Mi baciò i capelli.

Improvvisamente mi irrigidii, nonostante continuassimo a stare uniti. Io ero stupidamente ingenua a quei tempi in queste questioni, indipendentemente dalle mie pretese di essere cinica. Non ero mai stata baciata da un ragazzo ed ero sicura che il primo che lo avrebbe fatto, sarebbe stato colui che io avrei scelto tra tutti. Gerardo aveva appena sfiorato i miei capelli. Pensai che fosse la conseguenza di quell'emozione che avevamo condiviso e che non potevo essere così ridicola da respingerlo, indignata. In quel momento si voltò per baciarmi delicatamente. Sentii un'assurda sensazione, come se delle ombre mi corressero per tutto il viso, come al crepuscolo, ed il cuore prese a battermi furiosamente, in una stupida indecisione, come se fossi obbligata a sopportare quelle carezze. Mi sembrava che lui stesse sperimentando qualcosa di straordinario, che si stesse innamorando subito di me. Perché, allora, ero sufficientemente stordita da non accorgermi che faceva parte di quell'infinità

di uomini che nascono solo per comportarsi da stalloni, e che quando si trovano di fronte una donna non sanno in che altro modo atteggiarsi, se non in quello. Il suo cervello e il suo cuore non vanno più in là. Improvvisamente Gerardo mi tirò a sé e mi baciò sulla bocca. Presa alla sprovvista, gli diedi uno spintone, e mi salì un'ondata di ribrezzo per la sua saliva e per il calore delle sue labbra gonfie. Lo allontanai con tutte le mie forze e mi misi a correre. Lui mi seguì. Mi trovò un po' tremante, intenta a riflettere. Mi balenò l'idea che avesse interpretato il tocco delle mie mani come una dichiarazione d'amore.

– Perdonami, Gerardo. – gli dissi con la massima ingenuità – Ma, sai?... è che io non ti desidero. Non sono innamorata di te.

E mi sentii sollevata per avergli spiegato tutto in maniera esaustiva.

Lui mi prese per il braccio, come chi raccoglie un qualcosa che gli appartiene, e mi guardò in un modo talmente rozzo e sprezzante che mi fece gelare il sangue.

In seguito, mentre eravamo sul tram che avevamo preso per il ritorno, prese a farmi la paternale sulla mia condotta da quel momento in poi, sul fatto che mi conveniva non gironzolare sola e in libertà, sul fatto di non uscire da sola con i ragazzi. Mi sembrava quasi di sentire zia Angustias.

Gli promisi che non sarei più uscita con lui e rimase un po' scioccato.

– No, piccola, no, con me è diverso. Sai che ti do buoni consigli... Io sono il tuo migliore amico. Era molto soddisfatto di sé stesso.

Io mi sentivo scoraggiata, come il giorno in cui una buona sorella del mio collegio, arrossendo un po', mi spiegò che non era più una bambina e che era diventata donna. Ricordavo le parole della suora in modo inappropriato «Non c'è nulla di cui avere paura, non è una malattia, è qualcosa di naturale, voluto da Dio» ... Pensavo «Com'è che quest'uomo stupido mi ha baciata per la prima volta... È molto probabile che questo non abbia la minima importanza» ...

Salii le scale di casa senza energia. Aveva già fatto buio del tutto. Antonia mi aprì la porta con un fare viscido.

– È passata una signorina bionda; chiedeva di Voi.

Fiacca e triste com'ero, mi venne quasi voglia di piangere. Ena, che era migliore di me, era venuta a cercarmi.

– E' in salotto con il signorino Roman – aggiunse la domestica –. Sono stati lì tutto il pomeriggio... Mi fermai un attimo a riflettere. «Alla fine ha conosciuto Roman, come desiderava – pensai – Che impressione si sarà fatta?» Tuttavia, senza sapere perché, una certa irritazione seguì alla mia curiosità. In quell'istante udii Roman che suonava il piano. Fulminea raggiunsi la porta del salotto, bussai due volte ed entrai. Roman smise subito di suonare, con il broncio. Ena era adagiata sul bracciolo di una delle poltrone consumate e sembrava essersi svegliata da un lungo sonno. Sopra il piano un moccioso

di candela – ricordo le notti che avevo trascorso in quella stanza – bruciava, e la sua fiammella allungata e carica d'inquietudine era l'unica luce della camera.

Ci fissammo tutti e tre per un minuto. Dopodiché, Ena corse verso di me e mi abbracciò. Roman mi sorrise con affetto e si alzò.

– Vi lascio, piccole.

Ena gli tese la mano e i due continuarono a guardarsi, zitti. Gli occhi di Ena erano fosforescenti come quelli di un felino. Iniziò a invadermi la paura. Come un gelo sulla pelle. Fu allora che ebbi la sensazione che una crepa, sottile come un capello, stesse dividendo in due la mia vita e la stesse frantumando come un bicchiere. Quando sollevai lo sguardo da terra, Roman se n'era già andato. Ena mi disse

– Me ne vado anch'io. È molto tardi... Volevo aspettarti perché, a volte, fai cose folli e non può essere... Bene, ciao... Ciao, Andrea...

Ero nervosissima.

3.2.13 Capítulo XIII

Il giorno dopo, fu Ena ad evitarmi all'Università. Mi ero talmente abituata a passare il tempo con lei tra una lezione e l'altra, che mi sentivo disorientata e non sapevo cosa fare. All'ultima ora si avvicinò a me.

– Non venire da me oggi pomeriggio, Andrea. Devo uscire... È meglio che in questi giorni tu non venga, finché non ti avverto io. Ti avviserò io. Ho una questione in ballo... Puoi venire a prendere i dizionari... (perché io, che ero a corto di mezzi, non avevo nemmeno il dizionario di greco, mentre quello di latino, che avevo tenuto da parte dal Bachillerato, era piccolo e preso male: le traduzioni le faceva sempre Ena) ... Mi dispiace – poco dopo continuò, con un sorriso di mortificazione – No, non posso nemmeno prestarti i dizionari... Che nervoso! Ma dal momento che si avvicinano gli esami, non posso permettermi di lasciare le traduzioni per la sera... Dovrai venire a studiare in Biblioteca... Credimi, mi dispiace, Andrea.

– Non preoccuparti.

Mi sentivo sopraffatta dallo stesso senso d'oppressione del pomeriggio prima. Ma allora non era più un presentimento, ma la certezza che era successo qualcosa di brutto. Ad ogni modo, risultava meno angosciante di quel primo brivido di nervi che percepii quando vidi Ena guardare Roman.

– Bene... sono di fretta, Andrea. Non posso aspettarti perché ho promesso a Bonet... Ah! Ecco Bonet che mi cenno. Ciao, tesoro.

Mi baciò sulla guancia, diversamente da com'era abituata, anche se molto rapidamente, poi se ne andò dopo avermi ripetuto

– Non venire da me finché non te lo dico io... È che non mi trovi, sai? Non voglio che ti disturbi.

– Tranquilla.

La vidi uscire, accompagnata da uno dei suoi pretendenti meno favoriti, che quel giorno sembrava raggianti.

Da quel momento, dovetti immaginare la mia vita senza Ena. Giunse la domenica e lei, che non mi aveva ancora dato il famoso avviso ma si limitava a guardarmi e sorridermi a distanza all'Università, non mi disse nulla nemmeno della nostra gita con Jaime. La mia esistenza tornava a essere solitaria. Visto che era qualcosa che sembrava non aver soluzione, mi rassegnai. Fu allora che cominciai a realizzare che si sopportano meglio le grandi controversie che non le piccolezze di tutti i giorni.

A casa, Gloria accoglieva la primavera – sempre più intrisa di aromi – con un grande nervosismo, che non avevo mai visto in lei. Di quando in quando, si metteva a piangere. La nonna, come se fosse un gran segreto, mi disse che aveva il timore che potesse essere di nuovo incinta.

– In altre circostanze non te l'avrei detto... perché sei ancora una bambina. Ma adesso, dopo la guerra...

La povera vecchietta non sapeva a chi poter confidare le proprie preoccupazioni.

Ad ogni modo, non stava succedendo niente di tutto ciò. L'aria di aprile e maggio è piuttosto irritante, agita e brucia più di quello in piena canicola, solo questo succedeva. Gli alberi della calle Aribau – quegli alberi di città che secondo Ena puzzavano di marcio, da pianta morta – si erano riempiti di foglioline delicate, quasi trasparenti. Gloria, imbronciata davanti alla finestra, osservava tutta questa allegria e sospirava. Un giorno la vidi lavare il suo completo nuovo ed era desiderosa di cambiargli il colletto. Lo gettò a terra esasperata.

– Non so fare queste cose! – disse – Sono inutile!

Nessuno le aveva chiesto di farlo. Si chiuse a chiave in camera sua.

Roman sembrava essere di ottimo umore. A volte, arrivava addirittura a rivolgere la parola a Juan. In quel caso il comportamento di Juan era commovente, e si metteva a ridere per qualsiasi cosa. Dava dei colpetti alle spalle di suo fratello. Poi, riceveva terribili rimproveri da sua moglie, come conseguenza.

Un giorno, sentii Roman che suonava il piano. Suonava un motivo che io conoscevo. La sua canzone di primavera, composta in onore del dio Xochipilli. Quella canzone che, a suo dire, gli portava sfortuna. Gloria se ne stava in un angolo buio dell'ingresso, sforzandosi di ascoltare. Entrai e iniziai a osservare le sue mani sui tasti. Alla fine, abbandonò la sua musica con un certo fastidio.

– Vuoi qualcosa, piccola?

Anche Roman sembrava essere cambiato nei miei confronti.

– Di cosa avete parlato tu ed Ena, l'altro giorno?

Sembrò sorpreso.

– Di nulla di particolare, credo. Che ti ha detto lei?

– Non mi ha detto niente. Da quel giorno non siamo più amiche.

– Beh, piccola... Io non ho nulla a che vedere con le vostre stupide faccende da scolarette... Non sono ancora arrivato a questo punto.

E se ne andò

I pomeriggi mi sembravano particolarmente lunghi. Ero abituata a passarli sistemando i miei appunti, poi ero solita fare una bella passeggiata e prima delle sette ero già a casa di Ena. Lei vedeva Jaime tutti i giorni dopo pranzo, ma tornava per quell'ora in modo da fare le traduzioni con me. Qualche volta restava a casa tutto il pomeriggio ed era allora che tutto il gruppo dell'Università si riuniva lì. I ragazzi, che avevano la febbre della letteratura, ci leggevano le loro poesie. Alla fine, la madre di Ena cantava qualcosa. Erano i giorni in cui io mi fermavo a cena da loro. Tutto questo era già parte del passato (alcune volte mi buttavo giù a pensare a come il corso degli affari della mia vita sembrava procedere, per poi dissolversi non appena lo davo per certo ed immutabile). Il ritrovo di amici a casa di Ena si interruppe a causa dell'ombra minacciosa della fine delle lezioni, che ci stava piombando addosso. E tra me ed Ena non si parlò più del fatto che io tornassi a casa sua.

Un pomeriggio incontra Pons alla Biblioteca dell'Università. Fu molto felice di vedermi.

– Vieni spesso qui? Prima non ti vedevo.

– Sì, vengo a studiare...È che non ho i libri...

– Veramente? Posso prestarti i miei. Domani te li porto.

– E tu?

– Te li chiederò indietro quando ne avrò bisogno.

Il giorno seguente, Pons venne all'Università con dei libri nuovi, mai aperti.

– Puoi tenerli... Quest'anno, a casa, hanno comprato i testi in partita doppia.

Io ero talmente imbarazzata che mi veniva da piangere. Ma, cosa potevo dire a Pons? Era così eccitato. – Non sei più amica di Ena? – mi chiese.

– Sì. È che la vedo meno, per via degli esami.

Pons era un ragazzo molto infantile. Piccolo e magro, con degli occhi a cui le lunghissime ciglia donavano una certa dolcezza. Un giorno lo incontrai all'Università che stava terribilmente agitato.

– Senti, Andrea... Non ti ho detto niente prima perché non ci era permesso portare le ragazze. Ma ho parlato così tanto di te, ho detto che tu sei diversa... In pratica, si tratta del mio amico Guixols e lui ha detto di sì, capisci?

Non avevo mai sentito parlare di Guixols.

– No, come faccio a capire?

– Ah! È vero. Non ti ho nemmeno mai parlato dei miei amici... Questi qui, dell'Università, non sono davvero miei amici. Si tratta principalmente di Guixols e di Iturdiaga... infine, li conoscerai. Sono tutti artisti, scrittori, pittori... un mondo completamente bohemien. Assolutamente pittoresco. Lì non esistono le convenzioni sociali... Pujol, un amico di Guixols – e, ovviamente, anche mio – porta il foulard e i capelli lunghi. È un tipo fantastico... Ci ritroviamo nello studio di Guixols, che è un pittore... un ragazzo molto giovane – suavia, voglio dire giovane per essere un artista, alla fine ha più di vent'anni –, ma con un enorme talento. Non è mai venuta nessuna ragazza lì, fino ad ora. Abbiamo paura che si scandalizzino per la polvere e che sparino delle cavolate come quelle che sono solite dire. Ma li ha colpiti il fatto che ho detto loro che non ti trucchi mai e che hai una carnagione molto scura e gli occhi chiari. E, alla fine, mi hanno detto di portarti questo pomeriggio. Lo studio è nel quartiere vecchio...

Non mi sarei mai sognata di rifiutare quell'invito tentatore. Naturalmente lo accompagnai.

Ci mettemmo in marcia, facendo una lunga passeggiata per le vecchie strade. Pons sembrava felice. A me era risultato sempre straordinariamente simpatico.

– Conosci la chiesa di Santa Maria del Mar? – mi chiese Pons.

– No.

– Se vuoi, entriamo un attimo. La usano come esempio del puro gotico catalano. Per me è una meraviglia. Durante la guerra la bruciarono...

Santa Maria del Mar si rivelò al mio sguardo, adorna di un incanto unico, con le sue riconoscibili torri e il suo piccolo piazzale, pressata da vecchie case, davanti a lei.

Pons mi prestò il suo cappello, sorridendo al vedermi piegarlo per indossarlo. Poi entrammo. La navata appariva ampia e fresca e, lungo essa, pregavano un certo numero di devote. Alzai lo sguardo e vidi i mosaici rotti delle finestre, tra le pietre che le fiamme avevano annerito. Quella desolazione colmava di poesia la struttura e la spiritualizzava ulteriormente. Rimanemmo lì per un po', poi uscimmo da una porta laterale vicino alla quale c'erano dei venditori di garofani e ginestre. Pons mi comprò un piccolo mazzo di garofani profumati, rossi e bianchi. Notava il mio entusiasmo, con uno sguardo carico di gioia. Dopodiché, mi guidò alla calle de Montcada, dove Guixols aveva lo studio. Entrammo per un largo portone dove troneggiava uno scudo di pietra. Nel cortile, un cavallo brucava placidamente, aggiogato a un carro, e delle galline beccavano diffondendo una sensazione di pace. Da lì, partiva la rovinata scalinata di pietra signorile, che salimmo. All'ultimo piano, Pons suonò il campanello, tirando un piccolo cordoncino che penzolava dalla porta. Si udì una campanella molto lontana. Ci aprì un ragazzo al quale Pons arrivava sotto le braccia. Credevo che si trattasse di Guixols. Lui e Pons si abbracciarono calorosamente. Pons mi disse:

– Ti presento Iturdiaga, Andrea... Questo tipo è appena arrivato dal Monastero di Veruela, dove ha trascorso una settimana, seguendo le orme di Becquer...

Iturdiaga mi sorrise dall'alto della sua statura. Teneva una pipa tra le lunghe dita e notai che, nonostante il suo imponente aspetto, doveva avere la nostra età.

Lo seguimmo fino alla stanza dove Guixols teneva il suo studio, attraversando un lungo labirinto di case ridotte a macerie e completamente disabitate. Una stanza grande, luminosa, con vari mobili coperti – sedie e poltrone –, un grande buffet e un tavolino dove avevano collocato in un vaso un mucchio di pennelli, come un mazzo di fiori.

C'erano opere di Guixols ovunque: sui cavalletti, sulla parete, appoggiate ai mobili o sul pavimento... Lì si erano riuniti due o tre ragazzi, che si alzarono in piedi appena mi videro. Guixols era l'unico tizio con un aspetto da sportivo. Forte e molto gioviale, totalmente placido, quasi l'antitesi di Pons. Tra i due scorsi il famoso Pujol che, con il suo foulard e tutto, era terribilmente timido. Più tardi, arrivai a conoscere i suoi quadri, che presentavano, punto per punto, tutti i difetti di Picasso – la genialità non è suscettibile all'imitazione, naturalmente. Non era colpa di Pujol, né dei suoi diciassette anni passati a ricalcare il maestro –. Il più degno di nota di tutti sembrava essere Iturdiaga. Parlava con gesti teatrali e, quasi sempre, ad alta voce. Poi, mi accorsi che aveva scritto una novella di quattro tomi, ma non riusciva a trovare un editore.

– Che bellezza, amici miei! Che bellezza! – dicevano, riferendosi al Monastero di Veruela – Ho compreso la vocazione religiosa, l'esaltazione mistica, la chiusura costante in solitudine!... Non mi mancava nulla se non voi e l'amore... Io sarei libero come il vento se l'amore non mi aggiogasse sempre al suo carro, Andrea – aggiunse, rivolgendosi a me.

Poi, divenne serio.

– Dopodomani mi batterò con Martorell, non c'è altra soluzione. Guixols tu mi farai da testimone – No, lo sistemeremo prima di arrivare a tanto – disse Guixols, offrendomi una sigaretta.

–. Puoi star certo che la sistemerò... È una stupidaggine che tu ti batta perché Martorell è stato volgare con una fiorista della Rambla.

– Una fiorista della Rambla è una donzella, come qualsiasi altra donna!

– Non lo metto in dubbio, ma tu non l'avevi mai vista prima di allora, mentre Martorell è un nostro amico. Forse un po' tonto, ma un buon ragazzo. Ti dico che lui prende tutto questo come uno scherzo. Dovete fare pace.

– Nossignore! – gridò Iturdiaga – Martorell ha smesso di essere un mio amico quando...

– Bene. Ora facciamo merenda se Andrea ci fa la cortesia di prepararci un panino con il prosciutto che può trovare nascosto dietro la porta...

Pons verificava continuamente l'effetto che i suoi amici avevano su di me e cercava il mio sguardo per sorridermi. Misi su il caffè e lo bevemmo in tazze di diverse forme e dimensioni, ma tutte di una fine porcellana antica, che Guixols teneva in una vetrina. Pons mi mise al corrente che Guixols se le era procurate negli Encantes.

Io osservavo i quadri di Guixols: paesaggi marini per lo più. Catturò la mia attenzione una bozza della testa di Pons. A quanto sembrava, Guixols aveva fortuna e vendeva bene i suoi quadri, anche se non aveva fatto ancora nessuna mostra. Senza volerlo, confrontai i suoi dipinti con quelli di Juan. Quelli di Guixols erano migliori, senza dubbio. Al sentir parlare di migliaia di pesetas, la voce di Juan mi attraversò le orecchie, come una scia di crudeltà... «Credi che il nudo di Gloria che ho dipinto valga solo dieci monete?» A mio avviso, quell'ambiente «bohemien» sembrava molto confortevole. L'unico vestito male e con le orecchie sporche, era Pujol, che mangiava di gran gusto e in silenzio. Nonostante ciò, seppi che era ricco. Lo stesso Guixols era figlio di un proprietario di fabbrica ricchissimo. Anche Iturdiaga e Pons appartenevano a famiglie conosciute nell'ambiente dell'industria catalana. Per di più, Pons era figlio unico e molto viziato, secondo quello di cui venni a conoscenza mentre lui arrossiva fino alle orecchie.

– Mio padre non mi capisce – urlò Iturdiaga –. Come potrebbe comprendermi se sa solo ammucciare milioni? Non c'è stato verso che mi finanziasse nell'edizione del romanzo. Dice che sono soldi sprecati!... E la cosa peggiore è che, dall'ultimo tiro che gli ho fatto, mi tiene con l'acqua alla gola, senza neanche un centesimo.

– È che è stato un bel tiro – disse Guixols con un sorrisetto.

– No! Io non gli mentii!... Un giorno mi chiamò in camera sua: «Gaspar, figliolo... Ho sentito bene? Mi hai forse detto che non ti resta nulla delle duemila pesetas che ti ho dato come mancia di Natale?» (questo era quindici giorni dopo Natale). Io gli risposi «Sì, papà, nemmeno un centesimo» ... Allora socchiuse gli occhi come una belva e mi disse:

– «Beh mi dirai subito in cosa li hai spesi.»

– Io gli raccontai quello che si può raccontare a un padre come il mio, e lui non ne fu soddisfatto. Poi mi saltò in mente di dire:

– La maggior parte l'ho data a Lopez Soler, gli ho fatto un prestito a quel poveretto...

Quindi avreste sentito mio padre ruggire come una tigre:

– «Prestare denaro a un simile sciamannato che non te lo restituirà mai! Ti do una bastonata... Se non mi ridai il denaro entro ventiquattr'ore mando Lopez Soler in carcere e ti tengo a pane e acqua per un mese... Ti insegnerò io a essere uno scialacquatore» ...

» – Questo non è possibile, padre; Lopez Soler è a Bilbao.

» Mio padre lasciò cadere le braccia sconsolato, dopodiché recuperò le forze di nuovo.

– «Questa notte stessa parti per Bilbao accompagnato da tuo fratello maggiore, canaglia! Ti insegnerò io a scialacquare il mio denaro...» E per quando fu notte, io e mio fratello eravamo già sulla corriera notturna. Sapete già com'è fatto mio fratello, un tipo serio e con la testa dura come ce ne sono pochi. A Bilbao fece visita a tutti i parenti di mio padre, e mi obbligò ad accompagnarlo. Lopez Soler se n'era andato a Madrid. Mio fratello fece una telefonata extra – urbana a Barcellona: «Andate a Madrid – disse mio padre – Sai che ho fiducia in te, Ignacio... Sono deciso a educare Gaspar con la forza» ... Rieccoci sulla corriera notturna, fino a Madrid. Lì incontrai Lopez Soler, al Cafè Castilla, e mi abbracciò piangendo di gioia. Quando realizzò perché ero lì, mi chiamò assassino e mi disse che mi avrebbe ammazzato piuttosto che ridarmi i soldi. Poi, avendo visto che dietro di me c'era mio fratello Ignacio con i suoi pugni da lottatore di boxe, tra lui e i suoi amici rifecero su la somma e me la diedero. Ignacio in persona la mise via, soddisfatto, nella sua valigetta, ed io mi ritrovai nemico di Lopez Soler...

» Tornammo a casa. Mio padre mi fece un discorso solenne e poi mi disse che, come punizione, si sarebbe tenuto lui la somma recuperata, e che non mi avrebbe dato soldi per coprire i costi del nostro viaggio, per i successivi otto giorni. Quindi Ignacio, con la sua espressione tranquilla, prese la banconota da venticinque pesetas che mi aveva restituito Lopez Soler, e la porse a mio padre. Il pover'uomo si sentì come un castello che andava in frantumi.

– «Cos'è questo?» – gridò. – Il denaro che avevo prestato a Lopez Soler, padre. – dissi io. E da lì in poi giunse la rovina della mia esistenza, amici miei... Proprio adesso che pensavo di risparmiare per pubblicare il libro per conto mio...

Io ero divertita e serena. – Ah! – disse Iturdiaga, dirigendo lo sguardo verso un quadretto che era girato sulla parete. –. Che cosa ci fa il quadro della Verità girato di spalle?

– È che è stato alla presenza di Romances, il critico, e dal momento che ha cinquant'anni, non mi è parso delicato...

Pujol si alzò di scatto e girò il quadretto. Su uno sfondo nero avevano dipinto a grandi lettere bianche: «Ringraziamo gli dei che valiamo infinitamente più dei nostri predecessori. – Omero.»

La firma era imponente. Non potei fare a meno di ridere. Mi sentivo davvero a mio agio lì; l'assoluta incoscienza, l'incurante felicità di quell'ambiente mi accarezzavano l'anima.

3.2.14 Capítulo XIV

Gli esami di quel corso erano facili, ma avevo paura e studiavo più che potevo.

– Ci perderai la salute – mi disse Pons –. Io non mi preoccupo. Il prossimo corso è un altro discorso, quando dovremo fare il rinnovo.

La verità era che stavo cominciando a perdere la memoria. Avevo mal di testa di continuo.

Gloria mi disse che Ena era venuta a far visita a Roman nella sua stanza e che Roman aveva suonato le sue composizioni da violino per lei. Gloria era sempre ben informata di queste cose.

– Pensi che si sposerà con lei? – mi domandò di punto in bianco, con quella specie di fiamma che le donava la primavera.

– Ena sposarsi con Roman?! Che idiozia immensa!

– Lo dico perché lei sembra sempre così ben vestita, come di buona famiglia... Forse Roman vuole sistemarsi.

– Non dire stupidaggini. Non c'è nulla di tutto questo tra di loro... Andiamo! Non essere sciocca! Se Ena è venuta, puoi star certa che è solo per sentire la musica.

– E perché non è passata a salutare te?

Sentivo il cuore come balzarmi fuori dal petto, talmente ero interessata a tutto ciò.

Vedevo Ena all'Università tutti i giorni. A volte scambiavamo qualche parola. Ma come avremmo potuto parlare di cose intime? Lei mi aveva completamente allontanata dalla sua vita. Un giorno le chiesi gentilmente di Jaime. – Sta bene. – mi disse – Non usciamo più insieme di domenica. (Evitava di guardarmi, forse per far sì che io non notassi la tristezza nel suo sguardo. Chi mai era in grado di capirla?)

– Roman è in viaggio – le dissi improvvisamente.

– Lo so già – mi rispose.

– Ah!...

Restammo in silenzio.

– E la tua famiglia? – indagai (sembrava che non ci vedessimo da una vita).

– Mamma è stata male.

– Le manderò dei fiori, non appena mi sarà possibile...

Ena mi guardò in un modo speciale.

– Anche tu hai una brutta cera, Andrea... Vuoi venire a fare una passeggiata con me, questo pomeriggio? Ti farà bene prendere un po' d'aria fresca. Potremmo andare al Tibidabo. Mi farebbe piacere che facessi merenda con me lì...

– Hai già concluso quella faccenda importante che avevi per le mani?

– No, non ancora; non essere ironica... Ma oggi pomeriggio faccio una pausa, se tu vuoi concedermela.

Non ero né felice né triste. Sentivo che la mia amicizia con Ena aveva perduto molto della sua magia con la rottura. Ma, allo stesso tempo, volevo davvero bene alla mia amica.

– Sì, ci andremo... sempre che qualcosa di più importante non te lo impedisca.

Mi prese la mano e mi aprì le dita, per osservare la confusa rete di segni nel palmo.

– Che mani magre!... Andrea, voglio che mi perdoni se, in qualche modo, mi sono comportata male con te in questi giorni... Non mi comporto male solo con te... Ma questo pomeriggio sarà tutto come prima. Vedrai. Correremo tra i pini. Ci divertiremo.

Effettivamente ci divertimmo e ridemmo molto. Con Ena, qualsiasi argomento acquisiva interesse e vitalità. Le raccontai di Iturdiaga e dei miei nuovi amici. Dal Tibidabo, dietro Barcellona, si vedeva il mare. I pini si susseguivano in un folto e fragrante gruppo nella montagna sottostante, estendendosi in grandi boschi, fino a dove iniziava la città. Il verde la circondava, abbracciandola.

– L'altro giorno sono stata a casa tua – disse Ena –; volevo vederti. Ti ho aspettato per quattro ore. – Non mi hanno detto nulla.

– È che sono salita in stanza di Roman, per passare il tempo. È stato molto gentile con me. Ha suonato un po' di musica. Di tanto in tanto chiamava la cameriera, per verificare se fossi arrivata.

Io mi rabbuii così di seguito, che Ena lo notò e divenne anche lei di cattivo umore.

– Ci sono delle cose di te, Andrea, che non mi piacciono. Ti vergogni della tua famiglia... E, tuttavia, Roman è un uomo talmente originale e un artista come ce ne sono pochi... Se io ti presentassi i miei zii non ci troveresti un minor ardore di spirito, nemmeno se lo cercassi con la lente. Mio padre stesso è un uomo ordinario, senza il ben che minimo tatto... Con questo non voglio dire che non sia una brava persona e, per di più, è attraente, già lo sai, ma avrei compreso molto meglio se mia madre si fosse sposata con un uomo come Roman, o con qualcuno che gli assomigliasse... Questo è solo un esempio come tanti... Tuo zio è un personaggio. Anche solo con lo sguardo sa esprimere quello che vuole. Capire... Sembra un po' confuso a volte. Ma anche tu lo sembri a volte, Andrea. Proprio per questo ho voluto essere tua amica all'Università. Avevi gli occhi luccicanti e girovagavi goffa, astratta, senza renderti conto di nulla... Noi ridevamo di te; ma io, dentro di me, desideravo conoscerti. Una mattina ti vidi uscire dall'Università, sotto una pioggia torrenziale... Era un dei primi giorni di corso (tu non ti ricorderai, di certo). La maggior parte dei ragazzi stava rintanata sulla porta, e anche io, nonostante avessi impermeabile e ombrello, non osavo sfidare quella furia torrenziale. Improvvisamente ti vedo uscire, con la stessa andatura di sempre, senza sciarpa e con la testa scoperta... Mi ricordo che il vento e la pioggia ti scompigliavano i ricci, e poi te li appiccicavano alle guance. Io uscii dopo di te e l'acqua scendeva a fiumi. Sbattesti le palpebre un istante, come stranita, poi ti affrettasti fino alla ringhiera del giardino, come se fosse un gran rifugio. Restasti lì per pochi minuti, almeno fin quando ti rendesti conto che ti bagnavi lo stesso. Lo scenario era splendido. Mi commovevi e mi facevi piegare in due del ridere, allo stesso tempo. Credo che fu allora che iniziai a provare affetto per te... Poi ti ammalasti...

– Sì, mi ricordo.

– So che ti da fastidio che io sia amica di Roman. Era già da tempo che ti avevo chiesto di presentarmelo... Capii che se volevo essere tua amica, dovevo levarmi dalla testa una simile idea...E il giorno che venni a cercarti a casa tua e che ci vedesti insieme, non potevi nascondere la tua irritazione e il tuo disgusto. Il giorno seguente vidi che ti avvicinavi, intenzionata a discutere di quella faccenda... Forse a chiedermi spiegazioni. Non lo so... Non avevo voglia di vederti. Devi capire che io posso scegliermi i miei amici, e Roman (non lo nego) mi interessa moltissimo, per motivi particolari e per la sua genialità e...

– È una persona meschina e malvagia.

– Io non cerco la bontà nelle persone, e nemmeno la buona educazione... Anche se credo che quest'ultima sia imprescindibile per convivere. Mi piacciono le persone che vedono la vita con uno sguardo diverso da tutti gli altri, che considerano le cose in modo diverso che la maggior parte della gente...Forse questo mi succede perché ho sempre vissuto con esseri troppo normali e troppo soddisfatti di loro stessi... Sono sicura che mia madre e i miei fratelli hanno la certezza della loro indiscutibile utilità a questo mondo, che sanno sempre cosa vogliono, quello che è bene e quello che è male... E che hanno sofferto poche preoccupazioni rispetto a qualsiasi fatto.

– Non vuoi bene a tuo padre?

– Certo che sì, questo a prescindere.... E sono grata alla Sorte che lui sia così bello e che gli assomiglio... Ma non sono mai riuscita a capire perché mia madre abbia finito per sposare lui. Mia madre è stata la passione di tutta la mia infanzia. Fin da molto piccola ho notato che lei era diversa da tutti gli altri... Io la spiavo. Mi sembrava che fosse disgraziata. Quando iniziai a rendermi conto che amava mio padre e che era felice con lui, mi prese una specie di depressione...

Ena era seria.

– Non potevo farci nulla. Tutta la vita ho cercato di sfuggire ai miei semplici e rispettabili genitori... Semplici ma, allo stesso tempo, anche intelligenti nel loro genere, che è ciò che li rende così insopportabili... Mi piacciono le persone con quella briciola di follia che fa sì che la vita non sia monotona, anche se sono persone disgraziate o con la testa tra la nuvole, come te... Persone che, secondo la mia famiglia, sono calamità da evitare...

La guardai.

– A prescindere da mia madre – con mia mamma non si sa mai quello che succederà, e questo è uno dei suoi tratti attraenti – che cosa pensi che direbbero mio padre o mio nonno se sapessero qual è il tuo reale modo di essere? Se sapessero, come so io, che ti privi del mangiare e che non compri ciò di cui hai bisogno per il piacere di riservare ai tuoi amici presenti da milionaria nell'arco di tre giorni... Se sapessero che ti piace vagabondare da sola di notte. Che non hai mai saputo ciò che vuoi, ma che

sei sempre alla ricerca di qualcosa... Bah, Andrea! Credo che si farebbero il segno della croce al solo vederti, come se fossi il diavolo.

Si avvicinò a me e mi si fermò davanti. Mi appoggiò le mani sulle spalle, guardandomi.

– E tu, mia cara, questo pomeriggio, sia che si tratti di casa tua o di tuo zio, sei uguale alla mia famiglia... Ti da orrore anche solo pensare che io sia lì. Pensi che io non sappia cosa sia il tuo mondo, quando ciò che accade è che mi ha assorbita dal primo istante e che voglio scoprirlo fino in fondo.

– Ti sbagli. Roman e tutti gli altri là, no hanno nessun merito in più, se non quello di essere peggiori delle altre persone che tu conosci, e di vivere tra cose decadenti e sozze.

Io parlavo duramente, rendendomi conto che non potevo convincerla. – Quando arrivai a casa tua, l'altro giorno, che mondo strano che si spalancò ai miei occhi! Ne rimasi stregata! Non mi sarei mai potuta nemmeno sognare il quadro che mi offriva tuo zio Roman, suonando per me al lume di candela, in quel covo di cose antiche, in piena calle Aribau... Non hai idea di quanto pensassi a te. Quanto mi interessavi per il fatto che vivevi in un posto così surreale. Ti capivo meglio... Ti volevo. Fino a che non arrivasti... Senza rendertene conto, mi guardavi in un modo che strangolava il mio entusiasmo. Quindi, non serbarmi rancore per essere voluta entrare da sola a casa tua e conoscerli tutti. Perché non c'è nulla che non desti il mio interesse... Da quella specie di strega che avete come governante, fino al pappagallo di Roman...

» Riguardo a Roman, non mi dirai che ha il solo merito di trovarsi a far parte di quell'ambiente. È una persona straordinaria. Se lo hai sentito interpretare i suoi pezzi, devi riconoscerlo.

Scendemmo in città in tram. La tiepida brezza del pomeriggio muoveva i capelli di Ena. Era bellissima. Mi disse anche

– Vieni a casa mia quando vuoi... Perdonami per averti detto di non venire. Questa è un'altra questione. Sai già di essere la mia unica amica. Mia madre mi chiede spesso di te e sembra preoccupata... Era felice che, alla fine, avessi simpatizzato con una ragazza; da che ho memoria mi ha sempre vista circondata unicamente da ragazzi...

3.2.15 Capítulo XV

Arrivai a casa con un gran mal di testa e mi lasciò perplessa il grande silenzio che c'era all'ora di cena. La governante si muoveva con insolita leggerezza. La vidi in cucina, mentre accarezzava il cane, che appoggiava il musetto sul suo grembo. Di quando in quando, quella donna era scossa da brividi nervosi, come delle scariche elettriche, e rideva mostrando i denti verdi.

– Ci sarà una sepoltura.

– Come?

– La creatura sta morendo...

Mi accorsi che nella camera matrimoniale c'era la luce accesa.

– È venuto il medico. Sono andata in farmacia a cercare le medicine, ma non mi hanno voluto far credito, perché nel quartiere sanno bene come vanno le cose in questa casa da quando è morto il povero Signore... Non è vero, Trueno?

Entrai nella tana. Juan aveva fatto uno schermo alla luce in modo che non disturbasse il bambino, che sembrava privo di sensi, rosso dalla febbre. Juan lo teneva tra le braccia, perché il piccolo non poteva sopportare di stare nella culla, senza piangere di continuo... La nonna sembrava intontita. Vidi che gli accarezzava i piedi, infilando la mano sotto la coperta che lo avvolgeva. Nel frattempo, recitava il rosario, e mi sembrò strano che non piangesse. La nonna e Juan erano seduti sull'angolo del grande letto matrimoniale e, in fondo, sempre sul letto, ma appoggiata sulla curva della parete, vidi Gloria che giocava a carte molto preoccupata. Era seduta rannicchiata, trasandata e sporca, come al solito. Pensavo che stesse facendo dei solitari. A volte li faceva.

– Cos'ha il bimbo? – chiesi.

– Non si sa – rispose rapidamente la nonna. Juan la guardò e disse:

– Il medico dice che è un principio di polmonite, ma io credo che sia qualcosa allo stomaco.

– Non ha alcuna importanza, il bambino è ben piazzato e sopporterà bene la febbre – continuò Juan, mentre premeva con grande delicatezza la piccola testa del piccolo, appoggiandola al petto.

– Juan! – gridò Gloria – È ora che tu te ne vada!

Lui guardò il bambino con una preoccupazione che risulterebbe strana, considerando quanto appena detto.

Addolcì un poco la voce.

– Non so se andare, Gloria... Che ne pensi? Il piccolo vuole solo stare con me.

– Penso che non sia proprio il momento di pensarci su. Ti è caduta dal cielo quest'opportunità di guadagnare delle pesetas in tutta tranquillità. Restiamo io e Mamma. Poi al negozio c'è il telefono, giusto? Ti avviseremo se la situazione peggiora... E dato che non sei tu il solo a fare il turno di guardia, potrai raggiungerci. Sia ciò che sia, domani incasserai...

Juan si alzò. Il bambino gemette. Juan sorrise con una strana smorfia, indeciso

– Vai, caro, vai! Dallo alla Mamma.

Juan lo diede in braccio alla nonna e il piccolo iniziò a piangere.

– Vediamo! Dallo a me!

Tra le braccia di sua madre, il bimbo sembrava stare meglio.

– Che birbone! – disse la nonna tristemente – Quando sta bene vuole che lo tenga in braccio solo io, e adesso...

Juan stava indossando il cappotto, pensieroso, guardano il bambino.

– Mangia qualcosa prima di uscire. C'è della zuppa in cucina ed è rimasto un po' di pane nella credenza.

– Sì, mi berrò una zuppa calda. La metterò in una tazza...

Prima di andarsene, tornò nuovamente in camera.

– Lascio questo cappotto, metterò il vecchio. – disse premuroso, afferrandone uno consumato e macchiato, appeso alla parete. – Non fa freddo, e durante una notte di ronda si rovinerebbe molto...

Si vedeva che non si decideva ad andarsene. Gloria gridò nuovamente

– Si sta facendo tardi!

Alla fine, se ne andò.

Gloria cullava la creatura, impaziente. Quando sentì la porta chiudersi, restò ancora un'istante con il collo teso ad ascoltare. Dopodiché urlò:

– Mamma!

La nonna era andata a cenare anche lei e stava bevendo la zuppa con il pane, ma la lasciò da parte e accorse subito.

– Andiamo, Mamma, andiamo! Di corsa!

Appoggiò il piccolo in grembo alla nonna, senza far caso al suo pianto. Poi iniziò a vestirsi con quanto di meglio aveva: un completo stampato il cui collo penzolava ancora, senza essere del tutto cucito, che stava appallottolato su una sedia, e una collana di perline azzurre. Abbinati alla collana c'era una coppia di tondi orecchini pendenti, anch'essi azzurri. Si incipriò abbondantemente il viso, come suo solito, per nascondere le lentiggini, e si truccò labbra e occhi, con mano tremante.

– È stata un gran fortuna che Juan abbia ottenuto questo lavoro stanotte, Mamma – disse, vedendo che la nonna scuoteva la testa disgustata, cullando il bambino, ormai già troppo grande per le sue braccia, troppo vecchie – Vado a casa di mia sorella, Mamma, pregate per me. Vado a vedere se mi da del denaro per le medicine del bambino... Pregate per me, Mamma, povera cara, e non siate disgustata... Andrea vi farà compagnia.

– Sì, rimarrò qui a studiare.

– Non ceni prima di uscire, bambina mia?

Gloria ci pensò su un attimo, poi si decise a trangugiare la cena in un batter d'occhio. La zuppa della nonna, nel piatto, si raffreddava e diventava viscosa. Nessuno rimediò su di essa.

Quando Gloria se ne andò, la governante e Trueno entrarono a dormire nella sua stanza. Io accesi la luce della sala da pranzo – che era la luce migliore della casa – e aprii i libri. Non ne venivo a capo, quella notte, non mi interessavano e non li capivo. Ma ci passai due o tre ore. Era uno degli ultimi giorni di maggio e dovevo fare mettermi molto impegno nel mio lavoro. Ricordo che cominciavo a essere ossessionata dal piatto di zuppa fredda, abbandonato davanti a me. Il pezzo di pane morso.

Ascoltai qualcosa di simile al ronzio di un moscone. Era la nonna che si avvicinava, canticchiando al bambino che teneva in braccio. Senza abbandonare il tono da cantilena mi disse

– Andrea, figliola... Andrea, bambina mia... Vieni a recitare il rosario con me.

Feci fatica a capirla. Poi, la seguii in camera.

– Vuoi che tenga un po' il bambino?

La nonna scosse energicamente la testa, facendo di no. Si sedette nuovamente sul letto. Il bimbo sembrava dormire.

– Prendimi il rosario dalla tasca.

– Non ti fanno male le braccia?

– No... no, su! Su!

Iniziai a recitare le belle parole dell'Avemaria. Le parole dell'Avemaria che mi sono sempre apparse celesti. Udii la chiave girare nella serratura della porta. Credetti che fosse Gloria e mi voltai rapidamente. Mi prese un colpo enorme quando vidi Juan. A quanto pare non era riuscito a dominare la sua ansia, ed era tornato prima dell'alba. Il viso della nonna lasciò trasparire un tale terrore, che Juan se ne rese conto subito. Si chinò velocemente sul bambino che dormiva, arrossato, con la bocca socchiusa. Poi si raddrizzò.

– Che ha fatto Gloria? Dov'è?

– Gloria sta riposando un po'... o forse no... No! Vero che no, Andrea? È uscita a cercare qualcosa in farmacia... Non mi ricordo. Diglielo tu, Andrea, bambina mia.

– Non mentirmi, mamma! Non farmi bestemmiare!

Era di nuovo esasperato. Il bambino si svegliò e cominciò a fare smorfie. Lo prese in braccio un momento, cantilenando senza togliersi il cappotto umido dalla strada. Ogni tanto bestemmiava tra i denti. Si agitava sempre più. Alla fine, lasciò la creatura sulla gonna della nonna.

– Juan! Dove vai, figliolo?... Il bambino si metterà a piangere

– Vado a prendere Gloria, mamma, a prenderla trascinandola per i capelli, se è necessario, insieme a suo figlio... Tutto il corpo gli tremava. Sbatté la porta. Infine, la nonna cominciò a piangere. – Vai con lui, Andrea! Vai con lui, figliola, che l'ammazza! Vai!

Senza pensarci, mi infilai il cappotto e corsi scendendo le scale, dietro a Juan.

Gli corsi dietro, quasi perseguitandolo, come se lui fosse vita per me. Spaventata. Guardando i lampioni avvicinarsi e la gente come stampe confuse, al mio sguardo. La notte era tiepida, ma carica d'umidità. Una luce bianca illuminava magicamente i rami, carichi di un tenero verde, dell'ultimo albero della calle Aribau. Juan camminava svelto, quasi correndo. In un primo momento, più che

vederlo, ne indovinavo la sagoma da lontano. Preoccupata, pensai che se gli fosse saltato in mente di prendere un tram, io non avevo soldi per seguirlo.

Giungemmo alla plaza de la Universidad, quando l'orologio dell'edificio segnava mezzanotte e mezza. Juan attraversò la piazza e si fermò di fronte alla curva dove si imbecca la Ronda di Sant'Antonio e dove inizia, oscura, la calle de Talleres. Un fiume di luci correva, giù per calle Pelayo. I cartelloni pubblicitari gli strizzavano l'occhio, come uno scherzo di cattivo gusto. Davanti a Juan passavano i tram. Guardava in ogni direzione, come per orientarsi. Era troppo magro e ballava nel cappotto, che si gonfiava con il vento, giocava con le sue gambe. Io stavo lì, quasi al suo fianco, senza azzardarmi a chiamarlo. A che cosa sarebbe mai servito, che lo chiamassi io?

Il cuore mi batteva con la velocità di una gara di corsa per auto. Lo vidi svoltare per la Ronda de Sant'Antonio e lo seguì. D'un tratto si voltò così rapidamente, che ci ritrovammo faccia a faccia. Tuttavia, non sembrò rendersene conto, ma mi passò a fianco, in direzione opposta a quella in cui mi aveva condotto senza accorgersene. Arrivò nuovamente in plaza de la Universidad e, allora, si immise nella calle de Talleres. Lungo quest'ultima non incontrammo anima viva. I lampioni sembravano più soffocati e il marciapiede era mal ridotto. Juan si trattenne nuovamente, ad una biforcazione della strada. Ricordo che c'era una fontana pubblica lì, con il rubinetto chiuso male e che, nel lastricato, si formavano pozzanghere. Juan guardò un istante verso il quadrato di luce che segnava l'imbocco della strada nelle Ramblas. Poi, vi diede le spalle e girò per la calle de Ramalleras, ugualmente stretta e tortuosa. Io correvo per stargli dietro. Da un negozio chiuso proveniva un aroma di fieno e frutta. Sopra un muro si ergeva la luna. Tutto il sangue che avevo, correva con me, pulsando forte, in tutto il mio corpo.

Ogni volta che, svoltando, intravedevamo las Ramblas, Juan sobbalzava. Muoveva gli occhi sbattuti in tutte le direzioni. Si mordeva le guance. Alla curva della calle del Carmen – più illuminata delle altre – lo vidi fermarsi impalato, con il gomito destro appoggiato sul palmo della mano sinistra, mentre si accarezzava pensativo gli zigomi, come in preda ad una grande fatica mentale.

Il percorso che avevamo intrapreso sembrava non avere fine. Non avevo idea di dove volesse andare, e quasi non mi importava. Mi si stava insinuando nella mente l'idea di seguirlo e questa idea mi aveva talmente presa, che non sapevo nemmeno a che scopo. Poi, mi resi conto che avremmo potuto fare un tragitto due volte più breve. Attraversammo, percorrendolo in parte, il mercato di San Josè. Lì, i nostri passi risuonavano sotto l'alta tettoia. L'enorme recinzione, il gran numero di banchetti chiusi, emanavano un'atmosfera di morte e vi era una grande malinconia nelle flebili luci giallognole, disseminate qua e là. Enormi ratti, dagli occhi luminosi come gatti, fuggivano rumorosamente al sentire i nostri passi. Alcuni si fermavano sulla loro strada, grassissimi, quasi intenzionati ad affrontarci. C'era un indefinibile lezzo di frutta marcia, resti di carne e pesce... Una sentinella ci

osservò passare con aria sospetta, visto che sbucavamo dalle stradine sul retro, correndo l'una dietro all'altro.

Appena giungemmo alla calle del Hospital, Juan si lanciò verso le luci delle Ramblas, dalle quali sembrava essere fuggito, fino a quel momento. Eravamo nella Rambla del Centro. Io, quasi al suo fianco. Lui sembrava fiutare la mia presenza nel suo inconscio, perché girava sempre la testa indietro. Tuttavia, anche se ogni volta i suoi occhi si posavano su di me, non mi vedeva. Aveva l'aria di un tipo sospetto, di un ladro che fuggiva, inciampando nella gente. Credo che qualcuno mi abbia detto una bestialità. Non ne sono sicura, anche se è molto probabile che ce l'avessero con me e che ridessero di me molte volte. Non pensai nemmeno per un attimo a dove potesse condurmi quell'avventura, e neppure a cosa avrei potuto fare per placare un uomo del quale conoscevo bene i violenti scatti d'ira. So solo che mi tranquillizzava sapere che non aveva armi. Per il resto, i miei pensieri oscillavano in quella stessa eccitazione che mi opprimeva la gola, fin quasi a farmi male.

Juan imboccò la calle del Conde del Asalto, brulicante di persone e di luci a quell'ora. Realizzai che quello era l'inizio del barrio chino. «La fiamma del Diavolo» di cui mi aveva parlato Angustias, appariva povero e chiassoso, con una grande quantità di cartelloni con ritratti di ballerine e ballerini. Sembravano le porte dei cabaret, che offrivano come attrazione dei fenomeni da baraccone. La musica stordiva a grigie ondate, provenendo da tutte le parti, mescolandosi in modo disarmonico. Mentre attraversavamo, a passo svelto, un'orda di persone che a volte mi esasperava perché mi impediva di vedere Juan, mi venne alla mente un ricordo vivissimo di un carnevale che avevo visto quando ero piccola. A dire il vero, quella gente era grottesca: un uomo mi passò vicino con gli occhi stracolmi di rimmel, sotto un ampio cappello. Le sue guance erano rosee. Tutti mi sembravano travestiti con il peggior gusto, ed il rumore e l'odore da vino mi stordivano. Non ero nemmeno spaventata come quel giorno in cui, attaccata alla gonna di mia madre, assistetti alle grasse risate e le ridicole contorsioni delle maschere. Tutto quello non era altro se non la scia di un incubo, irreale come tutto ciò che era esterno alla mia persecuzione.

Persi di vista Juan e mi bloccai, atterrita. Qualcuno mi spinse. Alzai lo sguardo e scorsi, in fondo alla strada, la montagna di Montjuich avvolta, con i suoi prati, nella purezza della notte...

Alla fine, ritrovai Juan. Il poveretto era fermo in piedi. Stava guardando la vetrina illuminata di una latteria, nella quale troneggiava una fila di flan appetitosi. Muoveva le labbra e si afferrava la barba con le mani, pensieroso. «Questo è il momento – pensai – di appoggiargli una mano sul braccio. Di farlo ritornare in sé. Di dirgli che Gloria sarà sicuramente a casa...» Non feci nulla.

Juan riprese la marcia immettendosi – dopo essersi guardato intorno per orientarsi – in una di quelle viottole buie e fetide che sboccano laggiù. Ancora una volta quella peregrinazione si trasformò in una caccia tra le ombre sempre più nere. Persi il conto delle strade per dove passammo. Le case si

stringevano, alte, trattenendo l'umidità. Dietro alcuni portoni si sentiva della musica. Ci incrociammo con una coppia abbracciata in modo volgare, e misi il piede in una pozzanghera fangosa. Avevo l'impressione che, in alcune strade, vi fosse del fumo rossastro, diluito nell'oscurità. In altre, una luce azzurrina... Alcuni uomini passavano e le loro voci risultavano rauche in quel silenzio. In alcuni momenti, mi si schiarivano le idee e mi avvicinavo a Juan, in modo che si rendesse conto che ero con lui. Quando restammo nuovamente soli io e lui, mi tranquillizzai, prestando attenzione solamente al rumore dei suoi passi.

Mi ricordo che camminavamo per una strada nera, completamente avvolta nel silenzio, quando si spalancò una porta dalla quale uscì di corsa un uomo ubriaco, che ebbe la grande sfortuna di scontrarsi con Juan, facendolo vacillare. Sembrò che Juan fosse percorso da una scarica elettrica sulle spalle. In un batter d'occhio, gli sferrò un pugno sulla mandibola per poi calmarsi, accertandosi che l'altro si riprendesse. Nel giro di poco erano avvinghiati in una rissa bestiale. Io riuscivo appena a vederli. Sentivo le loro parolacce e le loro bestemmie. Una voce roca, proveniente da qualche finestra invisibile sopra di noi, tuonò nell'aria: «Cosa succede qui?».

Dopodiché, rimasi sorpresa della confusione che, in un istante, riempì la strada. Due o tre uomini e alcuni ragazzini, che sembravano sbucati fuori dal suolo, circondavano i due litiganti. Una porta aperta lanciava sulla strada la sua pozza di luce, che mi accecava.

Io ero presa dal terrore e cercavo di rimanere invisibile. Non riuscivo a immaginare cosa sarebbe potuto accadere di lì a pochi minuti. Come se dal cielo della strada penzolassero delle streghe, sentivamo alzarsi sopra la zuffa delle voci aspre, come lacerate. Voci di donne che animavano lo scontro con i loro insulti e le loro risa. Allucinata, avevo come l'impressione che delle facce tonde fluttuassero nell'aria, come quei palloncini che i bambini, a volte, si lasciano sfuggire. Udii un ruggito e vidi che Juan ed il suo nemico erano caduti a terra, rovesciandosi sul fango della via. Nessuno aveva intenzione di separarli. Un uomo li mise a fuoco con la sua lanterna, e quindi vidi Juan che si aggrappava al collo dell'altro per morderlo. Uno dei guardoni, con una buona mira, lanciò una bottiglia in testa a Juan, facendolo girare su sé stesso e lasciandolo cadere nel sudiciume. Pochi attimi dopo, si unì anche lui alla rissa.

In quel momento, qualcuno lanciò un grido di allarme, simile a una sirena dei pompieri o a quella particolare della macchina della Polizia, che fa così tanta scena nei film. In un attimo ci ritrovammo soli, io e Juan. Perfino lo sfidante ubriaco era sparito. Juan si alzò barcollando. Sentimmo delle risa soffocate dall'alto. Io, che ero fossilizzata in una strana non – reattività, reagii di scatto, saltando con una fretta febbrile, come in preda alla follia, verso Juan. Lo aiutai a rialzarsi del tutto e toccai i suoi vestiti, sporchi di sangue e di vino. Ansimava.

Nel mio cervello, sentivo riecheggiare i battiti del mio cuore. Il loro suono mi assordava.

– Andiamo! – avrei voluto gridare – Andiamo!

Non mi usciva la voce e iniziai a spintonare Juan. Avrei voluto volare. Sapevo, o almeno credevo, che di lì a poco sarebbe arrivata la polizia, e diressi Juan in un'altra strada. Prima di girare la seconda curva, udimmo dei passi. Juan si era ripreso abbastanza, ma si lasciava comunque guidare da me. Mi strinsi contro il suo braccio e lui mi abbracciò. Passò una banda. Erano dei tizi che pestavano il suolo rumorosamente e chiacchieravano sparando battute. Non ci dissero nulla. Un istante dopo, eravamo divisi. Mio zio appoggiato alla parete, con le mani in tasca, mentre ci catturava entrambi la luce di un lampione.

Mi guardò realizzando chi ero. Ma non mi disse nulla perché, senza alcun dubbio, gli sembrava naturale che io mi trovassi nel cuore del barrio chino, quella notte. Gli porsi un fazzoletto che tirai fuori dalla tasca, in modo che si pulisse il sangue che gli gocciolava sopra l'occhio. Se lo annodò e poi si appoggiò alla mia spalla, girando la testa e cercando di orientarsi. Io iniziai a sentirmi così stanca, come mi succedeva spesso a quei tempi. Le ginocchia mi tremavano a tal punto, che mi risultava difficile camminare. Avevo gli occhi pieni di lacrime.

– Andiamo a casa Juan!... Andiamo!

– Pensi che sia diventato pazzo dopo quel colpo, nipote? Sai benissimo perché sono venuto qui...

Si infuriò di nuovo e la mandibola gli tremava.

– Gloria dev'essere già rincasata a quest'ora. È andata solo a trovare sua sorella per chiederle di prestarle soldi per le medicine.

– Palle! Svergognata! Chi ti da il permesso di intrometterti in cose che non ti riguardano? – si calmò un attimo – Gloria non deve chiedere denaro a quella strega. Oggi stesso le hanno promesso, per telefono, che domani mattina alle otto avremmo avuto le cento pesetas che mi devono per un quadro... Perché chiederle soldi? Come se non sapessi che la cara sorellina non le da nemmeno la buonanotte!... Ma lei non sa che le spaccherò la testa! Con me può anche comportarsi male, ma che sia peggio degli animali con i loro cuccioli, questo no, no lo permetto. Preferisco che muoia una volta per tutte, quella maledetta!... Quello che le piace fare è bere e divertirsi a casa di sua sorella. La conosco bene. Una Ha un cervello da gallina... Come te! Come tutte le donne!... Che sia madre, per lo meno, quella...! Tutto questo era condito da parolacce che ricordo molto bene, ma a che serve che le ripeta?

Continuava a parlare mentre camminavamo. Appoggiato alla mia spalla e spingendomi allo stesso tempo. Attraverso quelle dita che mi afferravano, sentivo conficcarsi tutta l'energia dei nervi. E ad ogni passo, ad ogni parola, la sua forza si accentuava. So che ci ritrovammo a percorrere la stessa strada della rissa, avvolta nel silenzio. Lì, Juan fiutò come un cane che cerca una pista. Come uno di quei cani rognosi che, ogni tanto, vedevamo rovistando nell'immondizia... Sopra la stanchezza e

sopra quel marciume, si alzava la luce della luna. Non dovevi far altro che guardare il cielo per vederla. Di sotto, tra i vicoli, la luna se ne dimenticava qualcuno...

Juan iniziò a sbattere su un portone. Gli rispose l'eco dei suoi colpi. Juan continuò a sferrare calci e pugni per un bel po', finché non gli aprirono. Quindi, mi levò di mezzo con uno spintone, lasciandomi in strada. Sentii qualcosa di simile ad un grido soffocato, là dentro. Poi, più nulla. La porta mi si chiuse in faccia.

D'un tratto, ero così stanca che mi sedetti sulla soglia, con la testa tra le mani, senza riflettere. Più tardi, iniziò a prendermi un riso isterico. Mi tappai la bocca con le mani tremanti, perché le risate erano più forti di me. Questo per tutta quella corsa, l'inseguimento estenuante!... Che cosa avrei fatto se non fossero usciti di lì per tutta la notte? Come avrei ritrovato la strada di casa da sola? Credo che mi misi a piangere, dopo. Passò un bel po' di tempo, forse un'ora. Dal suolo molle si alzava umidità. La luna illuminava l'apice di una casa, con il bagno al piano rialzato. Il resto, lo lasciava nell'oscurità. Iniziai a sentire freddo, nonostante la nottata primaverile. Freddo e un timore indefinito. Presi a tremare. Si aprì la porta alle mie spalle e apparve un volto di donna prudente che si rivolse a me

– Poverina!... Entra, entra.

Mi ritrovai all'interno di una bottega di cibi e bevande, illuminata unicamente da una lucerna con poche cannule. Vicino al bancone c'era Juan, che si rigirava tra le dita un bicchiere pieno. Dal un'altra stanza proveniva un rumore animato e una scia di luce filtrava da sotto una tenda. Senza dubbio giocavano a carte. «Dove sarà Gloria?», pensai. La donna che mi aveva aperto era grassissima e aveva i capelli tinti. Inumidì la punta di una matita con la lingua, e segnò qualcosa in un libro.

– Quindi è ora che tu ti renda conto della tua situazione, Juan. È ora che tu sappia che Gloria ti mantiene... Questa cosa dell'essere venuto qui con l'intento di ammazzarla è molto buffa... E quella samaritana di mia sorella che sopporta tutto piuttosto che dirti che i tuoi quadri non li vuole più nessuno, se non gli straccivendoli... E tu con le tue arie da gran signore delle calle Aribau...

Si rivolse a me:

– Vuoi un po' di acquavite nell'attesa, piccola?

– No, grazie.

– Che delicatina che sei, bambina mia!

E si mise a ridere.

Juan si sorbiva la ramanzina, desolato. Non posso nemmeno immaginare quello che è successo qua dentro finché ero in strada. Juan non aveva più il fazzoletto in testa. Mi accorsi che la sua camicia era strappata. La donna continuò:

– E puoi ringraziare Dio, Joanet, che tua moglie ti ama. Con il corpo che si ritrova ti potrebbe mettere benissimo le corna, senza passare tutte le pene che la poveretta, invece, subisce per riuscire a venire a giocare a carte. Tutto perché il signorino creda di essere un pittore famoso...

Scoppiò a ridere scuotendo la testa, e Juan disse:

– Se non taci ti strangolo, troia!

Lei si erse in maniera minacciosa... Ma in quell'istante cambiò espressione per sorridere a Gloria, che comparve uscendo da una porta laterale. Anche Juan la sentì arrivare, ma evitò di guardarla, rivolgendo lo sguardo verso il bicchiere. Gloria aveva l'aria stanca.

Disse:

– Andiamo, caro!

E afferrò il braccio di Juan. Senza dubbio lo aveva visto prima. Solo Dio sa cos'è successo tra quei due.

Uscimmo in strada. Quando la porta si chiuse dietro di noi, Juan mise un braccio dietro le spalle di Gloria, appoggiandosi a lei. Camminammo per un po' in silenzio.

– Il bambino è morto? – domandò Gloria.

Juan fece di no con la testa e scoppiò in lacrime. Gloria era spaventata. Lui l'abbracciò, la strinse al petto e continuò a piangere, tutto scosso da spasmi, fino a che non fece piangere anche lei.

3.2.16 Capítulo XVI

Roman entrò con un impeto in casa, come se fosse ringiovanito.

– Hanno portato il mio completo nuovo? – chiese alla domestica.

– Sì, Signorino Roman, l'ho portato di sopra...

Trueno iniziò a sollevarsi sulle zampe, pigro e grasso, per salutare Roman.

– Questo Trueno – disse mio zio, aggrottando le sopracciglia – Si sta lasciando un po' troppo andare... Amico mio, se continui così ti sgozzerò come un maiale...

Si formò un placido sorriso sul volto della governante. I suoi occhi si illuminarono.

– Non faccia scherzi, Signorino Roman! Povero Trueno! Ma se è ogni giorno più bello... Vero Trueno? Vero figliolo?

La donna si accovacciò e il cane le appoggiò le zampe sulle braccia e le leccò il viso scuro. Roman osservava la scena con curiosità e piegava le labbra in un'espressione indefinibile.

– Ad ogni modo, se questo cane continua così, lo ammazzo... Non mi piace tanta felicità e tanta pigrizia.

Roman fece mezzo giro e se ne andò. Al passare, mi accarezzò le guance. Aveva gli occhi neri che brillavano. La pelle del suo viso era spessa ed abbronzata, c'erano tante piccole rughe profonde, come

fatte di carta velina. Nella brillante e riccia capigliatura nera, qualche capello bianco. Per la prima volta pensai all'età di Roman. Per essere precisi, lo ricordai a quei tempi in cui mi sembrava più giovane.

– Piccola, hai bisogno di soldi? Voglio farti un regalo. Ho fatto un buon affare.

Non so cosa mi spinse a rispondere:

– Non ho bisogno di niente. Grazie, Roman...

Rimase lì, mezzo sorridente, confuso.

– Bene. Ti darò una sigaretta. Ne ho alcune di stupende...

Sembrava volesse dire qualcosa di più, ma si trattenne mentre se ne stava andando.

– So già che «questi due» sono in un buon momento – ed indicò, ironico, la camera di Juan –. Non posso stare troppo tempo via da casa...

Io non gli dissi niente. Alla fine, girò i tacchi.

– Hai sentito? – mi disse Gloria – Roman si compra completi nuovi... e camice di seta... Che te ne pare?

– Mi sembra una buona cosa – mi chiusi nelle braccia.

– Roman non si è mai preoccupato dei suoi vestiti. Dimmi la verità, Andrea. A te sembra innamorato?

Roman si innamora molto facilmente, cara mia.

Gloria si stava imbruttendo. Il viso le si era consumato, durante quel mese di maggio, e le occhiaie sembravano più profonde.

– Anche tu gli piacevi all'inizio, no? Adesso non gli paci più. Adesso gli piace la tua amichetta, Ena. L'idea che io potessi essere piaciuta a mio zio come donna, mi sembrò talmente idiota che rimasi assorta.

«Come appariranno mai le nostre azioni e le nostre parole, interpretate da un simile cervello?», pensai, cupa, osservano la bianca fronte di Gloria.

Feci un giro per la via, rimuginando su queste cose. Camminavo spedita e distratta, ma mi accorsi che un vecchietto dal naso rosso stava attraversando la strada per dirigersi verso di me. E, presa dallo stesso malessere di sempre, attraversai anche io dall'altro lato del marciapiede, tuttavia senza poter evitare di incontrarci a metà strada. Mi raggiunse senza fiato, per passare giustamente a fianco, si tolse il vecchio cappello e mi salutò.

– Buongiorno, signorina!

Quel briccone aveva gli occhi brillanti d'ansia. Lo salutai con un cenno del capo e fuggii. Lo conoscevo bene. Era un vecchio «povero» che non chiedeva mai nulla. Appoggiato a una curva della calle Aribau, vestito con una certa dignità, restava ore e ore in piedi, sostenuto dal suo bastone, all'erta. Non importava che facesse caldo o freddo: lui se ne stava lì, senza lamentarsi o gridare, come

tutti quegli altri mendicanti, esposti a coloro che li soccorrono e che gli concedono asilo. Semplicemente, salutava con rispettosa cortesia i passanti che, a volte, si impietosivano e gli allungavano l'elemosina. Non si poteva rimproverargli nulla. Io provavo per lui un'antipatia particolare, che col tempo cresceva e si ancorava. Era il mio protetto forzato, e credo che fosse per quello che lo odiavo tanto. Allora non mi venne da pensarlo, ma mi sentivo come obbligata a fargli l'elemosina, e provavo vergogna quando non avevo denaro da dargli. Avevo preso in eredità quel vecchio da zia Angustias. Mi ricordo che, ogni volta che uscivamo insieme in strada, la zia depositava cinque centesimi in quella mano arrossata, che si sollevava in un grato saluto. Per di più, si fermava a parlargli in modo autorevole, obbligandolo a raccontare bugie o verità riguardo la sua vita. Lui rispondeva a tutte le sue domande, con la mansuetudine richiesta da Angustias.... A volte lo sguardo gli sfuggiva in direzione di qualche «cliente», che fremeva dalla voglia di salutare e la cui vista era disturbata da mia zia e da me, impalata sul marciapiede. Ciononostante, Angustia continuava a interrogarlo

– Rispondete! Non vi distraete!... È vero che il vostro nipotino non può essere accolto in orfanotrofio? E vostra figlia, è morta alla fine? E....?

Alla fine, concludeva:

– Sappiate che mi informerò su ciò che c'è di vero in tutto questo. Potrebbe costarvi molto caro, ingannarmi.

già in quel periodo lui ed io eravamo uniti da uno stretto legame; perché io sono sicura che lui avesse intuito la mia antipatia per Angustias. Un sorriso mite gli scorreva tra le labbra, tra la dignitosa barba argentata e, di quando in quando, i suoi occhi vagavano su di me, balenanti d'intelligenza. Io lo guardavo esasperata.

«Perché non costringe Voi a fare la passeggiata?», gli domandavo senza parlare.

I suoi occhi continuavano a brillare.

– Sì, signorina. Dio vi benedica, signorina! Ahi, ah signorina, cosa dobbiamo passare noi poveri! Dio e la Vergine di Montserrat, signorina, e la Vergine del Pilar siano con Voi!

Alla fine, riceveva la sua paga di cinque centesimi con tutta umiltà e adulazione. Angustias respirava, gonfiandosi d'orgoglio.

– Devi essere caritatevole, figliola...

Da allora, presi in antipatia il vecchio. La prima volta che ebbi denaro per le mani, gli diedi cinque pesetas, in modo che si sentisse così libero dalla rigidità di zia Angustias e così felice, com'ero io; quel giorno, avevo voluto allontanarmi, fondermi insieme a tutti gli altri esseri del Creato. Quando iniziò il suo repertorio di lusinghe, mi infastidì a tal punto che gli dissi, prima di mettermi a correre così da non poterlo sentire:

– State zitto!

Il giorno dopo non avevo denaro da dargli, e nemmeno il successivo. Ma il suo saluto ed i suoi occhi ballerini mi perseguitavano, mi ossessionavano, per quel tratto della calle Aribau. Misi in atto mille congetture per svignarmela, per prendermi gioco di lui. Una volta feci un giro, salendo fino alla calle Muntaner. Fu da allora che presi l'abitudine di mangiare frutta secca per la strada. Affamata, delle sere compravo un cartoccio di mandorle al banchetto della curva. Mi risultava impossibile aspettare di arrivare a casa, prima di mangiarne... Quindi, mi seguivano sempre due o tre ragazzini scalzi.

– Una mandorlina! Guardi, abbiamo fame!

– Non sia crudele!

(Ah! Maledetti! Pensavo io. Voi avete mangiato un pasto caldo in qualche mensa dei Centri di carità Sociali. Voi non avete lo stomaco vuoto.) Li guardavo furiosa. Tiravo delle pedate per liberarmi di loro. Un giorno, uno di loro mi sputò... Ma se passavo di fronte al vecchio e avevo la sfortuna di inciampare nei suoi occhi, gli davo sempre l'intero cartoccio che avevo in mano, a volte quasi pieno. Non so perché lo facevo. Non mi ispirava la men che minima compassione, ma mi tormentava i nervi con il suo sguardo pacifico. Gli mettevo le mandorle in mano come se gliele stessi tirando dietro, poi rimanevo tremante d'ira e di appetito insoddisfatto. Non potevo sopportarlo. Non appena ritiravo la mia paga, pensavo a lui ed il vecchio riceveva la sua mancia di cinque pesetas mensili, che significavano un giorno in più senza cibo per me. Era talmente psicologico, il profondo subconscio, che non avevo scampo. Non poteva prescindere dal suo saluto, questo sì. Senza il suo saluto mi sarei dimenticata di lui. Era il suo cavallo di battaglia.

Quel giorno, fu uno dei primi delle mie vacanze. Gli esami erano finiti e mi ritrovai con un corso di studi completato. Pons mi chiese:

– Che cosa hai in mente di fare quest'estate?

– Niente, non so...

– E quando avrai terminato gli studi?

– Non so nemmeno questo. Suppongo che insegnerò...

(Pons aveva il potere di stremarmi con le sue domande. Mentre gli dicevo che avrei insegnato, capiva chiaramente che non avrei mai potuto essere una brava professoressa.)

– Non ti piacerebbe proprio sposarti?

Non gli risposi.

Quel pomeriggio ero uscita in strada, attratta dalla giornata torrida, e vagavo senza nessuna meta precisa. Pensavo di recarmi all'ultimo allo studio di Guixols.

Subito dopo aver incrociato il vecchio mendicante vidi Jaime, distratto come lo ero io. Era seduto in macchina, parcheggiata lì, vicino al marciapiede della calle Aribau. L'immagine di Jaime fece

riaffiorare molti ricordi, tra i quali il mio desiderio di rivedere Ena. Jaime stava fumando, appoggiato contro il volante. Osservai che non lo avevo mai visto fumare, prima. Per circostanze casuali, alzò lo sguardo e mi vide. Faceva dei movimenti molto leggeri; saltò fuori dall'auto e mi prese le mani.

– Arrivi giusta in tempo, Andrea. Avevo così tanta voglia di vederti... Ena è da te?

– No.

– Ma, deve venire?

– Non lo so, Jaime.

Sembrava disorientato.

– Vuoi venire a fare un giro con me?

– Sì, con molto piacere.

Mi sedetti in macchina, a fianco a lui, guardai il suo volto e mi sembro intriso di pensieri completamente estranei a me. Uscimmo da Barcellona per lungo l'autostrada di Vallavidrera. Subito dopo, i pini ci avvolsero con il loro caldo profumo.

– Sai che io ed Ena non ci vediamo più? – mi chiese Jaime.

– No. Non la vedo molto nemmeno io, in questo periodo.

– Eppure, viene a casa tua.

Arrossii un po'.

– Non è per vedere me.

– Sì, questo già lo so, me lo immagino... ma credevo che la vedessi ugualmente, che parlassi con lei.

– No. – Vorrei che le dicessi una cosa da parte mia, se ti capitasse di vederla...

– Sì?

– Voglio che sappia che io ho fiducia in lei.

– Va bene, glielo dirò.

Jaime fermò la macchina e passeggiammo sul ciglio dell'autostrada, tra i tronchi dorati e rossicci. Quel giorno avevo una particolare predisposizione d'animo per osservare le persone. Mi chiesi, come avevo già fatto con Roman, che età potesse avere Jaime. Era in piedi, a fianco a me, molto slanciato, che ammirava lo splendido panorama. Sulla fronte gli si formavano delle rughe verticali. Si girò verso di me e mi disse

– Oggi ho compiuto ventinove anni... Cos'hai?

Il mio rabbuiarmi era dovuto al fatto che aveva risposto alla mia domanda interiore. Mi guardava e rideva, senza sapere a cosa poter attribuire la mia espressione. Io glielo dissi.

Restammo per un po' laggiù, parlando poco niente, in perfetta armonia a poi, di comune accordo, tornammo alla macchina. Quando mise in moto il motore mi chiese:

– Vuoi molto bene a Ena?

– Moltissimo. Non c'è persona a cui voglia più bene.

Mi guardò fuggacemente.

– Bene... dovrei dirti quello che si dice ai poveri... Che Dio ti benedica!... Tuttavia, non è ciò che ti dirò, ma ti chiedo di non lasciarla sola in questo periodo, di starle vicina... Le sta succedendo qualcosa di strano. Ne sono sicuro. Credo che sia disgraziata.

– Ma, perché?

– Se solo lo sapessi, Andrea, non avremmo litigato e non dovrei chiedere a te di starle vicino, ma lo farei io stesso. Credo di essermi comportato male con Ena, non l'ho voluta capire... Ora ci ho riflettuto, la seguo per strada, faccio le più grandi cavolate per vederla, ma non mi vuole ascoltare. Fugge da me non appena mi vede. Questa notte le ho scritto una lettera... Non l'ho letta, perché so che la straccerei, e non l'ho spedita perché mi sembra di essere troppo vecchio a scrivere lettere d'amore da dodici fogli. Ciononostante, sarei finito col mandargliela a casa sua, se non fossi apparsa tu. Preferisco che glielo dica tu. Puoi? Dille che ho fiducia in lei e che non le chiederò più nulla. Ma che ho bisogno di vederla.

– Sì, glielo dirò.

Dopo questo non parlammo più. Il discorso di Jaime mi era parso confuso e, allo stesso tempo, mi emozionava per la sua elusività.

– Dove vuoi che ti porti? – mi chiese appena rientrammo a Barcellona.

– A la calle de Moncada, per favore.

Mi portò fino a lì, silenzioso. Ci salutammo sulla porta del vecchio palazzo, dove Guixols aveva il suo studio. In quel momento stava arrivando anche Iturdiaga. Notai che lui e Jaime si scambiarono un freddo saluto.

– Sapete che questa signorina è venuta qui in macchina? – disse Iturdiaga, quando fummo in studio.

– Dovevamo metterla in guardia per quanto riguarda Jaime – aggiunse poi.

– Ah! Sì? E perché?

Pons mi guardò, un po' ferito.

Iturdiaga pensava che Jaime fosse una calamità. Suo padre era stato un famoso architetto e proveniva da una famiglia ricca.

– Un bambino viziato, dopotutto – disse Iturdiaga – una persona senza iniziative, che non ha mai pensato di fare nulla nella vita.

Jaime era figlio unico e aveva iniziato a studiare la stessa facoltà di suo padre. La guerra interruppe i suoi studi a metà e, quando ebbe fine, Jaime si era ritrovato orfano e con una grande fortuna. Gli mancavano due corsi per diventare architetto, ma non si era dato la briga di continuare a studiare. Si dedicava al divertimento e a non fare nulla tutto il giorno. Secondo Iturdiaga era un individuo

disprezzabile. Mi ricordo Iturdiaga, mentre diceva tutto questo: era seduto a gambe incrociate, con un'espressione da patrono della giustizia, quasi bruciante di disprezzo.

– E quando pensi di iniziare a studiare per l'Esame di Stato, Iturdiaga? – gli dissi quando fece una pausa, sorridendo.

Iturdiaga mi guardò altezzoso. Spalancò le braccia.... Poi continuò la sua arringa contro Jaime.

Pons mi fissava continuamente e cominciava a infastidirmi.

– Altro indizio, ieri notte ho visto Jaime al cabaret del Paralelo – disse Iturdiaga – era da solo e sembrava più annoiato di una scimmia, nel suo angolino.

– E tu, che facevi?

– Io mi ispiravo. Stavo cercando personaggi per i miei racconti... In più, ho un cameriere che mi serve la giusta porzione di assenzio.

– Bah, bah! Sarà acqua sporca – disse Guixols.

– Nossignore!... Però ascoltatevi. Volevo raccontarvi la mia nuova avventura da quando sono arrivato, e poi mi sono distratto. Proprio ieri sera ho incontrato la mia anima gemella, la donna ideale. Ci siamo innamorati senza dirci nemmeno una parola. È straniera. Dev'essere russa o norvegese... Ha gli zigomi dell'est e gli occhi più sognatori che abbia mai visto. Era nello stesso cabaret dove ho visto Jaime, ma sembrava fuori posto lì. Era elegantissima ed era accompagnata da uno strano tizio che se la mangiava con gli occhi. Lei non gli dava granché retta. Era annoiata, sembrava nervosa... In quel momento mi guardò... Fu solo un attimo, amici miei, ma che sguardo! Mi diceva tutto con quello sguardo: i suoi sogni, le sue speranze... Perché vi devo avvertire che non si tratta di una da avventure, è una ragazza giovane come Andrea, delicata, purissima...

– Ti conosco, Iturdiaga, avrà quarant'anni, avrà i capelli tinti, sarà nata a Barcellona...

– Guixols! – gridò Iturdiaga.

– Scusa, ma so come le spari...

– Bene, ad ogni modo, l'avventura non è finita qui. In quell'istante il tipo che l'accompagnava tornò, perché era andato a pagare il conto e i due si alzarono. Sapevo cosa fare. Quando furono sulla porta, la ragazza si girò per guardare all'interno del cabaret, come per cercarmi... Amici! Saltai sulla sedia, lasciai lì il caffè senza pagarlo...

– Quindi era caffè, non assenzio.

– Lasciai lì il caffè senza pagarlo, e gli corsi dietro. In quel momento la mia misteriosa bionda e il suo accompagnatore stavano salendo su un taxi... Non so cos'ho provato. Non ci sono parole per descrivere quella lacerazione... Perché lei, quando mi guardò l'ultima volta, lo fece con vera tristezza. Era quasi una richiesta d'aiuto. Oggi ho passato tutto il giorno come un pazzo, cercandola. Devo assolutamente trovarla, amici miei. Una cosa così, così forte, succede solo una volta nella vita.

– A te (che sei un essere privilegiato) succede ogni settimana, Iturdiaga...

Iturdiaga si alzò e cominciò a far su e giù per lo studio, ispirando la sua pipa. Un po' dopo, arrivò Pujol con una zingara sporchissima che voleva proporre come modella a Guixols. Era una ragazzina con la bocca enorme, piena di denti bianchissimi. Pujol faceva il galletto con lei, e la prendeva in braccio. Voleva lasciarci intendere che era la sua amante. Sapevo che la mia presenza lo disturbava molto per quanto riguarda le sue conversazioni, e che per questo mi portava rancore quel giorno, che avrebbe voluto mettersi in mostra con i suoi amici. Pons aveva portato vino e pasticcini e si mostrava, al contrario, appagato. Voleva festeggiare la fine del corso. Ce la passammo benissimo. Fecero ballare la zingara, che risultava molto graziosa.

Uscimmo dallo studio abbastanza tardi. Io volevo incamminarmi verso casa e mi accompagnarono Iturdiaga e Pons. La notte appariva splendida, col suo soffio tiepido e rosaceo, come il sangue di una vena, aperta dolcemente sulla strada.

Quando risalimmo per la Via Layetana, non potei fare a meno di guardare verso la casa di Ena, ricordando la mia amica e le strane parole che Jaime mi aveva detto di riferirle. Stavo pensando a tutto ciò, quando la vidi davvero davanti ai miei occhi. Andava a braccetto con suo padre. I due formavano una coppia splendida, così belli ed eleganti com'erano. Mi aveva visto anche lei e mi sorrideva. Senza dubbio, stavano tornando a casa.

– Aspettate un momento – dissi ai ragazzi, interrompendo un paragrafo di Iturdiaga. Attraversai la strada e andai dalla mia amica. La raggiunsi nell'istante in cui lei e suo padre erano sulla soglia di casa.

– Possiamo scambiare due parole?

– Certo che sì. Non sai quanto felice sono di vederti. Vuoi salire?

Questo significava un invito a cena.

– Non posso, i miei amici mi stanno aspettando...

Il padre di Ena sorrise.

– Io vado di sopra, piccole. Ena, sali presto.

Ci salutò con la mano. Il padre di Ena veniva dalle Canarie e, anche se aveva trascorso la maggior parte della sua vita fuori dalle sue isole, conservava l'abitudine di parlare in modo particolare, affettuosa, tipica della sua terra.

– Ho visto Jaime – le dissi velocemente, non appena scomparve – Ho fatto un giro con lui oggi, e mi ha dato un messaggio per te.

Ena mi guardava con uno sguardo serrato.

– Mi ha detto che ha fiducia in te, che non ti domanderà nulla, ma che ha bisogno di vederti.

– Ah! Bene. Va bene, Andrea. Grazie, cara.

Mi strinse la mano e se ne andò, lasciandomi lì impalata, un po' disorientata. Non mi aveva lasciato neppure vedere i suoi occhi. Appena mi girai vidi Iturdiaga, che aveva attraversato la strada saltando, con le sue lunghe pertiche, tra il flusso di auto...

Guardava come intontito in fondo, verso la portineria, dove l'ascensore stava già salendo, con Ena dentro.

– È lei! La principessa dell'est!... Sono un'idiota! Me ne sono reso conto nello stesso momento in cui ti stava salutando! Dio mio! Come fai a conoscerla? Parla, subito! In che paese è nata? È russa, svedese, forse polacca?

– Catalana.

Iturdiaga rimase attonito.

– Ma quindi, com'è possibile che fosse a un cabaret, ieri notte? Come vi conoscete voi?

– È una mia compagna di classe – spiegai vagamente, mentre Iturdiaga mi prendeva a braccetto, per attraversare la strada. – E tutti questi uomini che l'accompagnano?

– Quello di prima era suo padre. Quello di ieri, come puoi immaginare, non lo so...

(E mentre dicevo questo a Iturdiaga, prendeva nitidamente forma l'immagine di Roman...)

Rimasi distratta per tutta la strada, pensando che ci si muove sempre nello stesso ambiente di persone, per quanti giri si possano fare.

4. Comentario de la traducción

4.1 Análisis léxico

Este párrafo expone el análisis de los elementos léxicos del texto traducido.

Relacionándonos al tema de los *realia* y de la importancia del aspecto intercultural de la traducción (capítulo 2), es importante subrayar que, alguna vez, Laforet utiliza palabras en catalán, actuando una elección muy atrevida si consideramos el periodo de publicación de la obra, caracterizado por la censura que controlaba los documentos públicos: el catalán estaba prohibido por el régimen franquista. Estos términos específicos son pocos y se usan en contextos familiares o en entornos sórdidos y en el mundo del hampa. En la traducción hemos decidido no conservar el cambio lingüístico y traducir al italiano, dado que estas palabras serían incomprensibles para un lector italiano, y no podrían contribuir de ninguna manera al mensaje que quieren transmitir. Pero, hay dos excepciones: el término cariñoso *Joanet*, irónicamente pronunciado por la hermana de Gloria en el capítulo XV, y la expresión *noi* (chico) que se encuentra en el diálogo entre Guixols y Iturdiaga, dos amigos de la protagonista Andrea, en el capítulo XVI. Se ha elegido traducirlos actuando diferentes estrategias traductoras. En el caso de *Joanet* se quiso mantenerlo invariado: la motivación es que, precedentemente, se había decidido ya no traducir los nombres propios y que este término no comporta algún problema de comprensión para el lector de la cultura de traducción, sino que expresa claramente la actitud de bromista superioridad que la versión original quiere transmitir. Por el contrario, se quiso elidir la palabra *noi* porque no tiene ninguna correspondencia aceptable en italiano. Siempre en el capítulo XV, la hermana de Gloria pronuncia dos frases enteras en catalán: “– Vols una mica d’aiguarent, ¿nena?”, dirigiéndose a Andrea que la rechaza, y después “– Que delicateta ets, nena.” (Laforet 2018, p. 209) Estas dos frases aparecen incomprensibles al lector italiano, así que se ha procedido traduciendo: “– Vuoi un po’ d’acquavite, piccola?” y “– Che delicatina sei, bambina mia!”

En la novela *Nada* no faltan ejemplos de *realia* que pertenecen a la *cultura lingüística*. Son expresiones típicas de la source – culture, que no tienen correspondencia literal en la target – culture. En otras palabras, se trata de modismos que requieren diferentes estrategias traductoras según que existan o no expresiones semánticas o léxicas equivalentes en la cultura destinataria. En el primer caso, se actúa una estrategia de sustitución, en el segundo una de conservación. En el primero capítulo del romance Andrea baja del carruaje que la ha llevada de la estación a la casa de la abuela y entra en el portal, como había hecho muchas veces cuando era pequeña. El horror de la guerra y el pasar del tiempo se han imprimido en las paredes del piso, ofreciendo a nuestra protagonista una imagen completamente diferente de la que recordaba: “Todo empezaba a ser extraño a mi imaginación; los

estrechos y desgastados escalones de mosaico, iluminados por la luz eléctrica, no tenían cabida en mis recuerdos.” (Laforet 2018, p.73) No existe una traducción literal en italiano de la expresión *no tener cabida*. La definición que el diccionario español propone por *cabida* es “la capacidad que tiene una cosa para contener otra”, y el verbo de derivación de este sustantivo es el verbo *cabere* que significa “starci” en italiano. La traducción literal sería “non ci stavano nei miei ricordi” y no tendría sentido en la cultura destinataria, así que es necesaria una traducción contextual: “non c’era spazio nei miei ricordi.” Muy parecido es el caso de la expresión española *pegársela a alguien*, pronunciada por Juan para dirigirse a su hermana Angustias, el día de su despedida “– ¡No te hagas la mártir, Angustias, que no se le pegas a nadie!...¡Que a mi no me la pegas con esa comedia de tu santidad!” (Laforet 2018, p. 152) Juan insulta a Angustias, culpándola de parecerse una mojigata cuando en realidad no es así. Esta expresión tendría una correspondencia en la expresión italiana “prendersi gioco di”, pero en este contexto resultaría inadecuada desde un punto de vista de registro estilístico. Es necesaria una dimensión más coloquial como “non ci crede nessuno” y después “non me la bevo”, para impedir una repetición. Se tiene que considerar que Juan es una persona de nivel social medio – bajo, entonces es difícil que utilice expresiones elaboradas como “prendersi gioco di”. Diferente es el caso del realia *sopa boba* que la hermana de Gloria utiliza para describir a Gloria, en el capítulo XV. Este modismo se sitúa en el medio de la *cultura social* y de la *cultura lingüística*. La sopa boba es una receta de la tradición medieval que se compone de ingredientes pobres y sencillos como la sopa, el pan y los restos de comidas y que los clérigos cocinaban en los monasterios para después dárselo a los pobres hombres. En la cultura española encontramos la sopa boba en los dichos *acostumbrarse a la sopa boba* o *vivir a la sopa boba*, que se refieren a las personas que viven una existencia cómoda a costa del resto. El uso que Laforet hace de este término es muy curioso, porque no es el uso común. La hermana de Gloria discute animadamente con Juan y se le revela que Gloria lo mantiene. Ella define Gloria una “sopa boba”, utilizando esta palabra con el significado opuesto a lo habitual. Gloria es una persona caritativa que se sacrifica para el bienestar del marido. Así que, se ha elegido adaptar la traducción del término al contexto de la discusión, para transmitir el significado original a la cultura destinataria. Gloria es la sopa boba de la que Juan se alimenta. La traducción propuesta es “samaritana”, que refleja bien el sentido de persona caritativa.

“– De modo que ya es hora de que te vayas enterando de tus asuntos, Juan. Ya es hora de que sepas que Gloria te mantiene... Eso de venir dispuesto a matar es muy bonito... y la sopa boba de mi hermana aguantando todo, antes que decirte que tus cuadros no lo quieren más que los traperos... Y tú con tus ínfulas de señor de la calle Aribau...”

“– Quindi è ora che tu ti renda conto della tua situazione, Juan. È ora che tu sappia che Gloria ti mantiene... Questa cosa dell’essere venuto con l’intento di ammazzarla è molto buffa... E quella

samaritana di mia sorella che sopporta tutto piuttosto che dirti che i tuoi quadri non li vuole più nessuno, se non gli straccivendoli... E tu con le tue arie da gran signore della calle Aribau...”

Además, parece importante señalar la que es una verdadera excepción lingüística. Se tiene que volver al capítulo uno, al primer diálogo entre Angustias y Andrea. La tía quiere regañar la sobrina por su llegada retrasada y dice:” – ¡Vaya que plantón que me hiciste dar esta mañana, hija!” (Laforet 2018, p. 75). En español la expresión *dar un plantón* se utiliza siempre en forma activa, y se traduce en italiano con “dare buca”. Laforet la usa en forma pasiva y esto es algo bastante raro en español también. Es más, Angustias no fue a la estación esperando a Andrea, así que resultaría inadecuado desde el punto de vista pragmático. Se ha decidido traducir en italiano en relación al contexto de la escena. Angustias es asustada porque la chica ha llegado de noche, y exprime una recóndita irritación por el comportamiento de Andrea. La solución traductora final es:

– “Mamma mia, che scherzetto che mi hai fatto questa mattina, bambina mia!”

En la novela hay diferentes ejemplos de realia que pertenecen al *patrimonio cultural* (Molina, 2001) también. En las primeras páginas del libro aparece una figura típica del entorno urbano, que ha desaparecido ya, y que no se encuentra en el patrimonio cultural italiano. Es la figura del *vigilante* o *sereno*, que acompañan los ciudadanos que regresan a casa, ayudándolos desde el punto de vista práctico. En el siglo XVIII, el sereno era una guardia que aseguraba la seguridad de los habitantes y fornecía informaciones sobre el tiempo y la hora. Poseía un largo bastón y un manojó de llaves que abrían todos los portales del barrio. En el primer capítulo, Andrea llega a Barcelona a altas horas de la noche: “– Aquí es – dijo el cochero ... Con la mano un poco temblorosa di unas monedas al vigilante.” (Laforet 2018, p. 72) El vigilante al que Laforet se refiere tiene una función particular, desconocida por el lector italiano. Para ayudarlo a reconocer el rol de este personaje en la cultura destinataria, se ha preferido acercar la figura del vigilante con la del “portiere” italiano, aunque esa adaptación no es completamente correcta. Pero, representa un elemento presente en la cultura italiana, que tiene una mansión en parte parecida a la del vigilante español. Esta es una situación en la cual se ha utilizado una estrategia de traducción que Osimo llama: la adaptación del término de la source – culture a la target – culture.

Otro ejemplo es lo del término *picarona*, que la abuela usa con mucha frecuencia refiriéndose a Andrea o a Gloria. El pícaro es un personaje característico de la cultura literaria española del siglo XVI. Él es víctima de una multitud de desgracias durante la primera parte de su vida, desgracias que resuelve gracias a su ingenio y su malicia. Es un personaje simpático, que gana el afecto del lector, aunque su actitud puede llegar a ser discutible por lo que concierne la moral. Del pícaro trae origen el adjetivo o apelativo *picarón* que, según el diccionario español, tiene solo una connotación afectiva y no negativa. Se refiere a un individuo joven e impertinente, lleno de vida y alborotador, pero que

inspira cariño. Para su traducción italiana se ha adoptado una estrategia de neutralización y se han elegido los términos más genéricos “bricconcella” o “birbante” o “birichina”.

También, se quiere subrayar la importancia de otro término que pertenece a los realia del patrimonio cultural: el *barrio chino*, un barrio de Barcelona que hoy lleva el nombre de Raval. En un primer momento, se podría pensar que el barrio chino Barceloneta se llama así por la gran cantidad de habitantes de origen asiática y por sus peculiares características, como es para todas las otras *Chinatown* en el imaginario colectivo de todo el mundo. En realidad, este apelativo nace de las calles llenas de tiendas, de los bares del hampa y de los prostíbulos que los periodistas asociaban a la Chinatown de los Estados Unidos. La única diferencia es que aquí no hay chinos, totalmente. Este término se encuentra en muchas ocasiones en la novela, como en el diálogo entre Andrea y Angustias, cuando la tía quiere poner en guardia la sobrina de aquel lugar de depravación de la ciudad, “el brillo del diablo”. (Laforet 2018, p. 110). Es más, en el capítulo XV, cuando Juan sale a la calle de noche, escondidamente seguido por Andrea, en la furiosa búsqueda de Gloria. La decisión traductora final ha sido la de mantener el término original (así como para todos los nombres de lugares de la ciudad, de calles, de barrios y de monumentos) para no gastar su intensa carga cultural, añadiendo una pequeña nota explicativa al margen de la página.

Otra categoría de realia que se pueden apreciar en esta novela, pertenecen a la cultura lingüístico – social, y son los marcadores del discurso o apelativos familiares y de afecto que caracterizan el registro coloquial del español. Sus uso inmoderado los convierten en signos identificativos de una determinada cultura. *Nada* nos presenta un uso insistente de apelativos afectivos como *querida, hija mía, chico, niña, hijita...* La mayoría de las veces, estas partículas gramaticales usados como marcadores del discurso resultan excesivos en italiano, y tienen que ser arreglados en la traducción, para prevenir controversias. En algunos casos se pueden traducir porque se encuentra un correspondiente italiano adecuado, como pasa en el capítulo, I cuando la abuela despide Andrea con la buena noche: “– Yo nunca duermo, hijita, siempre estoy haciendo algo en la casa por la noche. Nunca, nunca duermo.” (Laforet 2018, p. 77); “– Io non dormo mai, bambina mia, sono sempre in giro per la casa a far qualcosa durante la notte. Non dormo mai, mai.”

En otros casos, se ha procedido con la elisión porque en italiano resultaría extraño y demasiado pesado mantener el término, o porque no se encuentra una solución traductora adecuada. Un ejemplo es el comentario cargado de desprecio que Gloria dirige a Román, hermano de Juan, después que él la había insultada: “– No te miro para nada, chico.” (Laforet 2018, p. 85); “– Non ti guardo per niente.”

4.2 Análisis estilístico

En este párrafo se llevará a cabo el análisis estilístico de la novela *Nada*, focalizándose en los pasajes traducidos y en los elementos característicos de la obra en general. Este cuento es representativo de la narrativa femenina post – guerra; refleja una época, el franquismo, en que la mujer vivía en condiciones existenciales e intelectuales particulares. Según Geraldine C. Nichols, Laforet crea un tipo de literatura que quiere explicar y responder a esta nueva realidad; su intento es lo de conferir una mayor identidad temática y una más marcada identidad formal a las obras escritas por mujeres, diferenciándolas de la literatura masculina.

En la narrativa de *Nada* se evidencia el tiempo de la narración, el pretérito perfecto, protagonista indiscutible. Es el tiempo del recuerdo, del pasado remoto, lejano del presente, de la descripción: de hecho, la novela se estructura como una serie de recuerdos de juventud, en un trenzado de planes narrativos, existenciales y poéticos, espejos de las experiencias vividas por la autora. El objetivo es lo de explicar la doble desgracia experimentada por la protagonista en su adolescencia: la del mundo que la rodea (la guerra) y la propia personal, consecuencia de su recorrido hacia la madurez. Naturalmente, se trata de un relato en primera persona, caracterizado por un estilo crudo, violento y directo y de un lenguaje frío y sencillo. Andrea es una protagonista pasiva y no activa: de manera que no reacciona, simplemente observa, analiza, describe; nos acompaña en una narración que se desarrolla en un sucederse de descripciones de lugares, personas, imágenes y sensaciones cargadas de minuciosos detalles. El único elemento de la novela que no describe para nada, o casi, es ella misma: el lector no sabe nada del aspecto físico de Andrea, sino las pequeñas informaciones que saca de los diálogos con los otros personajes: por ejemplo, en el capítulo VII cuando Don Jeronimo, jefe y amante de Angustias, se presenta a casa en busca de ella, que se había marchado. El inquieto señor dialoga con la abuela para obtener informaciones sobre Angustias y, en un momento, se encuentra a tener que mirar Andrea solicitado por la abuela: “– Sí, señora. Ya la vi la última vez que estuvo aquí. Ha cambiado muy poco... se parece a su madre en los ojos y en lo alta y delgada que es. En realidad Andrea tiene un gran parecido con la familia de ustedes.” (Laforet 2018, p. 128) Si no, siempre en el mismo capítulo, Román habla con Andrea, que sin embargo está enojada con él por el conflicto del pañuelo del día de Navidad, para invitarla a su cuarto y dice: “– Se te ven brillar los ojos grises como a un gato.” (Laforet 2018, p. 132). En fin, hay otro momento en que se pueden deducir las facciones de Andrea, precisamente al capítulo XIII, cuando su compañero de la Universidad, Pons, la invita al estudio de pintura de Guixols, el “jefe” de su grupo de amigos: “– Hasta ahora no ha ido ninguna muchacha allí. Tienen miedo que se asusten del polvo y que digan tonterías de esas que suelen decir todas. Pero les llamé la atención los que les dije de que tú no te pintabas en absoluto y que tienes la tez muy oscura y los ojos claros.” (Laforet 2018, p. 186).

De toda manera, Andrea no habla de sí misma desde el punto de vista físico, pero describe muy bien sus emociones, sus sensaciones, sus conflictos interiores y sus análisis mentales, dejando que el lector entre en su compleja psicología y que llegue a comprender el mundo como ella adolescente lo comprende.

En la trama del libro, hay diferentes imágenes de la degradación social e individual, espejo que refleja las terribles condiciones económicas y morales del post – guerra. En este sentido, una posible llave de lectura de *Nada* es la condena al país, pero esta obra es muy lejana de ser una novela de denuncia al régimen, es más coincide con esto desde el punto de vista ideológico: un claro ejemplo, es el mito del pecado original para justificar el desequilibrio del mundo y para estructurar y dar significado a sus historias. El deterioro es un elemento recurrente: en primer lugar, el deterioro de la familia en cuanto la protagonista llega a Barcelona después haber estado en un colegio de monjas, para compartir la culpa o, por lo menos, el castigo de la familia. Se encuentran muchos aplazamientos, pero tienen particular importancia y un rol significativo la ficción, el contexto engañoso, la mentira. Todos los personajes guardan secretos y celan una culpa personal: Román es un calculador, manipula a todos, y se entiende que fue un traidor preso y torturado por la checa. Gloria es una mujer de la calle, simple y vulgar, que parece prostituirse, pero que se revela ser una jugadora de cartas para mantener a su marido Juan, loco pintor fracasado. Angustias es la clásica mujer religiosa y rígida, que tiene ínfulas de mojigata pero que es la amante de un hombre casado en realidad... Hasta Ena, la idealizada y “perfecta” amiga de la Universidad de Andrea, cela una personalidad calculadora, egoísta y manipuladora.

La guerra es el trasfondo de toda la narración y se presenta casi como un enigma: es culpable no solo de la destrucción física, sino también de las masacres mentales y morales interpretadas por los personajes de la calle Aribau. En un primer momento parecería que la guerra tuviera la culpa de todo, pero esta explicación no parece convincente: toda la decadencia de la casa podría ser interpretada según una diferente clave de lectura, ofrecida por Angustias; es Gloria que la tía define como la *mujer serpiente* maligna que ha hecho sí que la casa no fuera *ya lo que ha sido... porque antes era como el paraíso y ahora...* (Laforet 2018, p. 146). Esta interpretación tiene una función simbólica en dos niveles: el primero es que Gloria es la pura hembra, lasciva y tentadora, que suscita el celo entre los dos hermanos varones y la discordia entre los dos polos femeninos, Angustias y la abuela; el segundo es la identidad de Gloria como simbol de la sobrevivencia al seno de la familia – al seno de la nación – como consecuencia de la dedicación histórica de la Segunda Republica para mejorar las condiciones de las clases sociales más emarginadas. La culpa de esta joven desgraciada es la de ser mujer, madre y, entonces, pecadora.

Otro elemento que es digno de ser analizado es el espacio urbano y su relación con la dimensión interior de la protagonista y el desarrollo de su identidad. Andrea es una joven mujer de dieciocho años que llega a Barcelona y recorre la ciudad en un carruaje hasta alcanzar la casa de la abuela; ella viaja con su bagaje cargado de sueños y esperanzas. Mientras tanto, dibuja una mapa sistemática de los lugares en los cuales se encontrará en presencia de una frontera: la identidad de la protagonista entra en contacto con otra realidad. Andrea es un personaje joven, puro, inocente y acoge el espacio urbano, asimilándolo en un trayecto de formación hacia su identidad adulta. Es un personaje en movimiento también: se mueve entre espacios internos y externos y se relaciona con estos, evidenciando siempre como su marco distintivo la no – pertenencia.

El primer espacio que el lector encuentra es el de la calle Aribau y el ingreso del palacio donde vive la familia de Andrea. Es un lugar particularmente significativo porque representa un punto de contacto entre el pasado y el presente. El acceso de la protagonista es complejo y lleno de dolor y necesitará de mucho tiempo para elaborarlo, casi todo su periodo de permanencia. Este espacio interno es caracterizado por elementos góticos, por la incertidumbre y el miedo. Interesante es el marcado contraste entre el ambiente externo, donde “las luces siempre tristes tenían para mí un gran encanto” y “un aire marino, pesado y fresco, entró en mis pulmones con la primera sensación confusa de la ciudad” (Laforet 2018, p.71), y el ambiente interno donde había “un recibidor alumbrado por la única y débil bombilla...” y “un aire estancado y podrido” (Laforet 2018, p.73 – 74). Con relación a esto, es importante subrayar que todo el relato es estructurado en espacios en oposición, hay una concepción dualística de los espacios: casa y calle, interno y externo. El interno representa el dolor, el silencio, la imposibilidad de perdón, el horror de la guerra civil; el externo simboliza el laboratorio donde Andrea explora y descubre su verdadera identidad (Barcelona).

Es como si la narrativa de *Nada* se desarrollara en una estructura hecha por diferentes núcleos narrativos concéntricos que giran alrededor del núcleo central, que es Andrea. Después hay la dimensión de la casa, de la calle Aribau y, al final, la de la ciudad, de la cual se expanden otros círculos específicos, cada uno que encierra una experiencia de vida en sí misma. Una descripción minuciosa de la ciudad acompaña todo esto (como en el viaje inicial desde la estación hacia la casa de la abuela, o en el capítulo X en la visita a la Catedral después de la fiesta en casa de Ena, otra vez en el capítulo XII durante el paseo con Gerardo al Parque de Montjuich, en la furiosa salida de Juan a la calle a altas horas de la noche, en busca de Gloria por todas las callejuelas del barrio chino en el capítulo XV).

Se puede afirmar que la calle Aribau, en su identidad de frontera, tiene un guardián, un obstáculo, que es tía Angustias: ella es un obstáculo a la experimentación de Andrea, a su crecimiento. Angustias quiere mantener Andrea alejada de la ciudad: “– La ciudad, hija mía, es un infierno. En toda España

no hay una ciudad que se parezca más al infierno que Barcelona.” (Laforet 2018, p. 82). Andrea no la puede sufrir, empujada por un instinto vital de salir del entorno opresor de la calle Aribau.

Consecuentemente, el espacio externo es una alternativa, una ocasión de aliviar su ansiedad de sentirse fuera de lugar. Por ejemplo, la Universidad simboliza la posibilidad que Andrea tiene de relacionarse con sus “símiles”, la posibilidad de movimiento para descubrir el tejido urbano, la posibilidad de tener un contacto con otros mundos, aunque nuestra heroína nunca llega a liberarse completamente del espacio de la casa de la abuela.

Una importante liberación y una gran exploración del espacio externo, se presenta al capítulo X después de la despedida de Angustias que se ha ido al convento. Andrea sale de casa de Ena, donde se encuentra por una fiesta, y pasea por la ciudad de noche, totalmente suelta de todos los vínculos. Ella establece con la ciudad una relación estético – sensual – espiritual: “Una fuerza más grande que la que el vino y la música habían puesto en mí me vino al mirar el gran corro de sombras de piedra fervorosa.” (Laforet 2018, p. 155). El elemento gótico no falta aquí también: hay una oposición entre el ambiente luminoso de la calle y la oscuridad siniestra que la rodea. Naturalmente, la descripción de todo eso y de las emociones vividas por la protagonista es excepcional, típica del estilo de Carmen Laforet. Se puede decir que el lector se encuentra como en una dimensión de fábulas: la protagonista se topa con varios personajes como el viejo mendigo (que representa la degradación y el horror social de la guerra) y como Gerardo, un chico vislumbrado a la fiesta de Ena. Gerardo termina por convertirse en el guardián – obstáculos del espacio externo: tiene un rol muy ambivalente a medias entre el protector y el Lobo malvado. Él también, como Angustias, quiere controlar Andrea en sus recorridas externas. De aquel momento “entrar en la calle Aribau era como entrar ya en casa”: el espacio externo se ha expandido y, de consecuencia, el espacio interno, doméstico también.

El lector encuentra Gerardo en el trasfondo de la guerra otra vez, en el capítulo XII, cuando la joven Andrea supera otra frontera. El chico invita Andrea a salir y dar un paseo por el Parque del Montjuich. Nuestra protagonista domina la ciudad del alto, discerniendo los esqueletos de los barcos hundidos (el signo de la guerra). Ella experimenta también la emoción del primer beso que en este caso deja una sensación negativa a Andrea y Gerardo, con su actitud paternalista, se convierte otra vez en un “enemigo”, cosa que no pasa nunca con los amigos de la Universidad Ena, Pons y Jaime, que quedan pares de Andrea y nunca llegan a ser guardianes.

En el texto traducido hay una frontera que representa una verdadera y propia excepción, dado que no tiene guardianes. Se trata del barrio chino, que Andrea descubre y recorre siguiendo lo tío Juan, que se había marchado de casa a medianoche para buscar su mujer Gloria. Juan está furioso y enloquecido, y Andrea tiene que impedirle desahogar su violencia sobre la pobre Gloria. El barrio chino representa un lugar externo peligroso y lleno de insidias y obstáculos que nuestra heroína tiene que vencer: ella

es totalmente sola, no hay guardianes que la controlen, no hay amigos o guías que la acompañen, ni siquiera Juan se da cuenta de su presencia. Este lugar representa una iniciación para Andrea: ella descubre la realidad del mundo externo (no es tan simple y bello como imaginaba) y del mono interno, de la familia (Gloria no es una prostituta, sino que juega a las cartas para mantener a Juan, cuyos cuadros son invendibles).

Es importante evidenciar que, en todo eso, Andrea es completamente pasiva, no actúa, no reacciona, simplemente observa y se deja llevar por los eventos: es como si nunca se haya movido, como si su experiencia la haya llevada solamente a un gran Nada. Pero no es así: en realidad esas son las bases de las cuales nacerá la escritora, la voz narrativa.

4.3 Análisis morfosintáctico

Muchas veces, se considera el léxico como uno de los problemas más complejo que enfrentar cuando se traduce; pero otro elemento muy problemático es la sintaxis. Explica el profesor y lingüista italiano Lorenzo Rega en su volumen *La traduzione letteraria. Aspetti e problemi*:

“L’andamento sintattico nella preposizione, il fluire delle preposizioni all’interno del periodo e, infine, il susseguirsi di periodi che vanno a formare il senso compiuto [...] che pone problemi sottili, complicati per il traduttore”

Y que:

“il come tradurre una parola è meno importante di come tradurre la frase e il suo ritmo.”³³

En este párrafo se quiere analizar la sintaxis presente en *Nada*. Naturalmente, cada texto tiene su propia organización interna del periodo, y eso depende del tipo de texto. Específicamente, el texto narrativo se destaca del texto especializado, por ejemplo, y eso se refleja a nivel sintáctico también. Una de las principales características sintácticas de los textos narrativos, sobretodo de las novelas, es la presencia de todas las dos tipología de sintaxis: hipotaxis y parataxis.

También en *Nada* es así: hay una substancial abundancia de preposiciones paratácticas por el estilo coloquial e informal de los diálogos y por el nivel socio – cultural a que pertenece la familia de la protagonista Andrea; sin embargo Laforet utiliza muchas preposiciones subordinadas también, explícitas (con el verbo en forma finita: indicativo, conjuntivo, condicional, imperativo) y implícitas (con el predicado en forma verbal: infinito, participio y gerundio) o introducidas por conjunciones (temporales, modales, causales...)

³³ Rega Lorenza, *La traduzione letteraria. Aspetti e problemi*, Torino, Utet libreria, 2001, p.121

Es importante subrayar que la sintaxis es fuertemente ligada al estilo que se usa: en la novela se pueden evidenciar algunos ejemplos donde se ponen de relieve las diferencias estilo – personaje y la sintaxis elegida; Juan y Gloria, lo tío de Andrea y su mujer, pertenecen a un nivel socio – cultural medio – bajo, son pobres y desgastados por la guerra, y usan un estilo simple, modesto, y una sintaxis prevalentemente paratáctica, con muchos modismos coloquiales y, tal vez, con algunos errores gramaticales.

En el capítulo II el lector se encuentra en el medio de un violento diálogo entre Gloria, Juan y su hermano Román: el ritmo es muy rápido, las frases son breves y directas, el léxico es limitado y vulgar, con imprecaciones e insultos.

“– Pero Has visto que **estúpida** esa mujer? [...] Has visto como me mira “**esa**”?

Yo estaba asombrada. Gloria, nerviosa, gritó:

– No te miro para nada, **chico**.

– Te fijas? – siguió diciéndome Román – Ahora tiene la desvergüenza de hablarme, esa **basura**...

[...]

– Me estás provocando Román! – gritó.

– ¡Tú, **a sujetarte los pantalones y a callar!** – dijo Román volviéndose hacia él (Juan)

[...]

– Pégame, **hombre**, si te atreves! – dijo Román – Me gustaría que te atrevieras!

– Pegarte? ¡Matarte!... Te debería haber matado hace mucho tiempo...

[...]

– Aquí tienes mi pistola!

... Gloria volvió a chillar:

– Juan! ¡Juan!

– Cállate! ¡**Maldita!**

– Ven aquí, **chico**, ¡ven!

– Cállate!” (Laforet 2018, pp. 85 – 86)

Como ya dicho antes, los elementos que pertenecen al registro coloquial son muchos, pero es particularmente digna de atención la expresión “a sujetarte los pantalones”. Literalmente, “sujetarse los pantalones” se traduce en italiano “tirarsi su i pantaloni”, en el sentido de fijarlos con algunos accesorios como el cinturón o los tirantes: de hecho, el diccionario de la RAE define el verbo “sujetar” como “poner en una cosa algún objeto para que no se caiga, mueva, desordene etc... *Sujetar la ropa con pinzas.*”³⁴ Román la usa para insultar a Juan, dirigiéndose a él como a un niño (dado que es una

³⁴ Del sito: <https://dle.rae.es/?id=Yg6WBSz>

expresión típicamente pronunciada por los padres), o como si fuera un bobo, cuestionando su virilidad y su inteligencia.

Lo mismo pasa con otros personajes que encontramos en entornos chantajes e ínfimos: se trata de la hermana de Gloria, dueña de una pequeña tienda de alimentos y bebidas en el barrio chino, donde se organizan juegos de cartas. El lector asiste a una conversación entre ella, Juan y Andrea en el capítulo XV. La hermana de Gloria no solamente se exprime con una sintaxis paratáctica y en un lenguaje grosero, con tono irónico, sino mezcla también dos lenguajes: el castellano y el catalán. “

– **Pobreta!**... Entra, entra.

[...]

– **Vols una mica de aiguardent, nena?**

– No, gracias.

– ¡**Que delicateta ets, noia!**

[...]

– Y puede dar gracias a Dios, **Joanet**, que tu mujer te quiera. Con el cuerpo que tiene podría ponerte buenos cuernos y sin pasar tantos sustos como pasa la pobreta para poder venir a jugar a las cartas. Todo para que el señorón se crea que es un pintor famoso...

[...]

– ¡Si no te callas, te estrangulo! ¡Cochina!” (Laforet 2018, p. 209)

Es evidente el intento de la autora de recrear un particular entorno y expresar el nivel cultural de los personajes.

De hecho, los personajes de clase social más privilegiada como los padres de Ena, el grupo de Pons, Guixols e Iturdiaga, o Jaime (el novio de Ena) utilizan un estilo más elaborado y, consecuentemente, una sintaxis más compleja y correcta, sin coloquialismos o palabrotas, un léxico refinado y selecto y preposiciones subordinadas gramaticalmente correctas, además de periodos más largos con formas de cortesía. Por ejemplo, al final del capítulo X Andrea cena a casa de su amiga Ena y escucha una pequeña conversación entre Luis y Margarita, los padres de la rubia chica.

“– No exageres, Luis – la señora sonreía con **suavidad**.

– En el fondo es cierto. **Claro** que tu padre es lo que me destina para representar y dirigir sus negocios en los sitios más extraños – mi suegro es al mismo tiempo mi jefe comercial sabe **usted**, Andrea? –; pero tú estás en el fondo de todos los manejos. Si quisieras, no me negarías que tu padre te haría vivir tranquila en Barcelona. Bien se vio la influencia que tienes sobre él en aquel asunto de Londres... Claro que estoy encantado de tus gustos, **mi niña**; no soy yo quien te los reprocha [...] Toda mi vida me ha gustado viajar y ver cosas nuevas... Yo tampoco puedo dominar una especie de fiebre de actividad que casi es un placer cuando entro en un nuevo ambiente comercial, con gente **de psicología**

tan desconocida. Es como empezar otra vez la lucha y se siente uno rejuvenecido...” (Laforet 2018, p.160).

Ena también es representante de su mundo y eso se evidencia cuando exprime su desacuerdo con la propuesta de su abuelo a sus padres de trasladarse a Madrid para un nuevo negocio

“– Bah!... El abuelo está **un poco chiflado**, me parece. Tan emocionado y lloroso cuando vuelve a ver mamá después de tenerla lejos y en seguida ideando que nos marchemos [...] Es una **cosa tonta!**” (Laforet 2018, p. 161)

Se note que no hay un léxico grosero o un tono agresivo: lo prueban el término “chiflado” y la expresión “una cosa tonta”; son negativos pero refinados y suaves. La gramática es correcta y las preposiciones elaboradas y claras.

En el caso de Iturdiaga, joven aspirante escritor de buena familia, eso es aún más evidente. Cuando habla el excéntrico amigo de Andrea, el lector se encuentra en una especie de narración en la narración: los periodos usados por Iturdiaga son largos y complejos, caracterizados por un estilo culto, la sintaxis es elaborada de tipo hipo táctico, con preposiciones subordinadas, marcadores temporales coherentes, léxico rico y una particular prosodia. En el capítulo XIII, Iturdiaga cuenta a su grupo la aventura a Bilbao para recuperar una suma de dinero que había prestado a un chico conocido poco fiable, después que su padre se había puesto furioso – ... Y por la noche estábamos mi hermano y yo en el coche – cama. Ya sabéis como es mi hermano, un tío serio como hay pocos y con la cabezota de piedra. En Bilbao vistió a todos los parientes de mi padre y me hizo acompañarle – Id a Madrid – dijo mi padre – Ya sabes que confié en ti Ignacio, estoy decidido a educar a Gaspar a la fuerza... Otra vez el coche – cama y Madrid. Allí encontré a López Soler en el Café Castilla y me abrió los brazos, llorando de alegría. Cuando se enteró a lo que iba me llamó asesino y me dijo que me mataría antes que devolverme el dinero.” (Laforet 2018, p. 190)

Una excepción puede ser representada por el personaje de Angustias, tía de la protagonista que, aunque pertenezca a un nivel cultural medio – bajo es el único componente de la familia de Andrea que tiene contacto con la sociedad, que tiene un empleo y que utiliza un léxico más curado y una estructura del periodo más selecta y adecuada. La sintaxis es más simple de la usada por los padres de Ena o por Iturdiaga, pero en sus diálogos hay subordinadas, verbos conjugados en diferentes tiempos, una buena gramática y se alternan hipotaxis y parataxis.

Al final del capítulo VIII, Angustias se prepara para su despedida final de la casa para retirarse en un convento. La santurrona tía quiere recomendarse con su sobrina y la invita a su habitación:

“– Andrea – dijo al fin, suave – Andrea... Tengo que hablar contigo de muchas cosas [...] En adelante recibirás tú misma, directamente, tu pensión. Tú misma le darás a la abuela lo que creas conveniente para contribuir a tu alimentación y tú misma harás equilibrios para comprarte lo más necesario. No

te tengo que decir que gastes en ti el mínimo posible. El día que falte mi sueldo, esta casa va a ser un desastre. Tu abuela ha preferido siempre sus hijos varones, pero esos hijos le van a hacer pasar muchas penurias... En esta casa las mujeres hemos sabido conservar mejor a la dignidad [...] Y aun se no se hubiese introducido Gloria!” (Laforet 2018, p. 147)

Otro elemento de la sintaxis que se quiere evidenciar es la presencia general y difusa en todo el textos de polisíndeton: las repeticiones frecuentes de la conjunción “y” en una lista de términos o preposiciones: es bastante característico de la lengua española. Es más, se puede observar que la conjunción “y” se utiliza a empiezo de la frase como introducción a la preposición en la sucesión de preguntas – respuestas en los diálogos.

Desde el punto de vista de la organización de las informaciones y del foco informativo, el texto no presenta problemas ni estructuras marcadas. La estructura temática típica del español es SVO y presenta el tema (lo de que se habla) al empiezo de la frase (izquierda) y el rema (lo que se dice sobre el tema) a la derecha. Ejemplificativo a la primera página del capítulo IX:

“Las amigas eran las mismas que habían valsado a los compases del piano de la abuelita. Las que los años y los vaivenes habían alejado y que ahora volvían aleteando al enterarse de aquella púdica y bella muerte de Angustias para la vida de este mundo.” (Laforet 2018, p. 148)

Se ha visto que la sintaxis tiene un rol importante a nivel de análisis textual. Es justo recordar que “ognuno – e soprattutto uno scrittore – impiega la sintassi secondo un suo stile personale ed è inutile ricordare che non è facile generalizzare il discorso sulla sintassi neppure nelle lingue speciali.”³⁵ Es fundamental reconocer el estilo personal en el texto original e intentar trasponerlo en el texto de la lengua destinataria. Rega afirma: “Il traduttore [...] deve essere consapevole di tutto quanto contribuisce a formare lo stile sia della scrittura originale sia quella del testo di arrivo per riformularlo nel modo più adeguato possibile.”³⁶

Otro aspecto que se quiere analizar es la morfología del texto. El diccionario de la lengua española ofrece como definición del término “morfología” desde una perspectiva gramatical “parte de la gramática que estudia la estructura de las palabras y de sus elementos constitutivos.”³⁷

El sector de la morfología que se quiere considerar en este análisis es el uso de los tiempos y de los modos verbales que se hace en los textos narrativos. Los verbos son esenciales en las novelas porque son estrechamente ligados a la temporalidad de la acción.

Se tiene que considerar que el español – así como la lengua de traducción, el italiano – abunda de muchos tiempos verbales diferentes, el sistema verbal es complejo: para un mismo tiempo

³⁵ Rega Lorenza, *La traduzione letteraria. Aspetti e problemi*, Torino, Utet libreria, 2001, p. 126

³⁶ *Ivi*, p. 123

³⁷ Del sito: <https://dle.rae.es/?id=Pp2aAEL>

fundamental como el pasado hay cinco tiempos verbales representativos en italiano y cuatro en español.

La trasposición de los verbos del español al italiano no ha sido particularmente difícil aunque hay algunas diferencias en el rendimiento de los verbos desde el punto de vista de la concordancia de los tiempos verbales en el periodo.

En italiano se usa el “passato prossimo” para indicar una acción recién ocurrida y que puede tener consecuencias en el presente; el “passato remoto” para expresar un hecho completamente finido y más lejos del presente; el “imperfetto” para acciones que perduran en el pasado o que se repiten; el “trapassato prossimo” para una acción que se ha cumplido ya en relación a otra acción pasada; el “trapassato remoto” para presentar una acción que se ha cumplido ya en relación a otra acción al “passato remoto”.³⁸

En español el “pretérito perfecto”, el “pretérito indefinido”, el “imperfecto” y el “pluscuamperfecto” se corresponden bastante a sus “hermanos” italianos y se utilizan en las mismas circunstancias. Una diferencia en la elección entre “pretérito perfecto” – “pretérito indefinido” en español y entre “passato prossimo” – “passato remoto” en italiano, es que en español hay algunos marcadores temporales cuando usar uno o usar otro.

Por ejemplo el pretérito perfecto es acompañado por marcadores como “hoy”, “recién”, “ya”, “este día/mes/año”, “nunca”, “siempre”, “hoy en día” ...

El pretérito indefinido tiene como indicadores adverbios como “ayer”, “cuando”, “en + año/fecha”, “el día/mes/año pasado”, “aquel día/mes/año”, “muchos días/meses/años atrás” ...³⁹

En italiano no hay esta marcada diferenciación.

En el caso específico de *Nada* y de su traducción en italiano, se puede decir que el tiempo de la narración en la lengua original es el pretérito indefinido y que se ha mantenido en italiano también, con algunas excepciones en que se ha usado el pretérito perfecto, el imperfecto y el pluscuamperfecto. Por el contrario los diálogos y las conversaciones han sido transcritas principalmente con los tiempos del presente y gerundio. Por la mayoría de las veces, los verbos son en forma activas, pero hay algunos casos en que se encuentra la forma pasiva.

Sigue una ejemplificación de algunos diferentes tiempos pasados usados en la narración de la novela: pretérito indefinido/ pluscuamperfecto/imperfecto.

“Por dificultades en el último momento para adquirir billetes, **llegué** a Barcelona en medianoche, en un tren distinto de lo que **había anunciado**, y no me **esperaba** nadie.” (Laforet 2018, p.71)

³⁸ Ramadori Paola, Venuti Anna Maria, Bianchi Jolanda, *Lingua 2000*, Novara, DeAgostini, 1999.

³⁹ Concha Moreno, Hernández Carmen, Miki Kondo Clara, *Español Lengua Extranjera. Gramática. Avanzado B2*, Grupo Anaya, S.A., Madrid, 2007

Ya en las primeras líneas del primer capítulo encontramos tres tiempos verbales ligados al pasado que dan origen al periodo. El tiempo de la proposición principal es el pretérito indefinido “llegué”, entonces eso representa el punto de referencia para la concordancia de los verbos sucesivos: el verbo “había anunciado” exprime una acción anterior al verbo “llegué” y, como en español no existe un tiempo correspondiente al “trapassato remoto” italiano, se usa el pluscuamperfecto. El imperfecto “esperaba” indica una acción que tiene una duración en el pasado, exprime una continuidad.

Pasemos a una ejemplificación de los tiempos verbales que caracterizan los diálogos de la novela:

“– No **eres** muy inteligente, nenita. – Te lo **diré** de otra forma: **eres** mi sobrina; por lo tanto una niña de buena familia, modosa, cristiana e inocente. Si yo no me **ocupara** de ti para todo, tú en Barcelona **encontrarías** multitud de peligros. Por lo tanto, **quiero** decirte que no te **dejaré** dar un paso sin mi permiso. **Entiendes** ahora?

– Sí.” (Laforet 2018, p. 83)

Esta conversación que el lector lee al capítulo II se desarrolla entre Angustias y Andrea, después de la llegada a Barcelona de la joven, la noche anterior. La novela es un cuento del año pasado en la ciudad en la casa de la familia materna por la protagonista “del futuro”. Entonces, la perspectiva es del pasado pero los diálogos tienen una temporalidad presente (con algunas referencias al futuro y con el uso de conjuntivo y condicional en los periodos hipotéticos), dado que eran momentáneos cuando tuvieron lugar.

5. Conclusiones

En esta tesis se han traducido los capítulos I – XVI de la novela *Nada* de Carmen Laforet. El objetivo final era lo de obtener una buena traducción del texto original al italiano, muy agradable, espontánea y lo más natural posible, y se puede decir que se ha logrado satisfacer las expectativas. Es verdaderamente importante no olvidar que la traducción de cualquier texto nunca podrá ser universal, absoluta, la única posible: cada traducción es el resultado de un trabajo que es ciertamente lingüístico y que comprende las nociones de “correcto” e “incorrecto”, pero también comunicativo y fuertemente ligado a la experiencia personal del traductor que, exactamente como el autor del texto original, expresa su particular visión del mundo, muestra su personalidad y su propia manera de percibir sensaciones y de interpretar acontecimientos. Siempre hay nuevas posibilidades para transmitir el significado de un texto en otros idiomas. De hecho, este trabajo de traducción es interlingüístico y subraya el elemento cultural, mejor dicho intercultural, del traducir. El aspecto más fascinante de la traducción es exactamente eso: comunicar no es unidireccional, sino ofrece siempre nuevas sombras de significado que dependen de las características individuales de los hablantes y de las tradiciones, usos y costumbres de la cultura a que pertenecen.

Un buen traductor es puente, barquero, ventrílocuo entre dos lenguas y culturas: tiene un rol muy significativo, lo de guardar la comunicación entre dos pueblos. Silencioso o creativo, su trabajo tiene que ser espontáneo y creíble, su voz casi transparente, su estilo espejo de lo del autor original.

Se quiere concluir con una imagen verdaderamente graciosa que el crítico literario y lingüista francés Roland Barthes usó para hablar de la traducción de una obra literaria, la cebolla:

Up until now we have looked at the text as a species of fruit with a kernel (an apricot, for example), the flesh being the form and the pit being the content, it would be better to see it as an onion, a construction of layers (or levels, or systems) whose body contains, finally, no heart, no kernel, no secret, no irriducible principle, nothing except the infinity of its own envelopes – which envelop nothing other than the unity of its own surfaces. (BARTHES 10) ⁴⁰

⁴⁰Nasi, Franco, *Sulla Traduzione Letteraria. Figure del traduttore – Studi sulla traduzione. Modi di tradurre*, Ravenna, Longo, 2001, p.142

Bibliografia

- Aguilà, Helena; Linder Jutta; *Sfaccettature della traduzione letteraria*, a cura di Siviero Donatella, Roma, Artemide, 2006.
- Apel, Friedmar, *Il movimento del Linguaggio*, a cura di E. Mattioli e R. Novello, Milano, Marcos y Marcos, 1997.
- Apel, Friedmar, *Il manuale del traduttore letterario*, a cura di E. Mattioli e G. Rovagnati, Milano, Guerini e Associati, 2009.
- Arduini, Stefano, *Giornate sulla traduzione letteraria 2010 - 2011*, a cura di Carmignani Ilide, Roma, Voland, 2012.
- Balboni, Paolo, *Le sfide di Babele. Insegnare le lingue nelle società complesse*, Torino, UTET, UniversitAA, 2008.
- Bustreo, Massimo, *Tesi di Laurea Step by Step. La guida per progettare, scrivere, argomentare prove finali e scritti professionali senza stress*, Milano, Hoepli S.p.A., 2015.
- Caribbo, Paola, *Lo spazio e le sue rappresentazioni: stati, modelli, passaggi*, Napoli, Edizioni scientifiche italiane, 1993.
- Carnicer R., *Las Lenguas*, in <<Idioma>>, n.1, 1966.
- Concha Moreno, Hernández Carmen, Miki Kondo Clara, *Español Lengua Extranjera. Gramàtica Avanzada. B2*, Grupo Anaya S.A., Madrid, 2007.
- De Entrambasaguas J., *Poliglotismo y traducción*, in <<Revista de Literatura>>, aa. 1 – 2, 1952.
- Diadori, Pierangela, *Tradurre. Una prospettiva interculturale*, Roma, Carocci Editore, 2018.
- Diadori, Pierangela, *Teoria e tecnica della traduzione. Strategie, testi e contesti*, Milano, Mondadori Education S.p.A., 2012.
- Grit, Diederik, *De Vertaling Van Realia*, in Diederik over Vertolen, Tom Naaijken e.a., Tilburg: Vantilt, 2004.
- Jakobson, Roman, *Aspetti linguistici della traduzione*, in *Saggi di Linguistica generale*, Milano, Feltrinelli, 1966.
- Laforet, Carmen, *Nada*, Barcelona, Destino, 2018.
- Laforet, Carmen, *Nada*, traduzione italiana di Angela Bianchini, Torino, Einaudi, 1967.
- Laforet, Carmen, *Nada*, traduzione italiana di Marco Succio, Genova, Ecig, 2004.
- Laforet, Carmen, *Nada*, traduzione italiana di Barbara Bertoni, Vicenza, Neri Pozza, 2006.
- Marvall J.M., *Transició a la Democracia. Alineamientos políticos y elecciones en Espana*, in <<Sistema>>, n.36, 1980.
- Moral M. Garcia, *Hay que volverse imbécil para hablar idiomas correctamente?*, in <<Idioma>>, n.2, 1966.

- Nasi, Franco, *Sulla traduzione letteraria. Figure del traduttore – Studi sulla traduzione. Modi del tradurre*, Ravenna, Longo, 2001.
- Nida, Eugene, *Toward a Science of Translation*, Leiden, E.J. Brill, 1964.
- Ramadori, Paola, Venuti Anna Maria, Bianchi Jolanda, *Lingua 2000*, Novara, De Agostini, 1999.
- Rebollo Torio M.A., *Lenguaje y política. Introducciòn al vocabulario politico republican y franquista, 1931 – 1971*, Valencia, Torres, 1978.
- Rega, Lorenza, *La traduzione letteraria. Aspetti e problemi*, Torino, Utet libreria, 2001.
- Scarpa. Federica, *La traduzione specializzata*, Milano, Hoepli, 2010, seconda edizione.
- Silvestri, Laura, *Il viaggio iniziatico di Carmen Laforet, Il bianco e il nero*, 5: 151 – 168, 2002.
- Torrente Bellester G., *Los cuadernos de <<La Romana>>*, in <<Informaciones>>, 6 dicembre 1973.
- Zano Vera Juan J., Noguera Francesco Ruiz, *Retraducir. Una nueva mirada. La retraducciòn de textos literarios y audiovisuales*, Màlaga, Miguel Gòmez Ediciones, 2007.
- Zuniga, Juan Eduardo, *Carmen, primavera 1945*, El Paìs, 13/3, 2004.

Sitografia

- Osimo, Bruno, *La traduzione è un conflitto ideologico*:
<http://www.google.it/amp/s/linguaenauti.com/2017/03/28/bruno-osimo-la-traduzione-e-un-conflitto-ideologico/amp/> Visitato l'ultima volta in data 03/10/2019
- Osimo, Bruno, *Corso di traduzione. Realia: sostituzione, approssimazione, contestualizzazione*:
courses.logos.it/IT/3_37html Visitato l'ultima volta in data 04/10/2019
- Osimo, Bruno, *Corso di traduzione. Realia: trascrizione, traslitterazione e calchi*:
courses.logos.it/IT/3_36html. Visitato l'ultima volta in data 04/10/2019
- Osimo, Bruno, *Corso di traduzione. Come tradurre i realia*:
courses.logos.it/IT/3_38html. Visitato l'ultima volta in data 04/10/2019
- *Diccionario de la lengua Espanola RAE*
<https://dle.rae.es/?id=Pp2aAEL> Visitato l'ultima volta in data 03/10/2019
<https://dle.rae.es/?id=Yg6WBSz> Visitato l'ultima volta in data 03/10/2019
- El Paìs, *Todo sobre la chica de 'Nada'*:
https://www.google.it/amp/s/elpais.com/diario/2010/05/15/cultura/1273874403_850215.amp.html
 Visitato l'ultima volta in data 04/10/2019

